Diego de Torres Villarroel

Sueños I

EDICIÓN ANOTADA DE
MANUEL Mª PÉREZ LÓPEZ

BIBLIOTHECA TORRES

Diego de Torres Villarroel

SUEÑOS I

VIAJE FANTÁSTICO (1724)
CORREO DEL OTRO MUNDO (1725)
MONTANTE CRISTIANO Y POLÍTICO (1726)

Diego de Torres Villarroel

SUEÑOS I

VIAJE FANTÁSTICO (1724)
CORREO DEL OTRO MUNDO (1725)
MONTANTE CRISTIANO Y POLÍTICO (1726)

Edición anotada de
Manuel María Pérez López

EDIFSA

Ediciones de la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura
Bibliotheca de Torres/2

Dirección de la colección:	Manuel María Pérez López
© De esta edición:	Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Manuel María Pérez López
Proyecto original:	Fundación Salamanca Ciudad de Cultura
Maquetación:	Helvética edición y diseño
Imprime:	Europa Ártes Gráficas
Depósito Legal:	S. 1773-2005
ISBN:	84-96603-02-4
Pedidos:	Fundación Salamanca Ciudad de Cultura Telef.: +34 923 281 716 - Fax: +34 923 272 331
E-mail:	publicaciones@ciudaddecultura.org

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo de los editores.

Índice

Estudio introductorio 7

VIAJE FANTÁSTICO 41
Prólogo a quien leyere 45
Introducción y provisiones precisas para el viaje 47
Jornada I 53
Jornada II 65
Jornada III 81
Jornada IV 97
Descansos del viaje 121

CORREO DEL OTRO MUNDO 143
A mis amigos los lectores 147
Discurso 151

MONTANTE CRISTIANO Y POLÍTICO 239
Al Señor Don Joseph Manuel de Quevedo, etc. 243
A los lectores va. Llámenle Prólogo
o como quisieren 245

Estudio introductorio

Además de por la *Vida*, pieza original y precocísima en la configuración de la autobiografía moderna europea, Torres ha quedado en la historia de nuestra literatura gracias al conjunto de sus *Sueños*, forma literaria con la que se sintió especialmente compenetrado. A ella se acogen *Viaje fantástico* (1724), que se convierte en 1738, tras una profunda refundición y ampliación, en *Anatomía de todo lo visible e invisible*; *Correo del otro mundo* (1725); *Montante cristiano y político* (1726); las tres partes de *Visiones y visitas de Torres con D. Francisco de Quevedo por la Corte* (1727-1728); las tres partes de *Los desahuciados del mundo y de la gloria* (1736-1737); *La barca de Aqueronte*, ya escrita en 1731, pero que se publicó –con importantes mutilaciones– en 1743. No se incluye en este grupo el opúsculo de divulgación médica *Doctor a pie* (1731), donde el artificio del *sueño* se asoma a la "Introducción", pero no se prolonga en el texto mismo[1].

[1] Acepto el inventario de Emilio Martínez Mata [1990] en la única monografía que por ahora existe sobre esta faceta del autor. Además de las primeras ediciones, en los años indicados, Torres publicó en 1743 varios textos *(Visiones, Barca, Correo)*, agrupados bajo el título de *Sueños morales* (Salamanca, A. Villarroel) junto con otras obras ajenas a esta modalidad. Finalmente, todos los textos del ciclo (con la excepción de *Montante cristiano y político*) se encuentran en la edición de *Obras* de Salamanca, 1752; *Correo* y *Barca* reaparecen en ella con cambios importantes respeco a las primeras versiones. Pueden leerse en ediciones críticas modernas *Barca de Aqueronte*, ed. de Guy Mercadier [1969]; *Visiones y visitas*, ed. de Russell P. Sebold [1966, reed. en "Col. Austral", 1992]; *Los desahuciados del mundo y de la gloria*, ed. de Manuel M. Pérez López [1979]; *Correo del otro mundo*, ed. de Manuel M. Pérez López [2000].

La reiteración del marco onírico dio lugar, pues, en la obra de Torres Villarroel, a una sólida y original construcción cíclica que no tiene parangón en nuestra historia literaria, con la única y obvia excepción de Quevedo. En este había culminado una fecunda y remota tradición literaria a la que Torres se incorpora con luz propia[2]. Una tradición mantenida y enriquecida por precedentes tan ilustres como Cicerón, Virgilio y Luciano; Dante, que sembró de infiernos y visiones alegóricas el final de la Edad Media; Erasmo, gran maestro del *somnium* humanístico del Renacimiento, bien representado en Vives, Maldonado, etc.; y, naturalmente, Quevedo, ineludible punto de referencia de quienes cultivaron el género en el XVII y el XVIII. En su desarrollo, esta corriente había ido acogiendo orientaciones o modalidades diversas, de las que resultan especialmente pertinentes la satírico-moral y la alegórico-doctrinal, con la variante del viaje alegórico-didáctico. Típicamente dieciochescos, pero bastante más tardíos, son los viajes imaginarios relacionados con la utopía.

Al incorporarse a esta tradición, Torres dejó bien visible su huella original y renovadora. Frente a la visión derivada de la inercia de los tópicos, es preciso afirmar que los *Sueños* del escritor salmantino no pueden ser superficialmente despachados críticamente como un fenómeno de mera imitación continuista del modelo quevedesco. A este modelo se acercaría, sin mengua de su personalidad, en *Visiones* y *Barca*; pero muy poco o nada tienen que ver con él los textos incluidos en este volumen.

[2] Para el estudio del desarrollo del género en España, desde sus orígenes hasta su extinción, véase Teresa Gómez Trueba [1999].

1. Viaje fantástico o el sueño del conocimiento

Viaje fantástico (1724), donde el artificio onírico es vehículo expresivo de contenidos científicos, es ajeno a la índole satírico-moral del modelo quevedesco, y se desvía en importantes aspectos de la naturaleza alegórico-doctrinal de la corriente a la que por su temática estaría vinculado[3]. No fue en Quevedo donde Torres sintió por primera vez la atracción y vislumbró las posibilidades del marco onírico, sino leyendo el *Itinerarium exstaticum* del jesuita alemán Athanasius Kircher[4], fuente inmediata confesada por él mismo en el Prólogo del libro, aunque luego suprima esta referencia en la refundición de 1738.

Seguramente don Diego se había soñado muchas veces convertido en un sabio educador de masas, acogido por el vulgo con el mismo beneplácito y parecido éxito económico que su contrafigura folclórica, el *Gran Piscator de Salamanca* que firmaba sus *Almanaques*. Desde 1720 estaba luchando en Madrid por abrirse paso en la vida con todos los recursos de su ingenio. Su indudable capacidad de seducción le había ido abriendo las puertas de algunas casas aristocráticas, tras la mediación inicial de la condesa de los Arcos, a la que había conocido en

[3] Un ilustre, pero remoto precedente hispánico del género onírico como recipiente de saberes compendiados es *Visión deleitable de la filosofía y de las artes liberales* (¿1445?), de Alfonso de la Torre. Lógicamente, también el *somnium* humanístico renacentista fue utilizado en la divulgación de conocimientos científicos, como hicieron los médicos Lobera de Ávila y Bernardino Montaña. Véase Teresa Gómez Trueba [1999: 62-67 y 75-76]. Era una variante del *diálogo* humanístico, género al que directamente se acogió en buena parte de sus obras el también médico Martín Martínez, que polemizó con Torres en 1727 en torno a la Astrología.

[4] Sus dos tomos se publicaron en Roma en 1656 y 1657; el segundo fue ampliado en 1665 a los doce libros, en dos tomos, de *Mundus subterraneus*, con deslumbrantes ilustraciones que debieron de impresionar vivamente la imaginación de aquel improvisado "enciclopedista".

Salamanca[5]. El negocio de los almanaques, iniciado en su ciudad natal en 1718, se estaba consolidando. Desde 1723 se imprimían ya en Madrid, en casa de Juan de Aritzia, el mismo que editaba el tradicional y exitoso *Gran Piscator Sarrabal de Milán*. Faltaba muy poco para que una circunstancia inesperada, la súbita muerte del rey Luis I el 31 de agosto de aquel año de 1724, lo elevara a la cima de su fama, cuando la voz popular le atribuyó –sin fundamento textual visible, dicho sea de paso– la predicción de tal suceso. Labrarse una personalidad intelectual seria como escritor no solo podía compensar el perfil plebeyo del *Piscator*, sino vengar una frustración: Don Diego había abandonado Salamanca en 1720, cuando el claustro universitario le negó la posibilidad de obtener por oposición la cátedra de Astrología y Matemáticas que había desempeñado como sustituto durante dos años.

Otra infrecuente circunstancia precipitó su proyecto. El 22 de mayo, un eclipse de sol oscureció los cielos madrileños. La *Gaceta de Madrid* informó el 13 de junio de las temerosas conjeturas que el fenómeno había suscitado entre algunos famosos astrólogos europeos, hasta el punto de que Luis XV de Francia había convocado a palacio a sus astrólogos de corte[6]. Seguramente nuestro *Gran Piscator* se sintió picado en su amor propio por algunos reproches respecto al silencio de los expertos locales. Por añadidura, la expectación suscitada por el fenómeno hacía irresistible la tentación de aprovechar aquella oportunidad de cumplir sus proyectos. No se resignó a escribir solo sobre el eclipse, sino que decidió fumigar previamente a sus

[5] Torres le dedica a finales de 1721 su *Almanaque* para el año siguiente.

[6] El texto parece haber sido redactado un mes después. El narrador sitúa la siesta de su sueño en una tarde de julio.

lectores con una rociada de saber enciclopédico. El libro refleja la precipitación con que fue redactado en su brevedad, su descompensada composición y en la escritura descuidada de no pocos pasajes. Consciente de ello, el autor se disculpa en el Prólogo y hace propósito de la enmienda: "Yo, lector de mi alma, te doy compendiadas en estas cortas hojas las maravillas de una y otra esfera, no omitiendo sustancia que no ponga en tu noticia. Por Dios, que te contentes por ahora, mientras con más extensión y hoy más despierto puedo poner en tu mano mejor escrito este asunto". Tardó catorce años en cumplir su propósito. El resultado fue *Anatomía de todo lo visible e invisible* (1738)[7].

Así pues, Torres pretendía con su libro ofrecer una versión divulgadora de los *compendia* o enciclopedias científicas, según el modelo escolástico aún plenamente vigente, y el único a su alcance. Una especie de enciclopedia de bolsillo, centrada en las ciencias de la naturaleza y lo más ajena posible a las cuestiones dogmáticas, que fuera accesible a un público amplio por su dimensión reducida y su lenguaje claro y funcional, alejado del formalismo especulativo, del metalenguaje y de la obsesión erudita del escolasticismo[8]. En tales aspectos radica principalmente el interés histórico de esta obra, cuya entidad literaria creativa no sobrepasa un estado embrionario. El componente narrativo aportado por el sueño tiene un escaso y desigual desarrollo, por

[7] No se trata de una mera cuestión de variantes. Dado el alcance de la refundición-ampliación, dicho texto será editado en otro volumen de esta colección.

[8] En la Jornada I, apenas iniciado el viaje, el maestro Torres hace ante sus discípulos una exposición de principios: "...quiero (pues la Filosofía no es otra cosa que un conocimiento de las cosas naturales) hacerles a vuestras mercedes filósofos sin gastar tres años en hacer silogismos, sin pasar por los rudos principios del *barbara celarent* y las demás impertinentes disputas".

lo que se convierte en mero pretexto para la exposición de las distintas materias, que determinan la estructura del libro[9].

Es obvio que los concretos contenidos "científicos" que el texto acoge han quedado fosilizados en el tiempo. Las casi siempre rancias fuentes librescas en que se apoya indican aún un insuficiente contacto con las corrientes científicas renovadoras, contacto que se intensificaría de forma notable a partir de ese momento. Más que en los contenidos, resulta interesante fijarse en los gestos y actitudes que apuntan a una mentalidad que pugna por emerger. En efecto, entre Torres y Athanasiuss Kircher, su confesado mentor, existen importantes diferencias, resumibles en la total desalegorización del modelo y en la distinta mentalidad con que se enfoca el conocimiento.

En el sueño de Kircher, Teodidacto es transportado sobre las alas del ángel Cosmiel, enviado para mostrarle la magnificencia de Dios en su universo. Es decir, el conocimiento científico es mera prolongación subsidiaria de la revelación divina. Torres, en cambio, penetra en el sueño envuelto en los terrenales vapores de una siesta pesada, y nadie le dirige. Él mismo es el guía y maestro que conduce e ilustra a unos discípulos anhelantes de su sabiduría, que quiere abarcar todas las ciencias de la naturaleza. Kircher cultiva un saber lleno de mixturas, que le permite medir la atracción del imán y afirmar que el magnetismo es la manifestación física del amor divino; hacer hoy el estudio epidemiológico de una enfermedad y analizar mañana el esqueleto de una sirena; examinar un día restos arqueológicos egipcios y

[9] El precario equilibrio entre narración, diálogo y exposiciones didácticas de las cuatro Jornadas desaparece por completo en el desnudo y arcaico prontuario astrológico que rellena la última parte de la obra.

establecer otro con suficiencia la distribución interior del arca de Noé, o catalogar la fauna de los continentes e inventariar grifos, dragones, gigantes y demonios. Torres acata el magisterio de la Iglesia y reproduce viejos materiales que aún no es capaz de sustituir, pero inculca a sus discípulos el trascendental principio del empirismo desde las primeras líneas de la Jornada I: "Esto de ver con el entendimiento es bueno para los metafísicos. Yo, si no me informo con los ojos, me río de toda la Filosofía".

En conclusión, Kircher se acoge en su sueño a la tradición alegórico-religiosa, y sus variados saberes se integran en una mentalidad esencialmente barroca que subordina la ciencia a los dogmas religiosos y mezcla lenguaje científico y simbología metafísica y moral, demostraciones experimentales y fantasías mitológicas. Torres destruye todo alegorismo, exhibe su irrenunciable individualidad y esboza actitudes en las que se trasluce una nueva mentalidad. Resulta, pues, anacrónico escandalizarse de que, en 1724, acoja materiales escolásticos tan "científicos" como la localización del infierno, o burlarse porque acate el geocentrismo, intransigentemente defendido desde el sistema mediante condenas aún amenazantes. Desde una justa perspectiva, lo que llama la atención son los gestos de disidencia, que en la versión de 1738 se han hecho más frecuentes y nítidos: sus proclamaciones de empirismo, que implica la separación de ciencia y fe[10]; su adhesión al atomismo, sus guiños distanciadores frente a los excesos del magisterio eclesiástico, sus prudentes referencias al sistema copernicano en términos

[10] En *Anatomía...* Torres inculca a sus discípulos la necesidad de ser "filósofos tan mecánicos e incrédulos que no hemos de abrir las puertas de la credulidad si no es a bultos visibles, y la fe la hemos de guardar para nuestros sagrados misterios".

idénticos a los que encontramos en los novadores y en Feijoo[11], etc. Los conocimientos de Kircher fueron sin duda mucho más amplios y sólidos que los de Torres. Pero si atendemos a las actitudes, a la mentalidad que vida y obra revelan, aunque sea entre insuficiencias, impurezas y contradicciones, de Kircher a Torres se ha recorrido un buen trecho en el camino que conduce al hombre moderno.

2. Correo del otro mundo o el laberinto del ser

Alejada del modelo quevedesco está también *Correo del otro mundo* (1725), obra sorprendente y admirable, tal vez la más original y literariamente lograda de su autor. En ella el artificio onírico se combina sutil y armónicamente con otras variadas formas genéricas, para ponerse al servicio de una matizada y compleja confesión autobiográfica. Muchos años antes de la primera entrega de la *Vida* (1743), Torres se asomaba ya a los horizontes de la autobiografía y la novela modernas. Y lo hacía por rutas inesperadas, desbrozando con instinto certero caminos sorprendentes y personalísimos, remodelando formas literarias que la tradición ponía a su alcance, para rehabilitarlas –lejos de las funciones originarias para las que habían sido concebidas– al servicio de la expresión de nuevas realidades emergentes: una cambiante sensibilidad vital revelada en la conciencia de la individualidad irrenunciable y en un transgresor proyecto personal de felicidad, cuya heterodoxia chocaba frontalmente con la mentalidad aún

[11] "No hay duda que, aceptada como hipótesis, esta opinión es maravillosa para conocer y explicar mejor los fenómenos de los cuerpos celestes; pero en darle real movimiento nos oponemos a muchos lugares de la Sagrada Escritura" (p.34).

dominante. Es decir, la expresión de un ser nuevo que se abre paso hacia la modernidad tanteando los resquicios abiertos en una realidad histórica en proceso de transformación.

Desde una perspectiva específicamente literaria, su sorprendente originalidad procede de la integración de diversos modelos formales tomados de la tradición (el sueño, el diálogo, el género epistolar, los escritos polémicos) en una ficción en la que el impulso autobiográfico adquiere sustancia novelesca. Podría afirmarse que estamos ante la más sugerente novela del siglo XVIII, aunque paradójicamente la crítica literaria no la haya considerado como tal, cuando no se ha limitado a ignorarla por completo.

El "Torres" ficcional que ejerce de protagonista de la novela, en compañía de un amigo que le sirve de interlocutor constante, responde y comenta las cartas que un horrendo mensajero de ultratumba le ha traído[12]. Sus remitentes son el astrólogo milanés Sarrabal, Hipócrates, el jurisconsulto Papiniano, Aristóteles y un anónimo "muerto místico", quienes, en mayor o menor grado, recriminan a Torres sus actividades, su pensamiento y sus críticas. Por más que en el prólogo se aduzcan propósitos didácticos ("...con sus noticias y las que te di en el *Viaje fantástico* te harás estudiante..."), no se trata ya de una incursión divulgativa por los campos de la astrología, la medicina, la justicia, la filosofía y la moral, sino de un sincero esfuerzo de autoindagación crítica a través de cinco facetas complementarias de la propia

[12] En la versión original, aquí editada, se mantiene hasta el final la duda de si lo que ocurre y está siendo narrado es sueño o realidad, o si –como el amigo opina repetidamente–, se trata de la chanza de un bromista. La ambigüedad se destruye a partir de 1743, cuando, al incluir *Correo* junto a *Visiones* y *Barca*, la "Introducción al sueño" regulariza el texto de acuerdo con los cánones del género.

existencia. En un deslumbrante ejercicio de desdoblamientos múltiples, Torres escenifica su propio juicio. Un espectáculo en el que es capaz de ejercer de autor, actor y espectador de sí mismo y desempeñar todos los papeles: juez y acusado, fiscal, abogado defensor y testigo. El resultado es un complejo y profundo autoexamen en el que un *yo* armado de lucidez busca certidumbres y descubre sus perplejidades y contradicciones, al cotejar su propia existencia con una galería de modelos representativos de la pretendida inmutabilidad del sistema dominante, pero que en realidad están en trance de convertirse en inservibles, como seres fantasmales de otro mundo que no es ya el de los vivos.

No faltan las incursiones retrospectivas hacia el pasado autobiográfico que explica y justifica el presente. Ni la confesión de las propias dudas y vacilaciones, que traslucen un momento histórico de conflictividad ideológica, en el que la controversia entre *novatores* y conservadores estaba aún en plena efervescencia, y aun se había enconado al recurrir el sector más inmovilista a sus peculiares argumentos "intelectuales" de convicción (condena inquisitorial por judaizantes y encarcelamiento, en 1724, de los destacados médicos novadores Diego Mateo Zapata y Juan Muñoz Peralta), hasta que el regreso al trono de Felipe V frenó tal dinámica represiva.

En medio de este ambiente amenazante, Torres hubo de ocuparse de los múltiples conflictos que se abatieron sobre él, desencadenados por la creciente celebridad del *Piscator*. El mismo año de 1724 se le prohibió continuar la publicación de sus almanaques, fuente de su celebridad y de sus ingresos –es decir, de su independencia–, justo cuando comenzaba a disfrutar de su éxito. El eco de la zozobra producida por esta prohibición, trabajosamente levantada y luego

renovada, resuena explícita y repetidamente en las páginas de *Correo*[13]. Por otra parte, el *Almanaque* para 1725, que contenía duras sátiras contra profesionales poderosos (principalmente médicos, teólogos universitarios y juristas), había levantado sarpullidos críticos. De hecho, ese almanaque funciona como referente intertextual de *Correo*, y a él se refieren varios de los interlocutores epistolares del protagonista.

Pero el conflicto más grave y de implicaciones más temibles derivó, paradójicamente, de la misma circunstancia que había multiplicado en mil ecos la fama del Piscator salmantino: la gratuita atribución, por parte del público, de haber predicho la muerte del joven rey Luis I en el *Almanaque* de 1724. De pronto, Torres se encontró metido de lleno en una situación comprometida, en la que los ataques podían venirle desde todos los flancos: la Iglesia (no faltó quien atribuyó sus "adivinaciones" a una positiva intervención del demonio), el poder político y el pensamiento renovador[14]. Dejemos por ahora el detalle de las numerosas polémicas autodefensivas a las que se vio arrastrado, que constituyen el humus nutricio del que brotaría al año siguiente *Montante cristiano y*

[13] El Hospital General, beneficiario de los ingresos del *Gran Piscator Sarrabal de Milán*, que dominaba el mercado hasta la llegada del *Piscator* salmantino, obtuvo del Real Consejo la prohibición de que se publicaran nuevos almanaques. Torres consiguió el levantamiento de la prohibición mediante un memorial que pudo hacer llegar al nuevo rey Luis I. Y tuvo que volver a pelear cuando a la muerte de este el Hospital General obtuvo de Felipe V un privilegio de exclusividad, y de nuevo al renovarse el privilegio en febrero de 1726, hasta la definitiva solución favorable en noviembre del mismo año.

[14] Aunque la astrología formaba parte desde siglos del pensamiento oficial, la Iglesia convivió siempre a desgana con esta pieza del edificio escolástico, por sus peligrosas implicaciones con el principio del libre albedrío. Las prohibiciones de la astrología judiciaria se renovaron periódicamente, pero siempre se admitió la astrología

político; pero quede constancia de que aquellos días de 1725, por los vientos represores antes evocados y la situación comprometida del autor, no eran los más propicios para andar abiertamente de progresista o de rebelde por la vida. Era el momento de recoger velas y matizar posturas, en prudente retirada estratégica. Con todo, la ambigüedad irónica que el texto destila se instala en lo más profundo de su sentido.

Las cinco cartas que integran el texto son cinco acusaciones de disidencia, en mayor o menor grado, frente al sistema de valores vigente; de infidelidad, desvío o desamor respecto a los modelos; de infracción de las normas; y al fin, de pecado. Acusaciones que cabe rechazar, admitir, o matizar en hábil y delicado equilibrio. La amenaza –proferida en la ficción por el horrendo mensajero de ultratumba– de una condena que puede consumarse si la justificación no es convincente, impone a las respuestas un tono defensivo que encuentra su contrapunto en la autoafirmación orgullosa. Las imágenes de sí mismo que desde fuera le transmiten cinco testigos que representan el orden que rige el mundo exterior deben ser contrastadas con las que su propia conciencia le devuelve. A través de la ficción, Torres, introducido en su "ser público", el Gran Piscator, confronta su actividad y sus ideas con cinco arquetipos, consagrados

(la independencia científica de la astronomía no se había aún consumado) aplicada a la agricultura, la navegación y la medicina. El poder político toleró los populares almanaques, siempre que sus predicciones no resultaran molestas para la realidad política del país (de hecho, la prohibición definitiva del género se produciría en 1767, cuando al anciano y ya acabado Torres le atribuyeron gratuitamente otro sonado "acierto": la predicción del motín de Esquilache). Por su parte, el pensamiento renovador, que no podía atacar sin peligro y sin encontrar agresiva resistencia otros baluartes del odiado escolasticismo, encontró en la astrología una fácil presa, máxime en unas circunstancias tan favorables.

por la tradición y conocidos por todos, correspondientes a cinco facetas o dimensiones constitutivas de su existencia, lo que equivale a decir de su cosmovisión; las cinco esferas –ya no ptolemaicas, sino profundamente vitales– de un universo en rebeldía. El lector acompaña al autor, de carta en carta, en la compleja búsqueda de su verdad escurridiza, por no decir inaprensible[15].

En la primera carta, el astrólogo Sarrabal desata su agresividad contra el joven Piscator que le ha arrebatado el favor del público. Le recrimina su intrusismo profesional, su ignorancia del oficio y sus infidelidades a la concepción y diseño tradicionales del género. La respuesta de Torres, entre autoburlas y sorna, no es solo una defensa de las innovaciones que le llevaron al éxito, y con las que de hecho enriqueció y dignificó artísticamente un género infraliterario ("...yo les puse en punto de golosina los embustes, y los han tragado..."); es también una justificación de su actividad de almanaquero, a la que lo llevó la necesidad y la falta de otras habilidades rentables, y que lo colmaría de bienestar personal al tiempo que destruía su prestigio intelectual: ante casi todos, y para siempre, su compleja personalidad quedaría suplantada por la reductora y deformante figura folclórica del Piscator; pues, como lúcidamente reflexiona el autor, "los que salen por su desgracia a la plaza del mundo a venderse, desde que salen van vendidos". Finalmente, el texto confirma la clave lúdica, desmitificadora y burlesca con que sus almanaques deben ser leídos, y que los convierte en una ambigua contrahechura humorística del género: "Yo heredé sus

[15] Para un más amplio desarrollo de los aspectos que siguen, véase el extenso estudio que precede a *Correo del otro mundo / Sacudimiento de mentecatos*, ed. de Manuel M. Pérez López, Madrid: Cátedra, 2000.

embustes, y mañana me sucederá a mí otro bobo que adelante los míos. Y siempre habrá quien nos crea, porque siempre habrá mentecatos".

Aristóteles le reprocha al Piscator salmantino su antiescolasticismo: "[He oído]... que vuestra merced habla mal de mí y de mis filosofías"[16]. En su respuesta, Torres hace protestas de inocencia; quita hierro a pasados ataques y tantea un prudente eclecticismo, en el que es interesante ver reaparecer argumentos ya empleados por los *novatores* e incluso por los humanistas críticos del XVI: hay que distinguir el Aristóteles genuino del espurio, el mal no está en los olvidados textos originales, sino en las deformaciones perpetradas por sus dogmáticos seguidores. No falta el eco temeroso de los peligros que para la ortodoxia religiosa pueden esconderse en las doctrinas de sus más virulentos impugnadores.

Más allá de la prudencia que el ya apuntado contexto general y personal reclama, queda la confesión sincera de duda, el testimonio perplejo de un hombre que asiste al esperado resquebrajamiento de una mentalidad de arraigo secular y que no tiene asegurada su esperanza en un horizonte todavía incierto: "Verdad es que en algunos problemas no he querido creer a vuestra merced. Y luego, como han escrito otras filosofías, dudoso yo, no sabía, ni es posible elegir".

Cabe añadir que en este apartado se encuentra un hermoso pasaje que indica que la ciencia, más allá

[16] De que la imagen de Torres no era entonces la de un tradicionalista, ni siquiera para sus más ilustres críticos, hay algún testimonio significativo. Cuando en 1726 estalla la polémica de la astrología, el entonces joven P. Isla le reclama que sea consecuente con sus ideas: "Yo me holgaría que, ya que vuesa merced en prólogos, papeles y diálogos se ha declarado escéptico, fuese de los nuestros..." ("Glosas interlineales", en Colección de papeles crítico-apologéticos, I, 85). Y Salvador J. Mañer, en su *Anthi-Teatro crítico* (Madrid, 1731, I, 59-60), da testimonio del respeto que Feijoo tenía a Torres.

de un vendible tema de divulgación o un instrumento de dignificación social, constituyó para Diego de Torres una necesidad existencial: "Y en mi juicio, solo es sabiduría la que estudia en la naturaleza de los entes. ¿Por qué he de nacer yo hombre y me he de morir como un borrico, sin saber qué fui ni qué es el hombre? ¿Por qué no he de saber yo cómo se producen, engendran y se aumentan estos vegetables? ¿Por qué he de ignorar qué es esta tierra que me sufre, esta agua que me humedece, este aire que me alimenta y este cielo que me gobierna, influye y mantiene?".

Podría pensarse que las cartas de Hipócrates y Papiniano se sitúan en un rango inferior de importancia respecto a las anteriormente examinadas, por la menor contribución que medicina y jurisprudencia tienen, al menos en apariencia, a la construcción de la personalidad social del autor o a la configuración de su cosmovisión. No es así en el caso de la medicina, de tan intensa presencia en el interés intelectual y en los escritos de Torres. Además, ambas disciplinas estaban muy vinculadas a las actividades y preocupaciones de aquellos días. Sus estudios en el Hospital General de Madrid habían renovado su contacto con la realidad de la medicina en España, confirmando una doble frustración: los anquilosados e inútiles métodos de enseñanza de las universidades y la indignante realidad social de su práctica. La necesidad de defender su pan ante los recursos legales contra la publicación de sus almanaques y la tramitación de sus memoriales lo habían llevado a perderse en el laberinto burocrático legal, y a la evidencia de la corrupción. Por otra parte, ambas cartas conectan también de lleno con el gran referente intertextual, ya mencionado, que permanentemente actúa en el trasfondo de *Correo*: su Almanaque para 1725, en el que esas experiencias desencadenan una dura sátira contra

el repertorio de profesionales que configuraban la realidad institucional que ejercía su poder sobre él. No se trata de una repetición mimética de modelos literarios o doctrinales, sino el testimonio vivo de una voz real que habla por las víctimas de esa realidad social.

Por último, y en un sentido más profundo, las dos cartas son imprescindibles para completar el modelo humano y la concepción ideal de sí mismo que el autor va construyendo en el texto. Hipócrates esboza en su carta el modelo de verdadero sabio: "El aplicado debe estudiar primero en los libros de su razón, y después seguir las huellas de todos: el camino del médico, la senda del filósofo, el vuelo del teólogo, la carretera de la plata del letrado, los rincones del químico y los escondites del mecánico. El que es docto en una profesión es necio en todo, porque cebarse en apurar lo infinito es bobería, e ignorarlo todo es desgracia". *Correo* es un *sueño* no solo por el esquema formal literario en que se apoya; tiene mucho de verdadera ensoñación, en la que Torres se imagina a sí mismo como encarnación de ese ideal científico. Se permite la desfachatez de poner en boca de Hipócrates la confirmación del ensueño ("...desengáñense vuestras mercedes, que el saber es lo que hace este muchacho..."), y se regala el lujo –mirando burlonamente de reojo a "sus enemigos"– de que aquel se despida de él con un "de vuestra merced servicial amigo" y Aristóteles, nada menos, con un "de vuestra merced su íntimo apasionado". Gozosa venganza de su fantasía. Sin embargo, la lucidez y el sentido autocrítico no abandonan al Piscator ni en sus ensoñaciones. Es precisamente en este tramo de la obra donde brota repetida e intensamente –en el diálogo preliminar con el amigo y en la respuesta– el lamento por el lastre educativo ligado a su origen y la maldición por el tiempo perdido y ya irrecuperable.

La elección de Hipócrates como modelo no deja de tener sentido en el contexto del debate científico del momento, pues simbolizaba la alternativa renovadora de los escépticos, frente al emblema de los conservadores, que era Galeno[17]. El autor pone en su boca, en efecto, un discurso de afirmación del empirismo, del escepticismo frente al argumento de autoridad y del pragmatismo frente a la lucubración teórica. Torres expresa exultante su admiración por el maestro (es decir, por su propia concepción de la medicina), y responde a la petición de este de que le cuente "el estado y pasos con que caminan hoy mis sucesores". El cumplido informe incluye el triste estado de la enseñanza académica de la disciplina, las novedades de moda y el desolador panorama de la práctica médica. Nuevas embestidas contra el vacuo formalismo escolástico y el perjuicio social que engendra: "A la juventud la crían en las universidades en las porfías *Si Dios puede hacer entes de razón*; *Si la Lógica es simple cualidad*... Considere vuestra merced qué tiene que ver el pulso con el... etcétera". La distancia con que describe algunas de las novedades no obedece solo a la hábil cortesía de halagar al maestro, sino que refleja una vez más el desconcierto de un empírico sincero que ha comprobado que los viejos libros aprendidos son papel mojado, pero que desconfía aún de la validez de las propuestas renovadoras. Tiene además contra los modernos el resquemor de que el rechazo de la astrología englobe indiferenciadamente las adherencias espurias y las evidencias

[17] *Galeno ilustrado* (Sevilla, 1699), se titulaba el tratado en el que el catedrático sevillano Alonso López Cornejo refutaba la nueva medicina; *Hipócrates defendido* (Madrid, 1913), tituló Miguel M. Boix el suyo, en defensa de la medicina experimental frente a los dogmáticos. Y en *Medicina escéptica*, de Martín Martínez (Madrid, 1723), los tres médicos que dialogan representan a la medicina galénica, a la química y a la escéptica o hipocrática.

experimentales. Torres se apoya en Hipócrates para lamentar que se incumpla la necesidad de tener en cuenta las influencias ambientales, el ciclo de las estaciones, las horas adecuadas de administrar los medicamentos en una atención individualizada, pues cada enfermo, como había recordado el maestro, es un caso diferente, y no se puede intentar "que se calce con una horma todo un pueblo". Las críticas más duras y abundantes se refieren a la práctica real de la medicina: la ostentación y avaricia de los médicos, el descontrol legal y la pasividad de las autoridades ante la proliferación de seudomédicos que, sin conocimientos ni acreditación, explotan a las gentes.

Muy distinto es el tono del intercambio epistolar con Papiniano, que destila hostilidad por ambas partes. La enemistad de Torres con el mundo de la justicia estaba anclada en su memoria al recuerdo de pasados agravios: la injusta prisión sufrida, siendo estudiante, con ocasión de la "ruidosa pretensión de la alternativa de las cátedras"[18]. El testimonio de los presentes motivos de disgusto y desasosiego aflora al texto de nuevo, esta vez con total transparencia, en el diálogo con su amigo: "Y tú eres testigo que, violentado a una justa defensa de mis sudores, puse a los pies de la nunca bien llorada Majestad de Luis Primero (que goza de Dios) un memorial, escrito por mí...". "Y, conseguido por entonces, hoy me hallo precisado a la misma defensa, pero con el ánimo más flojo...". La plausible defensa inicial, por parte de Papiniano, de la necesidad de la ley, que "es para todos y se debe estudiar de modo que la entiendan todos",

[18] Así la recuerda en el trozo tercero de *Vida*: "A mí, por más desvalido, por más mozo o por más inquieto, me tocaron (además de otros disgustos) seis meses de prisión, padeciendo, por el antojo de un juez mal informado, los primeros dos meses tristísimamente en la cárcel...".

es respondida por Torres con la diferencia que hay de la teoría a la práctica, reino del confusionismo interesado y corrupto. Papiniano deriva en su alegato hacia la sacralización de la ley, independientemente de que sea o no justa, y le niega a Torres el derecho a opinar ni sobre la ley ni sobre quienes la aplican. La respuesta esboza una especie de precoz defensa de "los derechos del ciudadano": "Díceme vuestra merced que quién me mete a mí, no siendo profesor, en reprehender los letrados. Yo, señor mío, me meto... Mi profesión es la política; esta es ciencia de todos...".

No podía entonces saber Torres que le esperaban tropiezos más graves con la justicia –él no creía en la adivinación astrológica–. Por nuestra parte –y en aras del rigor científico que Torres reclamaba–, no debemos ocultar un último detalle: los temores iniciales del Piscator ("Este es un asunto delicado y no quiero hablar palabra, aunque estamos solos...") se corresponden con la llamada final de su amigo a la prudencia, con palabras que habrían de resultar de un asombroso rigor profético: "Mira lo que haces. Que por lo mismo que conoces su poder, su mando y su palo, te armarán una zancadilla y te abultarán un pecadillo venial, de suerte que lo pagues a lo menos en un destierro". Eso es exactamente lo que le ocurriría en 1732.

De acuerdo con los seculares cánones cosmográficos, la última esfera lleva al ser a la contemplación de la trascendencia y le propone su rendición, para entregarse a la gloriosa anulación en lo absoluto. Anonadante propuesta para la "cosmología de la felicidad" de aquel Piscator, que retrocederá al fin para regresar al terreno familiar de la historia. Es decir, de la vida.

No se atrevió el autor, como en los demás casos, a poner rostro y nombre a su último interlocutor epistolar, y arrostrar con ello la acusación de irreverencia

impía. La voz del místico anónimo es portadora del discurso moral del poder: la desposesión de sí mismo; el pecado de la soberbia (o autoafirmación del yo); el *contemptu mundi*, que iguala en su desprecio el conocimiento de la realidad y su disfrute. El personaje Torres mimetiza (¿parodia?) el estilo de la prédica y meditación ascético-moral, y en su efusión de arrepentimiento amaga una rendición incondicional, irónicamente relativizada de antemano por la incredulidad del amigo: "Muy místico estás... No duren en mí más los apetitos que la santidad en tu genio".

La vuelta del emisario corrobora que el protagonista no ha superado el examen de conciencia realizado bajo amenaza de condena, y que esta no será levantada por una contrición de corazón insuficiente y tardía. Pero sí se verá interrumpida en su consumación por el despertar del durmiente. El regreso a la realidad –que de hecho nunca fue abandonada– confirma que tampoco había propósito de la enmienda, y su única y paradójica satisfacción de obra es atender la petición de sus amigos de que escriba el relato: "Yo, que para escribir no he menester que me rueguen mucho, tomé la pluma por dar gusto a mis amigos y por divertirme yo". No podía, en efecto, dejar la escritura quien vivía de ella y en ella, como no puede un pájaro dimitir de sus alas: "Y así, amigo –se dirige ya al lector– conformarse, porque yo no puedo servirte en dejar la pluma; porque será cortarme los vuelos".

Lo anterior ayuda a comprender cómo el viejo molde literario del *sueño* se ensancha y altera en lo profundo a impulsos de un *yo* omnipresente, lúcido y burlesco, luchador y escéptico, apegado a la realidad histórica que vive y a su propio ser conflictivo. Pero es hora de ceñirse al plano creativo literario para precisar y justificar

la afirmación inicial de que con *Correo del otro mundo* Torres se asoma por primera vez y simultáneamente a los horizontes de la autobiografía y la novela modernas; y que para ello hubo de modificar modelos genéricos que la tradición literaria ponía a su alcance, a fin de habilitarlos al servicio de su propio designio: la autoindagación y revelación literaria (lo que equivale a una autocreación) de su propio ser. Y no en su abstracta inmanencia espiritual, sino en su entera dimensión vital, que incluye la compleja y conflictiva relación con la realidad histórica que lo constituía.

La elección de moldes genéricos es una decisión trascendental para todo autor, pues condiciona su libertad imponiéndole cauces preestablecidos. En rigor, los géneros literarios, y más sus variantes subgenéricas, no son recipientes vacíos y neutros, susceptibles de acoger cualquier contenido sin impregnarlo de su propia sustancia. Son modelos estructurales históricos configurados mediante un conjunto de arquetipos semióticos, constructivos, retóricos, reveladores de una forma de percibir la realidad, ordenarla y expresarla literariamente. Habitan no solo en el mundo del creador, sino también del lector, cuyas expectativas preorientan, de manera que forman parte del pacto comunicativo implícito que todo autor establece con sus lectores, y aun del código compartido que hace posible el proceso de comunicación artística. Pues bien: el pacto del autor con sus lectores tiene aquí un grado mínimo de previsibilidad. Uno de los grandes atractivos de la obra es la especie de juego de prestidigitación o ilusionismo al que Torres se entrega en este aspecto: suscita expectativas que se complace en defraudar o desviar, amaga modalidades genéricas que escamotea, sustituye o mezcla con otras; y, en fin, ofrece a sus lectores un extraño pacto narrativo inseguro y cambiante, que más que a

orientarlo parece destinado a promover su desconcierto. No es un juego intrascendente, pues incertidumbre y desconcierto son componentes esenciales del sentido final de la obra.

El juego de ambigüedades y paradojas se inicia precisamente con la elección de un marco genérico –el del *sueño*– marcado por un grado extremo de ficcionalidad y un contenido habitual abundante en abstracciones conceptuales idealizadoras, para verter en él contenidos esencialmente referenciales propios de la autobiografía, con la consiguiente alteración de no pocas constantes estructurales del modelo, como luego se comprobará.

La aparición de una nueva forma genérica –la epistolar– añade complejidad al intrincado juego de contrastes relativizadores al que el autor se entrega[19]. Parecería que el uso de este nuevo paradigma formal estaría destinado a contrapesar la naturaleza intensamente ficticia del sueño fantástico con la poderosa ilusión de realidad que la carta es capaz de crear, gracias a la carga de referencialidad que le es consustancial; lo que resulta coherente con la dimensión autobiográfica vertida en el texto. No es que la forma epistolar no pueda ponerse al servicio de la ficción: ahí está el subgénero específico de la novela epistolar para atestiguarlo. E incluso la modalidad pragmática de la relación epistolar está abierta a sutiles procesos de ficcionalidad interna, como ha estudiado con nitidez Claudio Guillén [1997], quien sin

[19] El narrador testimonia la conciencia del autor respecto a la novedad absoluta del hallazgo: "¿Tener conversación con los muertos por medio de la memoria? Esto es posible, y fructuosa plática para el último fin. Pero escribir cartas por estudiantes es cosa que no habrá sucedido a ninguno viviente, si no es a mí, que me suceden cosas que no están escritas". Por nuestra parte, no hemos podido encontrar ningún precedente de fusión del sueño literario y la novela epistolar.

embargo observa que en la relación epistolar emisor y receptor comparten un entorno y unas circunstancias previas comunes, y que "la no-ficcionalidad" es admitida desde un principio como premisa básica o *convención constituyente* del género. Torres quebranta este rasgo constitutivo del "pacto epistolar", que hasta las cartas ficticias de las novelas epistolares respetan, como requisito de verosimilitud. Y lo hace tan contundentemente, que el yo-narrador que recibe y responde a las cartas y sus corresponsales no solo no comparten una realidad común, sino ni siquiera una misma dimensión espacial y temporal[20].

Con la presencia constante del amigo-testigo junto al narrador-protagonista, el texto se abre además a una nueva forma genérica, también de larga tradición clásica y cuyo cultivo, tan intenso en el clasicismo renacentista, no se había interrumpido: el *diálogo* o *coloquio*. Por su especialización comunicativa al servicio de las ideas abstractas (lo doctrinal, lo alegórico, lo científico, lo satírico-moral), podría decirse que, como tal, es un género neutro en cuanto a ficcionalidad (admite sin violencia como coloquiantes a abstracciones alegóricas y actores humanos, figuras mitológicas y personajes históricos), y por ello puede servir de puente entre el grado máximo de ficcionalidad del sueño fantástico y la referencialidad consustancial –al menos en teoría– del género autobiográfico y del epistolar. Narrador y amigo leen, comentan y responden las cartas, se explayan sobre sus

[20] Así, la convención referencial de indicar en las cartas el lugar y la fecha podrá ser explotada humorísticamente: el Piscator escribe "De mi posada. Madrid, y mayo, 2 de 1725", etc.; sus interlocutores epistolares, "De la oscuridad de mi eterna noche", "De mi podridero, feria ninguna, y por consiguiente ni día, ni mes ni año, que por aquí solo se ferian eternidades". Juego que se extiende también a las fórmulas de tratamiento: "vuestra mortandad", "vuestra defuntez", etc.

remitentes y las disciplinas científicas correspondientes, aplican su contenido a su propia realidad vital y biográfica y a la situación histórica que viven. Lo cual confiere al material epistolar una sustancia narrativa de la que por sí mismo carecería. El efecto literario más trascendente es la novelización de las cartas, que quedan así perfectamente integradas en el relato. Este adquiere además una inesperada amenidad y sorprendente viveza –inhabituales, estas sí, en la tradición genérica del diálogo–, derivada de la coexistencia estilística del registro culto, propio del género, con el coloquial. Es el reflejo inevitable de una de las grandes claves interpretativas de toda la obra y del entero ser de Torres, híbrido vitalísimo de la cultura científica y la popular. El contrastante uso subversivo del lenguaje popular, como instrumento desmitificador de dogmas sustentados solo en la falsa autoridad disfrazada de gravedad formal, es un rasgo que impregna por doquier toda la obra del autor.

A estas alturas, la interrelación de formas genéricas y su peculiar tratamiento han consumado ya la ruptura del primigenio modelo estructural del sueño literario. No hay (al menos en la versión original) exordio o introducción al sueño. No hay *viaje* al más allá; es este el que viene hacia Torres fragmentado en las cartas. No hay descripción del *escenario alegórico*, porque no hay alegoría posible. El ultramundo no es el deslumbrante ámbito definitivo de la verdad ideal y la realidad trascendente; por el contrario, está visto desde la vida, exclusivamente como negación de esta, como escueto y plano escenario de oscuridad, huesos, polvo y tiempo abolido. Como no hay tampoco *guía* que oriente al narrador en el mundo de la verdad, puesto que esta resulta tan problemática en el más acá como en el más allá, cuyos habitantes están también necesitados de información y verdades. Todos los personajes alternan las

funciones de orientadores y orientados, en una dialéctica que trasluce el laberinto inextricable en que se esconde la verdad inaccesible. Finalmente, tampoco tiene nada que ver la compleja y cerrada estructura de *Correo* con los rudimentarios arquetipos de construcción lineal, yuxtapositiva, "en sarta", dominantes en la tradición del sueño.

Guy Mercadier captó agudamente la estructura interior del texto como un "sistema torrescéntrico", una rigurosa arquitectura circular articulada en múltiples puntos de vista que se cierran concéntricamente sobre el personaje-narrador. Torres-autor proyecta su imagen en la del Torres-narrador-personaje, para contemplarla a su vez reflejada en múltiples instancias: el amigo interlocutor, el emisario del más allá[21], los cinco corresponsales, los tres amigos a los que cuenta su sueño al despertar[22], los lectores... Ciertamente, los lectores acompañamos perplejos al autor en el intento de captarse en el laberinto caleidoscópico de imágenes de sí mismo que ha fabricado en su obra.

La epifanía problemática del ser de Torres, en múltiple revelación especular, constituye, pues, el verdadero acontecimiento del relato. La riqueza y modernidad de los artificios distanciadores de tan compleja y relativizadora perspectiva hacen legítima la conclusión

[21] Mercadier [1981: 205 y 1991:34] lo identifica, aunque entre prudentes interrogaciones, con Dios; a nuestro juicio, funciona como portavoz del sistema de valores del poder.

[22] El doble final (la sentencia condenatoria del emisario tras el juicio y el despertar) crea una nueva reduplicación especular que no se revela hasta la última página; una ampliada "profundidad focal" que fuerza al lector a un nuevo y súbito reajuste de perspectivas: el narrador primario no es el "Torres" protagonista que vive el sueño y en él se adueña de la voz narrativa, sino el "Torres" despierto que cuenta a los tres amigos que comparten su cuarto el sueño que acabamos de conocer, y toma la decisión de escribir el relato que de hecho hemos leído.

de que "el crítico de hoy puede incluso sentirse tentado de ver esbozarse en ella los caminos que van a recorrer, del siglo XVIII al XX, los novelistas de la introspección moderna"[23].

Correo del otro mundo abre justamente a Diego de Torres las puertas de dos reinos de los que habitualmente ha sido desterrado: el de la modernidad y el de la novela.

3. Montante cristiano y político o un ajuste de cuentas

Comprobada la flexibilidad y las posibilidades prácticamente inagotables del marco genérico del sueño, Torres lo extiende un año después a un nuevo campo: el de los escritos polémicos que tanto proliferaron en el XVIII, al vaivén del nuevo individualismo y del choque de mentalidades.

"Me avisan de la Corte la gran lluvia de papelones contra mí. Caigan, que ya llueve sobre mojado", escribe –entre resignado y orgulloso– el autor al concluir su *Montante*. En el apartado anterior quedó anotado cómo la celebridad creciente del Piscator salmantino inició el diluvio de ataques contra él. Cada nueva obra encontraba alguna mano –habitualmente anónima o disfrazada tras un seudónimo– dispuesta a arrojar la piedra en forma de insulto o de burla, de libelo o de crítica no exenta de argumentos[24].

[23] Cf. Guy Mercadier [1981: 207].

[24] Entre los conservados están *Prácticos avisos con que el pronóstico de Salamanca de este año de 1725, instruido de los lectores, corresponde a su padre y autor el Bachiller Don Diego de Torres* (Madrid, F. Martñinez Abad, [1725]), de Jerónimo Ruiz de Benecerta; Torres respondió el mismo año con *Desprecios prácticos del Piscator de Salamanca a los Prácticos avisos de don Jerónimo Ruiz de Benecerta, dedicados o los señores majaderos, tontos, ignorantes, salvajes y necios del mundo* (Madrid, F. Monge). Joseph

Más importancia tuvo, como se apuntó anteriormente también, la campaña que algunos intelectuales de peso (como Feijoo y el médico novador Martín Martínez) emprendieron contra la astrología, a raíz del revuelo levantado por la atribución popular al Piscator de Salamanca de la predicción de la muerte de Luis I. En 1726 se publica el primer tomo del *Teatro crítico universal*. El Discurso 8 está dedicado a "Astrología Judiciaria y Almanaques", sin personalizaciones destacables. El 5 es "Medicina" y el 14 "Música de los Templos": médicos y músicos integran la turba que acosa a Feijoo y a Martínez al comienzo de *Montante*. Martín Martínez, cuya *Medicina escéptica* había sido defendida el año anterior por Feijoo[25], se apresura a corresponder con su apoyo. El 1 de septiembre firma su *Carta defensiva sobre el primer tomo del Teatro crítico universal*. No menciona a Torres, pero desliza alusiones inequívocas a la parte final de *Viaje fantástico* y se expresa despreciativamente hacia los Piscatores. Don Diego se dio por aludido, y el 30 de septiembre estaba concluida su respuesta: *Posdatas de Torres a Martínez*[26]. El combate se prolongó hasta el año siguiente con nuevas escaramuzas[27], a las que se

Matilde publicó *Carta de el Gran Paracelso al Gran Piscator de Salamanca. Notas y advertencias a su Viaje fantástico y Correo del otro mundo*, etc. (Madrid, B. Peralta), respondida por Torres con *Cargos al autor del Gran Paracelso* (Madrid, Juan de Moya). En notas al texto se hallarán otras referencias, como las *Glosas interlineales*, escritas seguramente por un entonces muy joven P. Isla. Tampoco el *Montante* se libró de la quema. Uno de los burlados en el texto (Juan Francisco de Corominas) respondió de inmediato con *Cantáridas amigables para remedio de sueños desvariados y consejos de Corominas a Torres dormido sobre el Montante que manejó en la pendencia música soñada* (Sevilla, M. Caballero).

[25] *Aprobación apologética del escepticismo médico* (1725).

[26] El opúsculo se imprimió en Salamanca, en la Imprenta de la Santa Cruz. No es preciso excederse en la malicia para percibir el humillante equívoco sexual con el que juega el título.

[27] Por parte de M. Martínez, *Juicio Final de la Astrología*, Madrid: Imprenta Real, [1727]. Torres respondió con *Entierro del Juicio Final*, Madrid: Imprenta de Antonio Marín, 1727.

sumaron algunos voluntarios en apoyo de uno y otro contendiente. La polémica de la astrología tendría serias repercusiones para la imagen intelectual de nuestro autor. Lo forzó a desempeñar el incómodo papel –a ojos de la posteridad– de "malo de la película". Porque por más que él defendiera una astrología "natural o experimental", depurada de adherencias supersticiosas, las vetustas raíces de tal ciencia lo dejan en inferioridad de condiciones. Y a la hora de esgrimir *autoridades* en su defensa solo puede apoyarse en una erudición rancia. Pero no me parece cierto ver en tal polémica el enfrentamiento del oscurantismo y el pensamiento moderno. Se discutían teorías desde semejantes actitudes mentales. Bajo la polvareda levantada por el orgullo herido y el instinto de autodefensa, ambos contrincantes se aferran al valor empírico de sus respectivos argumentos. Torres no puede aceptar que Martínez niegue algo tan comprobable como la influencia de "los cielos" (sol, luna, cambio de las estaciones, clima...) sobre mares, tierras, animales y salud humana. Por otra parte, la superior formación científica de Martínez no le exime tampoco de contradicciones y errores propios de aquel momento de encrucijada[28].

Volviendo a 1726, ya a principios de ese año Torres se había revuelto contra los primeros ataques recibidos. *Sacudimiento de mentecatos habidos y por haber* (el texto está fechado el 28 de febrero) fue un desahogo; pero contenía una proclamación profundamente subversiva de independencia y la afirmación de una moral

[28] Así, Martínez impugna la teoría de Copérnico, que no acepta ni siquiera como hipótesis (apartado VII de la mencionada *Carta defensiva*). Se le fue la mano en su negación de los influjos astrológicos y en su fervor químico-atomístico, y rechazaba la influencia de la luna en las mareas, que explicaba por un complejo proceso de fermentaciones químicas, etc.

personal vitalista que prácticamente no reconocía límites. Convertido en huésped molesto de la Corte –y quién sabe si "peligroso" a ojos de algunos–, no pudo resistirse a los convincentes argumentos del poder –representado por su futuro protector el obispo D. Gaspar de Molina, presidente del Real Consejo de Castilla– para regresar a Salamanca. La contrapartida debió consistir en facilitarle la oportunidad de acceder a la cátedra salmantina que antes se le había negado. Como flamante nuevo doctor y catedrático de Matemáticas se presenta ya, en efecto, al comienzo de *Montante*, distanciándose de la estirada seriedad y de la hipocresía que le rodean.

Entre tanto, las primeras respuestas e impugnaciones al *Teatro crítico de Feijoo* habían abierto un nuevo frente de batalla polémica que se prolongaría largos años[29]. Seguramente Torres no pudo evitar el vengativo placer de ver a sus más temibles críticos compartiendo con él el mismo calvario. Y añadió la ironía –o el sarcasmo– de ejercer de mediador, sin excluir la esperanza de obtener su propia paz.

Con aires de mojiganga grotesca, y apuntes expresionistas o cuasiesperpénticos que madurarán estéticamente y se intensificarán al año siguiente en la primera parte de *Visiones*, construye en *Montante cristiano y político* el escenario, siempre dominado por su homónima contrafigura ficticia, en el que hace desfilar a los personajes de la farsa, entre los que alternan sus propios adversarios y los de Feijoo. Los reproches que el mismo "Torres" dirige contra el monje no afectan al plano intelectual o a los contenidos doctrinales, sino a

[29] Puede encontrarse información sobre la copiosa bibliografía desencadenada por el enfrentamiento en J. A. Pérez Rioja ("Bibliografía cronológica de las polémicas feijonianas", en *Proyección y actualidad de Feijoo*, Madrid: IEP, 1965, pp. 243-268) y J. M. Caso y S. Cerra (*Obras completas* de Feijoo, I, Oviedo: Cátedra Feijoo, 1981).

su defensa personal. Le pide que se dedique a los devotos deberes de su estado, en lugar de abandonarlos para sembrar la discordia con sus críticas a quienes nunca le han atacado. Su sermón, no exento de ribetes paródicos, contiene un sincero alegato a favor de la libertad, la tolerancia intelectual y la convivencia[30]. "Los hombres nos necesitamos unos a otros; y esta dependencia es doctrina y disposición del Altísimo para que ninguno pretenda la deidad entre las gentes. Un hombre solo no puede ser todos los hombres. Y si hay entre vosotros alguno tan soberbio que se lo presuma, es la bestia más perniciosa entre la racionalidad".

De hecho, los años venideros demostrarían que Torres tuvo la honradez de aprender de sus críticos. Además de ir eliminando paulatinamente los componentes astrológicos de sus escritos médicos, en el episodio del escrutinio de la biblioteca de *El ermitaño y Torres* (versión de 1738) demuestra su conocimiento de libros científicos modernos cuya referencia bien pudo encontrar en los escritos de Martínez y Feijoo. Por ejemplo, Bacon de Verulam, Descartes, Maignan y Saguens, además de Tosca, en lo filosófico; los tratados químicos de Lemery y Kunckel o los médicos de Willis y Sydeham. No falta allí el elogio de los libros del propio Feijoo, al que precisamente defiende frente a los impugnadores del *Teatro crítico*. Conveniente desmentido del burdo pero repetido tópico que enfrenta intelectualmente a ambos autores.

[30] Cada loco con su tema: "El médico cure, el músico taña, y cada uno hará lo que le toca". "Si vuestra reverencia necesita algún calendario, venga a mí, que soy el que los hago, y le serviré con el alma y la vida. Y si yo quisiere desemporcar el alma, me acusaré a sus oídos. Si vuestras mercedes, señores músicos, enfermaren, aquí está el señor Martínez, que ese es su oficio, soldar las potras de la salud. Y cuando su merced se quiera divertir, denle vuestras mercedes una solfa con buena proporción".

Cabe añadir que Torres no incluyó el *Montante* en la magna recopilación de sus *Libros* de 1752. ¿Por considerarlo un texto menor? No tuvo remilgos para acoger títulos de igual o inferior rango. Parece preferible la explicación de que quiso evitar que alguna expresión irreverente, deslizada tiempo atrás en circunstancias peculiares, pudiera resultar engañosa respecto a su sincero y acrecentado respeto hacia el autor del *Teatro crítico*.

4. Final

"¡Válgame Dios, con qué viveza abulta la fantasía imágenes y copia figuras en el taller del sueño! ¡Con qué libertad vuela sin el freno de la razón por espacios nunca descubiertos!", leemos al comienzo de la Jornada I de *Viaje fantástico.*

Es necesario preguntarse finalmente por la naturaleza de la razón de cuyo freno el sueño libera en el caso aquí estudiado. Cuando casi un siglo después el genio sombrío de Goya denunció la deformación monstruosa y la siniestra degradación de lo humano que el sueño de la razón engendra, se estaba expresando desde la desvanecida esperanza de las ideas reformistas ilustradas en las que creyó; tal vez desde unas convicciones liberales radicalizadas por el recrudecido asedio del absolutismo y el dogmatismo oscurantista, tal vez desde el escepticismo o el desengaño amargo de una derrota asumida. La razón durmiente en los *Sueños* del escritor salmantino no es el espíritu crítico racionalista que la entonces aún lejana Ilustración abrazaría como vía exclusiva de conocimiento de la realidad y como única guía posible hacia horizontes de felicidad individual y colectiva; es, por el

contrario, su eterna enemiga la razón dogmática, en su variante escolástica contrarreformista, al servicio de un férreo sistema aún dominador y excluyente en su prepotente vigencia. La abolición por caminos oníricos de semejante control abre nuevos espacios de libertad a la expresión de una sensibilidad disidente, cuyo radical individualismo exige la transgresión de un sistema de valores que hubiera hecho imposible su heterodoxo proyecto de mundana felicidad y plenitud existencial. La fantasía se convierte así, paradójicamente, en inesperado instrumento crítico al servicio de la racionalidad[31].

MANUEL MARÍA PÉREZ LÓPEZ
Universidad de Salamanca

NOTA A LA EDICIÓN

El texto de *Viaje fantástico* es el de la primera edición de la obra (Salamanca, 1724). Hemos tenido a la vista la edición sevillana de Diego López de Haro (1725) y la posterior versión refundida y ampliada (*Anatomía de todo lo visible e invisible*, Salamanca, 1738) a efectos de confirmar erratas, resolver lecturas dudosas y cotejar criterios de puntuación.

Se ha tomado también como base la primera edición de *Correo del otro mundo*, Salamanca, Eugenio García de Honorato y San Miguel [1725]. En las notas nos referimos a ella como *P*. La segunda versión aparece en la edición de *Sueños morales* de Salamanca, 1743 (en las notas, *S2*) y pasa con ligerísimas variantes a la edición de los *Libros* de Salamanca, 1752 (*S3*), la última que pudo controlar el autor. Las variantes significativas se recogen en notas a pie de página (a excepción del nuevo prólogo a los lectores que, por su extensión, se reproduce al final, en el Apéndice II). No obstante, se han aceptado e incorporado algunas de estas variantes que, sin alterar el planteamiento original, corrigen construcciones sintácticas confusas u otras imperfecciones expresivas. Dejamos siempre constancia de cualquier intervención, por lo que el lector puede reconstruir fácilmente el texto de

[31] Cfr. Manuel M. Pérez López. "Los *Sueños* de Torres Villarroel o la ilusión racional.

ambas versiones. Se tuvieron en cuenta también las ediciones de Madrid de 1791 (Imprenta de José Doblado) y 1794 (Imprenta de la Viuda de Ibarra), para comprobación de posibles erratas y cotejo de los abigarrados criterios de puntuación de las ediciones anteriores.

En *Montante cristiano y político* reproducimos el texto de la primera edición (Madrid, Juan de Moya, 1726), que hemos podido cotejar con una de las reimpresiones sevillanas (1730) de Diego López de Haro. Esta obra no fue incluida por su autor en la recopilación de sus *Libros* (Salamanca, 1752).

En las tres obras hemos modernizado la ortografía (excepto en los casos en que implica peculiaridad gramatical o expresiva) y la puntuación, incluyendo la división de párrafos y la separación gráfica de los diálogos, perdidos en el amazacotamiento gráfico propio de las ediciones de la época.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, "Sobre utopías y viajes imaginarios en el siglo XVIII español", en *Homenaje a G. Torrente Ballester*, Salamanca: CAMP, 1981, pp. 351-382.

CAPEL, Horacio, "Organicismo, fuego interior y terremotos en la ciencia española del siglo XVIII", *Geo-Crítica*, 27-28 (1980), pp. 5-95.

ETTINGHAUSEN, Henry, "Torres Villarroel's Self-Portrait: The Mask behind the Mask", *Bulletin of Hispanic Studies*, LV (1978), pp. 321-328.

GARCÍA BOIZA, Antonio, *D. Diego de Torres Villarroel, ensayo biográfico*, Madrid: Editora Nacional, 1949.

GÓMEZ DE LIAÑO, Ignacio (ed.), *Athanasius Kircher. Itinerario del éxtasis o las imágenes de un saber universal*, Madrid, Ediciones Siruela: 1986.

GÓMEZ TRUEBA, Teresa, *El sueño literario en España*, Madrid: Cátedra, 1999.

GRANJEL, Luis S., *La medicina y los médicos en las obras de Torres Villarroel*, Salamanca: Universidad, 1952 (reprod. en *Humanismo y medicina*, Salamanca, Universidad, 1968, pp. 245-313).

GUILLÉN, Claudio, "El pacto epistolar: las cartas como ficciones", *Revista de Occidente*, 197 (1997), pp. 76-98.

HAFTER, Monroe, "Toward a History of Spanish Imaginery Voyages", *Eighteenth Century Studies*, VII (1975), pp. 265-282.

ILIE, Paul, "Dream cognition and the Spanish Enlightenment: Judging Torres Villarroel", *Modern Language Notes*, CI (1986), pp. 270-297 (Trad., "El conocimiento a través de los sueños y la Ilustración española", en *Revisión de Torres Villarroel*, Manuel María Pérez López y Emilio Martínez Mata (eds.) [1998], pp. 37-60.

MARTÍNEZ MATA, Emilio, *Los "Sueños" de Diego de Torres Villarroel*, Salamanca: Universidad, 1990.
— "La sátira de la justicia en la obra de Diego de Torres Villarroel", *Anuario de Historia del Derecho Español*, LVIII (1989), pp. 751-762.
MERCADIER, Guy, Introducción, ed. crítica y notas de *La barca de Aqueronte*, París: CRIEH, 1969.
— 'Narcisse romancier' a l'espagnole, *El correo del otro mundo* (1725) de Torres Villarroel", *Cahiers d'Études Romances*, 2 (1976), pp. 29-43.
— *Diego de Torres Villarroel. Masques et miroirs*, París: Editions Hispaniques, 1981.
— "Los albores de la autobiografía moderna: el *Correo del otro mundo* (1725) de Diego Torres Villarroel", *Anthropos*, 125 (1991), pp. 32-35.
PÉREZ LÓPEZ, Manuel María, Introducción, ed. y notas de *Los desahuciados del mundo y de la gloria*, Madrid: Editora Nacional, 1979.
— Introducción y ed. de *Prosa narrativa* de Diego de Torres Villarroel, Madrid: CEGAL, 1994.
— "Los *sueños* de Torres Villarroel o la ilusión racional", *Anthropos*, 154-155 (1994), pp. 144-150.
— "Para una revisión de Torres Villarroel", en Manuel M. Pérez López y E. Martínez Mata (eds.), *Revisión deTorres Villarroel*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1998.
— Introducción, ed. crítica y notas de *Correo del otro mundo*, Madrid: Cátedra, 2000.
SEBOLD, Russell P., Introducción, ed. y notas de *Visiones y visitas*, Madrid: Espasa-Calpe, 1966.

Viaje Fantástico

✝

VIAJE FANTASTICO
DEL GRAN PISCATOR
DE
SALAMANCA.

JORNADAS POR VNO, Y OTRO MUNDO
DESCUBRIMIENTO DE SUS
ſubſtancias, generaciones, y
producciones.

CIENCIA, JUIZIO, Y CONGETURA
de el eclypſe de el dia 22. de Mayo de eſte
preſente año de 1724. (de el qual han eſcrito
los Aſtrologos del Norte) las reglas generales
para judiciar de todos los eclypſes, que
puedan ſuceder haſta la fin
de el mundo.

DEDICADO
AL SEñOR D. ALEXANDRO NAVARRETE,
Cavallero del Avito de Santiago, Pagador, y Teſorero General de Juros, y Mercedes.

POR SU AUTOR
EL BACHILLER DON DIEGO DE TORRES,
Profeſſor de Filoſofia, y Mathematicas, Subſtituto à la Cathedra de Aſtronomìa de Salamanca, &c.

Impreſſo en dicha Ciudad cõ las licencias neceſſarias.

Prólogo a quien leyere

El doctísimo Atanasio Kirker[1] escribió con notable extensión y dulzura este *Viaje* en un libro que después intituló *Camino extático*, y en él dice que fue llevado del ángel a registrar todas las oficinas del orbe. Otro, de cuyo nombre no quiero acordarme, hizo pacto con el demonio porque le descubriese las maravillas de esta cósmica máquina[2]. Yo no soy tan bueno como el uno ni tan malo como el otro, porque ni ha querido guiarme el ángel ni yo quiero que me lleve el diablo. Los dos escribieron como espíritus, y yo como pobre hombre, conque se discurre la diferencia que habrá de sus papeles a este borrón. Sin más lazarillo que mi fantasía y durmiendo a pierna suelta, he concluido las mismas jornadas; es verdad que ha corrido la posta[3] mi pensamiento. Los dos, como llevaban compañía de su gusto –y que les haría el gasto–, pudieron detenerse en él; pero yo, como llevaba pocos cuartos, no pude detenerme sin irreparable atraso y descomodidad.

Yo, lector de mi alma, te doy compendiadas en estas cortas hojas las maravillas de una y otra esfera,

[1] Sobre Athanasius Kircher, véase Introducción.

[2] Dentro del repertorio tradicional de pactos diabólicos, y teniendo en cuenta la estación de salida de este viaje (la Cueva de Salamanca), el referente más probable de esta alusión es don Enrique de Villena, al que aludirá más claramente al comienzo de la Jornada I.

[3] *correr la posta*: recorrer rápidamente las estaciones de un itinerario. Las *postas* eran las caballerías de refresco y los lugares intermedios en que se situaban.

no omitiendo sustancia que no ponga en tu noticia. Por Dios, que te contentes por ahora, mientras con más extensión y hoy más despierto puedo poner en tu mano mejor escrito este asunto. Y si no me quieres aguardar a mí, libros discretos hay para todos: búscalos y diviértete, si tienes que comer; y si no, ni los leas ni te acuerdes de ellos, que te hurtarán el tiempo y morirás de hambre. Pero si tu Mercurio[4] te arrastrare a ser estudiante, ponte a letrado, médico o poeta (que ya son ricos), que son oficios fáciles y que valen dinero; porque nunca faltan pendencieros, glotones y ociosos, y en sus vicios tendrás sobrado patrimonio.

Con notable gusto me he dedicado a escribirte en ocho días (que no nos han dado más lugar los astrólogos del Norte)[5] este librito. Y te aseguro que solo me queda la aflicción de saber que escribo para la curiosidad y no para la ambición; y como es más el número de ambiciosos que de curiosos, con razón temo que vayan mis hojas a ser estrado de empanadas y hojaldres. Pero tendré paciencia, porque es imposible enmendar el mundo.

Y en fin, lector amigo, si te cuesta dinero leer mi obra, échala las blasfemias que quisieres, que tendrás razón; pero si te la regalo yo o viene a tus manos de balde, disimula lo malo que en ella hallares; calla y déjala correr, pues no te cuesta nada, y vivamos todos, que otras cosas peores tragarás al fin del día. Y ya que te agasajo yo en mis Prólogos, no me injuries, que si logro el fin para que escribo (que esto solo te callará mi amistad), puede ser que no te contemple tanto; y aunque no lo logre, también me reiré de ti si eres mordaz, como te tengo dicho en mis *Pronósticos*.

Y ahora, adiós, amigo.

[4] *Mercurio*: aquí, "temperamento", "inclinación".

[5] Se refiere a que algunos astrólogos europeos se habían anticipado en escribir sobre el eclipse del 22 de mayo de 1724.

Introducción y provisiones precisas para el viaje

Amortajado en un raído ropón, media melena en el bonete y la otra porción a trechos enredada, los ojos acostados y todo yo a escuras, buscando al tiento mis potencias, salí –sin saber si salía– de mis tablas una de las tardes del Julio a despedir las modorras de una siesta. Y fuese el estar todavía sin alma, o durar en el cerebro los humientos foligines[6] del narcótico, sin tino me tiré en una silla y, un muslo sobre otro, mordiéndome las uñas de la mano izquierda, me volví a quedar con la fantasía entre dos luces y el entendimiento a buenas noches.

Con la quietud de mi solo retiro y en el nuevo descanso de mi silla, se volvió a morir la tercera parte del alma[7]; la memoria se reclinó en las orillas de sus cavidades y la razón, perdida entre la multitud de espíritus y confusión de especies, dejó correr a la fantasía por las espesas mansiones del seso, soñando a instantes y delirando a momentos. Y como los sueños del animal son los que vulgarmente ocurren y dependen de la disposición del primer sensorio, siendo fantasmas de su idea las frecuentes cogitaciones del día, yo había leído aquella mañana en el *Camino extático* de Atanasio Kirquerio, o poco antes había oído leer el en-

[6] *foligines*: hollines.

[7] Es decir, la voluntad, que con la memoria y el entendimiento completaba las "potencias del alma" según la doctrina escolástica.

tretenimiento ocioso político de la *Gaceta* del día 13 de junio, que en el capítulo de París y Londres expresaba las altas cavilaciones y conjeturas que los astrólogos y observadores hacían del eclipse de 22 de mayo de 1724. Y sin duda la lección de Kirquerio, o las novedades de la *Gaceta*, o uno y otro pensamiento barajado despertaron en la imaginación la siguiente burla.

Persuadime que, sin tocar la puerta, se entraron de tropel unos cuantos amigos a mi cuarto y, sin otra salutación ni más deo gracias que su despecho, el más hablador me decía:

—¿Cómo vuestra merced, señor cachiastrólogo, en un eclipse cuya naturaleza y efectos tienen alborotado al Norte y sus menos perezosos observadores están escribiendo, vuestra merced no hace más que apuntar en su *Pronóstico* el simple cálculo del día y la hora? Que en los minutos hay su más y su menos. Amigo mío, déjese de coplas, que bastantes perdularios tiene la Corte dedicados a ese chacorrero[8] estudio. Un pronóstico debe ser una efeméride, y así es trabajo útil.

Cortele el hilo, porque no me pusiese como un trapo, y dije:

—Si los astrólogos del Norte y de Francia tuvieran tan fatal estrella como nosotros, los viera vuestra merced más dados al vicio de la poltronería. ¿Parécele a vuestra merced poca honra la de Corsini y Miraldi, que fueron llamados a Trianón de su rey para que le explicasen la naturaleza de este eclipse? Por menos honra y menos provecho me hubiera yo dado veinte noches malas, y hubiera espiado todos los posibles movimientos de la esfera. Demás, que el legista come fiado en el enredador y litigioso; el médico tiene su patrimonio fundado en nuestra intemperancia y desorden; el poeta vive con

[8] *chacorrero*: chocarrero o fullero, tramposo.

nuestra ociosidad; el sastre con nuestras vanidades; el arrendador con nuestra soberbia, que es una gran finca y la más segura, la de los vicios. El pobre astrólogo fundó su mayorazgo en la curiosidad, y apenas se supo en España que era virtud, la echaron de sus territorios. Dios ha repartido los bienes con toda igualdad en los hombres y no quiso darlos todos a uno, porque no hubiese uno que no tuviese que pedir y mendigar a los otros, y así nos debemos cambiar nuestras mercadurías. Si Dios o el diablo le dio a vuestra merced dineros y no le dio astrología, cambie parte de sus doblones por mis juicios, y atropellémonos todos. Y si no, ya que vuestra merced quiere tener llenos sus talegos, estese con la cabeza vacía, que yo no quiero trabajar de balde; que necesito la vida para buscarla por otra parte menos desdichada que este camino. Y esos *Pronósticos*, sepa vuestra merced que los escribo solo porque me gastan quince días al año; que si me hurtaran un día más, los dejara. Y eso lo tomo como entretenimiento, no como estudio. Y a lo que me dice, que debía ser una efeméride, respondo que la ignorancia de vuestra merced y el aborrecimiento a las dignas curiosidades saca de quicio las esencias y trabuca todas las cosas. ¿Qué entendiera vuestra merced ni otros si le pusiéramos en el *Pronóstico* sola la figura celeste? ¿Qué filosofía ha leído vuestra merced para judiciar de sus disposiciones? Conténtese con saber en el día que vive y rece al santo, y sepa los cuartos de la luna. Y si quisiere más, cuéstele su estudio y su dinero, que en el oficio ajeno ya sabe vuestra merced lo que sucede[9].

Más iba a decir, pero otro mozo más modesto dijo:
—Tiene razón el señor astrólogo. Si su facultad está en los últimos calabozos del desprecio, si los papeles que

[9] Alude seguramente al refrán “Oficio ajeno, dinero cuesta”.

hablan de sola su profesión los arrinconan, ¿por qué han de poner al público obras que desprecie nuestra ignorancia? ¿Por qué han de gastar caudales en sus impresiones y por qué han de perder el tiempo?

—Dejemos esas impertinencias –dijo otro de los perillanes– y sepamos a lo que venimos.

—Yo bien sé –les volví a decir– que vuestras mercedes son hombres que tienen negocios por aquellos países, y quizá sus corresponsales les habrán escrito que se ha de morir medio mundo con este eclipse y, curiosos, vienen a saber cómo miento yo para cotejar después juicios.

—Es así –respondieron todos.

—Pues con el alma y la vida –dije yo– explicaré a vuestra[s] merced[es] lo poco que yo puedo haber observado y lo que hubiere leído en tal cual librillo que, por roto, quizá se escapó de las especerías. Pero para que vuestras mercedes –que no tienen principios meteorológicos– puedan informarse, es preciso que tengan paciencia y se vengan conmigo, que hemos de hacer un viaje por este mundo elemental y parte del otro, que quiero que lo registren con los ojos. Y aunque se cansen, yo sé que al cabo de la jornada no les pesará, porque se han de alegrar de saber la fábrica de este globo que pisamos, así la exterior como la interior. En ella hemos de ver las generaciones de los tres tesoros con que se enriquece: mineral, animal y vegetable; y, atravesando por la vasta región del aire y fuego, en uno y otro notaremos sus impresiones y cómo la sagaz naturaleza congrega, dilata, cuece, condensa las lluvias, los granizos, los truenos, etc. Y después, subiendo a los montes de la Luna y esfera del Sol, veremos su fábrica, materia, el motivo de perder sus luces y restaurar sus resplandores. Y, descansando de este viaje otra vez en esta superficie, sabremos estas impresiones eclípticas,

así las de este eclipse como de cuantos pueda haber hasta la fin del mundo.

Todos, sin más reflexión que mi propuesta, dijeron:

—Vamos, vamos.

Y tomando yo las de Villadiego, y ellos lías y Juan Danzante[10], dimos principio a la primer jornada.

[10] Juega con la expresión de germanía “tomar viñas y Juan Danzante”: salir huyendo.

Jornada I

Descubrimiento del mundo subterráneo, noticia de sus generaciones, metales, piedras y medios minerales, y de toda su fábrica y oficinas interiores

¡Válgame Dios, con qué viveza abulta la fantasía imágines y copia figuras en el taller del sueño! ¡Con qué libertad vuela sin el freno de la razón por espacios nunca descubiertos! Estaba yo, sin duda, padeciendo la primera fuerza del letargo, cuando más vivamente y a mi parecer más despierto creí que me hallaba con mis amigos, a la boca de una cueva (que es gran cosa el sueño para cabalgadura, que en un abrir y cerrar de ojos se halla uno mil leguas de su casa), y que uno de los caminantes traía en la mano un mechón de trapos almidonados de resina, pez, azufre, cera y otros ingredientes, que daban pabilo a una crecida y durable llama, sin saber cuándo ni dónde compuso ni encendió tal enjerto (aunque los trapos ya discurro que los sacaría de mi posada), y dijo él:

—Esto de ver con el entendimiento es bueno para los metafísicos. Yo, si no me informo con los ojos, me río de toda la Filosofía. Yo iré delante y vuestra merced me mandará parar donde hubiere que ver, para que todo lo registremos a mejor luz. Y ahora, díganos vuestra merced qué tierra es esta.

—Esta es –le dije– mi patria. Esta cueva es aquella universidad donde enseñaba el diablo y donde hurtaron la sombra a aquel marqués que se volvió gigote[11].

—Antes que pasemos adelante –dijo uno–, sepamos por vuestra merced, que es de Salamanca, qué verdad tiene esta historia.

—Yo solo sé por noticia nocional, desde mis abuelos, que esta cueva era morada del santo varón San Cibrián, y su penitencia la hizo en una ermita cuya arquitectura componían esos destrozos y ruinas que veis ahí. Y esta tenía comunicación a la cueva; y después, con el tiempo, se ha vuelto a cegar. De los otros cuentos no hay más noticia que la que trae el cardenal Aguirre en el libro que intituló *Ludi Salmanticenses*[12]; y en unos manuscritos que tiene la librería de la Compañía de Jesús de esta ciudad están apuntadas estas historias. Esto no es del asunto. Otras advertencias tenía que hacer a vuestras mercedes más del caso, pero en el camino las diré; que temo, si nos detenemos, nos falte la luz al mejor tiempo.

Guió el del mechón y los demás iban divertidos en mirar los varios colores de las venas que se descubrían en la tierra; otro se maravillaba de ver las piedras y pedazos de peñas de varia dureza y vario colorido.

[11] "¿No has oído decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?", le pregunta el "reconstruido" Enrique de Villena al narrador de *El sueño de la muerte*, de Quevedo. Cuenta también la leyenda que el "marqués" de Villena burló al diablo, para no quedar a su servicio, haciéndole creer que era invisible y ocultándose en una tinaja (o redoma en otras versiones), y huyendo después tras abandonar su sombra, para que no le delatara. La leyenda de la Cueva de Salamanca, donde el demonio mismo ejercía la cátedra de artes mágicas, ha dejado una larga estela literaria (Cervantes, Alarcón, Rojas Zorrilla, etc.).

[12] Se trata de José Sáenz de Aguirre (Logroño, 1630-Roma, 1699), teólogo benedictino, profesor en Salamanca y rector del Colegio de San Vicente. Fue nombrado cardenal en 1686 por Inocencio XI. El libro *Ludi Salmanticenses, sive theologia florentula* se publicó en Salamanca en 1667.

Pero lo que más les horrorizó fue el estruendo y ruido con que por otra de las roturas de la tierra se desguajaba un inmenso golpe de agua, y que esta, por otras venas y acueductos, se esparcía por todo el reino interior de la tierra. Tiré de la ropa al de la luz; parose, y dije:
—Muchas cosas han visto vuestras mercedes ya de especial consideración. Y así, antes de desnudarnos para pasar al otro lado –que nos será preciso–, vamos averiguando y descubriendo estos fenómenos. Es la Tierra un vaso y recibimiento de los cuerpos sólidos y celestiales movimientos, pues a la circunferencia de su centro se dirigen todos sus influjos, llevando por natural inclinación a su punto todos los cuerpos graves, menos aquellos que, por el beneficio de la solidez, son retenidos en la superficie. Y todos los cuerpos leves huyen de su centro; y así, estos vapores que sentimos son unos alientos nitrosalinos y sulfúreos que, como forasteros de este centro, los arroja y eleva así el calor del Sol como el fuego subterráneo que cuece en estas entrañas. Y ellos, buscando los poros de la tierra, se penetran hasta encontrar el aire; y los que en aquella esfera endureció y condensó la frialdad de aquella región, bajan más térreos a buscar su centro, de tal modo que continuamente suben vapores y bajan, siendo el calor y luz del Sol y la humedad de la Luna, y el especial influjo de los demás cuerpos etéreos, universales agentes que producen en la disposición de esta materia elementar estas formas y especies. Díjolo Hermes en su *Tabla Smaragdina*: *Rei unius pater est Sol mater vero Luna, portavit ventus hanc rem in suo ventre (est rursus quod prius), nutrix eius terra est*[13].

[13] Se refiere a Hermes Trimegistos, el viejo dios egipcio Thoth reciclado a la griega, supuesto autor o revelador de una serie de escritos de cosmogonía, astrología, magia, alquimia, filosofía, física, etc., origen del *Corpus Hermeticum*, cuya pervivencia en el humanismo europeo

—De modo, señor astrólogo –dijo uno de los compañeros–, que la naturaleza, a quien llaman los filósofos *principium motus, et quietis eius in quo est*[14], viene a ser un ejercicio del cielo con los elementos. Y a lo que llaman *materia prima* o *substantia receptiva formarum*[15], es toda la región elementar. Y a lo que dicen *forma*, o *certa totius corporis singularumque partium dispositio*[16], es una acción y potencia de aquella etérea región en esta elementar.

—Sí, señor –le dije–, y estos son los principios del ente natural y los de cualquier compuesto físico. De suerte, caballeros, que ya que estamos de espacio, quiero (pues la Filosofía no es otra cosa que un conocimiento de las cosas naturales) hacerles a vuestras mercedes filósofos sin gastar tres años en hacer silogismos, sin pasar por los rudos principios del *barbara celarent*[17] y las demás impertinentes disputas. Y supuesto ya esto como prenotable a nuestro intento, oigan vuestras mercedes.

»Todas las materias que oculta este mundo subterráneo son tres: piedras, metales y medios minerales.

---

fue más importante de lo que en principio pudo sospecharse. La Tabla mencionada es la *Tabula Smaragdina* (o *Esmeralda*), obra de culto para los alquimistas. Traducción de la cita: "El Sol es el padre de la Única Cosa y la Luna la madre; el viento ha llevado esta Cosa en su vientre (es de nuevo lo que ha sido antes); la Tierra es su nodriza".

[14] "[La Naturaleza] es el principio del movimiento y del reposo en el que se halla". La cita corresponde a Santo Tomás de Aquino, *Comentaria in octo libros Physicorum* (I, 1, 3).

[15] "Materia prima y sustancia receptora de las formas". Torres repite aún los rudimentos de la física aristotélica, claramente sustituida ya por la atomística en *Anatomía de todo lo visible y lo invisible* (1738).

[16] "Forma o disposición fija de todo el cuerpo y de cada una de las partes".

[17] *barbara celarent*: en el original, *celarem*. No hay traducción de esta expresión. Era el comienzo de unos versos mnemotécnicos para recordar las figuras de los silogismos.

Estos géneros se engendran de la proporcionada mixtión de tierra y agua, manteniendo también en sí porciones de los cuatro elementos, pues es indubitable que cualquier sulfur y licor retiene en su cuerpo al aire oculto. Esas piedras que vuestras mercedes ven, las fabrica la sagaz naturaleza de mixtión de mucha tierra y poca agua; y el motivo de que unas sean más cristalinas, otras más lucidas, otras más duras y otras más suaves, es la mayor o menor cocción que hace en ellas el fuego ya de los celestes cuerpos, ya el que está encerrado en estas cavernas.

»La generación de los metales es de mucha agua y poca tierra. Esta poca porción se convierte en sulfur, y la mayor cantidad de agua en argento vivo o azogue. Y condensada y unida el agua al sulfur en la diuturna[18] decocción, la tierra se clarifica y, destruidas las partes más térreas, queda el metal. En los colores que vuestras mercedes vieron, digo que toda materia preparada para metal, como otra cualquiera materia cocida, es negra al principio; en la segunda decocción se hace blanca, y de la tercera resulta el color rubro, que es el más perfecto y el último que hace el fuego en los metales. Vámoslo viendo en el oro, que es el más puro y que tiene menos porción térrea. El influjo del Sol y el calor subterráneo encuentran en la tierra proporcional mixtura de ella y el agua; únense con la diuturna decocción estos cuerpos y resulta el argento vivo; y después en la tercera preparación salta la bellísima criatura del oro, que fue a los principios negro sulfur, después blanco argento y al último pálido oro, siendo la tierra y agua su remotísima materia, el vitriolo la remota y la inmediata el argento vivo y el sulfur. Los químicos, consultándose con su siglo y con la posteridad, han intentado a fuerza de

[18] *diuturna*: muy prolongada o duradera.

tragar humo y gastar carbón, considerando el temperamento y materias del oro, hallar el temperamento fingido del oro juntando partes vegetables y minerales y queriendo hallar un calor material que pueda suplir el del sol. Pero es locura, porque no puede haber fuego material de aquel especial influjo, ni puede haber humano conocimiento que pueda conocer entre las térreas materias cuál sea la más dispuesta para esta transformación.

—Hemos entendido –me dijo uno– su doctrina de vuestra merced, y discurro yo también que no habrá metal que no esté empreñado del azogue; y que todos los metales vienen a ser oro imperfecto o no bien cocido, o ya por sobra o falta de precisa materia, o por sobra o falta de preciso calor.

—Es así –respondí–; pero además destas precisas materias y decocciones que hemos dicho, es de advertir que en cada metal trabaja con especialidad un cuerpo celeste. Y así el Sol es el que purifica el oro; la Luna es la que trabaja en la plata; Saturno en el plomo; en el hierro Marte; en el estaño Júpiter y en el alatón Venus. Y esta impresión y especial influencia la deducen los filósofos por la similitud que en las cualidades tienen estos metales con aquellos astros; y así como Saturno es frío y seco y el plomo tiene la misma cualidad, de aquí es que dicen los filósofos que es necesario el especial influjo de estas estrellas en cada metal. Los medios minerales son los que, ya del todo preparados, se descubre en ellos porción lapídea y metálica. Estos son la magnesia, la tutía[19], el oro pimento, antimonio, estibio, arsénico, alumbre, sulfur y otras infinitas sales.

—Basta esto acerca de los metales (que puede acabársenos la luz), y ahora volvamos –dijo uno– al asunto

[19] *tutía*: atutía, óxido de cinc.

de las piedras; y díganos vuestra merced en qué consiste esta hermosura de los diamantes, esmeraldas y demás piedras preciosas.

—Digo, pues, que la generación y materias de estas es la misma que la de las otras, pero también por la semejanza de sus cualidades las cuece especial influjo con proporcionada mixtura; de suerte que el carbunclo se forma de tierra del Sol y de su influjo; el diamante, del cielo de la Luna y de su tierra; el zafiro, de tierra y cielo de la Luna y tierra de Júpiter mezcladas; y la esmeralda, de tierra del sol e influjo de Marte; y así de las demás. Y esto lo experimentan los químicos en sus transmutaciones, pues tomando porción de estas tierras y añadiendo varios vegetables, con proporcionado calor material, fingen semejantes piedras y fabrican en breve, aunque con notable imperfección y poca existencia, metales y piedras en cuya creación tarda más de mil años la sagaz naturaleza.

Cuando yo estaba acabando este discurso, ya se habían desnudado algunos y aún iba nadando el del mechón. Echaron los demás conmigo ropa fuera y, cogiéndola al hombro, pasamos al otro lado de aquel brazo horroroso de mar. Y mientras nos enjugábamos y nos vestíamos les dije:

—Este río que hemos pasado, que se precipita con soberbia furia por esas cavernas, es el agua del mar; de manera que en sus suelos y fondos se experimentan varias y diversas roturas y bocas, por donde sus aguas se despeñan a estas entrañas; y la de este río es la mayor, y es una horrorosa garganta que está debajo del Polo Ártico. Y dividiéndose esta agua por ocultas sendas y conductos, se va repartiendo por todo este globo interior, y luego se vuelven a unir y salen por otra puerta o rotura que está debajo del Antártico, siendo esta circulación de las aguas subterráneas el motivo de perpetuarse en la superficie de la tierra las fuentes, ríos

y lagunas, volviendo también estas a entrarse en el mar. Y esta es la causa de no salir el mar de sus límites, porque cuanta agua recibe de sus caudalosas corrientes de ríos y fuentes la vuelve a arrojar por estos conductos subterráneos, y con esta perpetua circulación no da lugar a exceder sus límites.

—Poco a poco –me replicó uno de los camaradas. ¿Por dónde sabremos ser cierta esta circulación, y que en los fondos del mar hay esas roturas? Porque yo sospecho que no habrá habido en los más insignes náuticos buzo tan perspicaz que haya podido ver esas roturas. Y aunque yo había oído decir que uno que hizo pacto con el diablo, guiado su espíritu del otro infernal, fue llevado a registrar todas estas maravillas y después las dejó comunicadas, ni a él ni al diablo creo, mientras no me den razón en la misma naturaleza.

—La prueba de esto es –le respondí– porque debajo del Ártico y Antártico jamás han podido llegar naves, porque es tan precipitada la furia con que se despeña el agua a estas bocas y roturas, que arrebatadas de su corriente se sorbe también las naves. Y esto sucede en muchas partes del mar, pues la causa de tantos remolinos como hacen las aguas es sola esta desigualdad y cisuras de sus fondos.

Íbamos caminando, y no sin notable horror vieron mis amigos diferentes cavernas y profundidades, unas llenas de fuego, otras de aire, y otras (estas eran las más) de agua.

—Estas profundidades –les dije– son oficinas donde la nunca ociosa naturaleza labra con la virtud de esos elementos las hermosas sustancias y especies con que llena y adorna los tres reinos, mineral, vegetable y sensitivo, continuando sus operaciones con incansable fatiga. Las salobres aguas del mar, llenas y preparadas de los celestes influjos, se desguazan por dichas

roturas y corren por varias partes de este cuerpo terráqueo. Llénanse estas cavernas (a quienes los filósofos llaman abismos o *hidrofilacios*); y estas, por la virtud del fuego que está en estas vecinas cavidades que veremos, se cuece y se altera; y, separando lo sutil de lo craso, rompe y penetra los poros y cisuras de la tierra y sube en alientos y vapores. Estos, parte se congrega en nubes, parte se convierte en fuentes cuando entran en los huecos de los montes; y a las porciones más salitrosas las prepara el fuego y, según la disposición y mixtura, las cuece y convierte ya en plata, y en ese oro que han visto vuestras mercedes. Al ir, pues, penetrando estos poros la parte sutil de aquellos hálitos, a las orillas de las cisuras por donde pasan se van dejando lo más bituminoso y sulfúreo; y de eso se engendran esos medios minerales que vuestras mercedes ven repartidos por esas venas, como el arsénico, oro pimente y muchas sales y venenos; y estos con los días y siglos hacen una física transmutación.

»La porción de agua que está cerca de esas venas se conserva cálida por la cercanía de este fuego subterráneo; y rompiendo la tierra y llevándose consigo estas cuantidades de alumbre, vitriolo, azufre, etc., hace las aguas saludables. Y a estos conductos llaman *baños* y *termas*, cuyas aguas son maravillosas y medicinales; al contrario, cuando pasa dicha agua por el azufre adusto, betún, arsénico calcinado, son venenos, por las malignas y retostadas cualidades que en sí tienen aquellas térreas porciones. El origen también de las lagunas es esta agua que por las roturas y poros de la tierra, por secretos conductos las comunican estas cavernas o hidrofilacios. Y hay algunas cuyas aguas están estancadas, debiéndose solo a los hidrofilacios su copia y manutención; porque ni entra en ellas ni sale río. Otras reciben ríos y fuentes y no sale ninguno de ellas; pero por canales secretos

vuelven a entrar en la tierra y despiden tanta agua como reciben. Y otras, sin recibir corriente alguno ni río, son nacimiento de muchos caudalosos ríos; y estas reciben el agua por los arcaduces ocultos de estos hidrofilacios.

Reparó el del mechón que se le humedecían demasiado sus trapos y, medio espantado, dijo:

—¡Vive Dios, que llueve! Pues ¿qué nubes puede haber debajo de la tierra?

—No se asusten vuestras mercedes –les dije a todos– de ver lluvia en estos abismos, que es muy natural. Estas aguas despiden de sí copia de vapores, el fuego las eleva y calienta, penetran las grutas frías de la tierra y apenas han llegado a tocar a las piedras se endurecen dichos vapores, y entonces más condensados se deshacen en agua, como en muchas cuevas habrán visto vuestras mercedes que de sus petrosos techos se derraman algunas gotas, a quienes el vulgo llama manantiales y son sudores de aquel congelado humor. También hay truenos y relámpagos, y aun más fuertes que los que oímos en la tierra exterior; y es la causa de ellos este nitro y sulfur que inflamado en sus cavernas forma estruendos y luces, del modo que veremos en el aire. Aquel ya frío, ya caloroso viento que hemos sentido al entrar por las gargantas de estas cuevas nace de los espíritus salitrosos que se mueven y dilatan por la virtud del fuego. Estos espíritus corren por las entrañas y profundidades de este globo hasta hallar puerta. Cuando la encuentran presto, como viene todavía el calor en aquellos espíritus, sale cálido el aire; y cuando se azota por entre las cuevas, deja lo más nitroso y ardiente y sale por las gargantas más frío y más puro.

Así instruyéndolos en santa conversación, llegamos a las orillas de otra caverna llena de aire.

—Válgame Dios –dijo el del mechón. ¿Por dónde habrá entrado este elemento aquí?

—De suerte –dije yo– que cuando de golpe vertemos agua en alguna piedra o losa, sentimos aire; pues precipitándose el mar con furia en esos hidrofilacios, levanta aire, y este es el que está encerrado en esta caverna. Este sopla por secretos fuelles y canales en los hidrofilacios y cavernas del fuego, y avivan la llama de unos y agitan el agua de los otros. Y así facilitan el ascenso de las aguas a las fuentes y ríos; y esto se ve claramente en las cuevas y montes pues, estimulado el aire, rompe impetuosamente por las primeras cisuras que encuentra. Y a estas profundidades llaman los filósofos *aereofilacios*.

—Señores –dijo uno–, salgamos de aquí, que yo siento un calor a mis espaldas sin haber visto luz alguna; que creo que, si nos detenemos mucho, hemos de salir fritos.

—Ese fuego –dije yo– sale de esa otra caverna que se llama *pirofilacio*. Arrímense a este lado, les diré a vuestras mercedes lo que en sí encierra. Esa es la principal oficina donde se preparan y labran a fuego innumerables materiales que sirven para la producción de tantas sustancias como vemos. Este es un calor y ardentísima materia sin luz, a manera del de la cal cuando le echan agua, pero de mayor actividad y fuerza. Y el pabilo con que se mantiene es la misma tierra preparada. Como para la generación de estas sustancias, además del calor es precisa el agua, esta se dispone en estos pirofilacios; y para que este fuego se conservase mejor, sabia la naturaleza, le tiene abierta bocas y respiraderos en los montes y otras partes, por donde vierta sus llamas y desahogue sus humos. Y estas llamas son los volcanes que vomitan fuego en Sicilia y en Nápoles. Y como en lo más central de los montes están las minas de azufre, carbón y sal, con la mixtura de estas se enciende este fuego subterráneo y, ayudado del viento que está en los aereofilacios, revienta en llamas con temblor

ruidoso de la tierra, abriendo muchas veces nueva boca por donde el fuego se introduce. Y como las halla cargadas de estos materiales, apenas llega el fuego cuando, resolviéndolos como la pólvora, forman nuevo desahogadero de sus llamas. Más, porque comunicándose este fuego por algunos conductos a las minas de azufre, sal, etc., las convierte en viento; y como el viento no puede estar encerrado, busca su violencia por donde salir y abre los fundamentos de los montes por las partes más superficiales.

»Ya, amigos, que he explicado a vuestras mercedes las partes más principales y más insignes cavidades de este orgánico cuerpo, vamos a su superficie; que ya con estas breves noticias podrá su buen discurso deducir otras consecuencias. Y ahora, busquemos la más pronta boca por donde podamos volvernos.

Jornada II

De la tierra y su estabilidad,
y situación de la agua y de sus vientos y meteoros,
y generaciones de lo vegetable y animal,
y causas del flujo y reflujo y otras crecientes
y menguantes de la mar

En ceniciento carbón se iban transformando los torcidos trapos de la mecha y, agonizando su llama, daba en su pausada moribunda luz nuevo horror en aquellas tinieblas. Y mis amigos queriendo atropellarse y correr, les detuve yo diciendo:

—Vamos poco a poco, no suceda que pisemos en tierra falsa y superficial, o tropecemos en algún boquerón que sea garganta de los tristes calabozos de los precitos[20]; y para no ir a parar a sus lobregueces es menester asentar el pie; que, aunque es lo común irse todos los hombres por sus pasos contados al infierno, es porque caminan a ciegas y sin guía. Yo vengo con vuestras mercedes, y no quisiera que, por su poco cuidado, se me desgraciase alguno y se quedase a ser infeliz tizón de estas moradas.

A todos se les erizó el cabello. Y uno más animoso, aunque zancajoso de pronunciación, dijo:

—Pues qué, ¿está por aquí el Infierno?

[20] *precitos*: condenados al infierno.

—Sí –le dije–; pues ¿dónde ha de estar, sino en las entrañas de la tierra? Y aun allí hay sus cavernas, destinadas a proporción de las culpas. Y en este lugar hondo, sin fondo, tenebroso, de hedor incomparable y de insufrible ardor, padecen las almas de los que se apartaron a su voluntad de la divina. En estas entrañas está también el Limbo y el Purgatorio, de suerte que la general situación y orden de estos calabozos es el que se sigue. Tierra y agua juntos; más abajo el Limbo. En este hay tres estancias. La primera, aunque oscura, con mucha luz, que fue la que dejó Cristo, nuestro Bien, a los Santos Padres, que estaban en él; y estos son los infiernos a que bajó Cristo. La segunda estancia es habitación de los que, sin el santo bautismo, mueren en pecado original. La tercera es el Purgatorio; no del todo lóbrego, pues tienen viva esperanza de la gracia y de la gloria las almas que allí se purgan. Y el lugar donde totalmente no hay esperanza es el de más abajo, donde están los perezosos; debajo de estos, los vanagloriosos, lujuriosos, iracundos, avaros, soberbios; y en la más horrorosa y última mansión, los traidores.

De esta suerte hablando yo, y ellos caminando con tal tiento como si pisaran por vidrios, salimos a ver la luz del Sol, muerta ya del todo la de los trapos, y nos hallamos en la superficie de la Tierra, ignorando mis amigos el terrazo. Yo les dije:

—Esta tierra es Sicilia. Esa rotura por donde hemos salido es una de las muchas que abre el fuego subterráneo que acabamos de ver. Y pues estamos a la orilla del mar, y hay nave a propósito que nos conduzca a los puertos de España, y vuestras mercedes han visto ahora y antes esta superficie de la tierra, y nos es preciso hablar de este agregado total de tierra y agua, fletemos, que dentro de la nave hablaremos de todo lo perteneciente a este globo total.

Dímonos a la vela y, prestándome su atención mis compatriotas, dije:

—Maravilloso es Dios en todo, pero en las obras de la naturaleza sin duda resplandece a todas luces su poder. Dispuso su infalible ciencia esta cósmica máquina en número, peso y medida, dándole la figura más perfecta, que es la redonda; y, masando con su divina mano los dos elementos de tierra y agua, hizo un perfectísimo globo; pues no hay parte de la tierra donde no hayamos visto agua, ni hay profundidad en el mar donde no se encuentre con la tierra.

»No pierde[n] la figura de su esfericidad estas cuestas, eminencias y llanuras que hemos pasado, porque respecto de un todo tan vasto son de ninguna insensibilidad estas eminencias y quebraduras. Y aunque a la vista se oculte lo convexo, es porque los ojos descubren siempre una muy leve parte y, siendo bola de tal magnitud, oculta su globosidad al sentido. Es la prueba de ser rotundo este cuerpo la positura de su situación en medio del firmamento, y desde cualquier sitio de este globo descubrimos siempre medio cielo; y, a no ser esférica esta máquina terráquea, no pudiéramos desde cualquier lugar descubrir iguales semicírculos del cielo. En los eclipses de la Luna se registra mejor; porque siendo la sombra de la Tierra la que le quita las prestadas luces del Sol, esta circularmente se las encubre; conque siendo indubitable, según buena perspectiva, que el cuerpo opaco, herido del cuerpo luminoso, guarda en su sombra la figura de su cuerpo, luego quitándole redondamente a la Luna sus luces, se sigue que sea también, como su sombra, esférica la Tierra.

»Otras infinitas razones hay que prueban nuestro intento, pero basten estas. Poca consistencia tuviera la tierra si le faltara el riego y unión del agua; ni pudiera retener en sí los cuerpos sólidos ni menos alimentar

al reino vegetable, pues crece y se aumenta, después del beneficio del Sol, con las humedades del terrazo. Además de esta consistencia, está firme y estable, aunque no han faltado filósofos que le dieron tres movimientos, además de los que padece con la violencia de los terremotos. Nicolás Copérnico puso dos movimientos: el uno anuo, como si fuese uno de los planetas, diciendo que se movía alrededor del Sol por la eclíptica, con el orden de los signos desde Aries a Tauro, cumpliendo su revolución en espacio de un año, conservando lo paralelo de su eje en cualquier situación de la eclíptica. El otro movimiento que le dio era diurno, moviéndose sobre su centro y, con respecto a la equinoccial, de Poniente a Levante, en espacio de veinte y cuatro horas. No hay duda que, aceptada como hipótesi, esta opinión es maravillosa para conocer y explicar mejor los fenómenos de los cuerpos celestes; pero en darle real movimiento nos oponemos a muchos lugares de la Sagrada Escritura, en donde se prueba el movimiento del Sol y estabilidad de la Tierra. Pues en el Libro de los Reyes, cap. 20, leemos: *Reversus est Sol decem lineis per gradus, quos descenderat*[21]. Y en el Eclesiastés, cap.1: *Generatio praeterit, et generatio abit; terra autem in aeternum stat*[22]. Y más sensiblemente vemos moverse al Sol para sí solo que a la Tierra con nosotros; pues en un movimiento de veinte y cuatro horas, aunque su periferia sea de tan insigne magnitud, algo habíamos de sentir.

»Contiene, pues, este agregado de tierra y agua partes flojas y débiles, sustancia lapídea y montuosa. Así lo dispuso el soberano Autor para que dicha sustancia

[21] "Y el Sol retrocedió diez líneas por los escalones por los que había bajado". La cita no es de *Reyes*, sino de *Isaías*, 38, 8.

[22] En el texto de la *Vulgata* se lee *advenit* en lugar de *abit*: "Una generación pasa y otra generación llega, pero la Tierra permanece en pie para siempre".

sirviese de escudo y trabazón a la fábrica de este globo; pues sin esta defensa, el repetido flujo y reflujo del mar sacara de su lugar la tierra más floja y, sorbiendo su furia estas partículas, dejaría sin habitadores el globo. Los montes sirven para defender estas partes débiles y superficiales, pues quebrantándose en su región la furia de los vientos, deja mantener en sus sitios estas porciones más flojas. Y también sirven para que el agua salitrosa del mar, azotada en sus cumbres y arrastrada por sus cuestas, dejando en ellas la salitrosa piel, se nos contribuya dulce y potable para general beneficio de los vivientes.

Así les explicaba mi cariño, cuando uno que había hablado bien poco en todo el camino me cortó el hilo y dijo:

—Señor astrólogo, vamos enmendando tanta prosa como vuestra merced gasta, y juntemos y atemos cabos. De modo que esta tierra que poco ha pisamos es un globo total de tierra y agua. Este es firme y estable, y desde cualquier situación de este globo que nos pongamos hemos de descubrir medio cielo. La tierra se compone de sustancia petrosa, débil y montuosa. ¿No es así?

—Esa es mi opinión –le respondí.

—Repítolo –repitió él– porque a nosotros solo se nos han de quedar estos generales principios.

—Prosiga vuestra merced, señor astrólogo –dijo otro–; que nos los dice con tanta claridad que, aunque hay sujeto dentro del vaso que no sabe a *musa, musae*, todos lo entienden. Y sin sentir los va vuestra merced vistiendo de filósofos.

—Vamos adelante, que el tiempo es breve. Consta por las navegaciones que enteramente han dado vuelta al orbe terrestre, dividirse todo él en dos continentes o partes de tierra firme. El uno comprehende toda la parte polar ártica y las cuatro partes principales del mundo, Europa, Asia, África y América. Y la otra parte o

continente incluye toda la tierra meridional incógnita; y hace la separación de estas partes o continentes el Océano que media entre una y otra.

»El continente que incluye la tierra meridional es incógnito, pues solo se saben algunas costas y se duda si consta de muchas islas o ser todo tierra firme. Las costas que hoy están descubiertas son: la Nueva Holanda; la Guinea, que está en derecho de las Melucas; la Nueva Zelandia y Tierra de Sancti-Spiritus.

»El otro continente contiene todas las cuatro partes del mundo. La Europa tiene de extensión, de Poniente a Levante, mil y cincuenta leguas; y desde el Mediodía al Septentrión se extiende seiscientas y cuarenta y nueve. Por el Septentrión termina en el mar helado; por el Poniente con el Mar Atlántico; por el Mediodía en el Estrecho de Gibraltar; por el Oriente en el Mar Egeo. Las mayores y principales provincias, fuera de sus islas, son catorce: España, Francia, Italia, Alemania, Países Bajos, Polonia, Hungría, el Ilírico, la Romanía, Bulgaria, Serbia, Tartaria Menor, Moscovia, Moldavia, Walaquia y Escandinaria.

»Asia tiene de longitud dos mil leguas y de latitud mil y cuatrocientas. Por el Oriente termina en el Océano Oriental; por Mediodía en el Océano Índico; por Poniente en el Mar Bermejo; por el Septentrión en el Mar de Tartaria. Divídese en cinco partes principales, que son Tartaria, China, India Oriental, Persia y Turquía.

»África tiene de largo mil doscientas y treinta leguas; de ancho mil ciento y cuarenta. Termina por el Septentrión en el Mar Mediterráneo; por el Poniente en el Océano Atlántico; por Mediodía en el Índico, y por Levante en el Mar Bermejo. Divídese en siete partes principales: Egipto, Berbería, Biledulgerid, Sarra, Nigricia, Guinea y Etiopía.

»América se divide en dos partes: en meridional y septentrional. La meridional es una península que tiene del Septentrión al Mediodía mil ciento y cuarenta leguas, y de Levante a Poniente novecientas y treinta. Divídese en ocho partes principales: Perú, Paraguay, Tucumán, Chile, Tierra Magallánica, Tierra Firme, Brasil y región de las Amazonas. La América septentrional tiene de largo mil y cien leguas, de ancho ochocientas. Su término al Septentrión no está descubierto. Divídese en cinco partes: Nueva España, Nueva Méjico, Virgínea, Florida y Canadá. Además de esto, se cuentan en la tierra infinitas islas, cabos, promontorios, etc., que el detenernos a contarlas era proceder sin fin. Baste esta general noticia del globo y sus divisiones.

»El agua es solamente una y, por consiguiente, hay solo un mar con distintos nombres que le dan por las costas donde corre. Es, pues, el mar un espacioso vaso donde se desaguan las aguas sublunares. Estaban antes todas las aguas sobre la tierra, ocupando su superficie. Y al mandato de su Eterno Criador –*Congregentur aquae in unum locum*–, obediente su curso se dirigió a llenar las profundidades y cavernas que sirvieron para la formación de los montes. Y al irse desguazando el agua –con la presteza que se puede discurrir–, iba dejando áspera y desigual la superficie y redondez de la Tierra, no destruyendo –como dije antes– del todo su figura. Al separarse y desunirse estas aguas, unas a una parte y otras a diversas, dejaron formados tan vastos mares como vemos. Comunícanse estas aguas unas con otras, en perpetua circulación, por los estrechos, como se unen por Gibraltar el Mediterráneo y el Océano, y por los ocultos conductos que acabamos de ver en las entrañas de la tierra; que a no verterse algunos mares y a no tener estos desaguaderos al globo interior de la tierra, sin duda la inundaran.

»De los varios movimientos que hemos visto en el mar lo que ha que vamos fletando sobre sus olas, unos provienen de causa interna y otros de externa. Cuando corren vientos encontrados que alborotan al mar en olas, y estas forman grandes remolinos, este movimiento que procede de causa externa se llama *vertiginoso*. Otro hay también así llamado, pero este procede de entrar aguas y volverse a introducir por las roturas y bocas que vimos en las profundidades; y estos son los más peligrosos remolinos, y de los que con tanto cuidado procuran guardarse los náuticos. Cuando el Sol resuelve en vapores copia de aguas de la tórrida zona, como en dicha zona es más fuerte el calor y actividad enflaquece sus olas; conque las aguas que están al Ártico y Antártico se mueven y llegan a llenar aquel vacío de la tórrida zona. Y a este movimiento llaman *noto bóreo*. Cuando el Sol camina de Levante a Poniente, disminuye las aguas hacia el Poniente, y van caminando a llenar los vacíos del Levante; a este camino o movimiento llaman los náuticos *eurocefíreo*. Y en fin, estas corrientes y remolinos de las aguas, unos los forma el viento que de una y otra parte las agita; otros nacen del movimiento de Levante a Poniente; otros, de la concavidad o convexidad de los suelos y fondos del mar. Y comunicándose como hemos visto estas aguas ya por estrechos, ya por roturas, para esta comunicación es preciso el movimiento, y este será vario, según la disposición del profundo de los mares.

»El más grave, más sensible y más continuado movimiento que experimentamos en las aguas del mar es el flujo y reflujo. La causa de este dicen los más de los filósofos que es la Luna; porque al movimiento diurno y menstruo[23] de este planeta siguen las

[23] *menstruo*: mensual.

crecientes y menguantes, o el flujo y reflujo de las aguas, como nos lo dice la experiencia; de suerte que cumple la Luna su movimiento menstruo en un mes. En este tiempo cumple su revolución y hace todos sus aspectos. Y en la conjunción y oposición que hace en este mes sinódico[24], suceden los mayores crecientes y menguantes; y en los cuartos o aspectos cuadros, los menores; conque es cierto ser la Luna la que causa este flujo y reflujo del mar. En el modo como lo causa han variado mucho los filósofos y astrónomos. Pero el más racional sentir y el más seguido es el que voy a decir a vuestras mercedes. Es la Luna un cuerpo opaco y húmedo, y parecido –como veremos después– en las cualidades a este elementar mundo, por su vecindad y por su ser. Su influjo hace la más grave impresión en las partes nitrosas y sulfúreas; dilata y extiende con su influencia estas porciones salitrosas y sulfúreas de que abundan las aguas del mar, y de esta dilatación y hervor en los corpúsculos nitrosos se sigue el movimiento; conque cuando perpendicularmente vierte sus rayos, hace la mayor extensión de corpúsculos y entonces la mayor creciente; cuando hiere de cuadrado, la menor. Y así en espacio de veinticuatro horas suben por dos veces y vuelven a bajar las aguas, continuando siempre este movimiento.

»Compónese esta agua del mar de átomos, partículas o corpúsculos sulfúreos, crasos y salitrosos, y de otros átomos más sutiles, fluxibles y dulces[25]; y penetrándose y torciéndose unos cuerpecillos con otros hacen las aguas salobres, mordicantes y nada apetecibles para el gusto. El calor del Sol es el que dispone en el agua estas partes, porque con su influencia

[24] *mes (lunar) sinódico*: tiempo que tarda la Luna desde una conjunción con el Sol hasta la conjunción siguiente.

[25] *fluxibles*: fluidos.

y rayos continuamente está recociendo y levantando en vapores las partes más sutiles. Y como estas son más raras que las de la sal, elévanse aquellas al aire y estas, quedándose en el agua, la hacen más salobre. Consta por experiencia, porque en la tórrida zona y en el verano están más sulfúreas estas aguas; y es porque en este tiempo y en aquella zona es cuando el Sol vierte su mayor actividad, fuerza y luz.

Dije a mis amigos:

—He reparado que a vuestras mercedes no se les ofrece razón de dudar y ha rato que callan.

—Nosotros –dijeron– entendemos poco o nada de esto; y así en esta buena fe le creemos a vuestra merced lo que nos dice; demás, que fuera salirnos del intento mezclar impertinentes disputas.

—Divídese, pues, el mar (ya que vuestras mercedes no tienen réplicas que poner a esta doctrina) –dije yo–, en otros mares, ríos y fuentes. El Océano circuye y abraza toda la tierra por varias partes, y se reparte a formar otros océanos, senos y estrechos. El primero es el Océano Atlántico, entre las costas occidentales de África y Europa y las orientales de la América; llámase mar del Norte. El segundo es el Mar Pacífico o del Sur. Contiénese entre las costas occidentales de la América y Asia. El tercero es el Hiperbóreo, cerca del Ártico. El cuarto, hacia la tierra incógnita, llámase Océano Austral.

»Cuando el mar entra en la tierra forma unos senos ya máximos, ya menores, ya grandes. 1. El mar Mediterráneo, recibe las aguas del Océano; y además de este seno, consta de otros menores, que son noventa y seis, y recibe muchos ríos además de los dos principales, Nilo y Danubio. 2. El seno Mexicano, es formado del Océano Atlántico y desaguan en él muchos ríos. 3. El mar Báltico o Codano, contiene en sí al Fidnicio y Livonicio. 4. El seno Índigo –y este forma al

Pérsico–, recibe algunos ríos. 5. El seno Gangético, y en este desagua el Ganges y otros ríos. 6. El seno Lanchidot, procede del mar Índico. 7. El seno Hudson, nace del Océano Septentrional. 8. El seno Davis, en la tierra Ártica.

»Los senos más pequeños son: 1. El mar Bermejo. 2. El Ponto Euxino. 3. El Pérsico. Los menores son: 1. El seno Bótnico. 2. El Fidnicio. 3. El Mar Adriático. 4. El seno de Naquín. 5. El Mar Blanco. 6. El golfo Dulce. 7. El de Panamá. 8. El de Benín. Otros senos hay infinitos, que por pequeños no los refiero, ni todos tienen nombre.

»Los estrechos de mar son catorce: el de California, Magallanes, Maire, Manilas, Gibraltar, Báltico, Adén, Hudson, Davis, Calés, Bósforo, Cimerio, Helesponto y el Mamertino.

Todos divertidos, ellos en oír y yo en parlar, cuando menos discurrimos nos hallamos en el puerto de Cádiz. Allí besamos la amada tierra; pero mis amigos, con tanta furia que se la querían comer. No me maravillo, porque pasaron fieros sustos, así en los horrendos calabozos del abismo como por las furiosas olas del mar.

—Ya que gracias a Dios hemos llegado a ver la tierra, vamos –les dije yo– averiguando las generaciones de estos vegetables y sensitivos que produce, mantiene y abriga, como universal madre. En esta superficie de la tierra se mantienen estas vegetativas y sensitivas plantas. Las vegetativas reciben el alimento y suco nutricio por sus troncos y raíces. Tres diferencias hay de estas plantas: herbales, arbales y plantales. Las herbales son un género vegetable cuya vida no la guarda la tierra más que un año; porque, secas después sus hojas y vertida en la tierra su simiente, vuelve a propagarlas la naturaleza por putrefacción. Las arbales son las mayores,

y estas por sólidas raíces en troncos y ramas se extienden y conservan por muchos años en la tierra. Las plantales son un medio entre las dos, mayores que las hierbas y menores que los árboles. Toman la forma de unos y otros, pero mueren más presto que los árboles.

»La generación de estas es su determinada semilla; y aunque algunos filósofos han dicho que muchas hierbas han producido sin esta semilla, atribuyendo al putre su generación, otros al cielo y al sol, y otros inmediatamente a Dios; con todo eso no hay hierba alguna que no nazca de su semilla, que, o por casualidad se derramó, o porque desde el principio del mundo estaba oculta en la tierra, o entre las partículas de los demás elementos; porque la tierra tiene en sí la virtud de engendrar, y esta virtud es lo mismo que el semen de la planta. El motivo de estas no conocidas generaciones es que, quemada la tierra o calcinada con copiosas lluvias, engendra muchas plantas; porque en fuerza del calor aquellas sales o semillas ocultas salen de sus cárceles y, laxándose los poros, su humor vertido sube fácilmente, y humedeciéndolas las prepara y dispone. Después de algunas grandes inundaciones de ríos se ven salir nuevas plantas en la tierra, porque trayendo la corriente porción de sales seminales, después de retiradas las aguas crecen y se aumentan en la tierra. En los tejados vemos a veces algunas plantas, y es la razón que las lluvias vienen mixtas con estas sales, y en cualquier porción térrea prorrumpen en plantas. Maravillosa es la organización de cada vegetable; pues en el menor se contienen varios conductos donde cuecen, filtran y percolan el suco nutricio que por sus raíces reciben de la tierra madre, distribuyéndolo después con singular circulación por su médula, leño, tronco, hojas, flores y corteza; que estas son las partes más principales de que consta el vegetable.

»Digna es esta república de toda consideración y estudio; pero compendiar solo sus secretos, naturalezas y virtudes era intentar lo infinito. Conténtense vuestras mercedes con estas escasas noticias; y el que, curioso, se quisiere dedicar a saber esta maravillosa estructura, lea a Julio César Scalígero, Laguna, Malpigio y otros[26].

»Los animales son los que, moviéndose por sí, toman el nutrimento por la boca. Tres son los movimientos que tienen, según los químicos: corrumpente, generante y animante, a quienes los filósofos llamaron movimiento *per se* o *per accidens*. El movimiento *per se* es el natural; es el que tiene el animal por sí, como el del primer móvil o zodíaco. El *per accidens* es causado de la generación o corrupción. Solo el hombre tiene un movimiento más, y este es perpetuo y continuo, que es el del alma racional. Tres son las diferencias de animales: reptiles en la tierra, volátiles en el aire y nadadores en el agua.

»La generación de los animales, comúnmente la dividen los filósofos en ovípara y vivípara. Llaman ovíparas aquellos animales que primero conciben un huevo y después lo paren; y con el incúbito de la madre o con otro calor o fomento se engendra el animal, y pasando cierto término de días, rota la corteza del huevo, sale el animal. Los vivíparas son

[26] El humanista Julio César Escalígero (Giulio Cesare Scaligero, 1484-1558), médico, filósofo y filólogo, recordado principalmente por su *Poética* (1561), publicó en 1556 *In librum Theophrastri de causis plantorum commentarii*. El médico y humanista Andrés Laguna (nacido en fecha incierta y muerto en 1559) fue autor de un importante tratado de farmacología botánica: la traducción, con abundantes comentarios, de la *Materia médica* de Dioscórides (*Pedazio Dioscórides Anazarbeo*, Amberes, 1555). Finalmente, Malpigio (Marcello Malpighi, 1628-1694), pionero en el uso del microscopio, fue autor –además de notables aportaciones a la fisiología, histología y embriología– de uno de los más ambiciosos estudios botánicos de su tiempo: *Anatomia plantarum* (1671).

los que dentro de sí conciben y crían al animal, y después de crecido, a determinado tiempo sale a gozar la luz.

»Todos los animales se engendran de dispuesto semen, que este es su cuerpo orgánico en el cual, como en un breve compendio, está el orden y figura del animal. Pero mi sentir es que no hay animal alguno en la tierra cuya generación no sea del huevo. La diferencia que hay es que las ovíparas engendran el huevo y lo paren, y con el exterior fomento crían el animal; y las vivíparas le conciben dentro; pero sin parirle, en su clausura y vientre se rompe.

»Y empezando por la generación del hombre, lo mismo que diga de esta deberán vuestras mercedes entender de las demás. Kerkeringio, en su Tratado Anatómico, hablando de la generación del hombre, "*In ovo hominum* –dice– *non minus quam avium reperiri prima incunabula; ex ovo enim homo producitur*"[27]. Dice, pues, que se hallan estos huevos en los testículos de la hembra; no solo de aquellas que por el uso de la conjunción están fecundadas, sino también de las doncellas, del mismo modo que las gallinas que ponen los huevos. Afírmalo la sagacidad de Falopio en sus *Observaciones*[28], cuando dice: "*Vidi quidem in ipsis quasdam veluti vesicas aquae, vel humore aqueo alias luteo, alias vero limpido turgentes*"[29]. El uso de estos huevos para la generación y cómo se disponen,

[27] "[Dice que] en el huevo de los hombres se encuentran los primeros principios no menos que en los de las aves; pues el hombre se genera a partir del huevo". *Kerkeringio* parece otra variante arromanzada del nombre de Kircher.

[28] Se refiere a *Observationes anatomicae* (1561), del célebre anatomista italiano Gabriel Falopio (Gabriele Fallopio, 1523-1562).

[29] "He visto ciertamente en estas mismas como una especie de vesículas de agua o con humor acuoso, hinchadas unas veces de [humor] amarillento, pero otras transparente".

lo trae el doctísimo Tomás Wartano[30], al capítulo treinta y tres de su *Adenografía*. Pero aunque sea largo lo diré, porque es precisa esta digresión.

»El semen del varón, guiado por las tubas falopianas, llega a los testículos, y allí con el huevo (del mismo modo que las demás ovíparas) se junta. Y el huevo así fecundado pasa al útero por el vaso eyaculatorio; y en espacio de dos o tres días crece y se pone del tamaño de una cereza negra, y así va creciendo. Han notado los nuevos anatómicos que las vírgenes y las casadas muchísimas veces arrojan y despiden con la sangre menstrual, o cuando se sienten acosadas de la lujuria, insensiblemente estos huevos, que no guardan la rotundidad, porque son laxos y suaves; pero tratándolos y manoseándolos se atientan; y es una membrana que no puede ser semen, porque es demasiado de duro, ni otra cosa. Esto no se opone a la generación en común, que es producir *ex praesupposito subiecto*. Sea el semen por sí solo la sustancia de la cual próximamente se engendra el feto animal, o sea humor contenido en los testículos, siempre es precisa la conjunción del macho y la hembra.

»Las serpientes y los peces del mismo modo se forman en el huevo; el cual, ayudado del calor, echa de sí nueva serpiente y nuevo pez, porque sepultándolos en lo interior de la tierra y cubriéndolos, a manera de un horno, el mismo aliento caliente de la tierra los incuba y va dando vida, por no poder dichos animales dar calor a sus huevos. Pero en los peces, cuando las hembras sacan a luz sus huevos, el macho los riega, humedece y fecunda, habiendo precedido antes el coito. Los animales cuya generación es el putre de la tierra también echan sus

[30] Se refiere al anatomista inglés Thomas Wharton (1614-1673) y a su obra *Adenographia, sive glandularum totius corporis descriptio* (1656).

huevos, siendo incubados ya por porciones pútridas, ya por sus madres; pues ¿quién duda que, echando sus huevos un viviente tan abreviado como la hormiga, tengan la misma ovaria generación los demás animales?

»Baste esto por breve noticia. Y aunque esto no es del asunto para las impresiones del aire, como son entes que nos los hallamos en el camino, me pareció útil dar a vuestras mercedes noticia de ellos, y más cuando vuestras mercedes vienen solo a ver el mundo. Y ahora vamos caminando, que esto sólo ha sido un paseíto por la superficie.

Jornada III

Del aire, del fuego, de las lluvias,
granizo, nieve, rocío, truenos y relámpagos,
y los demás meteoros e impresiones
en una y otra región

Si otro me contara semejante sueño, lo tuviera por imposible. Porque en un cuerpo no pueden caber tan encontradas cualidades, que de un instante a otro elevasen al cerebro tantas materias dispuestas a tales locuras. Unas veces atemorizando la fantasía en las lúgubres profundidades de la tierra; otras veces alegre, registrando las vidas y generaciones del mundo; y ahora sutil, leve y pronta para subir por esos aires, no hubo humor en mi cuerpo que con pródiga demasía no ejercitase su abundancia y ministrase de sus copias nuevas fantasmas al pensamiento. ¡Yo no sé qué narcótico, qué beleño o qué almendrada (gastando yo solo para mi sustento un guisado de vaca muerta, con que doy lo preciso al estómago, y a Dios las gracias) se apoderó o levantó a mi fantasía tan raros humos y sales! En fin, con este sosiego, ligados todos los sentidos exteriores y sin movimiento el más mínimo, llevándome detrás a mis compatriotas, me subí a esos aires. Y pareciéndome que era ya dueño de sus esferas, empecé a decir en esta forma:

—Toda la concavidad del firmamento y cielo cristalino está llena de unos cuerpos o átomos purísimos y sutiles, a quienes llaman los filósofos *éter*; y esta materia

ni es grave ni es leve. En todo este espacio fue colocando el Autor soberano todos estos globos que vuestras mercedes ven, como esas estrellas y este globo terráqueo que pisamos. Estos globos despiden de sí gran copia de hálitos y vapores, que componen la esfera vaporosa; conque el aire es solamente un agregado de hálitos y vapores levantados de la tierra y unidos con el éter, a que concurre el mar vertiendo de sí una sustancia tenue y espirituosa. Divídese el aire en tres regiones. Subamos a verlas.

—Imposible será –dijo uno.

—Los astrólogos somos medio brujos. Agárrense a mí –les dije.

Y a mi parecer nos subimos a especular sus fenómenos a esas regiones. Todo esto persuade la locura de un sueño.

Llegamos a la infinita región del aire, y eran los vapores de aquella esfera tan crasos y pesados que cuasi no podíamos romper.

—Estos vapores, amigos míos –les dije–, son unos cuerpos térreos y ácueos entretejidos, que por demasiado pesados no han podido subir a la región media y se han quedado en esta ínfima región. De estos se forman la niebla y el sereno; y al tiempo de deshacerse, por lo cargadas que están estas partículas de agua, humedecen demasiado la tierra. Origínanse y fórmanse muchas veces de las lagunas y lugares pantanosos, siendo el ardor del Sol el que disuelve la unión de partículas, y aquel humor ácueo cae sobre la tierra. Algunas veces, por adquirir mayor levedad, se suben la región más arriba. El motivo de formarse tan presto la niebla es que como va compuesta de vapores crasos de las lagunas o ríos, estos forman una nube que sirve de fermento a la niebla, y apenas siente un moderado calor, cuando se extiende por el aire.

»El sereno es un humor que baja a la tierra después de puesto el sol. Este se engendra de unos tenuísimos átomos de humor ácueo que apenas falta el calor del Sol cuando, condensándose en visibles gotas, se deshace sobre la tierra. En el verano, como el aire está más caldeado del Sol, estorba la formación suya. En esta ínfima región se engendra también el rocío, que es un vapor sutil. Con la frialdad de la noche se cuaja en menudas gotas y estas, cayendo a la tierra, humedecen las hierbas; y uniéndose unas gotas a otras se forman sobre las plantas a manera de perlas. Levántase dicho vapor sutil de los ríos y lugares húmedos. De este mismo vapor sutil se forma la escarcha, de suerte que, cayendo estos vapores sobre las plantas, así se hielan y la frialdad los convierte en escarcha.

Llegamos a la media región del aire y uno de mis amigos dijo:

—Parece que hemos subido algo más.

—Sí –le respondí–; ya estamos en la media región del aire. Aquí, pues, se forma la lluvia, la nieve y el granizo; truenos, relámpagos y rayos, y otros infinitos meteoros ígneos causados de la vecindad del fuego, que en mi sentir es lo mismo que la suprema del aire. Y así por esto, como por no calentarnos demasiado, trataremos desde esta región media de la del fuego, y sea primero de la lluvia.

»La actividad del fuego subterráneo resuelve en vapores gran copia de agua, de la que vimos en los conductos e hidrofilacios de la tierra. Mixtos estos vapores con los que se elevan de las aguas y otros del cuerpo terráqueo, juntan y unen entre sí ya la frialdad de esta región, ya los vientos, aquellas partículas vaporosas de las nubes; sepáranse las partículas ácueas por agitación del aire, deshácense y en gotas bajan a la tierra. Y ya convertidas en lluvia las

particillas ácueas, quedan en el aire aquellas más crasas y salitrosas que no pueden servir para lluvias, y quedan unas nubes que sólo sirven para materia de los vientos. La lluvia [que] desciende a la tierra en menudas gotas como polvo, procede de nubes muy poco crasas y muy cercanas a la tierra; y esta se llama *estilicidio*. Otra cuyas gotas son de mediano tamaño, se llaman *imber*; y *nimbo* llaman a la que con fuerte furia se desguaza en la tierra.

»Esta nube, pues, que se deshace en agua es materia también de la nieve. De suerte que, antes que se desate y resuelva en lluvia, llega el viento frío y la condensa y aprieta en su región; y así apretada, como tiene mayor peso que el aire, no se puede mantener aquí y baja en nieve a la tierra. El motivo de tomar aquella forma de copos como de algodón es que, como la nube se compone de aquellas partículas ácueas mezcladas con las más térreas y prolongadas a modo de hilos, las partículas ácueas, por la frialdad, se convierten en globos sutiles; y estos atados con los corpúsculos térreos, todas unidas y heladas caen como lana; y esta es la nieve. La causa de formarse redondas estas partes de nieve es porque el aire, con su virtud, la aprieta por todas partes hacia un punto. Y el motivo de desleírse tan presto luego que baja a la tierra, es porque en su débil textura se hallan muchos y grandes poros; por estos se introduce el aire y el agua, y con facilidad la dividen y deshacen.

»De esta misma materia y nube de la lluvia se forma el granizo, pues este no es otra cosa que lluvia helada en el aire. Resuélvese esta nube en apretada lluvia, y sus gotas se endurecen y congelan antes de bajar a la tierra. Júntase a esta nube porción oleoginosa y partes nitrosas mezcladas con sulfur y fuego; y a esta materia condensada la agitan y mueven varios

vientos, y la nube con la agitación se remolina y revuelve en sí, y se va uniendo más; y aquellas partes de sulfur y fuego la resuelven en llama, y al salir de la nube forman los relámpagos. Y separadas ya las partes fogosas, lo remanente de la nube queda más proporcionado para ser agua, y hasta congelarse en piedra y granizo. Heladas por la frialdad de la región, estas partes son combatidas de opuestos vientos que las levantan en remolinos y, encontrándose unas con otras, se abren y se oye aquel estruendo que es el anuncio de la piedra. De esta agitación se sigue que, tropezándose unas partículas con otras heladas, se unen y se hacen mayores, bajando a la tierra con la violencia que vemos. La causa principal de helarse el agua son los espíritus nitrosos del aire que, penetrándose por el agua, la vuelven en hielo. La razón por que estas nubes, aunque consten de humores salitrosos, no se convierten primero en nieve que en agua, es porque además de las partes que las componen se le juntan otros corpúsculos ígneos, y estos impiden la inmediata coagulación de las nubes en nieve. Y así, primero se separan las partículas ígneas, formando los relámpagos; y después se resuelven en agua; y unidas las partes nitrosas y coagulantes, forman el granizo y la piedra.

»La formación de los truenos y relámpagos es más dificultosa de comprehender y explicar, porque son necesarios otros secretos naturales para su inteligencia; pero con la claridad que pueda me explicaré, de modo que vuestras mercedes me entiendan.

»Aquellos materiales sulfúreos, ácueos y oleoginosos que vimos poco rato ha en las profundas cavidades de la tierra, por el fuego subterráneo, ayudadas del viento, penetran los poros y simas de la tierra y se elevan a esta media región del aire, donde se coagulan en opacas nubes que, con su triste color, causan

notable espanto. Estas, con la agitación de contrarios vientos se arremolinan y comprimen; y arrimándosele muchas partes ígneas, estas, segregándose de las demás, salen con pronto movimiento y forman en el aire una violenta llama, que es el relámpago. Con el fuego de este, se mueven y extienden las partes nitrosas de la nube, con cuyo pronto movimiento se divide con violencia el aire; y el ruido que hace el aire al romperse es el trueno; y juntamente aquellas partículas ácueas se vuelven a unir, y convierten y resuelven en lluvia, y a veces en granizo; y de este modo se resuelve esta nube, que hemos dicho. Explícome más. Su materia son los humos, exhalaciones sulfúreas, sutiles y fáciles de encenderse. Estas, mezcladas con otras térreas y ácueas, componen la nube; y esta, agitada por los vientos, se comprime de suerte que gran cantidad de los átomos sutiles sulfúreos e ígneos se juntan a un lugar. Estas unidas, se desatan y apartan de las demás que componen la nube, y salen con violencia siguiendo la violencia de los vientos, y forman la llama; y su trémulo movimiento mueve las partes etéreas y se hace visible, llenando de luz los horizontes.

—Estamos enterados de esta formación; pero dudamos, y a lo menos yo –dijo el del mechón, que era el más agudo–, quién aplica el fuego a esa materia de sulfur de que se compone la nube.

—Voy a decir –repetí yo–. De modo que ya vieron vuestras mercedes en las cavernas del fuego una materia de fuego, pero sin luz; pues de esta materia más refinada y resuelta en espíritus, se eleva (como hemos dicho) a esta media región. Estos espíritus, resueltos con la fuerza de los vientos, apenas se mezclan y fricán con sus contrarios, se sigue la separación del sulfur, y entonces se concibe el fuego y forma llama repentina, que es el relámpago.

»El trueno no es otra cosa que una violenta fracción del aire. Esta fracción se hace por una fuerza o ímpetu que de un lugar impele el aire hacia todas partes, de que se sigue su conmoción hasta dilatada distancia. La nube tonitruosa es un agregado de muchas partes salitrosas e ígneas, mezcladas con otras que las cavernas subterráneas despidieron para la formación de este espantoso meteoro. Encendidas las partes sulfúreas del relámpago, apenas los cuerpos nitrosos participan la llama, se extienden y con notable violencia dividen y rompen el aire, haciéndole temblar hasta nuestros oídos que, participando su impresión, sienten ruido, que es el trueno. La materia que hemos dicho de los relámpagos es la misma que la de los rayos, pero la de estos es más pingüe y pesada. Distínguense en que el rayo es un fuego de mayor duración y más pesadez, pues muchas veces baja a la tierra; pero el relámpago tiene solo una llama tenue y de menor duración; pero la materia de uno y otro constan de materia sulfúrea.

»Para adquirir la pesadez que hemos dicho, a los rayos se le juntan varios espíritus subterráneos, como son azufre, oro, antimonio, arsénico y nitro; y estos, apretados en la nube y agitados del viento, se encienden; y esta materia encendida forma una impetuosa llama, que es el rayo. Y como es más pesado que el aire, no se puede mantener en él y, ayudado de los soplos del viento, corre ya oblicuo o ya directo, arruinando cuanto encuentra, siendo tan poderosa su llama y tan eficaz la virtud de su fuego, que penetra edificios, derrite metales y calcina piedras. El motivo de rajar el rayo a la tierra y no subir como fuego a buscar su centro, es porque la violencia del viento impele al rayo a aquella parte donde va la línea de sus soplos; lo otro, porque su materia es más pesada y más depurada que el oro, y a

esta materia se llama fulminante. Compónese de aceite, sal armoníaco, sal térreo y otros ingredientes que vimos en el globo subterráneo; y a la nube que se le arriman semejantes materias, necesariamente ha de arrojar formidables rayos y espantosos truenos.

»Lo mismo que hemos dicho del rayo se debe entender en la centella, solo que los más de los filósofos dicen que en la circunferencia de su llama contiene una piedra llamada *telum*. De los colores de estas nubes se conocen y pronostican sus relámpagos y truenos; y así, si la nube es negra se rompe en fuertes truenos, porque lo negro es señal de lo denso y de contener mucha materia sulfúrea. La nube roja se deshace en mayores truenos que la negra, por abundar de partes más nitrosas. La nube verde con algunos cabos rojos es más peligrosa, porque su color indica estar llena de materia oleoginosa, pingüe y térrea, y gran cantidad de espíritus de azufre y oro; y las nubes que tienen tal mixtura son taller donde se forjan muchos rayos y centellas, y por ser materias pesadas caen a hacer su ruina en la tierra. La nube blanca no es de naturaleza maligna, por constar de partes poco térreas. Si a la nube negra o verde se le añaden nubecillas blancas o cenicientas, es señal de que lleva consigo granizo o piedra.

»Además de estos meteoros, son infinitos los de fuego que se forman en el aire. Fórmanse de exhalaciones cálidas y secas con porciones del sulfur, en unos meteoros más sutiles y en otros más crasos. Esta materia se inflama y enciende como la de los relámpagos, y así encendida se hace visible en el aire y dura hasta que se consumen las porciones del sulfur. Se dejan ver estas impresiones en el aire en varias figuras. Fíngense dragones, estrellas nuevas, y otras veces hacen pirámides de fuego, erigen edificios y otras infinitas apariencias que atemorizan y asustan a los habitadores de la

tierra. Estas se aparecen pocas veces, porque las nubes recogen para sí estas materias untuosas, oliginosas y sulfúreas, y cuando se rompe la nube las enciende y disipa. Las impresiones más conocidas en esta media región son las de los cometas, y aunque hay variedad con los filósofos dónde sea su formación; pues unos dicen que están sobre la Luna en la región etérea; otros, que es una unión el cuerpo del cometa de muchas estrellas errantes. Otros, y entre ellos Cartesio, sienten que los cometas, aunque aparecen de nuevo, no se forman de nuevo; porque son unos planetas extraordinarios, criados desde el principio del mundo, los cuales con movimientos proprios se mueven tan altos que no se pueden descubrir desde la tierra, si no es algunas veces que, bajando, se acercan a ella y después se vuelven a subir. Pero mi sentir es el que diré a vuestras mercedes.

»El Sol y los demás cuerpos celestes segregan de los dos elementos de tierra y agua cierta naturaleza fumosa, caliente y seca, con parte de humedad; y esta, por virtud de los astros y el fuego y aire subterráneo, es atraída a la suprema región del aire o primera del fuego, cuyas partes elevadas y vencidas por el calor y sequedad, fácilmente conmixtas y agitadas, [se encienden en dicha región][31]. Y, según la cantidad de materia y diversidad de los calores, tiene diversos nombres, se predicen sus efectos y se conoce su duración. Todos los filósofos sienten y pronostican por extremos del mal de los cometas; porque en la elevación, la copia de exhalaciones calientes y secas chupan lo pingüe de la tierra, consumen la humedad que la fertiliza y la dejan

[31] Falta en el original el texto entre corchetes, que reconstruyo de acuerdo con *Anatomía*... (1738), por ser necesario para completar el período sintáctico y su sentido.

estéril; y como dice Liconiense[32], es una materia separada de las cosas complexionadas por acción de los cuerpos celestes, y con esta separación quedan mal acondicionadas y enfermas. Extrae al mismo tiempo en el hombre el húmido radical. Y como en este se funda y consiste el humor y la templanza natural, causa sequedades y en estas envueltas las pasiones y afectos de esta misma cualidad. Enciende la ira, de que resultan disensiones, pleitos, guerras; impresiona e inficiona el aire, que ocasiona enfermedades, pestes, hambres, carestías, mudanzas de reinos y otras cosas. Y en fin, el cometa nunca puede ocasionar nada bueno; porque, impresionado el aire con sus malignas cualidades, estas, una vez encendidas en el aire, como el cielo no es capaz de estas peregrinas impresiones, es preciso que desciendan a la tierra. Y estas inficionan a todo el reino animal y vegetable; porque como todas viven de él, e *in tantum vivimus in quantum respiramus*, cuando el aire no es puro es preciso que su impresión, como pestífera, cause semejantes malignidades.

»No faltan astrónomos que dicen que el cometa, en cuanto ataja mayores daños, es de utilidad. Fúndanse en decir que luego que la tierra empieza a exhalar aquellos alientos corrompidos y pestilentes, como estos son nocivos a todo lo vegetable y elementado, y que a no tener esta inflamación a la última región del aire, todo lo inficionara: *Nam per inflammationem fumi sublati consummuntur qui alioquin sua putritudine omnia inficerent*[33].

[32] Liconiense: parece una cita de segunda mano, difícil de precisar. Hubo un olvidado filósofo pitagórico de nombre Licón, y otro aristotélico más recordado: Licón de Troade (300-226 a.C.), que sucedió a Estratón en la dirección del Liceo. Pero no puede afirmarse que se refiera a él.

[33] "Pues se consumen por la inflamación del humo elevado, que de otra forma infectaría todo con su podredumbre".

»El príncipe de los astrólogos, Ptolomeo, pone veinte y tres géneros de cometas, pero solo nombra nueve. Al primero llama *Asub*; al segundo *Cenaculum* o *Tenaculum*; *Pertica, Miles, Dominus, Ascone, Matutina Aurora, Argenteus, Rosa* y *Nigra.* Los cuatro primeros, dice que no se distinguen de las estrellas; los otros cinco tienen diversas figuras y, en opinión de este príncipe, todos significan terrores, inundaciones, terremotos y otros malos acontecimientos. Los cometas, cuando se forman en la exaltación de la Luna, dice Alfagrano[34] que es causado por planetas superiores; y es estrella clara, grande y redonda que llaman *Argenteus*. Y en exaltación de Mercurio, es más pequeña, de color de cielo, con cola; y a esta es la que llaman *Dominus Ascone*. En exaltación de Venus, es hermosa y se dice *Miles*. En exaltación del Sol o su opuesto, es de color de oro y tiene figura de rostro humano, y se llama *Rosa*. En exaltación de Marte o su opuesto, es estrella pequeña, rubia y con cola levantada hacia arriba, y esta es la *Matutina Aurora*. En exaltación de Júpiter o su opuesto, es estrella como levantada en una pirámide ígnea; llámase *Columna* o *Tenaculum*. En exaltación de Saturno, es cerúlea, sin cola; llámase *Nigra*. En la exaltación de los Nodos, es como un dragón ardiente y la llaman *Pertica*. Los colores los toman de la materia; pues siendo rara, es blanca; si más densa, rubia; si más oprimida la materia, es negra.

»Aristóteles da solo dos géneros de cometas: unos llama *Pogonios* o *Crinitos*, y otros *Barbados*. Los demás filósofos ponen tres: *Barbados, Caudatos* y *Crinitos. Barbados*

[34] En *Viaje* se lee Alfrater. Acepto la corrección de *Anatomía*... Alfagrano o Alfragano (Mohamed ibn Kathir al-Farghani) fue un astrónomo árabe del siglo IX. El español Juan de Luna tradujo en 1134 al latín su libro, con el título *Elementa Astronomiae*. La traducción del italiano Gherado da Cremona, también del XII, lleva el título de *Liber aggregationis scientiae stellarum et de principiis coelestium motuum*.

son cuando la materia de las exhalaciones es sutil y está esparcida en lo más bajo. Los *Caudatos*, cuando la materia está extendida a lo largo, y en otras partes oprimida y densa. *Crinitos* se dicen cuando la materia es al medio gruesa y a los extremos, y redondez sutil.

—Si vuestra merced no se cansa, háganos el favor de decirnos algo de los efectos de los cometas.

—Bien se conoce que vuestras mercedes son hombres de negocios, que su cuidado todo son los efectos. Yo con grandísimo gusto vengo con vuestras mercedes –les dije– a servirles en cuanto me mandaren, y así les diré lo que por casualidad se ha quedado en la memoria. Cuando el cometa fuere de la naturaleza de Saturno, denota tempestades adversas, nubes densas, naufragios, pérdida en los pescados y destruición de frutos por la demasiada langosta, granizos y lluvias copiosas. En los hombres influye catarros, lepra, hemorroides, paralises[35] y crónicas enfermedades. Los árabes dicen que el cometa que fuere de la naturaleza de Júpiter, que es el *argénteo* o *tenáculo*, significa fertilidad y vientos saludables con lluvias copiosas; y en los cuerpos de los hombres significa dolores pleuríticos, sínocos[36], oftalmias, cólicas, flegmones, gonorreas, letargos, lientería[37] y otras de esta cualidad. El cometa dominado de Marte, que regularmente es el *Pertica*, causa vientos enfermos, sequedad en los ríos y fuentes y destruición de frutos; en los cuerpos humanos, crueles disenterías, fiebres podridas, tercianas, erisipelas, delirios, hemorragias y otras que provienen de mucha sequedad. Mueve en los hombres la cólera, en el mar causa fuertes naufragios y en el aire truenos, piedra y relámpagos. Los

[35] *paralises*: plural de *paralís*, término popular no recogido en el *DRAE*.

[36] *sínocos*: fiebres sínocas o continuas.

[37] *lientería*: indigestión, diarrea.

cometas de la naturaleza de Venus son los más benignos; no impresionan tanto el aire, pero causan algunas enfermedades, como son catarros, corizas, paralises, apoplejías, dolores de la vejiga, útero y riñones, hidropesías y dolores de cabeza. El cometa Mercurial es también menos malo y no inficiona demasiado el aire. Las enfermedades que imprime en los cuerpos son frenesíes, letargos, epilepsias, plétoras y otras de esta naturaleza. El cometa de la Luna significa inundaciones, lluvia y copia de animales venenosos, infección en las mieses y mortandad de animales. Las enfermedades son catarros, hidropesías, sarna, obstrucciones, dolores de cuello, diarreas, lepra y otras que provienen de humores húmedos. El cometa de naturaleza del Sol causa sequedades, truenos, relámpagos y exhalaciones; y las enfermedades crónicas, tercianas, tabardillos y hemicráneas o jaquecas. Hasta aquí de los cometas.

»Ahora vamos a tratar de los demás meteoros de la luz. Y sea primero el iris o arco celeste. Después de copiosas tempestades y lluvias que del aire bajan a la tierra, viene mostrando risa, paz y tranquilidad el iris o arco celeste. Este se forma de las nubes y rayos del Sol. Regularmente aparecen dos; el primero que descubre nuestra vista es el menor, pero sus colores son más vivos y distinguibles; el segundo abraza dentro de su ámbito al primero; sus colores son más flacos, débiles y descaídos. Estos, aunque no aparecen más que con color bermejo, verde y azul, contienen en sí otros colores, aunque menos distintos. Fórmase el primer iris de aquellas gotas de lluvia en las cuales los rayos del Sol y los de nuestra vista forman un ángulo. Y en todas las gotas en las cuales los rayos solares y visuales forman un ángulo como de ciertos grados, se pinta el color bermejo; y en todas aquellas en que se forma otro ángulo de determinada graduación, se descubre el azul; y en

aquellas gotas que terminan los ángulos de los rayos solares y visuales, se forman los demás colores intermedios. Y esta es la general formación del iris primero y segundo. Significa el iris lluvia en el tiempo y lugar donde se forma, siendo la causa de esto las mismas gotas que le componen, las cuales deshace el Sol, siendo después el Sol anuncio de la próxima serenidad.

»Además del iris, forma la luz del Sol en el aire otros meteoros dificultosísimos de averiguar. Sea primero el *halón* o *corona*. Este es un círculo que aparece alrededor del Sol u de la Luna, de colores muy remisos. Siempre que delante del Sol o de la Luna se pusiere alguna nube sutil que no embarace los rayos del uno ni de la otra, se verá este meteoro. Este se forma de las partículas ácueas sutilísimas de que consta aquella nube, siendo preciso que guarden igual distancia del Sol para que, formando con sus rayos y los visuales determinados ángulos, se deje percibir desde la tierra.

»Las varas de luz son unos meteoros cuya formación es lo mismo que la del iris. De suerte que, cuando no hay materia suficiente en la nube para formar el arco, queda una leve porción de las partículas ácueas iluminadas del Sol, que parecen a la vista línea recta. Y por eso le dan el nombre de vara de luz. Fórmanse también de otra suerte, y es cuando por las partes sutiles de las nubes hacen derechas roturas los rayos del Sol, y entonces forman unas líneas que entre lo oscuro de las nubes aparecen resplandecientes a la vista; de que se infiere estas varas no ser otra cosa que el aire iluminado por la luz del Sol que rompió la sutileza de la nube.

»Las *parhelias* son unos soles espurios que aparecen cerca del Sol verdadero, que siguen su movimiento. Este se forma de la luz del Sol en una nube tenue de la naturaleza que hemos dicho, que por tener

algo de mayor crasitud, causa algo de mayor refacción en la luz, y escondiendo con su crasicie parte de los rayos del Sol, y descubriéndose circularmente por lo más sutil la luz, forma uno o muchos aparentes soles, según la disposición crasa y sutil de la nube y la refacción de la luz del Sol.

—He notado –dijo uno de mis amigos– que habiendo tratado del aire, no nos ha dicho vuestra merced nada de los vientos.

—No estaba olvidado –dije yo–. Pero aunque muchos filósofos han escrito dilatadísimamente acerca de esta materia, en mi sentir está reducida a poquísimos palillos. Porque el viento no es otra cosa que el aire agitado y movido de una a otra parte; porque cuando corren vientos no sentimos otra cosa que aire que se mueve. La causa de esta moción y violencia son los hálitos salitrosos y exhalaciones que, con mayor o menos abundancia, suben de las entrañas de la tierra por lo activo del fuego subterráneo y los vapores de las aguas del mar, elevados por el calor del Sol. Y como estos con facilidad se rarecen, extendiéndose prontamente en el aire para ocupar mayor lugar, impelen con fuerza al aire que la circuye y encierra, y consiguientemente este aire impele al inmediato y este al otro por algún espacio, hasta que, deshecho su impulso, logra mayor quietud el aire. Unos se mueven con ímpetu, otros con menos furia. Los tempestuosos son tres: Ecnefias[38], Tifón y Huracán. Ecnefias es un viento que repentinamente y con furia baja a la tierra. Tifón es un viento vehemente, causado de muchos vientos opuestos, y se mueve espiralmente. Este con

[38] Una descripción semejante de este viento "que los griegos llaman *Ecnephias*", así como de los mencionados a continuación (y otros muchos más), puede encontrarse en el Libro II (caps. XLIX y L) de la *Naturalis Historia* (año 77) de Plinio el Viejo.

su furia arranca los árboles y arruina los edificios. El Huracán es un viento repentino, que con grave furia desciende de las nubes a la tierra, y viene acompañado de truenos. Fórmase de unos espíritus nitrosos, como los del rayo. Los vientos apacibles son los que corren en todo tiempo y lugar, mientras no bajan los vientos furiosos a detenerlos.

—¿Tiene vuestra merced en esto más que decirnos? –dijo el más viejo de mis amigos.

Y yo le dije:

—No, señor; porque cuando el fin nuestro no es más que compendiar y tratar de estas cosas (porque las hallamos al paso de nuestras jornadas), me parece que para breve noticia y compendio basta lo dicho. Vuestra merced se debe de cansar, cuando me da a entender que lo deje.

—Ni por imaginación deseo tal –replicó el viejo–, sino que tengo por cierto que nos llevará vuestra merced al cielo, ya que estamos tan cerca de él, y esta es una mansión que todos debemos desear con ansia y el fin a que todos hemos de mirar.

—¡Ay, amigo! –le respondí–. Los cielos que hemos de ver no son los que vuestra merced piensa; que el Empíreo, que es la Ciudad de Dios y mansión de los bienaventurados, no se puede ver con estos ojos mortales.

—No importa –volvió a decir–. Yo me contento con estar cerca. Y todo lo que sea ver cielos, aunque no sea por ahora el que debemos desear, alegra; Y así, hagamos cuanto antes esta única jornada que nos falta.

Jornada IV

De los cielos, de los astros, estrellas
y sus movimientos; cualidades e influjos
de los eclipses de Sol y Luna

Con pasos más acelerados que los que llevaban mis amigos cuando caminaban por las entrañas cercanas al infierno, llegaron al vasto mundo de la Luna. Allí empezamos a discurrir por sus montes, valles y llanadas. No vimos, ni en los más ocultos rincones, aquellos vivientes que dijo Pitágoras, con que tuvimos por apócrifa la opinión de su escuela. Ni vimos monstruo alguno. Solo pudimos percibir que era un globo muy parecido al de la tierra en lo desigual y escabroso; pero tenía movimiento, porque uno de mis amigos, que fue el primero que sintió mover la Luna, dijo:

—¡Ah, señor astrólogo! ¿Dónde nos ha traído, que nos hemos de despeñar? ¡Yo me caigo!

—No se asuste vuestra merced, que no se caerá. Es verdad que se mueve la Luna, y no hay cuerpo en todas estas esferas que no se mueva. Tengan vuestras mercedes confianza, que como les libré de caer en el profundo abismo, también, si Dios nos ayuda, saldremos con felicidad; que aquí estamos en el cielo, y no puede suceder nada malo. Siéntense vuestras mercedes, que hemos de ver despacio sus movimientos.

Todos se aquietaron, y yo dije:

—A la Luna la han llamado muchos astrónomos cielo terráqueo, por la similitud en cualidades y figura que tiene con la Tierra. Es, pues, redonda, y su superficie es áspera y escabrosa, con cuestas, quebraduras y montes como la Tierra; y no por eso pierde la figura esférica, como hemos dicho ya y vuestras mercedes han visto de la Tierra. Y para que lo vean mejor, miren vuestras mercedes hacia abajo, sin miedo de desvanecerse, y les parecerá desde aquí la Tierra lo mismo que desde la Tierra parece la Luna.

Miraron hacia abajo y por señas, inclinando la cabeza, me dieron a entender que tenía razón.

—Es la Luna cuerpo opaco, sin más luces que las que mendiga y el Sol le presta; y a tener por sí luces, no llegara el caso de padecer eclipses el Sol. Es la Luna de naturaleza húmeda y fría, acuática, nocturna y femenina. Tiene especial influjo sobre el mar y todos los vegetables. Pero es un cuerpo tan variable, que por más que se ha fatigado el estudio de la Astrología y Filosofía en apurar su naturaleza, solo ha podido conjeturar estas especiales influencias; pero en sus crecientes y menguantes, las suele templar y aun variar. Domina también sobre la plata; y dista de la Tierra nueve mil ochocientas y cuarenta y seis leguas. Tiene cuatro orbes y una esférula. Este primer cielo en que está la Luna, primeramente tiene tres orbes, los dos son excentéricos[39] (esto es, que tienen diverso centro que el centro del mundo). Estos se llaman orbes deferentes del auge del ecéntrico de la Luna. El tercero es ecéntrico también, y está colocado en medio de los dos; y este lleva el epiciclo de la Luna o esférula. Y después de estos, tiene el cuarto concéntrico (que tiene el mismo centro que el

[39] *excentérico*, *ecéntrico* y *excéntrico* son las variantes con que aparece este término en el texto.

mundo), y este es el que lleva el *caput* y el *cauda draconis*. La esférula que dijimos está inmersa en la profundidad del tercer orbe, y en esta va como engastado el cuerpo lunar. Los orbes que llevan el auge del ecéntrico se mueven regularmente sobre el centro del mundo, contra el orden de los signos –esto es, de Tauro a Aries–, en un día natural once grados y doce minutos. Y el eje de este movimiento corta al eje del Zodíaco, por lo cual sus polos se apartan de los polos del Zodíaco; y la cuantidad de esta declinación es de cinco grados, invariables siempre.

—Señor astrólogo –dijo aquel perillán del mechón–, yo no he entendido palabra de lo que vuestra merced ha dicho.

—Ni nosotros –dijeron los demás–; porque, verdaderamente, lo que vuestra merced nos explica supone otros principios.

—No desmayen vuestras mercedes –repetí–, que yo me explicaré más clarito, de suerte que solo iré diciendo la naturaleza de estos planetas; sin tocar sus cielos, diré sus medios movimientos, que esto sobra para que vuestras mercedes puedan instruirse de lo preciso. Pero en la Luna y el Sol me han de permitir explicar sus orbes, que esto es preciso para lo que tenemos que notar en los eclipses.

»El orbe que lleva al epiciclo o esférula de la Luna se mueve regularmente sobre el centro del mundo con el orden de los signos, esto es, desde Aries a Tauro; y en un día natural anda con tal movimiento trece grados y quince minutos. El eje de este movimiento por el centro de este orbe se mueve equidistante o con igual distancia al eje de los orbes que llevan al auge. El orbe cuarto concéntrico, que lleva a la cabeza del dragón, se mueve –sobre el eje del Zodíaco, sobre el centro del mundo, regularmente contra la sucesión u orden de los

signos– en un día natural cuasi tres minutos. El epiciclo también se mueve sobre su propio centro irregularmente, y sobre su propio eje; pero esta irregularidad se reduce a uniforme. No es del intento, y así vamos ahora, dejando a la Luna en este estado, al segundo cielo, que es el de Mercurio.

»Este también es cuerpo esférico sin más luz que la que recibe del Sol. Su naturaleza es indiferente; es masculino y diurno; domina sobre el azogue, y dista de la tierra ciento y veinte y cinco mil ciento y ochenta leguas. Este planeta tiene cinco orbes y su epiciclo. Los dos orbes extremos son excéntricos según una parte y concéntricos según otra parte, de suerte que la superficie convexa del supremo orbe y la cóncava del ínfimo son concéntricas al mundo; y la cóncava del supremo y la convexa del ínfimo son excéntricas con el mundo; y el centro de estos orbes dista tanto del centro del ecuante[40] cuanto el centro del ecuante del centro del mundo; y este mismo es el centro del círculo parvo, porque describe el centro del deferente[41]. Llámanse estos orbes deferentes del auge del ecuante, y se mueven con el movimiento de la octava esfera[42] sobre los ejes del Zodíaco. Entre estos dos orbes tiene otros dos de disforme anchura; y entre estos dos está inmerso el quinto orbe, esto es, el orbe del epiciclo. La superficie convexa del superior y la cóncava del inferior

[40] El *ecuante* era un punto imaginario situado cerca de la Tierra, respecto al cual el movimiento de un determinado planeta era uniforme, aunque no lo fuera respecto de la Tierra.

[41] En la antigua Astronomía, el movimiento del Sol podía representarse indistintamente con un círculo excéntrico respecto a la Tierra, o con un *epiciclo* (un *círculo* pequeño o *parvo*) que gira en torno a un centro geométrico que, a su vez, gira en torno a la Tierra describiendo un círculo mayor (*deferente*).

[42] La octava esfera, en la que se situaban las estrellas fijas, transmitía el movimiento a las siguientes.

tienen un mismo centro con el círculo párvulo; pero la cóncava del superior y la convexa del inferior, juntamente con las superficies del quinto orbe, tienen otro centro movible que se dice *centro del deferente*. El orbe quinto, que lleva al epiciclo colocado entre los dos segundos, se mueve en longitud según el orden de los signos, llevándose el centro del epiciclo regularmente sobre el centro del ecuante.

»Vamos a los orbes de Venus, que aunque vuestras mercedes por ahora no entiendan esta algarabía de epiciclos, deferentes, auges y ejes, después, a la explicación de sus pasiones, se harán más capaces. Llegamos a los orbes de Venus. Este es un planeta esférico; no recibe ni tiene otra luz que la que mendiga del Sol; su naturaleza es fría y húmeda; con moderación ácueo, femenino, nocturno. Este planeta es el que tiene mayor luz después de la Luna; domina sobre el cobre; dista de la Tierra tres cientas y ochenta y cinco mil seiscientas y cincuenta leguas. Tiene tres orbes con el epiciclo. Los orbes deferentes del auge se mueven sobre los ejes del Zodíaco, según el movimiento de la octava esfera, de tal suerte que el auge de su eccéntrico está siempre en aquel lugar del Zodíaco que está el auge del ecéntrico del Sol, de tal suerte que, conocido el auge del Sol, se conoce el auge de Venus. El orbe que lleva al epiciclo tiene dos movimientos; uno en longitud hacia el Oriente, regularmente sobre el centro del ecuante, de tal suerte que en el mismo tiempo que el centro del epiciclo hace una revolución, hace otra el deferente del orbe del Sol. La línea de su medio movimiento según longitud en aquel lugar del Zodíaco, es lo mismo que la línea del medio movimiento del Sol, de tal suerte que, conocido el medio movimiento del Sol, se conoce el medio movimiento de él. Pero su epiciclo se mueve con dos movimientos, uno en longitud y otro en latitud; en

la longitud, como los epiciclos de los otros superiores planetas, pero siempre cuasi en diez y nueve meses solares cumple su revolución.

»El Sol es un lucidísimo globo de fuego. Está en este cuarto cielo colocado, y puesto en medio de los demás planetas para darles y comunicarles su luz, como rey de todos los esplendores. Es caliente y seco, templadamente diurno y masculino. Domina sobre el oro y el fuego. Desde la Tierra hasta estos orbes hay de distancia un cuento[43], ducientas y trece mil tres cientas y treinta leguas. Tiene tres orbes. El orbe supremo, según su superficie convexa, es concéntrico al mundo; y según la cóncava, excéntrico. El orbe inferior es, según la cóncava, concéntrico; y según la convexa, excéntrico. El tercer orbe, que está colocado en medio de los dos, según ambas superficies suyas es ecéntrico al mundo. Los dos primeros son los deferentes del auge del Sol, y al movimiento de estos se varía el auge del Sol. El tercer orbe es el que lleva al Sol; de suerte que, fijo el cuerpo del Sol en este orbe, es llevado del deferente. Estos tres orbes tienen dos centros, porque la superficie convexa del supremo y la cóncava del ínfimo tienen un mismo centro, que es el mismo centro del mundo; pero la superficie cóncava del supremo y la convexa del ínfimo tienen un mismo centro fuera del centro del mundo. Los orbes deferentes y el auge del Sol se mueven con propios movimientos proporcionales. Los polos de este movimiento son los de la eclíptica de la octava esfera. El auge del ecéntrico que lleva al Sol continuamente se mueve en la superficie de la misma eclíptica. Pero el orbe que lleva al cuerpo solar con su movimiento propio, sobre su centro (esto es, del ecéntrico), se mueve regularmente según la sucesión de los signos,

[43] *cuento*: millón.

cada día cincuenta y nueve minutos y ocho segundos. Y los polos de este movimiento distan de los polos de los primeros orbes y son términos del eje de aquel orbe; esto es, de la línea equidistante del eje de los orbes que llevan al auge, y que pasa por el centro del ecéntrico. La línea del medio movimiento del Sol es una línea que sale del centro del mundo al centro del Zodíaco. El medio movimiento del Sol es el arco del Zodíaco, empezando desde Aries hasta la línea del medio movimiento. El auge del Sol es el arco del Zodíaco, desde Aries, según los signos, hasta la línea del auge. El argumento del Sol es el arco del Zodíaco entre la línea del auge y la línea del medio movimiento, según la orden de los signos. La línea del verdadero movimiento es la línea del centro del mundo tirada recta al centro del cuerpo del Sol; y el verdadero movimiento del Sol es el arco desde el principio de Aries hasta la línea del verdadero movimiento.

»Subimos a la esfera de Marte, que es el quinto cielo, contando desde la tierra. Este es planeta caliente y seco, ígneo, masculino, nocturno y enemigo de la naturaleza humana. Es también cuerpo esférico sin luz propria. Domina en el hierro. Dista de la Tierra dos cuentos trecientas y setenta y nueve mil leguas. Tiene tres orbes; y en el orbe medio, que es del todo ecéntrico, está su epiciclo, en el cual está como clavado el cuerpo de Marte. Los orbes que llevan al auge se mueven sobre el eje de la octava esfera y polos de la eclíptica. El orbe que lleva al epiciclo, cortando el eje del Zodíaco se mueve sobre su eje según la sucesión de los signos; y sus polos distan de los polos del Zodíaco con distancia desigual. El epiciclo tiene dos movimientos, uno en la longitud y otro en la latitud. El movimiento de longitud es con el que se mueve sobre su centro el cuerpo del planeta inmerso allí en la parte superior, según la sucesión

de los signos; es este movimiento irregular. La línea del medio movimiento de Marte o del epiciclo es la que desde el centro del mundo se extiende hasta el Zodíaco, equidistante de la línea que va del centro del ecuante al centro del epiciclo. La línea del verdadero movimiento es la que sale del centro del mundo y pasa por el centro del epiciclo al Zodíaco. La línea del verdadero lugar es la que pasa por el centro del mundo y se extiende por el centro del cuerpo del planeta al Zodíaco. El medio movimiento del planeta es el arco del Zodíaco, desde Aries hasta la línea del medio movimiento. El argumento medio del planeta es el arco del epiciclo comprendido entre el auge media, según su movimiento, hasta el centro del cuerpo del planeta.

»Al sexto cielo hemos llegado, y este planeta que vuestras mercedes ven aquí es Júpiter, cuerpo esférico, sin luz. Es caliente y húmedo, aéreo, sanguíneo, masculino y diurno, y de naturaleza benigna. Domina en el estaño; y dista diez y siete cuentos y ducientas y veinte mil leguas de la tierra. Tiene tres orbes, como Marte. Y lo que he dicho a vuestras mercedes de la teoría de este planeta, se debe también entender de Júpiter, pues consta de los mismos orbes y su epiciclo.

»Y pues no hay cosa especial que notar, pasemos al séptimo cielo planetario, donde está el melancólico Saturno. Este es cuerpo esférico, sin más luz que la que el Sol le da. Es frío, seco, maligno, melancólico, térreo y diurno; y es enemigo de la naturaleza humana. Este planeta, mirado desde la Tierra, es el más pequeño; pero es mayor que la Luna, y mayor que la Tierra noventa veces. Domina en el plomo. Y desde la Tierra a este cielo hay de distancia vente y ocho cuentos y cien mil leguas. Tiene los mismos orbes que Júpiter y Marte; conque explicados los de Marte, es excusado cansar a vuestras mercedes.

—Y aun estas noticias pudiera vuestra merced excusar –dijo uno–; porque yo, por mí no he entendido palabra. Vuestra merced nos diga cuánto se mueven estos planetas y qué pasiones tienen así por mayor, que es lo que a nosotros nos sirve; que esas *hipoteses* de sus teorías tienen mucho que entender, y es para los que han de profesar esta ciencia. Nosotros no queremos saber más que cuatro curiosidades.

—Pues si vuestras mercedes no quieren más, volvamos a la Luna. Esta se mueve cada día trece grados, diez minutos y treinta y cinco segundos; y cada hora, treinta y dos minutos y cincuenta y seis segundos. Su cabeza de dragón se mueve al día, contra el orden de los signos, tres grados y diez minutos, y cumple su revolución en un mes. Mercurio se mueve al día con su medio movimiento cuatro grados, cinco minutos y treinta y dos segundos; y cada hora, un minuto y diez segundos. Cumple su revolución en ciento y quince días, veinte y una hora y tres minutos. Venus se mueve al día un grado, treinta y seis minutos y ocho segundos, y en cada hora, un minuto y cuatro segundos. Cumple la revolución de su cielo en quinientos y ochenta y tres días, veinte y dos horas y dos minutos. El Sol se mueve al día cincuenta y nueve minutos y ocho segundos; cada hora, dos minutos y veinte y ocho terceros. Cumple su revolución en trecientos y sesenta y cinco días. Marte se mueve al día treinta y un minutos y veinte y siete segundos; cada hora, un segundo y diez y nueve terceros. Cumple su revolución en un año, trecientos y veinte y dos días. Júpiter se mueve al día cuatro minutos y cincuenta y nueve segundos; cada hora, doce segundos; y cumple su revolución en once años, trecientos y quince días. Saturno se mueve al día dos minutos y un segundo, y cada día cinco segundos; cumple su revolución en treinta años y veinte y tres días. Estos

planetas, según hemos dicho, son llevados por sus orbes; y así, cuando caminan hacia el ábside superior, se llaman ascendentes; y descendentes, bajando al inferior. Ábside es lo mismo que *apogeo*, y el opuesto o inferior se llama *perigeo*. Estos apogeos se mudan y mueven muy despacio en muchos siglos, y de sus mudanzas conjeturan los astrólogos varios efectos. Llámanse los planetas *directos* y *retrógrados*; directos, cuando caminan por el orden de los signos, desde Aries a Tauro; retrógrados, cuando el movimiento es encontrado a este. Llámanse también *veloces*, y es porque entonces caminan más que su medio movimiento; dícense *tardos* cuando caminan menos que su medio movimiento, y *estacionarios* cuando se detienen, ya para hacerse rectos o retrógrados. Tienen latitud boreal y austral, y esta latitud se llama ascendente o descendente. Cuando vuelven hacia el Ártico y se disminuye la latitud meridional y se aumenta la boreal, se dice ascendente; y cuando al volver al Antártico se disminuye la boreal y se aumenta la meridional, es descendente. La máxima latitud boreal que puede tener Saturno es de dos grados y cuarenta y ocho minutos; la meridional, dos grados y cuarenta y nueve minutos; la boreal de Júpiter, un grado y treinta y ocho minutos; la meridional, un grado y cuarenta minutos. La boreal de Marte, cuatro grados y treinta y un minutos; la meridional, seis grados y cuarenta y siete minutos. La de Venus boreal, nueve grados y dos minutos; y la otra, nueve grados y dos minutos. La boreal de Mercurio, tres grados y treinta y tres minutos, y la otra lo mismo. La boreal de la Luna, cinco grados y diez y siete minutos, y la otra lo mismo.

»De dos maneras atribuyen los astrólogos las dignidades a los planetas, una esencial y otra accidental. La esencial es la que tienen por naturaleza, y accidental

la que les sobreviene por el sitio. Las dignidades esenciales son cuatro: *casa*, *exaltación*, *triplicidad* y *término*. Tienen gozo en las casas celestes y en los signos. El gozo que se toma del signo es esencial, y la que se toma de la casa, accidental. Saturno tiene su gozo en Acuario, y en la casa duodécima. Júpiter en Sagitario, y en la undécima. Marte en Escorpión, y en la sexta. El Sol en Leo, y en la nona. Venus en Tauro, y en la quinta. Mercurio en Virgo, y en la primera. La Luna en Cáncer, y en la tercera. Cada planeta tiene su casa. El Sol la tiene en Leo y la Luna en Cáncer; los demás, cada uno tiene una diurna y otra nocturna. Acuario es diurna y Capricornio nocturna de Saturno. Júpiter tiene por casa diurna a Sagitario y por nocturna a Piscis. Marte tiene diurna a Aries y nocturna a Virgo. Venus tiene diurna a Libra y nocturna a Tauro. Mercurio tiene por diurna a Géminis y nocturna a Escorpión.

»La *exaltación* del planeta es un lugar del Zodíaco en el cual tiene gran dignidad; y *caso* se llama donde se le disminuye la fuerza, y esto es en el lugar opuesto a la dignidad. Y así en Aries se exalta el Sol y tiene su caso en Libra. La Luna en Tauro, Saturno en libra, Júpiter en Cáncer, Marte en Capricornio, Venus en Piscis, y Mercurio en Virgo.

»*Triplicidad* es una división de los signos en cuatro partes, según la disposición de los cuatro elementos, que concuerdan con una naturaleza; y en estos tienen también los planetas dignidad esencial. Los *términos* son ciertos grados determinados en los signos en que, constituidos, observaron los astrólogos antiguos que se aumentaban las fuerzas de los planetas. Los *aspectos* de los astros son las distancias que respecto del Sol u de la Luna, u de unos y otras, llevan en sus movimientos; de suerte que cuando un planeta está distante de otro cuarenta y cinco grados, se dice que se miran con *aspecto*

sextil; cuando la distancia es de noventa grados, se llama *aspecto cuadrado*; y cuando distan por ciento y ochenta grados, están en oposición; y cuando están en un mismo signo y grado, están en conjunción.

»Baste esto como general noticia de las naturalezas y dignidades de estos planetas, advirtiendo a vuestras mercedes que hay otras infinitas cosas que saber en este asunto. Ahora subamos al octavo cielo, que es el estrellado, y donde están las estrellas fijas. Estas son unos globos formados de infinitos corpúsculos, que se mueven sobre sí mesmos con un movimiento trémulo aceleradísimo. Así en los planetas como en las estrellas fijas, se dan dos movimientos encontrados Uno es de la décima esfera, que arrebatando todos los cuerpos celestes les da una vuelta al mundo en espacio de veinticuatro horas; y este es de Levante a Poniente, sobre los polos del mundo. El segundo movimiento es de Poniente a Levante, sobre los polos de la eclíptica, con el cual se van apartando de la sección vernal[44] de la eclíptica con la equinoccial. En este segundo movimiento han variado mucho los astrólogos; pero la observación más segura y más puntual es que el movimiento anuo de las fijas es de cincuenta segundos, conque gastan setenta y dos años en andar un grado del cielo, y cumplen su revolución en veinte y cinco mil novecientos y veinte años. Mil y veinte y dos estrellas son las que los astrólogos han podido conocer en el firmamento, siendo solo Dios el que pueda numerar su multitud; y son más que las que vemos desde la Tierra.

—Eso he reparado –dijo el viejo–; pero también me parece que, aun estándolo viendo aquí y siendo unos cuerpos tan grandes, será imposible el numerarlos.

[44] *vernal*: oriental.

—Las más conocidas son las que componen las cuarenta y ocho imágines y constelaciones, que son: las Dos Osas, el Dragón, Cefeo, Bootes, Corona boreal, Hércules, Lira, Cisne, Casiopea, Perseo, Auriga, Serpentario, Serpiente, Saeta, Aquila, Delfín, Equiculus, Pegaso, Andrómeda, Triángulo, Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis, Cetus, Orión, Eridano, Liebre, Can Mayor, Can Menor, Argos, Hidra, Urna, Cuervo, Centauro, Lobo, Turíbulo, Corona austrina. Si vuestras mercedes quieren saber de cuántas estrellas se compone cada imagen de estas, lean a Juan Paulo Galucio en su *Teatro del mundo*[45]. Además de estas constelaciones, dividen los astrólogos al cielo en doce porciones iguales, a quienes llaman *casas*. De estas hablaremos en adelante. Divídenlo también en doce signos que están inmediatamente en este cielo, que son: Aries, Taurus, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario y Pisces. Cada signo de estos se divide en treinta grados, que multiplicados por los doce hacen los trecientos y sesenta grados en que dividen los astrólogos todo el cielo. Las demás constelaciones de Aries dicen que están en la décima esfera. Las propiedades de estos signos diremos en los efectos de los eclipses.

»Quedémonos aquí –les dije–, porque el cielo más arriba no tiene que ver; porque es el cielo cristalino, donde según el venerable Beda, estuvieron las aguas del Diluvio. Y más arriba está la décima esfera, que es el cielo que, arrebatando a todos los demás cielos inferiores, les hace dar una vuelta al mundo en espacio de veinte y cuatro horas de Levante a Poniente.

[45] *Theatro y descripción universal del mundo*, compuesto por Juan Paulo Galucio Soloense, se publicó en 1617, en Granada, por Sebastián Muñoz.

El onceno cielo es la Ciudad de Dios y de sus bienaventurados, conque el sistema de este mundo es: contando desde el Empíreo u onceno, se sigue la décima esfera; a esta, el cielo cristalino, el firmamento, el cielo de Saturno, el de Júpiter, el de Marte, el Sol, Venus, Mercurio y la Luna, la esfera del fuego, la del aire y, en medio de estos, colocado el globo terráqueo.

Aquí llegaba delirando mi fantasía fatigada, porque no conocía ya tan vivamente de las especies. Ya los menos graves vapores del estómago querían dejar sin tanta copia el celebro; ya recitaba a pausas, olvidando la mayor parte de la idea y trabucándose las razones. Pero todavía estaba persuadido en el sueño que volábamos por esas esferas mis amigos y yo, y que poco a poco íbamos bajando y nos volvimos a hallar en mi cuarto. Unos se sentaron sobre mi cama, otros sobre los poyos de la ventana, otro se acomodó en el brazo de una silla (porque en casa de los astrólogos no puede haber mucho asiento). Y yo les dije:

—Ea, caballeros, aquí hemos de descansar; y hemos de recopilar, de lo que hemos visto, lo que nos sirva para nuestro propósito. Y explicando primero los influjos generales, vendremos a parar al particular de este eclipse. Y ojalá hubiera caracteres en las imprentas de España, que yo me prometía darles a vuestras mercedes unos preceptos para que no solo conociesen las influencias de los eclipses, sino también para conocer cuándo sucederían, su principio, medio y fin, y en qué regiones. Pero pues esto, por ahora, no puede ser, será preciso, para que vuestras mercedes se informen de su influencia y hagan un prudente juicio, que vean en nuestros *Pronósticos* en qué signo se fragua cualquier eclipse. Y diciéndoles yo ahora la naturaleza del signo, podrán atribuir a los influjos del eclipse cualidades del signo y casa en que sucede. Y por si

acaso en los *Pronósticos* hallan vuestras mercedes quién sea el planeta señor del eclipse, puse la naturaleza de estos. Y juntando con la impresión del aire la cualidad de la casa e influjo del signo y planeta, podrán con la Filosofía Natural de su buen discurso, y estos meteorológicos principios, y la observación de los pobres astrólogos que se dieren malas noches por notar influencias, hacer un cálculo y juicio prudente. Y para que vuestras mercedes no se queden tan en ayunas de la formación de los eclipses, supuestas ya las teorías y movimientos del Sol y la Luna y el *caput draconis*, oigan la general doctrina de su formación.

El amigo más viejo, que era el que más atendía (y aunque no hablaba mucho, bien conocía yo que tenía sus reglitas astronómicas), dijo:

—Sí, señor; explíquenos vuestra merced esta formación y sus influjos, que lo demás se puede averiguar por unas efemérides viejas; o si acaso las encontraremos nuevas, mejor.

Pues esto supuesto, dije yo:

—Eclipse no es otra cosa que una ocultación o privación de la lumbre del Sol, o porque entre el Sol y la Tierra se interpuso la Luna o porque entre la Luna y el Sol se interpuso la Tierra. Porque sabido es en la perspectiva que cuando el cuerpo luminoso es mayor que el opaco, siempre este es alumbrado por más de la mitad y su sombra piramidalmente va en disminución, hasta fenecer en un punto opuesto al centro del luminoso. Pues como el Sol, luminar mayor, anda a vista de la Tierra, que es cuerpo opaco, y el Sol sea mayor que la Tierra cuasi ducientas veces, necesariamente la sombra de la Tierra se ha de disminuir en pirámide, hasta fenecer en punto opuesto de él. Y como el Sol camina en la superficie de la eclíptica, así el diámetro de la sombra de la Tierra se moverá por la misma superficie de la eclíptica a la parte opuesta del Sol.

»Empezando por los eclipses de la Luna, digo que la causa de eclipsarse es que esta no tiene más luz que la que recibe del Sol. Todas las veces que en las oposiciones o lunas llenas se hallare en una de las secciones que dijimos llamarse *caput* o *cauda draconis*, de necesidad ha de estar el Sol en el opuesto punto; y entonces queda la Tierra interpuesta entre el Sol y la Luna, y la sombra de la Tierra coincide en el cuerpo lunar. Y como la luz del Sol no puede coger lo cóncavo de la Luna, quédase sin luz y padece el eclipse; y como es por privación de luz, forzosamente viene a ser general en todas las regiones de aquel hemisferio.

»El eclipse del Sol no es privación de luz (porque nunca la pierde); es solo una ocultación de sus rayos, causada del cuerpo de la Luna interpuesto entre el Sol y nuestros ojos. Y así, todas las veces que en las conjunciones o lunas nuevas que tiene el Sol con la Luna, se hallaren en una de las dos secciones o nodos del *caput* o *cauda draconis*, o en sus términos, queda la Luna interpuesta entre el Sol y la Tierra, y padece el Sol eclipse y ocultación de sus luces por la parte opuesta al diámetro de la sombra. Y como causan diferentes aspectos en diferentes regiones, hay variedad en la duración y tamaño; porque el eclipse del Sol no pueda ser general, como el de la Luna, porque la Luna es menor que el Sol y nunca puede quitarle todas sus luces. Pero como la Tierra es mayor que la Luna, de aquí es que esta puede padecer eclipse total y general; el Sol no.

»Para demostrar la grandeza y duración de los eclipses se consideran los cuerpos del Sol y de la Luna como planos y superficiales, y en esta consideración dividieron a los diámetros de los luminares en doce partes iguales, a quienes llamaron *dígitos*, y cada dígito lo dividieron en sesenta segundos. Y por esta división nos han dado a conocer los astrólogos antiguos la

cuantidad y duración de los eclipses; de tal suerte que en diciendo que el eclipse es de doce dígitos, se entiende eclipse total; si de seis, se entiende que fue oscurecido la mitad del luminar. Los eclipses de la Luna son más fáciles de calcular; porque cuando en la oposición o Luna llena se hallan en el *caput* o *cauda*, o cerca, como no diste por más que doce grados, es regla general que habrá eclipse. Y tanto será mayor el eclipse cuanto menor fuere la distancia. Y así, en doce grados de distancia no habrá eclipse; pero en diez, en ocho, en nueve, etc., lo habrá. Pero en los eclipses del Sol, además de conocido el novilunio es necesario saber la noticia de las paralajes; y este es el punto más dificultoso de la Astronomía.

»Baste esto por general noticia, y vamos sabiendo ahora la naturaleza de los doce signos en que se pueden eclipsar los luminares, para que de cada signo hagan vuestras mercedes el juicio y conjetura del influjo, que este es nuestro fin.

»Aries es figurado por un carnero. Es cálido y seco templadamente; su naturaleza es de fuego; es signo movible y masculino; es casa de Marte, exaltación del Sol, caída de Saturno y detrimento de Venus. El día que entra el Sol en este signo hace el primer equinoccio. Domina en las provincias de Francia, Alemania, Inglaterra, Polonia, y en las ciudades de Florencia, Patavia[46], Nápoles, Cracovia, Zaragoza, Valladolid y Tortosa.

»Tauro es figurado por un toro. Es térreo, frío y seco. Es signo nocturno y femenino. Influye frialdad moderada, y con esta va empezando a crecer y aumentarse lo vegetable. Es casa de Venus, y su gozo; exaltación de la Luna, y tristeza y detrimento de Marte. Domina en las provincias de Irlanda, Egipto, Armenia,

[46] *Patavia*: Padova (Italia).

Persia Media y Asia Menor, y en las ciudades de Capua, Salerno, Bolonia, Sena, Verona, Parma, Mantua, Palermo, Girona, Osca, Toro, Badajoz, Astorga y Jaén.

»Géminis es figurado por dos niños abrazados, denotando lo amigable del tiempo. Su naturaleza es cálida y húmeda. Engendra un temperamento muy templado para todo lo vegetable y animal. En este signo se fraguó el eclipse del día 22 de mayo, que es el que a vuestras mercedes, al Norte y a Francia tiene alborotados. Y es cierto que, a no estar tan infecto e impresionado el aire de porciones sulfúreas por causa de la gran seca que ha habido en lo más de nuestra España diez años ha, no fueran tan malos los efectos. Y con todo eso, lo benigno y afable del signo le destruye muchas cualidades pestilentes. Es este signo casa diurna de Mercurio; y este planeta también es Almuten[47] o significador y dispositor del eclipse. Las condiciones de este planeta son indiferentes; conque junto a un signo tan bueno no puede ser dañosa su influencia. Es detrimento y tristeza de Marte. Es masculino y diurno. Domina en las provincias de Hircania, Marmárica, Armenia y Margiana, y en las ciudades de Trento, Ceste, Vitavo, Noremberga, Brujas, León de Francia, Sigüenza, Córdoba y Talavera.

»Cáncer es figurado por un pescado. Su naturaleza es acuática, fría y húmeda, femenina y nocturna; influye templadamente. Este signo es casa diurna y nocturna de la Luna, exaltación de Júpiter, detrimento de Saturno y caída de Marte. Domina en las provincias de Nimidia, Holanda, Nombergia, Zelanda, Betania, la Etiopía, África y Frigia; y en las ciudades de Constantinopla, Milán, Pisa, Luca, Venecia, Túnez; y Génova, Lisboa, Granada y Barcelona.

[47] *Almuten*: planeta con mayor dignidad o influencia en un determinado grado del Zodíaco.

»Leo es de naturaleza de fuego, cálido y seco en demasía, masculino y diurno. En este signo, cuando el Sol está en él, seca y aniquila lo vegetable. Es casa diurna y nocturna del Sol, tristeza de Saturno. Domina las provincias de Bohemia, costa del Mar Bermejo, la Caldea, Italia, Suecia y Turquía, Proponto, Alpes y la Macedonia; y en las ciudades de Roma, Rávena, Cremona, Ulma, Croton, Damasco, Praga, Murcia y León.

»Virgo es signo térreo, frío y seco. Se figura en una doncella. Este significa lo estéril de la tierra. Es femenino, nocturno y melancólico. Es casa, gozo y exaltación de Mercurio, caída de Venus y detrimento nocturno de Júpiter. Domina las provincias de Grecia, Babilonia, Asiria, Mesopotamia, Sicilia, Rodas y las islas de Candía; y en las ciudades de Pavía, París, Ferrara, Tolosa, Parencio, Lérida, Toledo, Ávila y Algecira.

»Libra se figura por un peso de balanzas, significando la igualdad de los días y noches. Es signo masculino, diurno, cálido, húmedo y aéreo. Es casa diurna de Venus, caída del Sol, y exaltación de Saturno y diurno detrimento de Marte. Domina las provincias de Asturias, Cesperia, Bactriana, Regio y Tuscia, y las ciudades de Palencia, Lodi, Gaeta, Parma, Viana, Burgos, Almería y Salamanca.

»Escorpio se figura en un animal terrestre llamado así. Es frío, húmedo y nocturno. Es casa nocturna y gozo de Marte, caída de la Luna, detrimento y tristeza de Venus. Domina en Escocia, Siria, Mauritania, Getulia, Capadocia y Judea, y en las ciudades de Mesina, Padua, Aquileya, Crema, Bujía, Valencia, Játiva, Segovia, Tudela, Braga y Málaga.

»Sagitario es figurado por un centauro tirando saetas. Es cálido y seco, de naturaleza ígnea, masculino y diurno. Es casa diurna y gozo de Júpiter y detrimento diurno de Mercurio. Domina en las provincias

de España, Arabia Feliz, Esclavonia, Dalmacia y Etruria, y en las ciudades de Malta, Aviñón, Jerusalén, Milán, Jaén y Calahorra.

»Capricornio es figurado por una cabra. Es térreo, frío y seco, femenino y nocturno. Es casa nocturna de Saturno y exaltación de Marte, caída de Júpiter y detrimento de la Luna. Domina sobre Macedonia, Barbaria, Portugal, Albania, Moscovia, Gredosia, Tracia, la India y Esclavonia, y en las ciudades de Verona, Forlinio, Saboya, Tortosa, Soria y Carmona.

»Acuario es figurado por un hombre vertiendo un cántaro de agua. Es caliente, húmedo y ácueo. Corrompe los vegetables y plantas. Es casa diurna y gozo de Saturno, y detrimento nocturno y diurno del Sol. Domina sobre Aragón, Bohemia, Sajonia, Etiopía, Dalmacia, Arabia, Sodiana y Piamonte, y en las ciudades de Constancia, Jerusalén, Urbino, Pavía, Monferrato, Zamora, Medina, Palencia y Sevilla.

»Pisces es figurado por dos peces. Es femenino, nocturno, acuático, frío y húmedo; casa nocturna y diurna de Júpiter, exaltación de Venus, caída y detrimento nocturno de Mercurio, y su tristeza. Domina en Persia, Irlanda, Normandía, Lidia, Sicilia, y en las ciudades de Orense y Santiago, y parte de Sevilla.

—Estos signos ya los registramos en la octava y décima esfera –dijo un compañero–. Lo que no hemos visto allá es la equinoccial, coluro y otra greguería de cosas que acá les oímos a vuestras mercedes, y nos ponen en sus *Pronósticos*.

—Ya entiendo a vuestra merced lo que dice –respondí yo–. Y porque no se vayan de mi cuarto sin saber todos los principios así accidentales como sustanciales de una y otra esfera, en breve les he de instruir con la general doctrina y principal división; pues a ella se debe el conocimiento del cielo y el haber hallado franco

comercio del de la tierra a los superiores orbes: *Plurimum debemus antiquis ob tantam inventionem, cum coelum palpemus manibus ictuque oculi distantias locorum, ac si in Coelis degeremus*[48].

»Para la inteligencia de los movimientos celestes y situación de sus cuerpos imaginaron los astrólogos, además de la general división en los doce pedazos o casas, diez líneas en el cielo estrellado, por este orden. Los signos que hemos visto están en un círculo de esta esfera que divide al cielo en dos partes iguales, y a este círculo dieron los astrólogos latitud de doce grados; pero en los demás círculos no tiene latitud. Este es un círculo oblicuo, por ser tan ladeado como consta de las declinaciones que el Sol hace cuando se encamina al Septentrión. Llámase también *signífero*, porque lleva consigo todos los signos. En medio de su latitud imaginan una línea, a quien llaman *eclíptica*, de donde el sol no se aparta ni declina jamás; y llámase así por hacerse en esta línea los eclipses. La *equinoccial* es también círculo máximo y divide la esfera en dos partes iguales, pasando por los dos signos de Aries y Libra; y en llegando el Sol a estos puntos o signos, hace los equinoccios e igualdad del día y la noche en toda la Tierra. El horizonte es otro círculo mayor, terminador y determinador de nuestra vista por aquella parte por donde, a nuestro parecer, se corta el cielo con la tierra; o por mejor decir, es un círculo que termina y remata la vista, tendida por la redondez de cualquier parte donde el hombre la tiende.

»Meridiano en el círculo de mediodía, y en este toca el Sol en cualquier tiempo del año al punto del mediodía. Está siempre sobre nuestras cabezas, atravesado del uno al otro polo del mundo. La una mitad

[48] "Debemos muchísimo a los antiguos por tan grandes descubrimientos, cuando palpamos el cielo con las manos y las distancias de los lugares con una ojeada, como si nos moviéramos en el cielo".

está siempre sobre nuestro hemisferio, y la otra debajo; y en este toca el Sol al punto de la medianoche. Y según la habitación de cada uno se considera el meridiano, y así son diversos los meridianos como lo son los horizontes; porque no todos tienen un mismo horizonte y un meridiano. Los dos *círculos coluros* son unos círculos que dividen también la esfera en dos mitades iguales, y son diferenciadores de los puntos de los equinoccios y solsticios, y sirven de regla y mensura para muchas observaciones de los astrónomos.

»Además de estos seis círculos máximos que dividen al cielo en dos partes iguales, hay otros cuatro círculos. Los dos primeros de los menores, y que no dividen la esfera en porciones iguales, son los círculos de los trópicos, el de Cáncer y Capricornio. El círculo que causa el Sol cuando está en el principio de Cancro y el que describe o causa cuando está en el principio de Capricornio llámanse *solsticios*, como si el Sol, para volver atrás, hubiese de volver a parar en ellos. Estos signos terminan las máximas declinaciones del Sol y diferencian a la zona templada de la tórrida. Los otros dos círculos menores son el Ártico y Antártico. Son difinidores de las zonas heladas o frígidas. El diámetro de estos círculos son cuarenta y siete grados; y en el medio de cada uno de estos círculos están los polos del mundo, puntos o remates del eje que atraviesa la esfera de arriba abajo. El punto nuestro es llamado polo septentrional, por las siete estrellas que están junto a él; que así llaman los ciegos a las que nosotros llamamos Bocina y Norte[49]. La estrella Polar no es el Norte ni el polo, antes dista de él más de dos grados. El polo contrario al nuestro se llama antártico porque es opuesto al polo ártico, y meridional por ser del lado del mediodía, según nuestro respecto.

[49] *Bocina*: la Osa Menor, que contiene la estrella Polar.

»Todo cuanto hemos dicho de la esfera celeste se debe entender de la terráquea, porque de los mismos círculos consta una que otra; pues los cosmógrafos para la descripción del orbe terráqueo se valen de ella, y es precisa esta misma división. Y para entender mejor la ciencia de estos círculos, puede cualquier curioso dividir un globo material y formar en él las diez líneas, del modo que dice el Padre Tosca en su *Compendio matemático*[50]. Y comprehendidas en el globo material, tiene sabidas las del cielo que imaginan los astrónomos, y las que en la Tierra para su descripción consideran los cosmógrafos, que son todas unas mismas.

Al mismo tiempo que yo, a mi parecer, estaba explicando estas noticias, me persuadí en la fantasía que entraba en mi cuarto un mozo (y no era mi criado, porque a mí nadie me sirve como yo me sirvo) con un garrafón de agua y un canasto de azucarillos, y que iba llenando los vasos de una salvilla (que tampoco la había, ni la he tenido jamás) y fue sirviendo a mis amigos la bebida. Yo les dije:

—Caballeros, ya habrán vuestras mercedes recuperádose de la fatiga y cansancio del dilatado camino. Refresquen y descansemos, que ya nos falta poco que dictar acerca de los influjos y efectos de los eclipses, y podrán vuestras mercedes volverse a sus casas.

En ninguna de las pasadas fantasías me persuadía yo que podía soñar, si no es en esta del refresco,

[50] Los siete tomos del *Compendio Mathematico* de Tomás Vicente Tosca (1651-1723) se habían publicado entre 1707 y 1715, y se reimprimieron varias veces (1727, 1757, etc.). La Astronomía ocupaba el tomo VII. En *El ermitaño y Torres* (1726, refundida en 1738) el autor elogia a Tosca y lo reconoce como el maestro que le ayudó a liberarse del aristotelismo y enfocar de otro modo las ciencias de la naturaleza. No obstante, el *corpus* científico del maestro, tanto en la obra mencionada como en el *Compendium Philosophicum* (1721) estaba también aún muy apegado a los rancios saberes escolásticos.

mozo, azucarillos, salvilla y vasos; porque todo esto es contrabando en mi posada. Porque como están los ojos enseñados a ver solo una cama como Dios me la ha dado, una silla que le suenan los trebejos como bolsa de damas, una lía que forma un ángulo en los dos remates de las esquinas del cuarto, donde están ahorcados –y no por buenos– mis vestidos, extrañaba que ni por sueño pudiera haber llegado tanto bien a mis puertas. En fin, bebimos e hicimos por un rato parar el discurso.

Descansos del viaje

De la facultad de las causas superiores
y cómo se avienen con las inferiores,
de las casas e influjos particular y general,
así del eclipse del día 22 de mayo de 1724
como de los que pueden suceder
hasta la fin del mundo, y otras curiosidades

Aunque los cuerpos celestes, por la inmensa distancia que hay de ellos a la Tierra, parecen exiguos, ya han visto vuestras mercedes su desmesurada magnitud, y aún son mayores que los que nosotros discurrimos. Estos cuerpos celestes hacen su impresión en los inferiores por su movimiento, y por su luz, y por su influencia. Por el movimiento, porque este es la vida de todo lo criado; porque, cesando el movimiento, cesan las generaciones y corrupciones, y todo natural movimiento. Por la luz, porque la lumbre de los cielos imprime en el aire las primeras cualidades, y del temperamento de las primeras se engendran las segundas, de donde se sigue que los cuerpos celestiales hacen con su luz todas las alteraciones y mutaciones del aire y otros cuerpos inferiores. Por la influencia, porque con maravilloso modo labra en las entrañas de la tierra los metales, piedras, etc., y en la superficie de ella fomenta las producciones de mieses y plantas. Y según la varia influencia, y según el diverso sitio del lugar, hace

producir y engendrar sustancias diversas; porque no todo lugar es bueno para producir aromas, ni en todos los terrazos se engendra el vino dulce. Del mismo modo varían estas influencias en las inclinaciones del hombre (dejándole siempre libre su voluntad, que a esta nadie la manda, si no es el mismo hombre); y así, según la buena o la perversa constelación, a unos hace fortunados, a otros infelices; a unos borrachos, a otros lujuriosos; a unos ladrones y a otros soberbios. Pero aunque al hombre le inclinen las estrellas, le queda libertad para elegir a su voluntad; que en ella, ni el cielo ni el influjo hacen impresión.

La parte de la Astrología que trata del concurso de las causas agentes con las pacientes, del temperamento y mudanzas del aire y de los tiempos, era necesaria, ya que vamos a explicar en general los eclipses; pero bastará que vuestras mercedes, con prudencia, hagan juicio de que no todas las regiones padecerán estos efectos, sino solamente aquellas tierras que concuerdan con la triplicidad en el signo en que se fraguó el eclipse, y más si el eclipse fragua sobre sus horizontes. Es importante también hacer un juicio de la impresión del aire por los años antecedentes; y así, por cuanto este año han sido más copiosas las lluvias, daremos más humor ácueo y sulfúreo en el aire. Esto no lo enseña la Astrología, es menester que el buen juicio de vuestras mercedes haga estas prudentes conjeturas. Es necesario también que vuestras mercedes tengan noticia de las doce casas del cielo; porque es de esencia de este asunto juntar la naturaleza de aquel pedazo de cielo o casa con el signo en que se fragua la conjunción eclíptica, para ir juntando así los influjos de la casa como los del signo y del planeta señor del eclipse, y de la impresión que prudencialmente tendría el aire al principio, medio y fin del eclipse.

Y así, tratando de las casas, digo que dividen los astrólogos a todo el cielo formal en doce casas. A la primera llaman Ángulo del Oriente, casa de las vidas y constitución del cuerpo; a la segunda, casa de facultades y bienes; la tercera, casa de los viajes; la cuarta, de los bienes estables y fin de cosas; la quinta, casa del contento; la sexta, de las enfermedades; la séptima, de los enemigos y mujeres; la octava es de la muerte y herencias; la novena, de los viajes y de religión; la décima, de los honores y dignidades; la oncena es casa de la Fortuna y la duodécima es de los enemigos ocultos y cárceles.

»Oigan vuestras mercedes la explicación de cada casa, así de sus influjos especiales en el hombre como de su cualidad y naturaleza, y de los planetas que son consignificadores dellas.

Casa Primera

La primera casa, llamada Ángulo del Oriente, horóscopo ascendente y casa de la vida. En ella estuvo aquella parte del cielo que en el punto de la Natividad asciende, y que hizo la primera impresión. Es significadora del cuerpo y su forma, de la salud, vida, ingenio, complexión y costumbres, de la propia industria; y es de donde se toman los principios de las cosas. En ella tiene gozo Mercurio, por significador de los espíritus animales. Joviano Pontano (lib. II, cap. 5) lo excluye de esta dignidad por versátil[51].

[51] Se refiere al tratado *De rebus coelestibus* (h. 1494), de Gioviano Pontano (1429-1503), humanista, poeta, diplomático, político y escritor prolífico. Además de sobre Astronomía, escribió tratados sobre temas filosóficos y morales, políticos y retóricos, así como diálogos literarios y obras poéticas.

Julio Fírmico[52] (cap. 22, lib. 2) dice que Saturno, fortunado en esta casa y no leso de Marte ni combusto del Sol, y con rayos felices de Júpiter o Venus, indica vida larga y buena salud. Es casa feliz, femenina; su color, blanco; su cualidad fría, húmeda flemática, y es con ella consignificador Saturno por el primero y supremo de los planetas.

Casa Segunda

La segunda casa sucede a la primera debajo de tierra. Significa la hacienda, las ganancias, riquezas movibles, los censos y los bienes que con industria y trabajo se adquieren; los ministros, fautores, personas, facultades y medios necesarios para la adquisición, y el tiempo de su duración y descaecimiento hasta el fin de la vida. Es casa en quien ningún planeta tiene gaudio. Es consignificador Júpiter, porque naturalmente significa sustancia de bienes; y hallándose en ella, por cuerpo o buen aspecto, no impedido, da grandes riquezas. Siendo señor de ella, las promete por oficios y dignidades eclesiásticas, por mercedes, dones de buenas personas, si el significador fuere Marte, bien afectado por la milicia; si Venus, por mujeres y favores de amigos; si Saturno, por labranza y cultura de la tierra, y si Mercurio, por ciencias y mercaderías. Grande impedimento es cuando en esta casa se hallan corporalmente o el Sol o Saturno o Marte; el Sol, porque destruye los planetas que con él se juntan y les quita la lumbre; Saturno, porque es la misma vanidad, pobreza y necesidad; y Marte porque significa impedimento, trabajo y defecto

[52] Iulius Firmicus Maternus, astrónomo latino del s. IV, escribió el tratado *Matheseos libri VIII*.

de sustancia. Fuera de estos, es casa feliz, femenina; su color verde; su complexión fría y húmeda, flemática.

Casa Tercera

La tercera casa se llama la de los hermanos y parientes, aunque Ptolomeo no hace mención de ellos en sus *Apotelesmas*[53]. Joviano Pontano (cap.4, lib. II *De rebus coelestibus*) dice que el hombre es animal sociable naturalmente, ninguno tanto; y que esta comunicación es primero con sus hermanas y allegadas; y que la tercera casa es la primera que se junta por aspecto sutil amigable con el ascendiente, por lo cual tiene con propiedad el significado de los hermanos y parientes; de la hospitalidad, la fe, religión, piedad, la correspondencia y amor de los hermanos; las controversias y pleitos en juicio, los viajes breves y legaciones. De aquí se toma la denominación de los buenos y felices acontecimientos. Tiene gaudio en esta casa la Luna; el color es azafranado, su naturaleza femenina, su vigor mediano, su complexión fría y húmeda, flemática, y es Marte su consignificador.

Casa Cuarta

La cuarta casa significa a los padres, el patrimonio, heredades y bienes raíces, los campos, cultura de la tierra, labores, minas y fundiciones de metales, cimientos, edificios, tesoros y cosas escondidas, las presas, despojos y el fin de las cosas. Y tómanse también las herencias cuando el señor de la cuarta se halla en la segunda o primera

[53] Se refiere a la obra *Apotelesmatika* o *Tetrabiblos*. *Apotelesma* (plural *apotelesmata*) significa en griego "influencia de los astros".

casa, o el señor de la primera o segunda en la cuarta; y la fama y opinión después de la vida. Ningún planeta tiene gaudio esta casa, antes –de opinión de Hermes– es sepultura de los planetas. Es medianamente feliz, y masculina; su color rubio, su complexión fría y seca, melancólica, su consignificador el Sol. Dice Hermes (*Aph.* 56): *Res paterna transit in filium, dum Saturnus fuerit fortunatus, et ex dilectione aspexerit Dominum ascendentis, magis ac amplius si fuerit Dominus quarti loci*[54].

Casa Quinta

La quinta casa se llama de los hijos; que, como a la tercera se le dio el significado de los hermanos por el sextil que tiene con el ascendiente, a la quinta por el trino[55] se le da el de los hijos, su estado, número y otros ascendientes, las donaciones y aquello que es del gusto: amor, deleites, convites, músicas, conversaciones familiares, nuncios y dones. Tiene Venus gaudio en esta casa. Su color es melancólico, mediana su felicidad. Es masculina, de cualidad fría y seca, melancólica; su consignificador, Venus.

Casa Sexta

La sexta casa significa las enfermedades. Es lugar desierto y como fuera de la frecuencia de los hombres, y

[54] "Los bienes paternos pasan al hijo mientras Saturno esté en buena suerte y desde su favorecimiento esté mirando al señor del ascendiente; más y mejor si fuera señor de la cuarta casa".

[55] Se llama *aspecto sextil* el que tienen dos astros cuando queda entre ambos una casa celeste vacía, y *aspecto trino* cuando quedan tres casas vacías.

frecuentado de animales venenosos y hierbas nocivas; y regularmente, cuantos planetas se hallan en esta casa tantos géneros de enfermedades predicen, especialmente en la vejez. Y los planetas que se hallan en la duodécima, mayormente estando infortunados, indican enfermedades en la puericia. Significa también esta casa los criados, siervos, esclavos, los animales domésticos y el ganado menor, y toda cosa doméstica y de servicio; el sustento y protección que el señor debe al criado, y la obediencia que el criado al señor. Tiene Marte gaudio en esta casa, y la consignificación Mercurio. Su color es negro, su naturaleza infeliz. Es masculina, aunque débil, de cualidad fría y seca, melancólica. *Planeta si non fuerit in locorum aliquo suae potestatis, et ipse fuerit in sexta vel duodecima domo, tunc fortunabitur* (*Ibi*: Abent.) [56]. Y Ptolomeo (*Aph.* 78) dice: *Exercet saepe vires stella quo in loco nullas habet vires, lucrum inexpectatum afferens*[57].

Casa Séptima

La séptima casa se llama de las bodas y casamiento. Significa la inclinación a la continencia o al matrimonio, y el número de las mujeres y la cualidad. Significa también las ventas y compras, los enemigos declarados y sus operaciones, los ladrones desterrados, fugitivos y las contiendas. Ningún planeta tiene gaudio en esta casa; consignificadora, la Luna; su color, blanco; feliz, femenina, de complexión cálida y seca, colérica.

[56] "Si el planeta no estuviera en una posición de su dominio y se encontrase en la casa sexta o decimosegunda, entonces traerá suerte". No se ha podido localizar la procedencia de esta cita.

[57] "A menudo ejerce un astro su poder en una posición en la que no tiene dominio, aportando una dicha inesperada". En el original se lee *stellae* en lugar de *stella*.

Casa Octava

La casa octava llaman los astrólogos lugar interficiente[58] y casa de la muerte natural o violenta, por cualquiera causa externa o interna. Es lugar flaco y ocioso, que no tiene vista con el ascendiente y es nocivo. Significa las herencias de los muertos, los tesoros escondidos, la tristeza y los venenos letales. Dice Ptolomeo que se mire el estado del grado interficiente, cuál de los planetas se halla en él o tiene con él aspecto; y según su naturaleza insinúa la muerte. Si fuere Saturno, la muerte será por largas enfermedades, flegmas, reumas y defecto de la naturaleza; si Júpiter, por apostemas en el tragadero y pulmón; si Marte, por fiebres continuas y agudas; si Venus, por mala afección del estómago, del corazón y del hígado, por flujo de sangre, apostema derramada por el cuerpo y fístulas; si Mercurio, por morbo caduco, gota coral[59], falta de juicio y pérdida de sentido. En esta casa no tiene gaudio planeta alguno, si bien la llaman templo de la Luna, según Fírmico (lib. II, cap. 22) y Pontano (cap. 4, lib. II). La Luna en nacimientos nocturnos, en esta casa bien colocada, aumentada en luz y con felices rayos de fortuna, libre de infortunio, promete gran felicidad. Es consignificador Saturno. Su color, negro; su naturaleza, infeliz y mala, femenina; y su complexión caliente y seca, colérica. En esta casa se fraguó el eclipse de 22 de mayo.

Casa Nona

La casa nona es semejante y más eficaz que la tercera, así por estar en la parte superior del círculo como por

[58] *interficiente*: que mata, letal.

[59] *gota coral*: epilepsia.

el aspecto trino con el ascendente, que es de perfecta amistad. Significa la Religión y cosas tocantes al culto divino, las dignidades eclesiásticas, la piedad, la Fe, las Facultades, las Artes, la Filosofía, la Ciencia, la aptitud y la inclinación a la Religión, las buenas costumbres y recta institución. Tiene también la significación de las sectas; y es casa de los viajes largos, y los juicios de legaciones y los piadosos, los sueños y las adivinaciones. Tiene el Sol gaudio en esta casa y es consignificador Júpiter. Su color es melado; su naturaleza mediana y femenina, su cualidad caliente y seca, colérica.

Casa Décima

La casa décima se llama medio cielo, el culmen o lo sumo del cielo, corazón del cielo, casa regia, *cuspis real*, y de los honores. Significa los imperios, dignidades, oficios, magisterios y honores. Es término y primacía de los bienes civiles a que aspiran los hombres. Y también significa el género de vida, las eminencias y superioridades en las Artes, y el favor y mercedes de los príncipes y magnates, y las privanzas. Tiene significación de la madre, su estado y condición después de nacido el infante. En esta casa no tiene gaudio planeta alguno. Es consignificador Marte. El color es melado; su naturaleza feliz, masculina; su cualidad es caliente y húmeda, sanguínea.

Casa Undécima

La undécima casa es de fortuna, de las esperanzas, de los favores, benignidades, buenos sucesos felices, de los amigos fieles y falsos con quien se trata familiarmente. Significa los consejeros y ministros del rey y de los

príncipes. Tiene en esta casa gaudio Júpiter, el cual, hallándose en ella bien afecto con dignidad y libre de infortunio, es felicísimo y da favor en todas las cosas. Y así como la décima es casa del rey, la undécima es de los que hacen su causa y los auxilian, de la hacienda real y de las esperanzas; y consiguientemente, la primera casa del pueblo y la segunda de su hacienda y sustancia; e impedida cualquiera de ellas, impide todo lo tocante a su partición. Es consignificador el Sol; su color azafranado; su naturaleza mediana, masculina; su complexión cálida y húmeda, sanguínea.

Casa Duodécima

La duodécima casa significa los enemigos ocultos, las cárceles, tristezas, adversidades, insidias y turbaciones, trabajos, envidias y dificultades. Significa también los animales mayores y el daño que de ellos puede resultar; la fidelidad de los criados y su hacienda; algunas enfermedades, especialmente en la puericia. Conjetúranse de aquí los sucesos que las mujeres tienen en los partos; los susurros y malas sospechas. Y da aptitud para penetrar la distinción de las cosas. Tiene en esta casa gaudio Saturno. Su consignificador es Venus; su color verde, su naturaleza infausta y maligna, masculina; su complexión caliente y húmeda, sanguínea. Si el señor del ascendiente se hallare en esta casa, insinúa muchos enemigos, con distinción que si estuviere fuerte y fortunado, los supeditará; y si estuviere débil, será supeditado de ellos.

Para los eclipses, solo harán vuestras mercedes juicio del general influjo, porque los demás solo sirven para los juicios gentilíacos[60] de los nacimientos. Ya

[60] *gentilíaco*: pagano. También tuvo la acepción de "noble, aristocrático".

que vuestras mercedes pueden ir juntando circunstancias del signo, de la casa del planeta y de la disposición anterior del aire, vamos sabiendo en uno y otro luminar las observaciones particulares que tienen hechas los astrólogos en cada mansión del cielo, así de los eclipses del Sol como de la Luna.

Predicciones de los Eclipses de Sol y Luna

En sus *Apotelesmas* (lib. I, cap. 7) dice el príncipe de los astrólogos, Ptolomeo, que de los eclipses de los luminares nunca se puede pronosticar nada bueno. Y que si sucede en el ascendente, pronostica muertos, graves enfermedades y peligrosas pestes. El tiempo en que sucederán los eclipses es desde el ascendente a la casa décima, y desde la décima a la séptima, contando por quince grados de equinoccial una hora, y por cada hora un mes; de suerte que si el eclipse sucede desde el ascendente a la décima, a treinta grados de equinoccial, serán dos horas; y por las dos horas se entiende que comenzarán los efectos de los eclipses, desde el principio del mismo eclipse, en dos meses; y así, contando hasta la décima casa, que hay noventa grados, los seis meses. Si sucediere desde la décima a la séptima, que hay noventa grados, se han de ir contando hasta seis horas; desde el fin del eclipse, seis meses, dando siempre a quince grados de equinoccial una hora, y a cada hora un mes. Los eclipses del Sol tendrán tantos años de duración cuantas horas tuviera el eclipse, y los de la Luna durarán sus efectos tantos meses cuantas horas durare el eclipse. Los eclipses de los luminares en las anuas revoluciones son sumamente nocivos, si suceden en la distancia desde el grado ascendente al lugar del tal eclipse. Y todos los accidentes

de los eclipses del Sol no pueden tener más duración que doce años; y los de la Luna, doce meses.

Se deben considerar los planetas dominantes y el signo; porque los efectos no son del eclipse, sino de los significadores. Los eclipses del Sol son poderosos; y si se fraguan cuando florecen los frutos y mieses, es destruición suya, y significa esterilidad. Los eclipses de la Luna pronostican lluvias, y algunos sequedad, terremotos, esterilidad e incendios. Los eclipses de uno y otro luminar hacen más su impresión en lo general de ciudades y reinos que en lo particular de las personas.

Un eclipse no puede de todo punto pronosticar en toda la tierra penurias, carestías y pestilencias, ni la peste puede durar más de cuatro años. Si el eclipse sucediere en signo humano, sus efectos e influjos serán en cosas humanas, como este eclipse que sucedió en Géminis, signo humano. En Aries, el eclipse daña los frutos. Los eclipses de Libra corrompen y pudren las hierbas, y mueven rencores y cismas entre los eclesiásticos. En Capricornio, influye copia de langostas y gusanos, amenaza perdición de naves, sumersiones en la mar y mudanza de costumbres y leyes en las regiones de su dominio. En Géminis y Sagitario denota muerte de las aves, y con especial las que sirven para el sustento del hombre. En Virgo y Piscis destruye todo lo vegetable, animales acuáticos, y corrompe el agua de las fuentes. En Tauro, Leo, Escorpio y Acuario influye ruina de edificios, simulaciones y traiciones. Si el eclipse se fragua en la undécima o duodécima casa, amenaza ruina de edificios y muerte de gente joven y adolescentes. Si en la décima o nona, amenaza a los reyes, príncipes y eclesiásticos con muerte o grave enfermedad. Si en la casa octava o séptima, indica mudanza de leyes, institutos y sectas, y con muerte o casos notables a los viejos.

Saturno, si fuere señor o dispositor del eclipse, es causa de fríos grandes, heladas, nieves y granizos y, en especial en los signos ácueos y aéreos, tempestades, vientos recios, inundaciones de ríos, peligrosas embarcaciones, terremotos, penuria en los frutos por corrupción y por gusanos, oruga y langosta. Mueve las enfermedades crónicas, fiebres, cuartanas pestilentes, epidemias; causa destierros, muertes, cárceles y llantos.

Júpiter señor del eclipse da buena disposición a las cosas, salud, paz, acrecentamientos, ganancias, trato con los poderosos; favorece a los reyes; copia de animales necesarios al hombre y destruye lo que le es contrario; copia de trigo, templadas lluvias; templa al aire y lo limpia; da fortuna en los viajes de Indias y toda navegación y, finalmente, es planeta autor de bienes y felicidades.

Marte, especialmente en signo ígneo, influye sequedad en las fuentes, corrompe las aguas, mueve vientos cálidos, tempestades, truenos, rayos, centellas, repentinos naufragios, pérdida de naves; destruye los animales que sirven al hombre, arruina las mieses y las plantas y árboles por langostas, gusanos, moscas, oruga y todos los animalejos que se engendran del putre de la tierra, y en las mismas trojes podrece las semillas. En signos humanos comúnmente engendra tabardillos, morbos estuosos[61], corrompe la sangre, arruina edificios, causa incendios, hurtos, crueles estragos, muertes violentas, guerras, tumultos en las plebes por iras y violencias de príncipes; causa destierros y prisiones; causa desestimación en los virtuosos y estimación en los crueles y facinorosos, y mueve el apetito a cosas ilícitas.

Venus, bien afecta y señora del eclipse, influye generalmente lo que Júpiter, pero más alegría; porque

[61] *estuoso*: ardiente, febril.

causa fiestas, música, holguras, el cielo apacible, buenos frutos y opulentas cosechas.

Mercurio (este fue dispositor de este eclipse cuya influencia vienen vuestras mercedes a averiguar) es impetuosísimo, veloz. Es planeta indiferente, pero en todo camina sin reflexión; y así causa vientos turbulentos, rayos, truenos; pero poco estable en todo. Hace dificultosas las navegaciones con derrotamientos, naufragios, invasión de piratas; es autor de hurtos y rapiñas; mueve borrascas y huracanes; inclina a mentiras y es usurpador de las cosas ajenas; mueve pleitos, inclina a mudar religión, costumbres y leyes; causa repentinas enfermedades, toses, corrupciones, vómitos, fiebres agudas. En todo es pronto, veloz e instable este planeta; pero dice Ptolomeo (cap. 8 de sus *Apotelesmas*) que, bien afecto de otros planetas, indica lo contrario. Conque de lo dicho se infiere que si Júpiter o Venus, bien afectos y con amigables aspectos, son denominadores, no pronostican mal de los eclipses; porque la significación es del signo en que sucede y de los planetas que dominan en el eclipse en que el Sol y la Luna, como causas universales, concurren con los influjos de las estrellas fijas y erráticas para que consigan sus efectos. Generalmente el eclipse en Tauro, Virgo y Capricornio significa penuria de frutos, mayormente en las semillas; en Géminis, Libra y Acuario, hambre, peste y enfermedades; en Cáncer, Escorpio y Piscis, muertes repentinas, sediciones, guerras y perdición de naves.

Ahora tratemos de los influjos del eclipse de Sol por los *decanos* de los signos. Cada signo tiene treinta grados, y cada signo tiene tres decanos, contados de diez en diez los grados. Pues si el eclipse de Sol sucediere en el primer decano de Aries, significa grandes movimientos de armas, ejércitos, controversias,

sediciones; el segundo decano, opresión y muerte de reyes, corrupción de frutos; en el tercero, tristezas, llantos y abortos en las preñadas.

Si el eclipse de Sol sucediere en el primer decano de Tauro, destruye los negociantes y comerciantes, y daña a las mieses; en el segundo ofende a las mujeres en los partos, y a los caminantes; y en el tercero predice hambre y peste.

En el primer decano de Géminis, mueve entre los eclesiásticos pendencias y lides, odios, desprecio de las leyes, e irrita los ánimos, olvidándolos de toda piedad. En este primer decano se fraguó el eclipse del 22 de mayo de 1724. Algunas disensiones hemos visto en estos días entre personas eclesiásticas (quiera Dios que cesen). En el segundo causa robos en la mar y muertes; en el último indica muerte de rey, detrimento en el estado político, e irrita los negocios civiles.

En Cáncer, en su primer decano perturba el aire con notable variedad; en el segundo deseca fuentes y ríos; en el último, pronostica en Armenia y África, y en todas las regiones sujetas a este signo, enfermedades, pestes y pleitos.

En los primeros grados de Leo, pronostica muerte de príncipe; en el segundo causa ansias, agonías y enfermedades ocultas; en el último pronostica cautelas, atrevimiento y profanación de cosas sagradas.

En el primer decano de Virgo, predice desastrado fin de algún rey; en el segundo, hambre y peste; en el tercero amenaza con infortunios a las personas de ingenio, poetas, pintores, matemáticos, y los conduce a cárceles y a destierros.

En el primer decano de Libra, corrompe el aire y mueve la peste, truenos y tormentas; en el segundo, muerte de rey y odios entre soberanos; en el tercero, pérdida de haciendas en la mar.

En el primer decano de Escorpio, causa bélicos tumultos, muertes, odios, traiciones; en el segundo, cautiverios y daños en los príncipes, y falso ánimo de sus capitanes; en el último amenaza venida de príncipe tirano.

En el primer decano de Sagitario, predice sediciones; en el segundo, muerte de cuadrúpedos; en el último causa aflicción en los ejércitos.

En el primer decano de Capricornio, denota infortunios a varones grandes, mudanzas de rey, rebelión de la plebe; en el segundo, sucesos desastrados en los soberanos por conmoción de su ejército; en el tercero, hambre y tumultos.

En el primer decano de Acuario, influye temores, tristezas; en el segundo, robos, terremotos y hambre; en el tercero, muerte de ganados y brutos.

En el primer decano de Piscis, deseca los ríos e infortuna los lugares marítimos; en el segundo, muerte de personas principales y, en las regiones marítimas, mortandad de peces, y terremotos; y en el último, crueldades e inhumanidad en los soldados.

Cuando los eclipses de la Luna se forjan en el primer decano de Aries, señalan fiebres, incendios de templos, sequedad en el aire; en el segundo, pestes; en el tercero, abortos en las mujeres.

En el primer decano de Tauro, indica enfermedades y muertes, y robos en el ganado; en el segundo, muerte de reina; en el último, muerte de animales ponzoñosos.

En el primer decano de Géminis, amenaza acometimientos de enemigos; en el segundo, con ejércitos repentinos; en el último señala fama por muerte de varón sapiente.

En el primer decano de Cáncer, indica guerra; en el segundo impone pensiones y tributos intolerables; en el último, enfermedades en las mujeres, súbitas miserias y muertes.

En el primer decano de Leo, predice acelerada enfermedad en algún rey; en el segundo, indica viaje en el rey y mudanza en su estado; en el último mueve los pueblos a novedades de guerras.

En el primer decano de Virgo, influye discordias y sediciones; en el segundo amenaza daño a los consejeros, letrados, hombres de negocios y comerciantes; en el último, letales morbos.

En el primer decano de Libra, mueve torbellinos y tempestades dañosas, granizos y heladas; en el segundo, pleitos perniciosos; y en el último pronostica muerte de varón grande.

En el primer decano de Escorpio, conduce horrorosos truenos, terremotos y rayos; en el segundo, destruición de lo vegetable y enfermedades en los racionales; en el último, lo mismo.

En el primer decano de Sagitario, mueve hurtos y rapiñas; en el segundo daña los animales cuadrúpedos; en el último influye pestilencia.

En el primer decano de Capricornio, causa tumores, golpes y cardenales, y muerte perniciosa de varón insigne; en el segundo excita fuertes acometimientos e insultos de soldados, cautiverios y hurtos; en el último, pleitos y muerte de rey.

En el primer decano de Acuario, indica enfermedad peligrosa de príncipe; en el segundo, daño general en las semillas; en el último, mudanza insigne en todas las cosas.

En el primer decano de Piscis, causa tristeza en prelados eclesiásticos y daño en sus bienes; en el segundo amenaza muerte de varón insigne; en el último, latrocinios por mar y tierra.

—Pues ya –dijo el viejo– no tiene vuestra merced que quebrarse la cabeza en explicarnos, porque a mi parecer lo tenemos entendido. Porque sabiendo la naturaleza del signo donde se fraguó, quién fue el dispositor

planeta, la casa, y hacer un prudente juicio de la templanza del aire, digo yo que sabremos así los influjos de este como de cuantos eclipses sucedan; pues es forzoso que se fragüen en uno de los doce signos y casas, y que uno de los siete planetas sea el dispositor. Después, averiguada su duración por nuestra vista, a cada hora en los eclipses del Sol hemos de dar un año de influencia, y en los de la Luna por cada hora un mes.

—Empezó este eclipse, como vuestras mercedes vieron –dije yo–, a las cinco y media y algo más; su medio fue a las seis y cuarenta minutos, y a este tiempo vimos eclipsados nueve dígitos y cuarenta minutos del cuerpo solar. El Sol se puso a las siete y diez y seis minutos; conque la duración de este eclipse fue en nuestro horizonte una hora y diez y seis minutos, de que se infiere que sus influjos durarán por más de año y medio.

»En Londres y en París le observarían sus astrólogos. Para saber a qué hora se empezó a hacer visible en toda la Europa este eclipse es muy fácil, porque en cualquiera libro viejo de la facultad[62] hallarán vuestras mercedes la longitud y latitud del lugar; y sabiendo a qué hora se celebra el eclipse en nuestro horizonte, se sabe en todas las demás regiones de este modo. Si el lugar para que quisieres computar el eclipse es más occidental que tu región, has de añadir a los grados de longitud de tu región los grados del lugar donde quieres saber, y los grados convertirlos en horas y minutos, y esta será la diferencia del meridiano. Por cada quince grados se ha de tomar una hora; y por cada quince minutos de grados, un minuto de hora; y si el lugar fuere más oriental, has de quitar los grados de él de los de tu lugar, y quedará hecha la observación.

[62] *facultad*: ciencia, materia o especialidad, en este caso la Astronomía.

»En el primer decano de Géminis, en un grado y cuarenta minutos, se vio el eclipse la cabeza del dragón en veintisiete grados de Tauro. En el ascendente estaba Escorpión, en la octava casa, casa de la muerte; el Sol y la Luna, en el dicho signo de Géminis; Saturno, en veinte y nueve grados de Sagitario retrógrado; Júpiter en veinte y seis de Capricornio, Marte en ocho de Virgo y Venus en veinte y cinco de Aries. Mercurio, Almutén y general dispositor, indica esta figura.

—No se fatigue vuestra merced –volvió a decir otro–, que ya sabemos lo que pronostica; pues recurriendo con este particular de Géminis signo en casa octava, ascendente Escorpio, Mercurio Almutén, y conociendo nosotros las malignas cualidades del fuego, sulfur y betún subterráneo, con la doctrina general que vuestra merced nos ha dicho, pronosticaremos ya cuanto sea posible en las conjeturas.

Yo no sé si fue la campana de los Padres Basilios, que tocaba ya a la oración, o la piedad de un amigo que, pasando por la calle, daba gritos a la reja; en fin, yo ignoro a qué piedad debí el volver a ser dueño de mis potencias. Y, recobrado, no me pesó del sueño, pues las memorias generales, perdidas ya en la memoria, me las sacó a plaza la fantasía; y quise copiar con la pluma lo que en la imaginación creí dibujado. Y así, lector, si te gusta el sueño, dame las gracias; y si no, haz lo que quisieres; que yo, en ofreciendo y sujetando cuanto soñé y cuanto he escrito a la Santa Iglesia Católica Romana, a ti se me da muy poco no haberte dado todo el gusto que esperabas.

DIOS SOBRE TODO

APÉNDICE
DEDICATORIA
(Edición de Salamanca, 1724)

Al señor D. Alejandro Navarrete,
Caballero del hábito de Santiago,
pagador y tesorero de juros y mercedes

Mano sobre mano el alma, sin tener que acudir al empleo de los exteriores sentidos, y la razón en brazos del ocio sin taras, dejaron sobre su palabra a la fantasía y, corriendo los espacios de la imaginación, recitó en su teatro esta historia. En el taller del sueño se abultaron todas sus ideas y figuras. Y si de los hombres es el errar, yo, hombre y dormido, tantos errores habré dictado al escribirla cuantos desaciertos al soñarla. Piedad fue del sueño volverme el juicio antes de hacer la Dedicatoria, que durmiendo pudiera errar la elección; pero luego que (por cortesía del letargo) recogí mis potencias, ofrecí con la de la voluntad a usted, señor don Alejandro, mi dueño, esta memoria. Dormido pudiera faltar a mi obligación y fuera disculpable la ofensa; pero despierto, si faltara, no tuviera perdón el delito.

Lo que yo debo y lo que a usted se le debe son estímulos que borran cualquiera otra idea. Mi duda la dejo a la consideración de quien supiere mi fortuna; pues confesando yo que soy un honrado mozo, que vivo en la corte sin más capellanía que un mal ingenio, conocerá las infelicidades a que me tiene sujeto esta mal seguida carrera; conque debiendo yo a usted la aplicación y remedio de muchas, se deja conocer cuánto será el débito.

Por caballero prudente, afable y perpetuo honrador de los pobres ingenios, se le deben a usted esta y

otras dádivas de mayor sustancia de justicia (y puede el más vano escritor prometerse el mayor crédito, si merece su obra el juicioso sentir de usted); luego por esta general deuda, y tantas particulares mías, no solo con la gran voluntad que yo me ofrezco, sino precisado de mi obligación, debo rendir a usted este trabajo, y en esta carta confesar las honras, favores y atenciones que le he debido. Por lo que suplico a usted encarecidamente se sirva de esta pequeñez en que va, como en cifra, todo lo superior de mi afecto; y si Dios me da vida, serviré a usted en cuanto alcance mi poco valor, y pediré le conceda buena salud, muchos dones y bienes. De mi posada, hoy 5 de agosto de 1724.

Señor D. Alejandro Navarrete.

Servidor y fiel, leal A. de V
Q. S. M. B.
Diego de Torres Villarroel

Correo del otro mundo

CORREO

DE EL OTRO MUNDO

AL GRAN PISCATOR DE Salamanca.

CARTAS RESPONDIDAS A LOS muertos por el miſmo Piſcator

D. DIEGO DE TORRES VILLARroel, Profeſſor de Philoſophia, y Mathematicas, &c.

Y ESTE LAS DEDICA

A LA EXma. SEÑORA DOÑA Luiſa Centurion Fernandez de Cordoba Borja y Coloma: Marqueſa de Almarza, y Flores de Avila, &c.

Con las licencias neceſſarias.

Impreſſas en Salamanca, por Eugenio Garcia de Honorato y S. Miguèl.

A mis amigos los lectores

Yo, lector de mi alma, bastante sabía para ser racionero[1] (que es ciencia que se estudia a coros[2] y se sabe al primer camino). Yo podía ser prebendado[3], que tengo buena traza para engordar a palmos. O pudiera (como otros muchos) haberme acomodado para marido, que (a Dios gracias) no lo desmerecería. Y ya que tengo como todos mi cruz, fuera con Dios la del matrimonio, que esta se lleva a medias. Pero soy un pobre donado del estado eclesiástico[4], sin más capellanía ni vínculo que esta pensión de escribirte, que es una admirable prebenda para volverme loco. Y si, como te han dado que reír, los disparates de mi humor te causaran enojo, mira qué fuera de mí. Y si algún día (como lo temo) te cansan, me será preciso ver si me quieren para ermitaño; aunque estoy tan de mal gesto con mi fortuna que, si lo pretendo, los pasos que me arrastran para intentarlo serán senda para no conseguirlo.

[1] *racionero*: cargo o beneficio eclesiástico catedralicio, dotado de renta, que seguía inmediatamente en rango al de los canónigos.

[2] *a coros*: el doble sentido de la expresión ("fácilmente, como quien canta" –según hacen canónigos y racioneros en los oficios litúrgicos–, y también "a montones, multitudinariamente") ironiza sobre la escasa preparación requerida para los beneficios eclesiásticos y la multitud de quienes aspiraban a ellos.

[3] Torres recibió órdenes menores en 1715 por presión paterna. Treinta años tardaría en dar los pasos que le separaban del sacerdocio (1745).

[4] *donado*: el que sirve a una congregación religiosa sin hacer profesión.

Yo no escribo para que aprendas ni te aproveches ni te hagas docto, pues ¿a mí qué se me da que tú seas estudiante o albañil? Allá te las hayas con tu inclinación, que fuera vanidad demasiada quererte enseñar al cabo de tus días y los míos, cuando en todas profesiones tienes admirables sujetos y libros que te instruyan con otro cuidado y otra paciencia. Yo escribo porque no tengo dinero ni dónde sacarlo, para vestirme yo y mantener a mis viejos padres, para recuperarles en parte con estos leves alivios los días de la vida que les quité con mis inobedientes travesuras. Y por este indispensable cuidado sufro conforme los dicterios del tonto, las melancolías del discreto, los misterios del vano, los reparos del crítico y las impertinencias de todos; que a estos golpes irreparables voy pronto[5] cuando publico mis trabajos en la plaza del mundo. (No puedo servir a vuestras mercedes, padres míos, con más amor; pues por consolar la porfiada fortuna y enferma vejez en que el cielo y los días han puesto a vuestras mercedes, me arrojo yo y vendo a mis hijos).

La idea de esta obrilla es pobre, pero no tan desgraciada que no te divierta las ociosidades. Y aunque no logres más que arrimarla y hacerla un huequecito entre tus papeles, te contarán los aplicados entre los curiosos, y con estas cartas (como verás en su nota) tengo prevenidos los elementos prácticos y teóricos de todas las facultades. Si me pagas los portes medianamente, me animaré a imprimirte los preceptos que guardo en mi estante; y si no corre la estafeta me conformaré, pues por ahora no me atrevo a empeñarme para hacer la impresión, pues será chasco doble que yo

[5] *pronto*: no funciona aquí como adverbio, sino como adjetivo ("preparado, dispuesto").

te escriba y me dejes las cartas en el correo. Y si no cambiamos con igualdad tus cuartos por mis libros, cesará nuestra amistad y correspondencia.

Pues por eso no he querido ser largo, porque mejor comprarás un pliego regular de cuatro cuartos que una certificación de veinte reales, conque por conveniencia tuya e interés mío metí la letra[6] y atropellé la cortesía. Dígolo para que no repares en los impertinentes tratamientos que usan hoy los corresponsales estadistas, que yo más gasto ingenuidades que ceremonias, y más cuando tengo confianza de tu amistad.

Anímate a comprar las *Cartas* para que yo pueda cumplirte lo que ofrezco, pues te aseguro (como honrado) que con sus noticias y las que te di en el *Viaje fantástico* te harás estudiante[7], y podrás garlar sin miedo con los filósofos, astrólogos, médicos, letrados y místicos. Y aunque no sepas lo que el determinado profesor, para hacerte temido y respetable entre ellos, y para que te escuchen sin molestia, te sobra doctrina ayudándote tú con tus talentos.

Disculpa, por Dios, lo mal limado del estilo, en lo tosco de la invención. Porque en agarrando la fantasía idea por delante, solo discurre en acabarla, sin detenerse en las prolijidades de pulirla. Y aunque no tiene disculpa el que da al público sus obras sin el provechoso castigo de las voces, como manda más en mí la necesidad que el gusto, por esta atropello los reparos (que yo

[6] *meter*: "Vale asimismo estrechar o apretar las cosas, colocándolas de modo que en poco espacio quepan muchas más de las que regularmente se ponen. Y así se dice meter el pan en harina, meter letra, renglones, etc." *(Aut)*.

[7] Por la inercia del tópico o por habilidad publicitaria, Torres adjudica ahora a su nueva obra un carácter didáctico que, afortunadamente, en modo alguno basta para caracterizarla, y que él mismo ha desmentido líneas atrás: "Yo no escribo para que aprendas, ni te aproveches, ni te hagas docto...".

sospecho notados antes de leídos). Demás, que me han dado a conocer los prolijos gestos[8] de los hombres que no tiene la retórica modo de escribir que generalmente les agrade. Y esta desconfianza me anima a correr sin miedo mi natural estilo, sin violentar la pluma a más reparos que el traje natural con que salieron de la fantasía, aconsejándome el cuidado su pobreza; que tal vez el desaliño de las voces es más crédito de las verdades.

Perdona también, lector mío, que te trate como a tía, porque todo te lo cuento. Y aun ahora tengo cortedad de contarte otro trabajito que me sucede[9], pero lo dejaré para otra ocasión en que esté mi ánimo menos medroso. Porque no es justo cansarte tan repetidas veces, cuando yo quiero tu amistad por muchos días. Dios te los dé con mil siglos de gracia.

Adiós, y pregunta por Fernando Monje, enfrente de las Gradas de San Felipe[10], que su casa es el Correo donde hallarás estas *Cartas*. Vale[11].

[8] *gestos*: parece errata por *gustos*. Ante la falta de seguridad, se ha respetado el original.

[9] Probablemente alude a las nuevas dificultades surgidas para continuar publicando sus almanaques, tras superar la anterior prohibición. En las cartas a Hipócrates y Papiniano se referirá a este problema más claramente.

[10] Tal era el nombre de la lonja del convento de agustinos de San Felipe el Real (derribado en el siglo XIX), bajo la que habían proliferado numerosas tiendas. Enfrente y en los alrededores abundaban las librerías, como la mencionada y la de Juan de Moya, donde se venderían luego varias obras de Torrres. Era un concurrido mentidero madrileño. En la bibliografía sobre el Madrid dieciochesco cabe destacar en nuestro caso el trabajo de Federico C. Sáinz de Robles *Torres Villarroel y el Madrid de su tiempo*, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1980.

[11] A partir de la edición de Salamanca de 1743, este Prólogo es sustituido por otro nuevo, reproducido en el Apéndice 2 de esta edición.

Discurso[12]

Perdonen los señores muertos, que esta vez han andado demasiadamente vivos. Si a sus mercedes se les hacen los momentos eternidades, acá en nuestra vida son sueños las duraciones. Y pues pasan con la brevedad que el humo nuestros días, tengan paciencia y déjenme morir, que en pillándome en sus podrideros pueden a tizón suelto castigarme, y entonces cada pobre que cure sus muertos. Sobrada melancolía nos dejaron cuando se fueron, sin que desde el otro mundo nos quieran poner más aguijones a la vida. Ningún finado viejo habló a vuestras mercedes a la vida, cuando la gozaban; pues déjenme vivir, y no se maten por lo que ya ni les va ni les viene.

¡Malísimo debo ser, cuando me persiguen los vivos y los muertos! No ha seis días que castigó mis ignorancias un viviente[13], y ahora me escriben los muertos

[12] A partir de *S2* (1743) este epígrafe es sustituido por el siguiente: *SUEÑO E INTRODUCCIÓN* TODO JUNTO, *y murmúrelo quien quisiere*. Al agrupar en esa fecha *Correo* con *Visiones* y *Barca*, Torres regulariza así el texto, sometiéndolo más abiertamente a los arquetipos del género, en cuyo esquema estructural canónico la "Introducción al sueño" era pieza importante. El cambio no es irrelevante. Es cierto que Quevedo, sin ir más lejos, había introducido con el epígrafe "Discurso" algunos de sus sueños. Pero con la explicitud que *S2* inaugura tiende a diluirse la ambigüedad sostenida de *P*, donde la duda respecto a si lo que ocurre y es narrado es realidad o sueño se mantiene hasta el final.

[13] Se refiere a Jerónimo Ruiz de Benecerta, que satirizó *Academia poética-astrológica*, el almanaque de Torres para 1725, en *Prácticos avisos con que el Pronóstico de Salamanca de este año de 1725, instruido de los lectores, corresponde a su Padre y Autor el Bachiller Don Diego de Torres*,

quizás mayores desengaños[14]. ¿Qué oculto fuego tendrán estas cartas, cuando solo las cubiertas me chamuscan? Es imposible que sean hombres de buena vida estos muertos; pues, no ignorando que estaba resistiendo las furias de un vivo, se vienen a descomponer[15] el buen humor de mis ideas con sus melancólicas noticias. Con el vivo ya me atrevo, que tenemos iguales las tintas; pero con vuestras mercedes no, que habrán mojado en el fuego sus plumas[16].

Vuestras mercedes duerman, pues les llegó el tiempo de descansar, y no se quiebren las calaveras en escribir a quien no les ha de responder. Si tienen alguna duda, allá tienen los hombres doctos con quien consultar, que acá solo tenemos cuatro vivos de mala muerte, tan enfermos que no hay instante en que no se

---

Madrid, Francisco Martínez Abad [1725]. Torres replicó con *Desprecios prácticos de el Piscator de Salamanca a los Prácticos avisos de D. Gerónimo Ruiz de Benecerta, dedicados a los señores majaderos, tontos, ignorantes, salvajes y necios del mundo*, Madrid, Librería de Fernando Monge [1725]. Tampoco *Viaje fantástico* y el propio *Correo* se librarían de ataques, como el de José Matilde, *Carta de el Gran Paracelso al Gran Piscator de Salamanca. Notas y advertencias a su Viaje fantástico y Correo del otro mundo*, Madrid, Bernardo Peralta [1726]. Torres, cuyos reflejos polémicos eran entonces muy sensibles (pronto se apaciguarían, más por filosófica resignación que por falta de ocasiones), respondió el mismo año con *Cargos al autor del Gran Paracelso* [s.l., s.i., s.a.].

[14] *P* añade: *porque los más se irían con la candela en la mano, y desde el mundo de la verdad no me pueden venir más que negras memorias.* Se aceptan en este apartado aquellas correcciones de *S2* y *S3* que, sin alterar el planteamiento de *P*, eliminan algunas excrecencias innecesarias y construcciones sintácticas defectuosas o confusas, añadiendo precisión y fluidez al texto. No es el caso de la interrogación que sigue *(¿Qué oculto... chamuscan?)*, también omitida en *S2*-*S3*, que introduce la primera alusión a las cartas y las hace misteriosamente presentes ya en el texto, pues aún no se ha aludido al portador de las mismas.

[15] *P*: *entretener.* La lectura de *S2*-*S3* es más coherente con el contexto.

[16] Lectura de *S2* y *S3*. *P* añade: *y yo no puedo responder con chispas; y ahora menos, que nos han vedado las armas de fuego; y no me he de exponer yo por cuantos muertos yacen a peligro de pasear en ajenos pies la Corte*.

estén acabando. Y si fueran difuntos de vergüenza y de buena crianza, podían saber que en nuestra esfera no corren más que embustes, sueños y mentiras; pero serán unos muertecillos bachilleres, traviesos, que no sabrán todavía dónde les muerde la muerte. Si piensan[17] que yo puedo servirles de luz en sus tinieblas, mueren engañados; que en mí sólo arde una escasa lumbre que la necesito para no tener a oscuras mi razón natural. Y pues vuestras mercedes no la tienen para hacerme esta burla, vayan a otro vivo con ese hueso.

Si este correo (que cerrado me asusta) es, señores difuntos, para que me prevenga a ser finado, y es convidarme a sus roscas el día dos de noviembre[18], doylo por hecho, que también tengo alma y sé que esta posada de la vida se paga con la moneda de la muerte; y este ruido que hacemos los que posamos en este mesón se paga con la quietud eterna de un sepulcro, y aun después de muerto sé que tengo que pagar a los que me lleven por presa a los gusanos. Y aunque esta verdad no la viera practicada en tantos entierros míos (pues ya van veinte y ocho al ataúd)[19], me lo parlan cada día mis muertos abuelos, y mis vivos padres me lo acuerdan; que muchas veces les oigo decir: "Mañana me moriré"; "Tú, hijo mío, te quedas, y puede ser que vayas antes, que la Descarnada tan presto desuella al borrego como al carnero". Y me lo cuentan los muchos caminantes a quienes cada día veo soltar la piel en la posada[20].

[17] *P*: *Y si (falsamente instruidos) piensan.*

[18] En la liturgia católica, día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos.

[19] Torres suele quitarse años en sus escritos. En realidad, había cumplido o estaba a punto de cumplir 31 años.

[20] *P* añade: *y por alta disposición del Altísimo tienen en perdurable arrendamiento las Parcas.* Y a continuación el párrafo siguiente, también suprimido en *S2-S3*: *Desta suerte entregado a las melancólicas mortales especies, moviendo un monte en cada planta y todo poseído del*

Jamás oí decir que hubiese postas para los barrios de la otra vida ni de la otra muerte[21]. A mí me han engañado los matemáticos en la descripción de este globo. Porque me han enseñado que es una bola encerrada en el cielo, pero independiente de él[22]; y aunque tiene un eje que la atraviesa, es solo imaginado, y para caminar a sus cóncavos nos falta el piso, y es menester descalzarnos la vida para trepar a aquellas espesuras, y tomar una senda muy angosta, llena de tropiezos y estorbos, porque cada hora la está cegando el diablo, porque pierde infinito en que los vivientes la pisen. El infierno y purgatorio tampoco se comunican con la superficie de la tierra; mas puede ser que de puro cavar hayan dado en ello, porque es carrera ancha y lastimosamente trillada, y se habrá manifestado con el curso de los días alguna rotura comunicable a sus entrañas. Pero también para entrar es menester desnudarse los lomos en tierra.

¡Válgame Dios! Yo no sé cómo ni por dónde tomó el portante este licenciado para ser portador de estas cartas. Él me pareció hombre (aunque hay escolares de estos que son demonios). Ángel no pudo ser, porque era muy patudo, y más tenía de carne que de espíritu. ¿Diablo? No había de vestir el hábito de mi padre San Pedro. Él bien horrible era, pero era muy pesado, y no había de enviar Lucifer mensajeros tontos

---

humor negro, desalojando del corazón un elemento de suspiros, y consultando al tacto de los ojos (por si soñaba otro Viaje fantástico*) y sacudiendo la pesadez de los miembros, en que los tenía rendidos la triste memoria, me vi sin duda despierto y abrazado con las Cartas; y tirándome la tristeza en una silla, volvió a juicio la fantasía, y despertó en la imaginación estas reflexiones.* Se acepta la omisión de *S2-S3,* pues el párrafo, además de resultar confuso y no muy coherente, es redundante en su función con otro posterior, más sencillo y preciso.

[21] *P* añade: *pues ¿qué sé yo si estas Cartas vienen del cielo o de algún lugar vecino de los que manda Plutón?*

[22] *P*: *independiente de el Cielo*

(aunque para mi flaqueza, sobraba el diablo más salvaje). ¿Tener conversación con los muertos por medio de la memoria? Esto es posible, y fructuosa plática para el último fin. Pero escribir cartas por estudiantes es cosa que no habrá sucedido a ninguno viviente, si no es a mí, que me suceden cosas que no están escritas.

Padeciendo estaba estas dudas y batallando con estas fantasías, a ocasión que un huésped mío (que se había pasado a un cuarto más abajo) llegó y, viéndome devanado en la silla y columpiándome sobre los brazos, y la cara en conversación con las rodillas, no sin lástima me acostó la cabeza en sus brazos y, mirándome muchas veces al semblante, dijo[23]:

—¿Qué tienes? Vuelve en ti. Esa cara es de habérsete aparecido alguna cosa sobrenatural. ¿Qué pesadumbre te ha hurtado el color del rostro? ¿Quieres agua?

—Sí –le dije–, que me quemo.

Y bebiendo yo y rociándome él, me sentí algo más desahogado y le dije:

—Yo, sin duda, me debía algo, porque siento que me voy cobrando. Y te aseguro que no estoy descolorido a humo de pajas, que esas cartas me han dado no sé qué

[23] La lectura de *P* mantiene la ambigüedad realidad-fantasía. *S2-S3*, de acuerdo con su planteamiento explícito del sueño, sustituyen el párrafo anterior por el siguiente: *Soñando a fantasía suelta formaba yo estos discursos y argumentos. Y fue tan poderosa la violencia de la imaginación, que se desataron los sentidos exteriores y, dando dos vuelcos sobre la cama, me vi despierto y asustado notablemente del insomnio. Gocé de mi racionalidad un breve rato, pero de allí a pocos instantes me volvió a agarrar el sueño, el que siguió la pasada fantasía con tales ilaciones y coordinación como si estuviera logrando toda la entereza de mi juicio. Prosiguió el sueño persuadiéndome que un amigo y compañero en mis aventuras se había colado por la puerta de mi cuarto, y que, viéndome devanado en el sillón, no sin lástima me recostó la cabeza en sus brazos y, mirándome muchas veces al rostro, me decía*. Adviértase el significado cultista que tiene aquí *insomnio* (“ensueño, sueño”): del lat. *insomnium*, “sinónimo de *somnium* empleado por autores de la Edad de Plata y ya alguna vez por Virgilio” *(Corominas)*.

tufo, que me tienen encendido y sofocado el cerebro, y si no llegas dura más la chamusquina. ¡Jesús mil veces! Si este es diablo, el diablo sea sordo[24].

Y otras mil veces con la santa señal me crucé la cara[25]. Mi amigo procuró alentarme y me decía:

—Vamos, despacha, di el motivo de tu angustia. Recóbrate, ya que estás cobrado, que pareces la misma tribulación. Vomita, que ya sabes que soy buen amigo y callaré cualquier lance y te ayudaré en toda ventura.

—Pues, con licencia de mi miedo, oye –le dije– y consuélame; pues desde niño sé que los males comunicados minoran los sentimientos de los males.

»Golpeaban la puerta de mi cuarto (esta tarde que logré estar solo) con tanta furia que, porque no la echara por tierra el que la aporreaba, dejé un libro en que estaba aprendiendo y salí con resolución de echarle enhoramala. Abro la puerta, cuando –¡Dios nos libre!– di de hocicos con un estudiante tan negro que parecía de lápiz. El semblante arado de arrugas, tan horrible que solo tenía de bello algunos pelos en el bigote que corrían derechos a la oreja, a modo de puentecilla de guitarra[26]. La fisonomía hizo sospechoso el sexo; pues por las pocas barbas y las muchas arrugas, si no era hembra, no se escapaba de epiceno. Sorbido de mofletes, dos tiznones por ojos, y en cada pestaña tenía una tienda de aceite y vinagre. Todos los signos del cielo tenía en su figura, y con todo eso no vi señal en él que no fuese de condenado. La cabeza era de

[24] *el diablo sea sordo*: locución que expresa el temor de haber dicho algo inconveniente, o el deseo de que no se cumplan los temores recién expresados.

[25] *S2-S3* omiten *con la santa señal*. El gesto de persignarse hace más comprensible a *P*, aunque la expresión "cruzarse la cara" pueda expresar lo mismo por sí sola.

[26] *puentecilla*: puente, la tablilla transversal inferior a la que se sujetan las cuerdas del instrumento.

Aries, el ceño de Tauro, las narices de Cáncer, la boca de Escorpión; y todo él Virgo, pues nadie sino otro diablo nefando se atrevería a su maldita traza.

»Este, pues, descolgando la mandíbula inferior, que era tan grande que se le bañaba en el pecho, hablando a pujos[27] y como que los iba a hacer (porque su traza no era de hacer cosa que oliese bien), y como dando las boqueadas, me dijo:

—Tome esas cartas del otro mundo. Dos días tiene de término para responder, y déjeme aquí la respuesta, advirtiéndole que para mí no hay puerta cerrada. Y si su flojedad no le dejare responder, ¡cuenta![28]

Y puso el dedo índice (que parecía una salchicha) en la nariz, jurándomelas de mal gesto. Y aunque le vi y le oí, se desapareció tan presto que no fue ni oído ni visto. Las cartas son esas que están sobre ese bufete; el sopón[29], el que te he pintado. Mira si le sobra causa a la angustia, que aún me tiene en prensa el corazón.

—Tú no eres aquel Torres que yo conocí en Salamanca –dijo mi huésped–. A ti te han trocado estos políticos de la Corte de desgarrado en melindroso y espantadizo. ¿Dónde está aquella risa? ¿Aquel desenfado? ¿Aquella conformidad con que tratabas en otro tiempo (y no ha mucho) todas las cosas?

—¡Oh, amigo! –respondí–. Este es otro cantar. Que yo desprecie a quien con mala intención procura quitarme el sosiego, que me zumbe de mi opinión y de lo que los hombres llaman honra (que es el mayor petardo que Dios nos puede dar), que me ría de los delirios, abusos y engaños del mundo, pase, que al fin me han

[27] El sentido amplio de la locución *a pujos* ("poco a poco, dificultosa e intermitentemente") propicia el juego escatológico que sigue.

[28] *cuenta*: atención, mucho cuidado.

[29] *sopón*: estudiante sin recursos que se mantenía con la sopa de los conventos y otras limosnas.

desengañado las experiencias y las noticias; pero que los muertos me envíen cartas y se vengan a responsos conmigo, como si fuera otro tal que ellos, no me hace buen estómago, que yo sospecho que tienen licencia. Y si lo han urdido entre sí, peor, porque Dios nos libre de un muerto desatado, que en cogiendo una pusilanimidad como la mía debajo no la dejará a sol ni a sombra. Y tienen tantas tretas, que esperan a uno cuando está más solo y en los lugares más tristes y oscuros, donde ellos se abultan más y se ven menos.

—Hombre –me dijo con alguna impaciencia mi camarada–, déjate de fantasmas y no me cuentes mortorios[30], que ese licenciado es algún sacristán que tendrá gana de oírte y de darte este chasco. ¿Tan ociosos te parece a ti que están los difuntos que habían de tomar el entretenimiento de escribirte? A los que atormentados están con la esperanza de ver a Dios, sobrada pena es el esperar. A los miserables precitos[31], les falta tiempo (siendo allí momentos los siglos) para clamar el *ergo erravimus a via veritatis*[32]. Los gloriosos, no lo fueran si desperdiciaran el alma a otro recreo que el de la hermosa beatífica visión. Vuelve en ti, no seas loco, que estos son cuentecitos entre el papero[33] y la mortaja, que solo pueden pasar entre tocas y mantillas. El que una vez se muere echa la bendición al mundo y no le volvemos a

[30] *mortorios* en las tres ediciones. Variante expresiva coloquial de *mortuorio* (preparativos y ceremonias para un entierro).

[31] *precitos*: condenados a las penas del infierno.

[32] Cita bíblica del *Libro de la Sabiduría*: *Ergo erravimus a via veritatis, et iustitiae lumen non luxit nobis, et sol intelligentiae non est ortus nobis* (Sap. 5, 6). ["Luego nos desviamos del camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos alumbró ni el sol de la inteligencia salió para nosotros"].

[33] *papero*: puchero para hacer la papilla infantil, o la misma papilla. Pero aquí parece equivaler a *babero*, según se deduce de la simetría semántica antitética.

ver por acá. Y apenas expira, cuando se le olvida el leer, escribir y contar, que allá tienen una lengua y pluma con que se explican sin pluma ni lengua, y una práctica breve de números con que ajustan las cuentas en un abrir y cerrar de ojos. Y para que veas que estas cartas son petardo[34] de algún alegrote que tiene gana de mofarte, vamos abriendo poco a poco.

—Todo eso –dije–, aunque yo lo sabía, como me robó el miedo la reflexión, se huyó su memoria a lo más retirado de los sesos[35]. Pero la sospecha que me queda para creer que son cartas del otro mundo es que el licenciado no me llevó porte por ellas, y en nuestras estafetas ya sabes que nos estafan uno o dos cuartos más que los regulares portes. Y el estudiante tenía una cara hambrienta, y no había de perderse veinte cuartos, que es lo menos que me podían costar.

—Cuando se hace una burla –respondió mi amigo–, el mayor chiste es disfrazarla de modo que engañe; que, de otra suerte, mal se consigue el fin del chasco.

—Pues rompe los sobrescritos –le dije–, y veamos, que ya estoy menos escrupuloso y más en mí viendo esta estafeta; y venga de donde viniere, que todo lo compone una santa y alegre resolución. Y para que de una vez nos traguemos todo el veneno, ábrelas todas y lee las firmas.

Abrió mi amigo las cartas, que eran cinco. Y la primera firma decía: *Besa la mano de vuestra merced quien es su enemigo, el de su oficio. El gran Piscator de Sarrabal*[36]. Y abajo decía: *Señor Piscator de Salamanca.* Y estas palabras las fue como deletreando mi amigo, porque era

[34] *petardo*: engaño.

[35] *P*: *se huyeron esas noticias, por el susto, a lo más...* La corrección de *S2-S3* elimina la redundancia *miedo-susto* y agiliza el período.

[36] Sobre el *Sarrabal* y los conflictos de Torres con los editores del mismo, véase la Introducción.

una letra a modo de gótica, trabajada como por mano de paralítico. Pero la plana era de mediana forma, y en ella muchas figuras, números y círculos. La segunda carta era un pliego de papel de peor letra, tupida y menuda, menos las *RR*, que estas eran grandes y repetidas aun en medio de la dicción, y algunos garabatos a quien los niños de escuela llaman *cúcaras*, y *rúbricas* los escribanos; y firmaba *Su servicial amigo de vuestra merced Hipócrates*[37]. *Señor Piscator de Salamanca.* La tercera estaba llena de *DD, CC, LL* y *§§*, y las letras muy gordas y los renglones muy anchos; y tenía esta dos pliegos de papel sellado, y firmaba *Su ajado maestro el jurisconsulto Papiniano*[38]. La cuarta, de letra muy menuda, sin márgenes, con infinitas abreviaturas; y abajo firmaba *Quien desea persuadir a vuestra merced a la verdad, el macedón Aristóteles*. La quinta carta, que era muy limpia y de letra muy clara; y firmaba *Quien aconseja a vuestra merced la verdad. Un muerto que vivió como que había de morir*.

En cada carta venían inclusos otros pliegos para mí. Y díjele a mi amigo:

—Leamos una, sin dar lugar a la fantasía a que se revuelque más en la idea, y tiempo habrá para leer los adjuntos papeles. Que te aseguro que esto no sea chasco, pues al corazón, que siempre fue fidelísimo

[37] La elección como modelo clásico de la Medicina de Hipócrates frente a Galeno (emblema de los médicos más adictos a la ciencia escolástica), no deja de tener su significado en el contexto de las disputas ideológico-científicas de principios del XVIII. Véase Introducción.

[38] El jurisconsulto romano Papiniano murió en el año 212, tras ser condenado a muerte por el emperador Caracalla. Dado el papel fundamental que el derecho romano mantuvo a lo largo de los siglos en los estudios de jurisprudencia, es explicable que Torres lo eligiera como arquetipo clásico del campo del Derecho. La llamada *Ley de Citas* (año 476) dejó establecida la preeminencia de los escritos de algunos jurisconsultos (Gayo, Ulpiano, etc.) y, caso de discrepancia, la autoridad máxima entre ellos de Papiniano, a cuya opinión debían sujetarse los jueces.

profeta de mis males, lo siento nuevamente sobresaltado, y al alma sobrecogida de esta novedad. Y si la dejo trascender hasta donde pueda llegar, con razón temo perder el poco juicio que Dios (no sé hasta cuándo) me guarda.

—Aun cuando esta nunca usada estafeta –dijo mi camarada– fuese verdad, no debes tener el menor sobresalto, pues al que se le aparece un difunto, el mayor mal que le deja su visión es que muere breve. Y siendo, como tú sabes, precisa esta jornada, el susto de esta fantasma solo te puede quitar algunos días de vida; que muchos, aun teniéndola en su mano, dieran años encima por tener este aviso anticipado. Y así, valor y no desmayes, que es preciso hablar con la pluma a estos muertos, aunque me vuelvo a ratificar en que este es chasco y ociosa idea de algún perillán zumbón que quiere reírse a tu costa.

—Me consuelas tanto, que si me hubiera cogido solo este pensamiento –le dije– hubiera dado al traste con la razón. Y así, sea lo que fuere lee los pliegos, que yo los he de responder sobre la marcha. Y si no fueren verdaderos difuntos los que me escriben, para cuando lo sean llévense para allá mi respuesta.

Y, santiguándonos a un tiempo los dos, leyó mi amigo la primera carta, que decía:

> CARTA DEL GRAN PISCATOR SARRABAL DE MILÁN AL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA, DON DIEGO DE TORRES Y VILLARROEL.- "No hizo más que apearse de la vida, donde por ahora corre vuestra merced con la falsa moneda de sus cuartos[39], señor astrólogo salamanqués o salamanquesa (pues donde pica mata), un muerto de mediana edad; pero

[39] Los cuartos o fases de la Luna, en los que el Piscator apoyaba sus engañosos cálculos y predicciones; *cuarto* era también una moneda de cobre, y en plural "dinero", igual que hoy.

tan flojo que cada cuarto[40] se le caía por su lado. Tocole a este a la derecha de la mía su caja y, al ruido de estregarse las maderas, dije yo:

—¿Quién viene allá?

Y el tal, muy tendido, sin moverse de su ataúd, me respondió:

—Un cuerpo a quien un cólico le sopló el alma, y vengo por permisión de Dios a este lugar que, sin duda, debe ser casa de astrólogos, pues no suena por aquí otra cosa que antojos[41], tablas y compases.

—Algunos profesores se pudren aquí –acudí yo–[42], pero vuestra merced es el que viene antojado[43], pues los cúbitos, canillas y fémures se le hacen antojos. Estas tablas lo fueron de muslos, y los que sueña compases son radios, tibias y suras[44] destrozadas. Y todo lo que atienta son despojos de nuestras fábricas, que los tenemos hacinados[45] mientras llega el día de recoger cada pobre sus trebejos y vestirnos para parecer ante el Supremo Tribunal; que nos estamos deshaciendo esperando esa hora por tener un día, pues hasta ese todo será noche. Y vuestra merced, que es muerto novicio, cuide de sus trastos, que cuando menos piense nos harán la señal, y entre oír la trompeta y montar en los huesos no ha de pasar instante[46]. Y cuenta con los gusanos, que son malos bichos y le esconderán algún casco, donde después ande hecho un loco tras él, y se quedará para siempre sin ver el juicio, que aquel día universalmente lo hemos de tener todos por la infinita bondad de Dios.

[40] El juego se completa con una nueva acepción del término: cada una de las cuatro partes en que se considera dividido el cuerpo de los cuadrúpedos (y también de los malhechores cuyos despojos se exponían para escarmiento público).

[41] *antojos*: anteojos.

[42] *P*: *dije yo.*

[43] *antojado*: afectado por antojo (término que, además de "deseo vivo y pasajero" significa "juicio precipitado").

[44] *suras*: peronés.

[45] En *P* se lee *asienta* en lugar de *atienta* y *asignados* por *hacinados.* Aunque tal lectura no carece de sentido, resulta más coherente la de *S2-S3*.

[46] *P*: *no han de pasar instantes de por medio.*

—¿Eso tenemos? –dijo el difunto–. Pues ya que por acá no se gasta luz yo procuraré estar en vela, que soy muerto de todos cuatro costados[47], y es menester dar razón de mi persona y comparecer decente en cualquiera ocasión que se ofrezca.

Así acabó su prosa. Y, quedándose tendido en la caja, no volvió a levantar más cabeza.

Sentí a este tiempo un ruido hacia los pies, y por lo pronto consentí[48] que fuese alguna sabandija de las que criamos a nuestros pechos, que se arrimó a morderle los zancajos (que aun aquí no estamos libres de esas mordeduras) o que quiso hacer pascua[49] en sus carnes, pues ya de puro roer nuestros huesos se iban quedando ellas en la espina. Hasta que me desengañó la enferma luz de una lámpara que escasamente por una rima[50] de la losa se percibe en este seno, y con ella pude ver un librillo con un retrato medio parecido a mí cuando vivía[51] (que algunos de los que velaron, por engañar al sueño le estaban leyendo, y se les quedó olvidado en la caja del difunto), y vi que era el *Piscator de Salamanca*. Leilo todo, y le aseguro a vuestra merced que me valió no tener tripas; porque, a tenerlas, me las hubiera revuelto de tal suerte que reventara de otra cólica, como el que entró a ser morador de estas oscuridades.

Vuestra merced perdone lo primero esta digresión; que, aunque estoy tan enfadado, he querido sacarle de la duda en que le sospecho de cómo vendría a mis uñas su papel, ya que del susto de leer mi carta no le haya podido librar. Lo segundo, el estilo; porque yo ha mil eternidades que perdí la memoria de

[47] Acuñación irónica sobre "hidalgo o cristiano viejo por los cuatro costados". Torres se burla de nuevo del prurito de honra.

[48] *consentí*: con el sentido de "admití" o "supuse".

[49] *hacer pascua*: volver a comer carne tras el ayuno, como en Pascua tras la cuaresma.

[50] *rima*: hendidura.

[51] Los almanaques anuales de Torres solían incluir un grabado con la imagen del Piscator de Salamanca, frecuentemente rodeado de libros, compases, globos terráqueos y demás instrumentos de su oficio.

las cartas misivas[52] y no sé si va arreglado o no. Y por no detenerle, porque vuestra merced no está tan de espacio como yo, quiero ya decirle los justos motivos de mi enojo".

Dobló aquí la hoja mi camarada y dijo:

—Todavía te miro enajenado. Mira y considera cómo es capaz de escribir un muerto, deshecha anatomía de un osario. Discreta burla son las cartas del que con esta invención te la remite. Y, quizá, especial movimiento de Dios, que por tan rara aventura te da motivo para la precisa consideración de la muerte y en lo que todos hemos de parar a pocos instantes. Que nuestra idea ha de ser fabricar feliz recreo para el espíritu, que los depósitos del cuerpo que tanto estimamos todos son unos, y el paradero el mismo; pues el más aseado panteón no los ha librado del asco y la hedentina, ni de ser bodegón de gusanos que hacen manteles de nuestras últimas mortajas. Y así, vive con cuidado místico, y estas casuales burlas recíbelas como determinado aviso.

Leyó mi amigo; y proseguía así la carta del Sarrabal:

"Vuestra merced, señor Pescador, ha echado sus redes por el gran charco de la Corte, y sin saber lo que se pesca ha cogido algunos atunes (que se crían grandes en Madrid), y estos le han hecho la olla gorda a su fama[53]. No quiero quitarle la gloria de la invención del cebo, que no hay duda que está amasado con una coca con que ha sabido hacerles la cuca[54]. Sepa vuestra

[52] *cartas misivas* (cuya modalidad más frecuente era la *carta familiar*), se llamaba en la preceptiva clasicista y en los manuales para escribientes a las cartas personales intercambiadas por particulares, para diferenciarlas de otras muchas variedades de tipo literario, jurídico, etc.

[53] *hacer la olla gorda*: como "hacer el caldo gordo", beneficiar a otro involuntariamente.

[54] *coca*: masa de harina y otros ingredientes; *hacer la cuca*: burlar, engañar. Ninguno de los diccionarios consultados recoge esta expresión, ni la palabra *cuca* con esta acepción. Pero Lamano incluye en

merced que si ese veneno lo hubiera tenido yo por saludable no me faltara maña para verterlo por mi era; pero es contra el juicio y seriedad de la profesión, y no quise cargar la conciencia.

La tabla de Hermes, la rueda que consintió el venerable Beda en sus obras de Petosiris, los pronósticos de Jorge Purbachio[55], ni los juicios de cuantos astrólogos están arrojados por estas cavernas, tuvieron la aceptación que Sarrabal. Y hasta el año de diez corrieron felices mis memorias. Yo puse en su punto y en su honra la ciencia pronostiquera, dictando solamente[56] la pura matemática de los cálculos y las conjeturas prudentes[57] de la astral filosofía. Di puntuales las lunas y eclipses, bien ajustadas las figuras[58], los horóscopos con toda precisión, y arreglados los discursos a los filosóficos sistemas de mi tiempo, sin entretenerme en metáforas, que

---

su repertorio de salmantinismos el verbo *cucar* ("hacer burla" y "molestar, injuriar"), y Correas recoge en su *Vocabulario* el refrán "Al cuco no cuques y al ladrón no hurtes".

[55] No falta rancio abolengo en este desfile de "autoridades" del arte de astrologizar: Hermes Trimegistos (véase la nota 13 de *Viaje fantástico*); Beda el Venerable (672-735), que se esforzó en rescatar en sus numerosos compendios jirones de los saberes antiguos e integrarlos en la cultura cristiana, se convirtió en una coartada para quienes se movían en fronteras peligrosas. En las bibliotecas europeas era posible encontrar entonces la edición de Colonia de 1688 de sus *Opera theologica, moralia, historica, philosophica, mathemathica et rhetorica*. Al egipcio PETOSIRIS (s. IV a.C.), gran sacerdote de Thoth, se le atribuyeron escritos que Ptolomeo utilizó en su obra astrológica *Apotelesmatika* o *Tetrabiblos*. El de menor rango de la serie es el último, Jorge Purbachio o Georgius Purvachius (1423-1461), autor de *Theoricae novae planetarum* (Venecia, 1495). Recuérdese que Torres, como aspirante primero y luego como flamante profesor sustituto de la cátedra de Matemáticas, anduvo revolviendo los pocos y viejos libros que tuvo a su alcance, pero de los que su ingenio sacó una mina de oro (su oficio de almanaquero) y materia con la que llenar (añadiéndole sus burlas) dos nuevos libros de 1726: *El ermitaño y Torres* y *La Suma medicina o piedra filosofal.*

[56] Lectura de *S2-S3*. *P*: *pero ¿cómo? solamente dictando.*

[57] *P*: *las conjeturables calculaciones.*

[58] *figuras*: en Astrología, esquema gráfico que representa la disposición de los astros en relación con los distintos signos, en un tiempo determinado.

es doctrina de Esopo[59] que solo sirve para vejar pelones de colegio[60].

Si la metáfora teatral (que ya supe que vuestra merced dio otro año)[61] se pudiera poner sin ajar el empleo, quién mejor que yo la hubiera escrito que, como sabe todo el mundo, nací entre la arietería de la Italia[62]. Y arias y puntas[63], en pueblo alguno se gastan más que en mi patria, Milán. Las coplas de esta *Academia* que han servido de cama donde ha echado los aforismos de este año de mil setecientos y veinte y cinco, es un maldito modo de ajar la profesión. Y se le conoce lo escaso que vuestra merced está de noticias de esta ciencia cuando, para llenar cuatro pliegos de papel, anda mendigando coplas o ideas para abultar y suplir con sus invenciones las ignorancias del estudio que sin fundamento sigue.

Yo nunca supe medir un verso, pero nuestro amigo el Gotardo[64] (que está mohoso en estos panteones) los hizo decentes y no los tuvo por tales, pues los arrojó de sus juicios. Y no hay duda que es contra el buen ejemplo, porque es mal visto mezclar entre santos

[59] *Isopo* en *P*; *Hisopo* en *S2-S3*. Buena percha sobre la que colgar cualquier ocurrencia. Al legendario Esopo le fueron atribuidos todo tipo de dichos y anécdotas (además de una vida inventada y una obra que seguramente no escribió).

[60] Es decir, para maltratar a pobres novatos o incautos.

[61] Alude a *Melodrama astrológica*, el almanaque para 1724. Torres utilizó también burlescamente formas del teatro musical de la época en *Academia poética-astrológica*, el almanaque para 1725 mencionado unas líneas después.

[62] *arietería*: los autores y cantantes de arietas (variante menor del aria). Es acuñación verbal no reconocida por los diccionarios.

[63] *puntas*: El *Diccionario de Autoridades* no recoge ninguna acepción (esperable en el contexto) relacionada con la música o danza, aunque ello no excluye esa posibilidad (el correspondiente término italiano no carece de ellas). Puede también referirse a los adornos de encaje así llamados. Finalmente, *hacer puntas* era "contradecir obstinadamente la opinión de otros", que es lo que está haciendo Sarrabal en el texto.

[64] *El Gran Gotardo español* era otro de los almanaques que competían en el mercado editorial cuando Torres ingresó en el negocio. Sin embargo, su difusión parece haber sido mucho más limitada y efímera que el *Sarrabal*, que siguió editándose al menos hasta 1764, según se comprueba en el inventario bibliográfico de los almanaques españoles dieciochescos de Aguilar Piñal [1978].

y santas, vigilias y ayunos, lo profano de las liras, sonetos y romances. Y también para la honra del mundo es materia vergonzosa revolver astrólogos con poetas como si fuéramos todos unos, que en mi era tenían más hambre que nosotros; y vuestra merced, ya que no se sabe dar a estimar, no quite la honra a los muertos, que su relajado estilo minora nuestra fama. Y si lo huelen por acá, más de cuatro difuntos de vergüenza que descansan en estas oscuridades nos darán de mano[65]; y entre los demás muertecillos de poco más o menos no habrá quien nos dé con el pie. Y sepa vuestra merced que ocultan estas losas muy honrados profesores.

Yo no he sabido de vuestra merced hasta ahora, que se me ha dado a conocer con este *Pronóstico* y tal cual vaga noticia que había oído a algunos finados que pasaban a otros encierros o se quedaban en este osario (que en él tenemos todo género de gente). Pero, sin que sea terrible el juicio, pudiera asegurar que está lleno de enemigos, pues no ha dejado mecánica ni arte liberal de quien no se haya burlado en su indiscreto, mordaz y satírico prólogo[66]. Pues aunque escribe generalmente mal contra el mal uso de las profesiones y ejercicios, como es el mayor número de los vivientes los que así las ejercen, de preciso habla con cada uno de por sí y a todos y con todos en común. Y el decir estas verdades siempre ha sido odioso, conque me aseguro que habrá granjeado gran cosecha de contrarios. Tienen razón, porque vuestra merced satiriza con sobrado desuello e indiscreta resolución lo sagrado de las ciencias. Al médico lo debe honrar por necesidad, al teólogo de justicia y al letrado de miedo. Si tienen cuestiones, ¿a vuestra merced qué le importa? Si dudan, harto infelices son en traer inquieta la fantasía, y dudosa en elegir lo justo. Deje a cada uno con su tema. Bien se le conoce la mala compañía de las musas, pues le han trocado en desenvoltura la modestia y seriedad que se gana en la astrología; y

[65] *dar de mano*: rechazar.

[66] Nueva alusión al almanaque para 1725. La crítica de Torres es allí especialmente dura contra la falta de honradez de los agentes judiciales, la ignorancia de los médicos y la vacuidad escolástica de los maestros y doctores universitarios.

es raro a quien las tales señoras no hacen hablador y mordaz, aunque sea de muy templada condición.

Señor mío, hablemos claros: vuestra merced no sabe lo que se astrologa, pues lo principal todo lo yerra. Los eclipses y las lunaciones vienen perdidas, y el único fin del buen astrólogo es la verdad de estos movimientos prácticos; que las demás ideas son cuentecitos para las cárceles o asunto de relaciones para un estrado. Yo me he compadecido de que pierda el talento y no le aplique, ya que ha dado por esta facultad, a escribir siquiera cada año un tomito de las treinta y dos ciencias matemáticas[67], que esta tarea solo le ganara la inmortalidad. Y olvide metáforas y coplas; que si yo me hallara en el protoastrológico[68], le pusiera perpetuo silencio en ellas, que la facultad poética es una incurable tiña que se pega en el juicio más bien humorado. Y para que desde ahora hasta el tiempo que viva ponga sin tanto error sus lunas y cuartos, de caridad le envío en el adjunto pliego la práctica más fiel y más breve de los cálculos. Y no se detenga en responder, que el portador es seguro.

Tenga vuestra merced salud.

De mi podridero, feria ninguna, y por consiguiente ni día, ni mes ni año, que por aquí solo se ferian eternidades.

[67] El estudio de las matemáticas incluía no solo las materias teóricas, sino las aplicadas (arquitectura civil y militar, balística, artillería, etc.). Tomás Vicente Tosca hace un inventario de veintidós de estas disciplinas en el prólogo a su *Compendio matemático* y da testimonio de las discrepancias sobre esta cuestión. Los estatutos de la Universidad de Salamanca atribuían a la cátedra de Matemáticas y Astrología la enseñanza de solo diez disciplinas (incluida la astrología judiciaria), pero al parecer a Torres (que había abandonado la sustitución de la cátedra en 1720 y la obtendría en propiedad en 1726) le parecieron pocas. En la segunda parte de *Visiones* (1728), Torres exhibe ante Quevedo el valor de su testimonio sobre el mal estado de las Universidades: "Yo, don Francisco de mi alma, soy un catedrático de la más excelente de las universidades, y explico en ella las treinta y dos ciencias matemáticas..." (*Visiones*, II, 6ª).

[68] *protoastrológico*: acuñación verbal sobre el modelo de *protomedicato*, el tribunal encargado de examinar la preparación de quienes aspiraban a ejercer profesionalmente la medicina.

Besa la mano de vuestra merced quien es su enemigo, el de su oficio.

El gran Piscator Sarrabal de Milán
Señor Piscator de Salamanca"

—Verdaderamente que, para estar enterrado el señor Sarrabal, le sobran alientos. Como murió a puñaladas (salvo sea el embuste) respira por la herida, y por eso moja en sangre la pluma. Pero ya podía habérsele resfriado porque, después de morir muy viejo, pasan ya de treinta años que está sirviendo de refectorio a los gusanos y de añadidura a los terrones[69]. Díceme que lo que escribo es mal hecho, y no se mira su corcova. Muerto está y no lo conoce. Y si por ser antes finado que yo piensa que tiene licencia para satirizarme, muere engañado, que a los difuntos solo les está bien pedir misas, pero no se escriben dicterios. Y si está en paraje donde no le sirven las oraciones, calle su boca y púdrase como pudiere, que lo mismo hago yo y tengo una vida como una horca.

Esto le dije a mi amigo cuando acabó de leer la carta. Y me respondió:

—Amigo: si es chasco, responde a quien te lo da, respecto a que han de venir por la respuesta; y si es verdadera carta del otro mundo, también, y sepan los muertos que todavía ha quedado en la vida quien les sepa mullir los huesos. Los cálculos que envía, después los podemos reconocer.

—No obstante –respondí yo– debo, solo así por alto, recapacitarme en el contenido de su doctrina, porque de otra suerte será responder a bulto a esta sombra.

Registré por mayor la obra y, suplicándole al amigo que tomase la pluma, le dicté la respuesta de este modo.

[69] *P* añade: *Para capitular de infame esta acción, no había menester más que verla en otro muerto.*

RESPUESTA DEL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA AL GRAN SARRABAL DE MILÁN.- Recibo la de vuestra mortandad, y aunque no le he merecido que me diga de su salud, por acá se sabe que, si no está bueno, ha muchos días a lo menos que no le duele nada. Bien se conoce que está vuestra merced de espacio. Porque para enviarme a decir que leyó mi *Pronóstico* y le pareció mal –que está dicho en lo que tengo dicho–, me gasta una historia de un muerto, sobre si se apeaba de la vida, si era flojo o desmadejado, como si en mi vida no supiera yo qué es muerte. Los que vivimos, señor mío, desde la escuela del nacer pasamos a la ciencia del morir, y los que tenemos vida somos los muertos y los vivos. Pero vuestra merced ya es ni vivo ni muerto, sino un terrón[70] de frío polvo que quedó de su muerte y de su vida. Y si quiere ser muerto le ha de costar volver a la vida, pues ya no puede morir el que está en la nada del no ser.

Díceme que si hubiera tenido tripas se las hubiera revuelto mi *Pronóstico*. Y en verdad que no sabe vuestra merced la fortuna que ha tenido, que por tener yo estómago se me han asentado en él sus mentiras de tal suerte, que toda la triaca magna[71] no resolverá el embargo en que estoy. Siempre fui defensor grande de la facultad[72] y apasionado de vuestra merced; pero, pues llegó el caso de reñir aquellas y aquellos, se descubrirán los hurtos[73].

La vanidad de verme pintado con antojos, compases, estrellas, libros y bigotes, como yo vi a vuestra merced, me engañó a estudiar y aprender embustes. Y pues todos lo son[74], no nos creamos oráculos; que, hablando para los dos, todo lo que vuestra merced

[70] *P: sí un terrón.* Ambas lecturas resultan confusas por la ausencia de negación anterior *(ya es* en lugar de *ya no es)*.

[71] *P*: *atriaca magna.* Era un compuesto medicinal usado especialmente contra las mordeduras o picaduras venenosas de reptiles o insectos.

[72] *la facultad*: aquí, la "ciencia" astrológica que ambos practicaron.

[73] *Autoridades* recoge el refrán "Riñen las comadres y descúbrense las verdades".

[74] *P*: *Y así.*

puso en sistema de "guerras en Aries", "muertes de potentados en Piscis", "discursos de cometas en Leo", "ruinas de casas viejas en Escorpio", el "desteta niños", "compra", "ve a caza", "recibe criados", etc., es un embeleso para tontos. Y vuestra merced sabe muy bien cómo se pone para escaparnos siempre de la nota de embusteros y salvar los aforismos.

Yo heredé sus embustes, y mañana me sucederá a mí otro bobo que adelante los míos. Y siempre habrá quien nos crea, porque siempre habrá mentecatos. Y pues ni a estos, ni a nosotros, ni a vuestra merced (aun estando en el mundo de la verdad) no ha llegado un sesudo desengaño y todos estamos incapaces de enmienda, es preciso aguantar, y pase todo. Y si vuestra merced se quiere pudrir, buena ocasión tiene[75]; y aunque acá no faltan, yo procuraré huir hasta la precisa[76], que nada del mundo importa tanto como mi pachorra[77].

No tengo la menor queja de que vuestra osatura me trate mal en su carta, cuando en ella leí el desprecio con que trata al gran Petosiris (a quien honra el venerable Beda, consintiéndole su rueda en sus escritos) y al insigne filósofo astrólogo Hermes. Y en la tabla de este besó vuestra merced con felicidad el puerto de su fama, y en la rueda de aquel corrió con gran bonanza su fortuna. Y cuando vuestra merced no nos ha dejado otra memoria que un pronóstico (que lo hacemos acá en ocho días, y nos sobran cincuenta horas), hace mal de querer usurpar la gloria a

[75] El doble sentido aparece por la acepción "consumirse de disgusto, fastidiarse" que también tiene *pudrirse*.

[76] Hasta la ocasión precisa, es decir, hasta que sea inevitable.

[77] Sigo a *S2*-*S3* en la supresión de un párrafo –que *P* añade a continuación– de contenido prescindible y redacción deslavazada: *Dice Vmd. que mis redes no saben lo que se pescan; pero las suyas, señor pescador, ya no saben pescar. Y todo el pleito es porque yo pesco, y a Vmd. le han pescado. El cebo yo lo amasé; y aunque dice que es bueno para pesca de atunes (y que hay muchos en la Corte), en su tiempo de Vmd. no daban los mares otras pescas; y los que hay por acá son más bonitos; y la cosecha de estos le hicieran a Vmd. más salado; y por eso nunca corrió tormenta su nave, porque siempre estuvo a la lengua del agua. Pero dejemos metáforas, que Vmd. no me entiende, aunque yo bien me explico.*

los antiguos con sus dicterios. Vuestra merced se dio más a conocer (lo mismo nos sucede a todos). Pero es la razón porque la rueda del uno y la tabla del otro no salieron a la vulgaridad; y nuestros papeles no hay bodegón, azotea, zaquizamí[78] ni taberna donde no estén al paso; conque es preciso haber ganado más conocimiento. Y la ventaja que vuestra merced nos lleva a los demás es haber nacido sesenta años antes; que, en las obras, entre ruin ganado hay poco que escoger[79].

No quiero creer que le pasó a vuestra difuntez por la fantasía el estilo metafórico que condena en mis almanaques, porque no me persuado que quisiese, teniendo caudal, enviar a sus hijos por el mes de diciembre desnudos a vagar los lugares de la Europa[80]. Confiésese vuestra merced pobre de manías, y que no supo mientras vivió más que hacer un pronóstico machacón. La metáfora es un galán vestido de la obra; y aunque sea malo el que yo le he puesto a mis papeles, ya es vestido. Los suyos, todos los hemos visto en cueros. Y más decente está un cuerpo en camisa que desnudo.

Para hacer lo que todos, no hubiera yo salido a la plaza del mundo, porque estoy muy mal con los escritores de este mi siglo; pues no inventan, que trasladan. Yo advertí que nadie leía los pronósticos porque se cansaron de un príncipe de Aries, un *quidam*, un soberano de Géminis, etc. Y púselos en solfa, y he logrado que me lean. Pues, enfastiada[81] la juventud y enferma toda la gente de los juicios de vuestra merced, no podían tragarlos; y yo les puse en punto de golosina los embustes, y los han tragado; que es el mayor milagro de un remedio hacerlo sabroso, para que no le aborrezca quien lo hubiere de tomar.

Como vuestra merced no sabe lo que son coplas, habla mal de ellas. Y debe de pensar que las que hizo el

[78] *zaquizamí*: "desván"; y también "cuartucho sucio e incómodo".

[79] *P* deja truncado el refrán: *entre ruin ganado, etc.*

[80] A finales de otoño salían a la venta los almanaques del año siguiente.

[81] *enfastiada*: hastiada, enfadada. El término era ya entonces desusado, como señala *Aut*.

mohoso Gotardo podían parecer con las que hoy hacen estos ingenios. Los poetas de entonces eran unos perdidos despilfarrados; ahora hay en Madrid quien los trae en coche. Y poeta tiene la corte que se ha hecho de oro, y uno conozco yo que ha labrado casa. La indignación de vuestra merced es que mezclo a los santos y santas con las coplas; y esto lo aprendí en buena hora, pues cada vez que se reza se le dicen a Dios versos a prima, tercia, sexta, etc. Y los villancicos tienen admirables coplas para mover a Dios y alabarle, y los salmos son versos que puso al arpa el santo profeta y celestial músico David. Vuestra merced debió de ser casado y no vio el diurno[82], y por eso ahora escribe sin noticias. Yo tengo dos oficios y con ambos me muero de hambre. Y el más decente es el de poeta, que el de astrólogo me ha ganado crédito de embustero. Y este es oficio y no ciencia, pues hoy pagan tributo mis calendarios; y mis coplas, aunque no son nobles, no pechan[83].

Díceme que escribiendo con esta claridad me conciliaré enemigos; yo me alegrara ver escritor sin ellos. Los que salen por su desgracia a la plaza del mundo a venderse, desde que salen van vendidos. ¿Cómo es posible contentar a todos? Al melancólico que me lea no seré de su gusto porque escribo chanzas. Y si escribo triste y serio tendré por enemigo al alegre. Y a este número de tristes y alegres añada vuestra merced la infinita copia de envidiosos: verá cómo siempre es mayor el número de los descontentos que el de los apasionados. Yo me he de divertir y pasar con gusto el tiempo que me falta hasta que me llamen de arriba. El que me adula, el que me ofende y el que me engaña, todos me dan motivo de reír, y no más. Conque, supuesto que no hay modo de vivir para agradar a todos, no me quiera vuestra merced tan mentecato que me ande a caza de ingenios para lisonjearlos, que yo he de hacer lo que más me agradare.

[82] *diurno*: el libro de rezos que los eclesiásticos debían leer de día (de laudes a completas).

[83] *pechar*: pagar el pecho o tributo al que estaban obligados los que no eran hijosdalgo.

Esta voluntad que yo tengo es mía, y no de mi vecino. Las cosas se dividen en proprias y ajenas. De estas cuide otro; de las proprias, yo. Y no tengo cosa más propria ni mía que mi voluntad, conque es razón que yo la mande. Y así, no me quejo de que no me premien mis trabajos, porque esto está en otra mano, y lo que otro me ha de dar no es mío. Ni me entristece que me mande Pedro ni Juan, que esto no es de mi cuenta; ni el que el otro sea descortés, soberbio, avariento, envidioso, bueno o malo. Acciones son de cada uno que con ellas se ofende a sí proprio, no a mí. Corran todos y de mí hagan lo que quisieren.

La última prevaricación de su enojo es la última común manía de los vivos. Llaman sátiras a las verdades, y blasfemias huir de las mentiras. Yo no soy satírico, sino incrédulo y duro; que al que no me venga con la demostración en la mano no lo creeré por cuanto me jure, afirme y asegure. El entendimiento le cautivo a la mayor demostración de las demostraciones, que es nuestra Santa Fe. Las demás noticias, unas dudo, pocas creo y en las más nos engañan. Porque Galeno soñó la sangría, me quieren encajar que es buena, cuando veo malos efectos. El que quisiere que le crea sus sueños ha de tomar la paga de mis mentiras. Protesto que jamás tuve en mis chanzas más objeto que el común; y soy tan modesto, que si mi pluma o mi lengua hubiere dictado el menor defecto del prójimo, en las plazas públicas me retractara. Y cualquier individuo que de otro me haya oído decir el menor dicterio contra su justicia, quiero ser tenido por blasfemo mordaz. En lo que vuestra merced me riñe del desenfado del prólogo no tengo escrúpulo, porque hablo de los malos profesores de las ciencias. Y siempre que tenga oportuna ocasión dictaré contra ellos y contra letrados sin el menor remordimiento; antes lo debiera tener de lo que callo.

Últimamente me dice que yerro eclipses y lunas, mas vuestra merced ya no es voto para condenar mis cálculos; porque desde su carnero[84], que es ya en sus

[84] *carnero*: sitio donde se arrojan los cadáveres; y también Aries, el primer signo del Zodíaco.

últimos entresijos de la tierra, mal puede conocer los movimientos de este medio cielo que nosotros descubrimos. Y si vuestra merced lo asegura sin otra observación que su memoria y lo que llevó sabido desde acá, ya no sirve; porque desde entonces no ha dejado de voltear el cielo y está todo de arriba abajo. Y si vuestra merced volviera a la vida, no la conociera; porque estamos los sublunares[85] de suerte que no nos conoce ya la naturaleza que nos engendró. Y aunque vuestra merced no es tan viejo que no navegase en las tablas alfonsinas[86], estas están ya muy quebrantadas, y nosotros andamos al retortero para ponerlas corrientes para nuestro uso, y no hay operación en ellas (aunque no sea más que para un cuarto) que no nos cueste un millón. La suya de vuestra merced y el modo de hacer la efeméride para el lunario[87], la estimo mucho; pero si no adelanta otra cosa, esta la tenemos por acá arrimada[88], por demasiadamente traída.

El consejo de que escriba un tomo cada año de las treinta y dos matemáticas lo estimo mucho, si con el aviso me enviara vuestra mortandad diez o doce mil ducados que costará la impresión (que solo dándomelos los gastara; que si yo los tuviera, primero los empleara en agujetas[89] que en escribir boberías). Mas por

[85] *sublunar*, en la terminología astrológica, era sinónimo de *terrestre*.

[86] El uso de las tablas astronómicas alfonsíes, elaboradas en 1272 por orden del rey Sabio de acuerdo con el sistema tolemaico, sobrevivió a los descubrimientos de Copérnico en el XVI e incluso su presencia, muy languideciente ya, se percibe hasta décadas después de que Kepler elaborara sus mucho más ajustadas *Tablas rudolfinas* (1627). Aun a Torres le resultan inservibles. La Universidad, como se comprueba por sus estatutos y programas, no se había preocupado de modernizar los medios de unos estudios largamente abandonados. Torres, para ganar su cátedra en octubre de 1726, tuvo que comentar un pasaje del *Almagesto* de Tolomeo.

[87] *efeméride*: anotación de la situación y aspecto de los planetas, eclipses de sol y luna y otros datos astronómicos. El *lunario* era el calendario, que se hacía por lunas.

[88] *arrimada*: retirada, abandonada.

[89] Es decir, en viajar; *agujetas* se llamaba la paga que había que entregar al postillón.

darle a vuestra merced gusto, protesto tomar este trabajo, aunque después tenga que dar a misas la obra. Y así, si vuestra merced se halla con algún talego[90], o sabe de algún difunto que lo quiera prestar (que algunos se enterraron con vuestra merced), envíemelo, que se lo pagaré cuando de este mundo vaya; y por razón del empréstito partiremos los intereses y le lisonjearé con la dedicatoria.

Señor mío, vuestra merced se consuma como pudiere, que a mí su triste memoria ni sus cartas me quitarán la alegría. Ya sé que he de ser muerto mañana; pero entre tanto déjeme vivir y no me vuelva a enviar papelitos ni cartas, que no gusto de correspondencias con gente del otro mundo.

De esta vida mortal, hoy por nuestra cuenta veinte de mayo de mil setecientos y veinte y cinco.

De vuestra merced cuando Dios quisiere,

El gran Piscator de Salamanca
Señor gran Piscator Sarrabal de Milán

—Paréceme, perdona que te lo advierta –dijo mi huésped–, que le respondes con sobrado desabrimiento, y no es razón tratar mal a un hombre a quien el mundo dio reverendas[91]. Pues, aunque hoy está caído, fue sujeto que puso su piedrecita en las estrellas, y no es justo hacer con su mortandad[92] lo que hace este siglo con lo que derriba: que del inmenso golfo de las adoraciones los baja a los últimos desengaños del desprecio. Morir no es delito, sino ley, y por muerto nadie pierde. Y así, si mi voto vale, hemos de corregir muchas liviandades que sin licencia de tu entendimiento ha dictado tu fantasía.

[90] *talego*: dinero (porque este se guardaba en talegos o bolsas estrechas).

[91] *reverendas*: estimación o reverencia hacia alguien por sus cualidades y méritos.

[92] *P*: *mortandad reverenda*, incurriendo en reiteración que corrigen *S2-S3*.

—No, amigo –respondí–. No se ha de quitar una letra; que si uno se hace de miel le comerán los difuntos. Y estos son porfiados, y a cada hora los tendré encima si no los espanto de esta suerte. El señor Sarrabal acuérdese que es muerto y que está con ambos pies en la sepultura, y es menester que se conozca. Él fue un estudiante astrólogo como yo, y hoy es menos; pues aunque los dos convenimos en ser ceniza, yo soy, y su polvo fue. Y lo que fue ya no es. Y pues ya no es, no quiera hacerse gente y meter su cucharada entre los vivos.

—No te mates tú y hágase lo que quisieres, que ya sé de tu capricho lo irreductible que es. Mi proposición fue solo un buen consejo. Ni lo tomas ni lo sabes aprovechar; pues Dios te ayude.

Así me decía mi amigo, mostrándome el gesto desabrido. Y, cogiendo los preceptos astrológicos en la mano, me preguntó:

—Y de estos pliegos, ¿qué dispones?

—Nada –le dije–, porque eso ya lo hemos estudiado por acá y no necesito amontonar papeles.

—Yo lo ignoro, y si me lo permites lo copiaré para estudiarlo –me dijo.

A que yo respondí:

—Arrímalos por ahora hacia ese estante, que tiempo nos queda para pasarlos, y nos falta para leer y dar respuesta a las cartas que se siguen.

CARTA DE HIPÓCRATES AL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA.- Muy señor mío: Un mortezuelo como del codo a la mano, bullicioso, de los que en el mundo llaman chisgarabís, que nadie sabe de dónde es (aunque, por lo chiquito, le tienen todos por hijo de Madrid), este se ha arrimado a la caverna donde nos estamos pudriendo muchos profesores médicos, químicos y filósofos, y le socorremos con algún hueso, como lo habíamos de dar a otro. Nos asiste

como platicante[93] de cada profesor. Pues cuando a vuestra merced se le haga camino por estas roturas lo verá con los químicos estarse tostando, sin haber fuerzas humanas que lo saquen del fuego; con los médicos, desentrañar difuntos y rascar calaveras (que hasta en las sepulturas conservan los hombres las manías de vivos).

Este platicante de muertos es tan mañoso que se ha ingeniado y ha hecho una mina comunicable al mundo. Y cuando menos pensamos se aparece allá y se esconde aquí, y no pasa travesura en la vida que no la sepamos puntualmente. Pues entre las curiosidades que suele recoger, nos trajo el *Pronóstico* de vuestra merced. Y haciendo rancho entre los condifuntos amigos, leyó el platicante hasta el prólogo o consejos que vuestra merced, discretamente, le dio a su hijo[94]. Y aunque por acá nunca estamos para fiestas le aseguro que nos alegró mucho, y ya nos dolían los huesos de risa. Yo, pues, aunque estoy ya muy chocho y no tengo hueso que me quiera bien, y las palabras se me hielan en la boca, con todo eso, me enmuerté[95] y dije a los del rancho, haciendo glosa sobre su prólogo, de esta suerte:

—Digno es de llorar el mundo en que hoy se vive. Y, mal por mal, mejor es nuestra tierra. Cada momento es una ruina. Yo lo dije muchas veces[96]. Y, según este mozo escribe (que aunque la lengua es mala se le conoce que es verdadera), ya no debe de haber trasto con trasto, ni hombre con vida, ni vida con alma. Vuesas mortandades bien se acordarán de los pliegos que hemos leído aquí, en otras ocasiones, de don Francisco de Quevedo, y lo que él nos contó del mundo cuando

[93] *platicante*: practicante.

[94] En el prólogo de *Melodrama astrológica* (el almanaque ya aludido de 1724) Torres se dirige a su propio texto como a un hijo recién nacido, para anticiparle el recorrido que le espera en el mundo y darle consejos.

[95] *enmuerté*: adaptación humorística al mundo de los muertos de algún término como "avivar", "incorporar", etc.

[96] *P* añade esta cita: *motus in fine velocior* ("el movimiento es más rápido al final"). Acertadamente, *S2-S3* consideran inoportuno en el contexto el alarde cultista y suprimen el latinajo.

atravesó por este carnero; pues, según este astrólogo viviente, sin duda está más perdido. Dichosos estos que ni creen a nadie ni a nadie engañan. Estos conocieron la vida, y los más que estamos aquí nos venimos sin probarla. Galeno (que yace también entre nosotros) gastó los años en desollar monas para hacer anatomías con el cuerpo humano, manosear cascos de difuntos[97] para reconocer uniones, suturas y articulaciones, y en bautizar huesos y nombrar coyunturas. Yo lo empleé[98] en mis *Aforismos*, oler orinas, gustar cámaras, sacudir esputos, tocar humores y palpar apostemas. El insigne BernardoTravisano, químico[99], en tragar humo, cocer, calcinar y preparar los entes del embuste filosofal. Y todos nos hemos venido en ayunas, sin saber qué es mundo. Creímos que con haber dicho que el hombre es un mundo abreviado, se acababa toda la ciencia[100]. Diógenes, que está entinajado en este osario (que no me dejará mentir), por gran cosa le dijo al hombre: *Nosce te ipsum*[101]. Y esto lo dijo por los primores de su fábrica, cuando es más estudio saber los defectos de su propensión. La ciencia toda consiste en saber vivir sin que le engañen

[97] *P*: *finados*.

[98] Se refiere al tiempo. El ya lejano antecedente gramatical de *lo* es "los años". La obra *Aforismos*, mencionada a continuación, es uno de los textos importantes atribuidos a Hipócrates (460-370 a. C.), cuyo conjunto constituye el llamado *Corpus Hippocraticum*, que al parecer acoge escritos de otros médicos de su escuela.

[99] Ciertamente, la bibliografía científica de Torres no estaba por entonces muy a la última. Bernardo Travisano (al que menciona en *El ermitaño y Torres* como "conde Bernardo Travisino") es Bernardino Trevisano (1507-1583), profesor en Padua de filosofía y luego de medicina. La obra que Torres tiene *in mente*, aunque no la cite, es *De chimico miraculo quod lapidem philosophicum apellant* (Basilea, 1583). Conviene recordar que la química no acaba de independizarse científicamente de la alquimia (ni la astronomía de la astrología) precisamente hasta el triunfo de los planteamientos modernos a lo largo del XVIII.

[100] Alusión a la concepción analógica o filosofía organicista: el hombre es un universo resumido, un microcosmos que reproduce el macrocosmos y se armoniza con él.

[101] Ciertamente, Sócrates no tenía la exclusiva de la famosa frase del oráculo de Apolo grabada en el templo de Delfos, y cualquiera tuvo el derecho a usarla. No es seguro a cuál de los varios Diógenes históricos

las pasiones propias y las ajenas. El aplicado debe estudiar primero en los libros de su razón y después seguir las huellas de todos: el camino del médico, la senda del filósofo, el vuelo del teólogo, la carretera de la plata del letrado[102], los rincones del químico y los escondites del mecánico. El que es docto en una profesión es necio en todo; porque cebarse en apurar lo infinito es bobería e ignorarlo todo es desgracia. Yo me lastimaba, cuando vivía, de la sencillez de los enfermos que cuidaba, pues a pesar de sus achaques creían mis voces. Y puedo jurar que no conocí la más leve idea de calentura hasta que vi la enfermedad en el estado (y entonces el mismo paciente la conoce); y para desvanecer la primera relación, buscaba mi filosofía escapatorias y evasiones con que disminuir el primer concepto. Pero, aunque me libraba de sus réplicas, no me escapé de las acusaciones del interior. Y así, desengáñense vuestras mercedes[103], que el saber es lo que hace este muchacho del prólogo: encargarse de los elementos de todas las facultades. Estudiando después en su razón natural, se bandeará e instruirá en todas las profesiones, averiguando el modo con que todos mentimos y pasamos. Y Dios nos libre de un bribón de estos; que si da tras nosotros, no nos dejará hueso sano.

---

se refiere Torres. Lo más probable es que se trate de Diógenes el Cínico (413-327 a. C.), el más famoso en la tradición cultural y por tanto el más presente en los vademécum culturales y polianteas, con anécdotas y frases atribuidas, de las que se recuerda no precisamente la de "Conócete a ti mismo", sino aquella de "Busco un hombre". Pero no es imposible, dadas las referencias culturales en que nos movemos, que se tratara (confundiéndolos o no con el Diógenes anterior) de Diógenes de Babilonia (s. II a. C.), cuyas ideas acerca de la adivinación astrológica y por medio de los sueños recogió Cicerón en su tratado *Sobre la adivinación*, o incluso de Diógenes Laercio, recopilador de anécdotas y citas filosóficas en *Vidas y sentencias de los más ilustres filósofos*.

[102] Seguramente se refiere a la conocida Vía o Calzada de la Plata, de origen romano, que pasando por Salamanca enlazaba Mérida y Astorga. Ello le permite el juego satírico alusivo al carácter venal de muchos letrados.

[103] *P*: *vuestras mortandades.* Parece acertado por parte de *S2-S3* evitar la desafortunada repetición del chiste, ya utilizado al comienzo de este discurso.

Estas razones dije yo a mis concolegas difuntos con tanta verdad como si me estuviera muriendo. Pero, de vuestra merced a mí, señor Piscator, le diré lo que verdaderamente siento, permitiéndome antes que le riña la mala elección que ha tenido de aplicar sus talentos. La elección de muchos libros es dañosísima lección. Los que han escrito y llenado las imprentas de papel fueron hombres como vuestra merced y no es razón creérselo todo, pues pocos dictaron verdades puras con el deseo de nuestro aprovechamiento. Unos escribieron por ostentar su melancólica discreción; otros por contentar[104] las vanidades del ingenio; unos por envidia de los otros y otros por seguir las contrariedades de su condición[105]. Y así, en la ciencia que yo profesé[106], como en las demás, se advierten lastimosamente barajados los principios, conque la razón natural del viviente se halla precisada a no saber elegir entre el vasto y anchuroso mar de opiniones; por lo que debo aconsejar a vuestra merced que, si leyó los principales sistemas, no lea las porfías de sus comentadores. Estudie en sí mismo, que en el entendimiento humano está sembrada la semilla de todas las ciencias, y para que esta se aumente basta el primer baño elementar[107]; pues con el infructuoso riego de otras aguas más se sofoca que florece.

Mi queja con vuestra merced, señor astrólogo, es haber visto el desprecio con que trata y carga la mano a los pobres médicos, además de la común desdicha que padecen en el mundo. Los astrólogos los tienen por misteriosos retirados; a los jurisconsultos los venera la ignorancia como oráculos, a los filósofos como embelesados. Y unos de medrosos y otros de suspendidos se imaginan ocultos misterios en sus expresiones. La infeliz arte de

[104] *P*: *sacudir.*

[105] En *P* hay un añadido que *S2-S3* suprimen: *y todos trabajaron los elementales sistemas de los estudios.*.

[106] En *P* falta *ciencia.*

[107] La forma arcaica *elementar* aparece en las tres ediciones.

Apolo[108] continuadamente vive entre sus enemigos, pues no hay necio ni vieja ni perdulario que no se precie de entender nuestros aforismos, y no hay ente en la naturaleza que no se aplique para universal remedio en los achaques.

La poca obediencia del enfermo y la pertinaz falencia del arte[109] son poderosos enemigos de nuestras seguridades. Yo lo confesé por la ciencia, al principio de mis obras, en las cuatro palabras de *ars longa, vita brevis, occasio praeceps, experimentum pericolosum, judicium difficile*[110]. Y además de la brevedad de la vida y del poco juicio de nuestras conjeturas, nunca conocemos las impenetrables magias ocultas de la naturaleza, sus extensiones y movimientos que siempre circulan al revés de lo que discurre el arte. Y, en fin, nuestra mayor desdicha es ir a curar y dar salud al hombre enfermo, que nació achacoso y con la inevitable pensión del morir. Y nada me confundía, en los enfermos que cuidaba, tanto como la diversidad de movimientos en una misma idea de achaque. Que un tabardillo no se parezca al dolor de costado, que una terciana se distinga de la cuartana y un reumatismo de la cangrena, pase; pero que un dolor de costado no sea como otro, ni un tabardillo como otro tabardillo, ni un cólico como otro cólico, es lo que me hizo perder el norte de los juicios. Y esta fue la causa de haber llenado yo estos osarios de cadáveres. Pues hasta que me desengañaron las experiencias tenía creído que un hombre no se distinguía de otro hombre, regulando por su fábrica sus temperamentos; y con un simple invento quise sanar a todos (que es lo mismo que intentar que se calce con una horma todo un pueblo). Y hoy, por ser mayor el estudio, es más grande la ignorancia de los profesores; pues cada momento estamos recibiendo difuntos enviados más por los médicos que por sus achaques.

[108] Es decir, la Medicina.

[109] *falencia del arte*: la inseguridad o falibilidad de la ciencia (médica, en este caso).

[110] "La ciencia es extensa, la vida breve, la ocasión repentina, el experimento arriesgado, el diagnóstico difícil".

Los enfermos es la peor especie de contrarios que tienen nuestros juicios, pues no se oyen más que falsedades en sus bocas; y su condición, agitada de las dolencias[111], se hace irreducible al precepto. Si los mandaba beber a una hora, su sed adelantaba los relojes[112]. Si prevenía guardar el sudor, por no padecer las congojas del cordial y el peso de una sábana desabrigaban los cuerpos. Y siempre encontraba nuevo achaque a que acudir. Los ascos del purgante, por amargos los desprecian; al jarabe, por empalagoso. Conque tiene contra sí la curación la poca verdad del enfermo, lo oculto del mal, la escondida condición del achaque, las burlas de la naturaleza, la ninguna obediencia al físico. Añada vuestra merced a estas partidas la de *ars longa, vita brevis*, etcétera: conocerá que los mayores defectos de la profesión consisten más en las temeridades ajenas que en la idea del juicio propio (discurriendo con elementales principios). Por lo que puedo asegurar a vuestra merced que estos podrideros están manando en difuntos, y a los más los han traído sus mismas intemperancias. Y así, se vienen unos[113] dejando desacreditado el físico; otros nos envían ellos, y son bastantes; a otros los llama Dios, y estos son menos; y a otros los arroja la vida, cansada ya de la larga cárcel de la tierra, y estos son muy contados; y el mayor número nos lo envía el exceso y la medicina, pues verdaderamente debo confesar que nuestro estudio está fundado solo en los antojos del capricho y en el movimiento del humor.

La arte es larga, como tengo dicho a vuestra merced; y aun a mí, siendo viejo (como lo dejé dicho antes de morir), me faltó el tiempo para experimentar. Y si yo volviera a agarrar la vida, solo la gastara en la práctica útil de la cabecera y borrara impertinentes filosofías. Pues sin tanto argüir se puede conservar menos enferma nuestra vida. Yo aborrecí lo empírico, pero hoy conozco que es fortuna del enfermo

[111] *P*: *de las dolencias del mal.*

[112] *P*: *una hora adelantaba...*

[113] *P*: *ellos.*

y casualidad feliz del médico que, guiado solo del dolor, sin formalizar sobre la materia pecante[114], aplique experimentado remedio; que para el fin de la sanidad basta saber su provecho sin controvertir el modo de causarlo ni en qué parte, pues la experiencia la registra el tacto de los ojos, y la enfermedad es un discurso que, puesto en historia, mueve mayores dudas. A cuyo fin, remito a vuestra merced esa farmacopea para los cosarios males que nos afligen[115] –y tengo tanta seguridad en ella, que si volviera a curar no usara más botica que esos simples–, en cambio de la noticia, que espero de vuestra merced, en que me cuente el estado y pasos con que caminan hoy mis sucesores.

Vuestra merced procure, ya que es escritor (de que me lastimo bastante), dos cosas. La primera, hablar la verdad y con sencillez cristiana en su doctrina. Y la segunda, que le encargo para su bien, que modere el estilo y no quiera por gracioso echar a perder lo sólido de sus pensamientos. Porque si le huelen el humor reirán el chiste y despreciarán el aviso; pues los más hombres son poco advertidos y, como tienen paladar para todo, comen el gracejo y se quedan en ayunas del fin con que se pone. Y la vanidad de vuestra merced ha de mirar a aprovecharlos, y no a entretenerlos; y si dicta como hasta aquí, más se hará risible que apreciable. Y es pecaminoso empleo dictar juguetes para el siglo, cuando puede adelantar verdades a la posteridad.

Dios le dé a vuestra merced la vida que no tengo y le mantenga lo que fuese servido, aunque yo me prive del gusto de conocerle por algunos instantes.

De la oscuridad de mi eterna noche.
De vuestra merced servicial amigo,

Hipócrates
Señor Piscator de Salamanca

[114] *pecante*: "Por lo común se aplica en la Medicina al humor que predomina en las enfermedades" *(Aut)*.

[115] *cosarios*: aquí, "acostumbrados", "habituales".

—Este fue el varón insigne de la esfera. Y hombres de este tamaño merecían ser inmortales entre las gentes. ¡Con qué verdad escribe! ¡Con qué sencillez confiesa las flacas fuerzas de su estudio! ¡Con qué humildad sabe! ¡Con qué cariño enseña! Me admira que un gentil sea maestro de tanto don. Esto es hablar con madurez del seso y no garlar con bachillerías del pico, como tú has hecho en esta respuesta que acabo de escribir al Sarrabal. Amigo mío, este es el estilo, esto es hablar con la cabeza y no con la boca del estómago, como yo he notado en tus escritos.

Así me decía mi camarada, admirado del talento y bellísima expresión del sabio Hipócrates en su nota. A que yo le respondí:

—Ninguno como tú debiera disculpar en mí estas faltas del estilo y errores de la composición. Pues la velocidad de mi fantasía, lo travieso de mi inclinación, la corta estancia en mi patria y el odio continuado a la Universidad, cuando la empezaba a tener, me traían al retortero la razón. Pues a los catorce años me pusieron mis padres en el Colegio Trilingüe[116], donde aprendí a jugar y a perder desde la ración hasta el tiempo[117], que es la joya de más infinita entidad. De allí me arrojó mi fortuna a los peligros de joven, ya de diez y nueve años, sin discurrir en otros cuidados que el de dárselos a mis padres. Llené de vicios al alma, siendo el principal despertador de mi

[116] Consta en los archivos universitarios salmantinos el ingreso de Diego de Torres en diciembre de 1708, y la obtención de una beca tras superar el correspondiente examen. El Colegio Trilingüe, fundado por la propia Universidad en 1511, tenía el rango de colegio menor, y en él se impartían enseñanzas de Latín, Griego y Hebreo, además de Retórica y Lógica.

[117] Los estatutos del centro establecían con precisión la ración diaria que debían recibir los colegiales. En el *Quaderno del gasto por meses del Colegio de Trilingüe* constan, de 1709 a 1713, repetidos descuentos de ración efectuados al joven Diego. La mayoría por ausencias, aunque a veces se adivina el castigo (Mercadier, 1981: 30).

inmodesta aplicación el vano estudio de las musas. Yo perdí, amigo (¡y cómo me pesa!), el tiempo, la crianza, y lo que adquirí de los principios de Antonio de Nebrija a costa del desvelo del siempre laudable maestro mío Don Juan de Dios[118]. Ya de veinte y dos años me alicionó las *Súmulas* de Bayona[119] un santo joven que en Salamanca profesaba a este tiempo la docta medicina, llamado don José Echeverria, que hoy, mudado este nombre en fray Valeriano de Estella, vive ejemplo de religión en la Sagrada de Capuchinos del Real Sitio del Pardo. (Perdona la digresión, aunque yo sé que es del caso). Considera, con este relajamiento de vida, cómo podré yo tener fundamental conocimiento de la facultad menos extensa, cuando cualquiera pide continuada la atención y libertad de otros empleos. Dos años ha que vivo con alguna quietud; y estos los he empleado en leer los elementos de las ciencias y no he cuidado de castigar el estilo. Gusté con algún cuidado las travesuras de la filosofía y, guiado de su noticia, leí los autores médicos. Y apenas vi del divino Hipócrates en la primera línea de sus obras aquellas palabras de *ars longa, vita brevis* etc., que debieran estar esculpidas en oro en todos los estudios, me suspendieron de suerte que con razón creí los elogios de divino con que le aclaman los varones más doctos del orbe. En S. Agustín, en el lib. 5 de *Civit. Dei*, leí (y guardé en la memoria) este elogio a Hipócrates: *Medicum nobilissimum creavit Deus Hippocratem tamquam virum in arte*

[118] Antes de ingresar en el Trilingüe Diego había hecho sus primeros estudios en el pupilaje de Juan González de Dios, al que siempre recordó con afecto, como se comprueba al comienzo del Trozo segundo de *Vida*. Su maestro fue regente de la cátedra de Gramática de 1703 a 1726, y catedrático desde ese año (el mismo en que Torres ganó la suya). Se jubiló en 1748 y murió en 1761.

[119] *súmulas*: compendio elemental de los principios de la Lógica. El tratadista aludido no pasó a la historia de la Filosofía.

medica minime errantem[120]. Por las calles y plazas públicas le voceaban los gentiles divino, rogando a Júpiter por su vida y siguiéndolo como a remediador: *Hic sanitatis pater, hic servator, hic dolorum curator, hic divinae scientiae particeps, o Jupiter servato, adjuvato, medicato*[121]. Santo Tomás de Villanueva y otros santos y varones ilustrados en la ciencia de nuestra sagrada religión, que hacen más fe, lo llaman divino y se admiran cómo tuvo tiempo de saber tanto, y con razón decían que tenía cuasi divino influjo en su talento. Y míralo ajado, y vendido de los médicos de este siglo.

—He reparado –dijo mi camarada– que después que dejaste aquellas travesuras, que son enemigas mortales de la quietud de las ciencias, aunque tu principal profesión a que te arrastró el mercurio[122] fue la matemática, la lección principal ha sido en los libros médicos, y con especial cuidado en Hipócrates, cuando yo entendía que no podían tener hermandad las verdades de la matesis[123] con las quimeras de la medicina.

—Es cierto –respondí yo– que entre las ciencias todas hay una afinidad y concatenación en que precisamente están eslabonadas. Y donde más reconocemos este

[120] "Dios hizo a Hipócrates un médico famosísimo, como hombre muy certero en la ciencia médica".

[121] "¡Este es el padre de la salud, este el cuidador, este el remediador de los dolores, este el partícipe de la sabiduría divina; oh Júpiter del atendido, del auxiliado, del curado!". El texto que manejó Torres no debía ser muy fiable. En las ediciones canónicas de S. Agustín, la cita no aparece textualmente en el lugar señalado, aunque es cierto que allí el autor adjudica a Hipócrates el adjetivo de *nobilissimus* cuando se refiere a él.

[122] *mercurio*: tiene aquí el sentido (no recogido por los diccionarios) de "predisposición, inclinación".

[123] Torres se adorna ahora con un cultismo inmisericorde: *mathesis* significa, tanto en griego como en latín, la acción de aprender (o estudio) y su efecto (el conocimiento). A veces se usó también con la acepción de *Astrología*.

parentesco es en los juicios de la astrología y de la medicina; pues el buen astrólogo, conocida la alteración de los elementos, debe prevenir los achaques que originan sus destemplanzas, y el buen médico está precisado a inferir las ideas de achaques que la diversa mutación de los tiempos impresiona en los vivientes. Y los preceptos para la verdadera ciencia de las enfermedades que provienen de las estaciones del año, ningún médico ni astrólogo los trató con la verdad y cuidado que Hipócrates en el libro de sus *Aforismos,* 3, que empieza: *Repentinae temporum mutationes*, etc.[124] y prosigue discurriendo, por los cuartos del año y estaciones del sol en los signos, los varios movimientos de su impresión en estos cuerpos sublunares. Y así las enfermedades en la primavera son de distinta malicia que las del estío, y las de este que las del otoño; luego los médicos debieran saber y entender los preceptos astrológicos, cuando su maestro Hipócrates, en el referido *Libro 3*, les manda y encarga la inevitable observación de las estaciones del año.

—Pues estas, sin la doctrina de la astronomía, ¿no se podrán alcanzar? –dijo el amigo[125].

—Es tan preciso –respondí yo–, que no hay autor médico que en sus prólogos no les advierta esta necesidad, condenándolos a pecado mortal si, ignorando los avisos de esta ciencia, se entran en la práctica de la curación, pues siempre van aventuradas las medicinas en quien ignora el tiempo de aplicarlas; y toda la victoria del físico consiste en lograr el tiempo de la aplicación. Pero, dejando esta doctrina, permíteme que mientras vuelves a

[124] La referencia bibliográfica es exacta. La Sección tercera de *Aforismos* trata de los efectos morbosos de los cambios de estación y las alteraciones bruscas de las temperaturas, de las edades de las personas, etc.

[125] *dijo el amigo* falta en *P*.

recrearte en la carta de Hipócrates que tanto gusto te ha dado, lea yo sus avisos, que según discurro serán prácticos y dictados con la brevedad que acostumbra.

Volvió mi amigo a tomar la carta de Hipócrates y a explicar en ella mil demostraciones de gozo. Y acabando él de su tarea y yo de leer los concisos preceptos prácticos de Hipócrates, le dije que los colocase junto a los preceptos astrológicos del Sarrabal, que después de desocupado de este correo los leeríamos con más atención de la que ahora nos permitía la precisa tarea de responder. Y, obedeciendo mi amigo y cortando la pluma, respondí como se sigue al divino Hipócrates.

RESPUESTA DEL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA AL FÍSICO-MÉDICO HIPÓCRATES.- Solo a la discreción de vuestra defuntez, muy señor muerto, debe mi torpeza el gusto de haber salido de la confusión de una duda en que los demás muertos me dejaron (que no solo vuestra merced es quien me escribe). Y debo a la luz de vuestra merced la noticia de haberme alumbrado para que sepa la mina por donde se coló el tizón licenciado que fue posta de estas cartas; pues por donde entra un diablo, bien cabe otro. Y le doy las gracias de que recojan a ese muertecillo (que no dudo, según la pinta, que será hijo de la corte), y que le hagan la caridad de enseñarlo y mantenerlo; aunque creo que no será hombre jamás, pero al lado de vuestras mortandades podrá elegir una muerte descansada.

De las honras que vuestra defuntez me ha hecho entre sus confinados, le doy muchas gracias[126]. Pero hablando con amistad, amigo mío, yo soy solamente un curioso que paso con la enfermedad de cuatro noticias que me tienen estragado el talento; porque estas están sin cocer[127], y de estas crudezas padece el seso continuas opilaciones.

[126] *P*: *Vuestra defuntez me honra en vida con todos entre sus condifuntos.*

[127] *P*: *unas están sin cocer el fundamento impuro.*

Cuando empezaba a alimentarme en mis estudios, me quitó el dulce regalo de la sazón la infeliz fortuna que siempre me ha traído al retortero, poniéndome el pisto en manos ajenas. Una desgracia en los pobres sudores de mis padres cortó las ideas con que intentaban criarnos como a hijos de honrados[128]. Después mis vicios, mi pobreza, mi genio, los malos amigos y los buenos enemigos me pusieron en el infeliz estado de tonto. Apresome la hambre e hice de ella virtud, y con el ansia de comer me apliqué a la primera vacante, como al pobre a quien casa[129] la justicia con mujer sin dote y sin tener oficio, que luego pretende comisiones, se aplica a los estancos, se pone a peón, alguacil, agente, etc. Que el pobre que tiene familia busca el pan en la primera plaza que le sale; que la misericordia de Dios y providencia de los hombres tiene en el mundo estos colegios para los arrepentidos de holgazanes; que la necesidad hace hábil para todo al que antes no lo fue para nada, y se halla oficial en cualquiera arte. Así, yo unas veces pretendía en la medicina, otras en las leyes. Echaba memoriales al cielo, y por su bondad me hallé la conveniencia de astrólogo; que, aunque no vale mucho, al fin, amigo, iba cogiendo créditos, y con mis manos libres había de subir hasta quinientos ducados. Pero ya me la ha quitado mi desdicha[130], cumpliendo, como sabe todo mundo, con mi obligación. Y ya no sé qué hacerme, que estoy tan aburrido que si por allá hubiese algún empleo en que pasar la vida, le aseguro a vuestra mortandad que marchara.

No niego que eché a la calle algunas ideas mal vestidas; pero como trabajaba con precisión[131], las miraba con asco, sin valerles la recomendación de

[128] El padre de Torres tuvo que liquidar su librería en los tiempos difíciles de la Guerra de Sucesión.

[129] *P*: *a quien le casa.*

[130] Se refiere a "la conveniencia de astrólogo". De nuevo Torres respira por la herida: la renovada denegación de permiso para seguir publicando sus almanaques.

[131] *con precisión:* por necesidad.

propias; que si yo tuviera otra capellanía, sujetara la pluma a la razón y no saliera de mi fantasía idea que no la castigase el entendimiento antes que vocería de los críticos. Pero yo, amigo, solo voy a llenar papel; y así, aunque mi prólogo contenga algunas menos decentes voces contra los profesores de Apolo, vuestra merced debe disimularlas, por la ingenuidad con que le digo que no son más que voces.

La escasa luz que de sus obras de vuestra merced iluminó la corta esfera de mi capacidad fue el estímulo que me movió a clamar contra los profesores médicos. Porque en la práctica que hoy veo observar (la casualidad me llevó a algunas juntas)[132] es distinta de lo que vuestra merced dejó dicho. Ya debemos enfermar de otra suerte, porque las curaciones son distintas. Hasta los trajes han mudado los médicos, pues en otro tiempo vestían ropas que les determinaron las escuelas y ahora se arman de soldados, con cabelleras, tacones y espadas; y no los tiene el rey mejores. Pues si entre tantos arbitrios hubiera dispuesto la política[133] enviarlos a los enemigos, allí apocarían el número de las gentes, y acá nos quedarían nuestros vivos menos enfermos.

Los hombres que nacieron de treinta años a esta parte son de otra figura. Ya las anatomías no se hacen como en el siglo de Galeno. Ya no es el hombre, ni su figura. Los males no son los que solían, todo está mudado. Porque los humores se han revenido en *ácido*, *alkali*, *sólido* y *líquido*[134]. Y en las fiebres se ha

[132] *P*: *observada* en lugar de *observar*. *S2-S3* suprimen el paréntesis, en el que Torres se muestra muy humilde. En realidad, en Madrid reanudó estudios de medicina ligeramente iniciados años antes, y visitó durante un mes el Hospital General bajo el magisterio del protomédico D. Agustín González. El pasaje que sigue testimonia algunas de las novedades observadas en ese aprendizaje, y la persistencia de viejos defectos.

[133] *P*: *la política razón de Estado.*

[134] La terminología revela la penetración de la medicina espagírica o iatroquímica (Torres precisa la cronología: "de treinta años a esta parte"). *Aut* define así *alkali*: "Término espagírico, que se toma por el principio universal salino de todas las cosas naturales, opuesto al ácido".

descubierto otra cosita, que se llama *crispatura*. Vuestra mortandad cuidaría de dos o tres enfermos al día; pero acá los despachan con más brevedad. Tienen tantos a que acudir que, por no bastarles sus dos pies a cada médico, los aprendices empiezan por cuatro y los más introducidos llevan ocho, y van rodando a carrera tendida por su doblón (que esto cuesta regularmente en la corte), a tentar un pulso y dar una pesadumbre más al paciente.

En las juntas todavía se usa historiar la dolencia, las causas, signos, pronósticos y curación. En la historia todos callan, como toca al médico de la cabecera. Las causas se ignoran, los signos se disputan, los pronósticos se atropellan y la curación se pierde; y cuando mejor logramos es haber visto en cuestión nuestra vida. Las que llaman señales son chismes y cuentecillos de la naturaleza, y testimonios que levantan a nuestros órganos. La aplicación del remedio va destinada, cuando son tan disputables los motivos, para una vida sola que malogramos (¡Válgame Dios!), cercada de tantas muertes[135]. En la vocería médica ya no se escuchan *facultades*, *humores*, *meatos*, sino el *sólido*, el *ácido*, el *sulfur*[136] y otros términos que a vuestra merced se le quedaron en el tintero. Yo no quiero acusarlos; pero vuestra merced no los defienda tanto, que ellos, por su Arbeo y su Tomás Wilis y otros[137], han vendido a vuestra merced de suerte que, si no es el que le conozca, nadie le comprará. Y allá tiene vuestra merced otro licenciado

[135] *S2-S3* omiten *para una vida... tantas muertes*, pero la corrección no resuelve del todo la confusión.

[136] *sulfur*: azufre.

[137] Arbeo solo puede ser William Harvey (1578-1657), médico inglés que completó el descubrimiento y demostró los mecanismos del sistema de circulación de la sangre (*Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus*, 1628), e hizo importantes aportaciones a la embriología (*Exercitationes de generatione animalium*, 1651). Discípulo del anterior fue Thomas Willis (1621-1675), que centró sus estudios principalmente en el sistema nervioso (*Cerebri anatome, cui accessit nervorum descriptio et usus*, 1664). Ambos eran precedentes reconocidos de la "nueva medicina".

que se llamó Synapio, que escribió contra vuestra merced un tomo que se intitula *De vanitate et falsitate aphorismorum Hippocratis*[138].

Solo en una cosa siguen a vuestra merced , y es en que no los mandan confesar para morir. Los que vuestra merced curaba no lo habían menester, pero a nosotros, que vamos por otro camino, nos niegan entrar con felicidad al perdurable término a que aspiramos. De irremediables motivos nace en ellos esta ocultación. El primero es la ignorancia del mal; el segundo, la vanidad de libertarlos; el tercero, la mal usada adulación; y otros muchos que vuestra merced podrá discurrir sin cansarme yo, ni mortificarle.

Vuestra merced les mandó en sus aforismos la precisa observación de los días críticos, indicativos e intercidentes[139] en las enfermedades agudas y exacte peragudas[140], y que tuviesen gran cuidado con las estaciones del sol y movimientos de la luna, porque estos conocidos planetas son los primeros agentes que disponen más inmediatos al aire[141]. Pues señor muerto: ahora, cuando se sospecha peligro en los influjos de la luna, se cierra la ventana porque no entren, que dicen que el pino y el lodo defienden las impresiones. Las cuartas del año todas son unas; el calor del estío se hace verano cuando se les antoja;

[138] El auge espectacular de las doctrinas hipocráticas en el ambiente científico del humanismo renovador y crítico del XVI, siglo en el que se documentan innumerables ediciones europeas, traducciones y comentarios (véase T. Santander Rodríguez, *Hipócrates en España (Siglo XVI)*, Madrid, 1971), cesa prácticamente por completo en el s. XVII, al que pertenece la impugnación doctrinal, citada por Torres, de M. A. Sinapius. La obra de este autor que dejó mayor presencia en las bibliotecas universitarias fue un tratado sobre el dolor (*Tractatus de remedio doloris*, 1699).

[139] *P*: *yudicativos, intercidentes.*

[140] La terminología médica procedente de los tratados en latín que Torres leyó pasa casi directamente al texto; *intercidentes*: intermedios (del lat. *intercido*, "caer en medio", "separar con un corte"); *peragudas*: muy agudas o graves.

[141] Sigo a *S2*-*S3* en la supresión de este añadido de *P*: *y este, mezclado con los influjos, se hace la impresión en los sublunares.*

ya no pasan días críticos, porque usamos enfermar en mejor ocasión que los enfermos que vuestra merced tuvo. Ya padecemos unos males más acomodados. Los enfermos de Pedro Miguel de Heredia[142] ya murieron, los de Galeno ya están hechos tierra y los de Avicena son polvo. Y en fin, ya de vuestras mercedes no se hace el menor aprecio. Y aun dicen estos médicos de por acá que si el señor Hipócrates viniera al mundo, había menester de nuevo estudiar la Medicina.

Esta su profesión de vuestra merced, como le tengo dicho, ya ninguno la profesa como empleo, sino como negocio. Es facultad que siempre tuvo sus intereses en nuestras glotonerías, y como en cajas seguras aplican su caudal, y se hallan a pocos días curanderos de fama. A la juventud la crían en las Universidades en las porfías *Si Dios puede hacer entes de razón*; *Si la Lógica es simple cualidad*... Considere vuestra merced qué tiene que ver el pulso con el... etcétera[143]. En las anatomías no tienen ejercicio, porque sienten de muerte los recién difuntos que se les corte el pellejo, y lo han hecho caso de honra; conque ya no se puede pillar un muerto por el ojo de la cara. Y estos tratados, en nuestra España dicen que no son menester, porque han averiguado que las circulaciones de la sangre de un año no sirven para otro. Los huesos cartilágines[144], tendones, músculos y fibras tienen por un mes una figura, y cada día menguan y crecen, conque no quieren cansarse en fatigar la memoria en estudio que muda sistemas conforme las edades. Los años que profesan en las

[142] Pedro Miguel de Heredia (1590-1659) fue profesor en la Universidad de Alcalá y médico de Felipe IV. Dejó abundantes escritos que se publicaron tras su muerte (*Operum medicorum quatuor Volumina*, Leyden, 1665).

[143] Mejor será no completar el refrán. El antiescolasticismo (por convicción y por reacción visceral contra sus poderosos representantes oficiales) fue una de las constantes intelectuales de Torres desde sus primeros escritos.

[144] *cartilágines*: cartílagos o ternillas.

Universidades, les dictan sus maestros cuatro materias de pulsos, orinas, síntomas y algo *de sanitate tuenda*[145], con un recetario o farmacopea al fin para guiñar el ojo al boticario (así como el que vuestra merced me envía). Y sin otro estudio que estas teóricas impertinentes pasan a las cortes, ciudades y villas, a amontonar muertos con licencia de los reyes y consentimiento de nuestras ignorancias[146], obligando la razón de estado a cumplir con las ceremonias de la cortesía a quien hizo cubrir de tierra a los que nos engendraron.

El último consejo que vuestra merced me da bien sé yo que es muy prudente, serio y como de su gran juicio. Pero si supiera cómo está el mundo, no me aconsejara con tanta modestia. Se pierde, amigo Hipócrates, la lección que no contiene estas risas, y a todos nos tiene cuenta. A mí, porque en este estilo no son tan reparables los defectos, porque permite voces menos limadas la composición; y para las gentes del mundo en que estamos, es preciso escribirles así, que de otra suerte no lo miran. Conque para todos nos está bien, pues yo escribo sin fatiga y ellos leen sin asco.

No se me ofrece otra cosa que responder a vuestra mortandad. Y de nuevo le doy las gracias por el inventario de recetas; que, pues ya me han robado el oficio de pronosticar[147], tomaré el de curandero, que bien sé yo que lo luciré –como lo estudie como él es–, a pesar de muchos delirantes.

Dios guarde la inmortalidad de vuestra merced.
De mi posada. Madrid, y mayo 2 de 1725.
De vuestra merced su íntimo apasionado,

El Piscator de Salamanca
Señor Hipócrates mío

[145] *de sanitate tuenda*: sobre la conservación de la salud, o medicina preventiva.

[146] Sigo a *S2-S3* en la omisión de este añadido de *P*: *pues fiada la sencillez de la noticia, nos entregamos al destino de sus temerarias ideas.*

[147] *P*: de *Pronóstico.*

—¡Válgame Dios! –dijo mi amigo–. ¡Qué bajío han dado las ciencias! De un año para otro se inventa una nueva manía. Yo soy lego, mas mi discurso no deja de inquietarse cuando oigo decir que los médicos, en las Universidades, gastan el tiempo en defender si los elementos existan *formaliter* o *virtualiter* en nuestros mixtos[148]. Poquísimo cuidado tiene nuestra provincia en la limpieza de esta profesión[149]. Vienen infinitos perdularios y vagabundos, y sin otro examen que su dicho y nuestra sinceridad (o por mejor decir majadería), ellos curan y nosotros nos damos a sus farmacopeas. Y en cuatro días ruedan coche con los demás.

—¡Oh, amigo mío! ¡Cuántas veces –le dije yo– me pesa no haberme metido a médico en la corte! Que curando con lunas y hierbas como los moros, y con mandar abrir una ventana al tiempo de una sangría, mirar al cielo y decir al barbero a empujones *pica*, *tapa* y *destapa*, me consultarían oráculo; que gracias a Dios vivimos en un lugar donde todo se cree, y especialmente a embusteros. Yo conocí un ermitaño, en tierra de Plasencia, que después que no lo pudo sufrir el campo se arrojó a los lugares de Castilla. Y, como a mí me enseñó la hambre en poco tiempo el oficio de astrólogo , él se puso a médico y empezó a matar sin licencia. De un lugar le arrojaban y de otro se huía, y vino rodando por mil desdichas a la corte, donde nos vimos los dos. Y le conocí pobre, roto y trasijado[150]. Y oí decir al mismo

[148] Nueva alusión burlesca al conceptualismo vacuo de los escolásticos. Como términos filosóficos, ambos adverbios alcanzan un sentido complejo que no es posible precisar aquí: *formaliter* (a la letra, "formalmente") recibe su sentido del complejo (incluso ateniéndose al campo aristotélico) concepto filosófico de *forma*; *virtualiter* ("virtualmente") implicaba la referencia a la causa capaz de producir lo enunciado.

[149] *provincia* se llamaba entonces al juzgado competente en delitos y pleitos civiles.

[150] *trasijado*: muy flaco, con las ijadas hundidas.

tiempo que había llegado a la corte un hombre milagroso que curaba, *instar incantamenti*[151], hasta las terceras especies de todas enfermedades. Yo, como siempre fui perdido por los hombres aplicados, lo andaba por este, y me lo apareció mi deseo en la casa de un amigo. Y cuando pensó mi ventura hallar a Galeno me encontré con este que te he contado, con cabellera, pliegues en la casaca, espada y bastón, y a la puerta de la calle su silla, cuando le convenía mejor una albarda. Desengañóse el lugar y huyó de él. Pero tan insolente bergante, que constándome a mí que sabía leer mal el romance, y sin la menor práctica ni en una barbería, hablaba de unos sujetos tan insignes como el Dr. Díaz, el Dr. Suñol y de todos los médicos que se mantienen hoy en la corte[152], como habló de mí don Jerónimo Ruiz de Benecerta[153].

—¡Válgate Dios por siglo! –dijo mi camarada–. ¿Y esto se contempla, se consiente y no se examina en un lugar como este? ¿Dónde tienen el seso y la razón estos cortesanos? ¿Es posible que crean así a un perdulario vagamundo[154]?

[151] *instar incantamenti*: como por encantamiento, por arte de birlibirloque.

[152] De los mencionados, sí ha quedado memoria del Dr. José Suñol y Piñol (n. 1675), que alcanzó bastante poder entre los de su gremio: médico de la Real Cámara con Felipe V, presidente del Protomedicato de Castilla, de la Academia de Medicina de Madrid, etc. Fue autor de algunas obras de medicina y botánica.

[153] Es decir, satírica, injusta e irrespetuosamente. Véase nota 13. Sigo aquí la lectura de *S2-S3*, que omiten el defectuoso pasaje que *P* añade a continuación: *por estar tan conocido por estos diablos de pronósticos, y fuera menos mirado con cuatro embustes de mi astrología, y con un recetario como el que gastaba el roto (que también lo tengo), había de cobrar créditos, y a los dos meses fuera hombre de coche.*

[154] Sigo a *S2-S3*. *P*: *a un perdulario que viene desechado? (Porque el que tiene créditos, aunque sea en una aldea infeliz, nunca se viene). ¿Que a éste le llamen y crean que puede saber más que otro que consultó los libros, leyó la profesión y fatigó los talentos en prácticas y teóricas?*

—Pues esto –le dije yo a mi amigo– es muy regular cada día; pues todo es entrar y salir hombres de esta faramalla[155] en todas profesiones.

—Descansemos por Dios un rato, que a mí me sofoca más que el trabajo de escribir saber a la moda que se vive, y cómo está sujeta nuestra vida a sus invenciones y sus engaños. Mas dime, ¿es posible que no tienen su cierto principio en que fundar sus conjeturas?

—Nada –dije yo–. Si tuvieran demostración cierta con que curar una enfermedad, la más leve, no les cupieran los doblones en casa. Es una desdicha y una infelicidad lo corto de la ciencia y lo largo que han tratado al arte[156]. Y así, yo cuando enfermo no mando llamar al médico de más fama, sino al primero que pasa por la calle; que los médicos todos son buenos y la medicina es la mala.

Dio mi amigo algunos esperezos, y cogió la carta que se seguía y dijo:

—Lo verdadero es entregarnos en las manos de Dios en todo y por todo, porque los hombres todos somos unos salvajes, vanos, presumidos y engañados de nuestro amor, y desde hoy prometo no creer a nadie.

Leyó la carta de Papiniano, que decía:

> CARTA DEL GRAN PAPINIANO, JURISCONSULTO, AL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA.- Antes que yo viniese a este entierro, donde para siempre estoy eternizado, se ajustó con un tabardillo[157], para que le trajese a este mundo, un cierto pobrete a quien yo había librado en la vida de la muerte por algunas travesuras que merecían la horca. Y al fin se

[155] *faramalla*: charla insincera para engañar a alguien. Y también, lo que es pura apariencia.

[156] *arte*: aquí, "maña, astucia".

[157] *tabardillo*: "Enfermedad peligrosa, que consiste en una fiebre maligna que arroja al exterior unas manchas pequeñas como picaduras de pulga..." *(Aut.)*. Se trata del tifus.

compuso, y le dimos arbitrio para escaparse del verdugo. A este le previne que me barriese la tierra y mullese los huesos, que siempre fui muy acomodado. Pero ya estoy tan hecho a la dureza de estos jaspes, que no siento la más leve desazón. Sírveme este mozo como adecán[158]. Porque, corno vuestra merced sabe muy bien, señor astrólogo, no puede un doctor de leyes pasar sin un ministril[159] que atisbe los vivos y los muertos; porque nosotros (aunque no sepamos nada) debemos estar en todo.

Salió una noche, con otros arrimados, de ronda el tal jaque[160] a visitar los calavernarios, y encontró muchos huesos contra el natural, empinados, escribiendo cartas a vuestra merced. Y, por quitarles lo escrito, se alborotaron unos con otros y hubo de haber un día de juicio. Serenó la huesal tormenta lo desentonado de unas voces que salían de la boca de un difunto capa larga y golilla[161], preguntando por la mente de Papiniano. El ministril dejó encendidos los huesos y a medio concluir la pendencia. Y cargando con el recién difunto, le dijo (según me contó):

—La mente de Papiniano está más honda, aquí solo le enseñaremos a vuestra merced algún polvo que quedó de su fábrica.

Así llegó ante mi tierra medio muerto, pues con la prisa de hablarme no se acabó de finar en la vida. Y dando unos gritos que los ponía en el infierno, exclamó:

—¡Papiniano, Papiniano, venganza, venganza contra un astrologuillo que ha injuriado lo famoso de la Jurisprudencia!

[158] *adecán* en las tres ediciones, por *edecán*: ayudante y correveidile. Es uso irónico, pues la acepción más propia del término corresponde al campo militar: "ayudante de campo".

[159] *ministril*: empleado o funcionario de justicia de poca categoría.

[160] *jaque*: valentón, perdonavidas.

[161] *capa larga*, o *de luto*: la que se usaba en los duelos y pésames; *golilla*: adorno –hecho de cartón forrado de tela– que rodeaba el cuello. *Aut*. precisa que "...hoy solo lo conservan los ministros togados, abogados y alguaciles, y alguna gente particular".

Yo entonces le dije:

—¿Trataste tú los preceptos y cánones que te dejé sin glosarlos tu capricho?

Quedóse helado y frío del todo, y tan otro que no lo conocería la tierra que lo parió. Y el pobrete, sin poderme responder, muerto del todo, se nos ha quedado aquí hecho un pegote.

Todas las quejas que contra vuestra merced podía darme este letrado las tenía anticipadas por otros que van y vienen, pasan y se quedan en estas bóvedas, pues no hay instante que no tengamos noticias del mundo (que vuestras mercedes los vivos quizá desearan en tanta distancia de leguas tener tan puntuales los correos). Mas no ha dejado mi justicia de condenar vuestra viveza de ignorante. Pues aunque sea posible que algunos letrados hagan infinitos tuertos de sus derechos, estos los hacen sin ley; que las leyes fundadas en la naturaleza solo mandan lo justo, y su objeto es siempre lo santo y razonable. Los letrados que defienden la malicia y acusan la bondad a fuerza de bachillerías, glosas y distinciones contra viento y marea, se labran la sinrazón, no se ajustan a la ley; que esta la dicta la buena intención, y aquella el infeliz destino de la tiranía o el interés[162]. Las defensas y acusaciones han hecho oficio voluntario, sin más tasa que su codicia[163]; que los malos profesores suben la ley a medida de su ambición. Un memorial, una defensa, un papel en derecho, a unos les vale cuatro reales y a otros cuatro doblones. Y si este se ha de ajustar a la ley, lo mismo debe darse por el trabajo material al uno que al otro; pues uno y otro debe ir conforme a la ley. Entre lo santo de las leyes, la concisión de voces es la mejor explicación de su inteligencia, que así están sus pandectas, códigos y digestos; que la aguda parola del estilo, la autoridad de citas, los discursos y cavilaciones del informante es mal permitida travesura. Porque la ley debe ir desnuda al tribunal de toda voz que pueda manchar su pureza.

[162] Lectura de *S2-S3*. *P*: *de la tiranía y la pasión.*

[163] *P*: *interés.*

La ley es para todos, y se debe estudiar de modo que la entiendan todos. Y lo contrario, señor mío, será culpable malicia del profesor y no defecto de nuestras escritas tablas. Y si la ley está fundada, es justa o no es justa, a vuestra merced no le toca más que observarla y temerla; que nuestros parágrafos son excomuniones que, justas o injustas, han de ser temidas.

Si no hubiera leyes no tuviera vuestra merced vida, pues ya se la hubiera despachado algún asesino, ni le dejara la codicia capa en el hombro. Las leyes enseñan a vivir honestamente al descompuesto, prestan miedo al facineroso, respeto al desalmado, libran del daño del mal obrar y distribuyen a cada uno lo que es suyo. Lo que en dos versecitos cantó el lírico latino:

Oderunt peccare mali formidine poenae.
Oderunt peccare boni virtutis amore[164].

Por ellas reinan los reyes, por ellas se conserva en orden el mundo, y sin ellas todo fuera confusión. Es la justicia un dibujo, que en el lejos de esta esfera se advierte retratada la universal residencia de las almas[165]. Al malo da su castigo, al bueno premio. A todos manda *honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*[166]. Siempre fueron escogidos y llamados al honor de jurisconsultos los hombres de más esclarecida virtud. Los reyes de la tierra siempre los honraron. (Yo no sé cómo está ahora el mundo, pero en mi tiempo esto pasaba). Y siendo por fin cierto que las leyes son una

[164] "Evitan delinquir los malos por horror al castigo. Aborrecen los buenos el delito por amor a la virtud". El "lírico latino" es Horacio. La fuente de Torres estaba algo contaminada. El texto original es *Oderunt peccare boni virtutis amore / tu nihil admittes in te formidine poenae* (Epist. 1, 16, 50).

[165] *lejos*: "En la pintura se llama lo que está pintado en disminución, y representa a la vista estar apartado de la figura principal" (*Aut*). La representación iconográfica que Torres tiene en mente no parece corresponder a los emblemas clásicos de la Justicia humana, sino de la divina en el Juicio Final (como puede comprobarse en A. Bernat Vistarini y J. T. Cull, *Emblemas españoles ilustrados*, Madrid, Akal, 1999).

[166] "Vivir honradamente, no perjudicar al otro, dar a cada uno lo suyo".

noticia de las cosas divinas y humanas, sabiduría de lo justo o injusto, y que la ley que se pone de un amo a un criado, guardando lo natural y divino, debe ser obedecida porque es ley, fallo, y atento a los autos, que sus procesos deben ser condenados[167] por satíricos, maldicientes y meritorios de pena extraordinaria.

Y dado caso, y no conceso, que los profesores fuesen tan malos que atizasen el fuego de las quimeras; detuviesen el pleito hasta determinada ocasión; diesen arbitrio al delincuente por donde escaparlo de la pena, diciéndole: "Hombre, prueba que te has emborrachado, o que padeciste delirio, que con una vez sola que lo pruebes, que no faltarán testigos, salvaremos que lo estuviste al tiempo del delito", y usen de toda trampa legal o mentirosa, a vuestra merced, señor bachiller, no le pertenece escribir contra ellos, aunque me dicen que fue medio discípulo de mis obras. ¿Qué sujeto es vuestra merced para advertir errores de letrados? Si fuera profesor de modo[168], creyera que como ladrón de casa pudo descubrir algunos hurtos de los manejantes; pero no siéndolo, es desvergüenza y poco reparo de su ignorancia dar voto en lo que nunca entendió. Si por chistoso se ha arrojado a ser blasfemo, desengáñese, que fallo que sus papeles, siendo todos un yerro, no valen un clavo; que su estilo es bueno para entremeses y su prosa para entre niños de la doctrina, porque escribe con poquísimo donaire, sin erudición ni autoridad[169]. Vuestra merced haga sus almanaques, que para eso le crió Dios, y déjese de bufonadas y juguetes. Y el que se quisiere reír, que lo

[167] *P*: *fallo a los autos de sus procesos, que deben ser condenados.*

[168] Dada la estructura sintáctica del período, *modo* funciona como sustantivo, y no como parte de una locución conjuntiva ("de modo creyera..."). Una acepción verosímil, coherente con el contexto, procede del campo de la lógica y dialéctica escolásticas (que no eran ajenas a las argumentaciones judiciales), donde *modo* expresa cada una de las formas del silogismo según la naturaleza de las premisas. Menos probables, a mi juicio, pero no descartables del todo, son las acepciones de "urbanidad", "comportamiento" o de "moderación".

[169] *P* añade: *y la sentencia apoyada, añade trabajoso lucimiento a la obra.*

haga de sí mismo; pero vuestra merced hace mal en dar motivo a que lo hagan de sus papeles.

Quisiera ver el mundo por un mes siquiera, aunque me costara volver a vivir. Porque no creo tantas cosas como me dicen del infinito número de letrados que manan en las repúblicas y la facilidad con que suben a los ministerios, los excesivos dones que reciben o se toman; porque a mí no me valió un cuarto ni la abogacía ni las leyes. Al que me las pedía se las comunicaba, y con sana intención satisfacía sus dudas. Mi deseo siempre fue bueno. Y si las aprensiones de los preciados de doctos no han trabucado mis papeles y se gobiernan por sus tablas, yo sé que estará pasadero el mundo. Y entre tanto que lo sé de mejor original, le suplico a vuestra merced que no me diga nada si me responde, porque no le creeré palabra; que ya tengo hecho mal juicio de sus papeles, y no me entrará nada de lo que vuestra merced me diga de los dientes adentro.

Por algunos de mi entierro y por lo que me dijo mi ministril, me parece que le han dado a vuestra merced satisfacción los demás muertos, enviándole de nuevo los principios elementales de sus ciencias. Yo no quiero darle satisfacción, que eso fuera echar margaritas a puercos. Y así, pásese sin esta mi doctrina. Ellos son unos muertos tontos que, como si vuestra merced fuera algún oráculo, le dan satisfacciones. Si se aconsejaran con mi mortandad, despreciaran como yo lo hago sus escritos; que el desprecio solo es la mayor pena y el fruto mayor que se puede esperar. Porque enviarle recaditos es darle asunto para que nos maje los huesos y para que nunca salgamos de sus bachillerías.

Vuestra merced se quede en su mundo. Y si pudiere excusar pasarse por estos osarios, háganos el gusto de no vernos[170], que no queremos huéspedes tan charlatanes; que aquí todos estamos condenados a perpetuo silencio, y al mismo tiempo que se cierra el ojo se cose la boca.

Guarde su vida y su alma. Y cuidado no venga a acompañar a mi mente, porque le pesará mil veces.

[170] *P*: *de no vernos ni oírnos.*

Del podridero. ¿A cuántos? Vuestra merced lo sabrá, que estoy olvidado del día en que llegué a esta.
De vuestra merced su ajado maestro,

El Jurisconsulto Papiniano
Señor Piscator de Salamanca

—¡Fuego! ¡Y de qué mal humor estaba el señor catarriberas[171] cuando dictó la carta! Los letrados aun después de muertos conservan con el polvo su vanidad, engañados en que lo grave de su profesión consiste en las exterioridades del ceño y en las mudas voces del semblante. —Amigo –dije yo–, no hay duda que los jurisconsultos infunden en nuestros ánimos una notable veneración; y los mira el respeto como a quien nos manda y puede quitar, con una glosa sobre la ley, la vida y la fama. Este es asunto delicado y no quiero hablar palabra, aunque estamos solos; que soy infeliz y soñarán un comento a mi explicación en que, trabucado el sentido, me cueste caro el uso de las voces, aunque vivo seguro de pleitos. Pues cualquier contrario mío puede tener por suya mi capa solo con nombrarme pleito; que he consultado mejor libranza en los disimulos que en las defensas. Y tú eres testigo que, violentado a una justa defensa de mis sudores, puse a los pies de la nunca bien llorada majestad de Luis Primero (que goza de Dios) un memorial[172] escrito por mí que, por andar impreso y haberlo leído tú, no te canso en referirte su contenido. Pues solo suplicaba en él que, en atención a mis trabajos, me dejasen comer de mis tareas; que la contraria pretensión pudo honestarse con una santa capa en que se rebozaba

[171] *catarriberas*: se llamaba así a los abogados dedicados a realizar pesquisas y otras diligencias semejantes. Pero también a los vagabundos sin domicilio.

[172] Sobre este memorial y las prohibiciones que entre 1724 y 1725 pusieron en peligro el *modus vivendi* de Torres, véase la Introducción.

la ajena codicia. Y, conseguido[173] por entonces, hoy me hallo precisado a la misma defensa, pero con el ánimo más flojo; pues contemplo en mi condición un inseparable desmayo en las porfías[174]. Y, dejando para mejor tiempo mi justicia, pensemos solo en responder a la carta del indigesto Papiniano.

Aplaudió mi amigo esta determinación, tomando con gusto la pluma. Y yo, aunque algo fatigado, dicté las siguientes palabras.

RESPUESTA DEL PISCATOR DE SALAMANCA AL GRAN JURISCONSULTO PAPINIANO.- Muy señor muerto: recibo la suya. Y siento mucho que, no teniendo ya cabeza, se le suban las leyes a lo más alto. La jurisdicción bueno es que dé licencias, pero no atrevimiento. No me admiro; que en vuestra merced es ley vieja valerse del mando para dar el palo. Sobre mí no mandan sus leyes, que estas solo en los desalmados tienen potestad; y, en guardándolas yo, tuertas o ciegas, estoy libre de sus prevenciones. Y, de individuo a individuo, debe vuestra merced guardarme a mí la modestia que le profeso. Las leyes de vuestra merced declaradas y las que, añadidas, me proponen los príncipes, las guardo como preceptos. Y si acaso llegase el caso de poner ley sobre la vida del inocente (como vuestra merced sabe que se puede, *secundum allegata et probata*), perderé la vida dos o tres años antes de lo determinado, y acabará con ella su potestad. Pero mientras viviere con la sanidad del juicio que hoy (gracias a Dios) logro, protesto no dar motivo para que ningún profesor por mí baraje los libros que vuestra merced dejó como pautas. Ojalá pudiera yo prestar mi humor a las gentes, que todos sus sucesores se murieran de necesidad.

La teórica de la justicia es cierto que es *constans et perpetua voluntas*, pero la práctica de la justicia es

[173] *P*: *consiguiendo*

[174] *inseparable* en las tres ediciones. Posible errata por *insuperable*.

costas perpetuas. Todo el volumen de la ley es un librito que se llama *Instituta*[175], tan claro que el que lo lee lo entiende; y con este nos bastaba para régimen y práctica de nuestras operaciones y para ser juzgados por él. Todas las facultades juntas no tienen más libros ni más comentos que esta. Y todo cuanto han escrito dicen que no es nada, porque más son los negocios que los vocablos, según la ley 4. *de praescriptis verbis.*

Al que litiga le abren los sentidos para que enrede más. Entre todos se discurre el modo de huir, adelantar e interpretar la ley. Se cruzan las opiniones y las glosas en los pleitos. Uno lo detiene, otro lo adelanta, otro se agarra de un *lapsus calami* del escribano, otro dice que se tragó el relator medio proceso, otro que el procurador mintió en la petición. Cuantas son las personas de un pleito, tantas son a mentir, opinar y detener las dos partes, buscando empeños a carrera tendida y dando regalos. El escribano escudriña bolsas en que vaciar la realidad de las partes; el relator se echa a dormir esperando las propinas; los abogados, revolviéndose los sesos por oscurecer verdades, y el que más guerra hizo a la parte contraria, ese es mejor letrado; el procurador se esconde; los jueces se confunden.

Toda esta quimera, desasosiego e inquietud tiene lo falible y conjeturable de su profesión, y el no haber vuestra merced dejado (como hicieron los matemáticos) convencibles demostraciones en sus teoremas y problemas. Al fin, señor mío, las leyes las hicieron hombres que, los más, se condenaron. Vuestra merced se case con ellas, que yo no creo nada de lo que veo y no entiendo palabra de lo escrito.

El tener yo vida es porque no quiero pleitos. El tener capa es porque huyo de letrados, procuradores y escribanos, pues cuantos han pleiteado se quedan sin

[175] *Instituta*: "Voz bárbara, usada comunísimamente por el resumen o compendio del derecho civil de los romanos, que por disposición y con autoridad del emperador Justiniano compusieron en cuatro libros tres célebres jurisconsultos, Triboniano, Teófilo y Doroteo, intitulándose *Instituciones de Justiniano*" *(Aut.)*.

ella y sin camisa. Yo vivo una vida feliz. Al que me injuria, perdono; al que me roba, disimulo, y de esta suerte estoy bien hallado. ¿Para qué me he de quejar si me ha de costar más cara la queja y he de deshonrar con precisión al que me agravia, y repetirme en la queja su ofensa? Y el castigo que le da la ley nunca es satisfacción de mi agravio, porque si me hurtó cien reales he menester doscientos para que le mande la ley pagar. Si me hurta la fama, no la puede jamás restituir, aunque me cante la palinodia; conque logro asegurar desde luego la quietud y quedar mejor. Perdonando sirvo a Dios, que es la ley justa; me libro de pasos, desazones y aumentar la ira y el encono. Y así, amigo muerto, sus leyes de vuestra merced serán lo que vuestra merced quisiere. Déjeme vuestra merced agarrar de los diez mandamientos y váyase a pernear en sus tablas[176], que yo las paso y las admito porque no tengo modo de huir de ellas; ya las consintieron[177] los antepasados y las juraron por los que estábamos todavía en los calzones de Adán. Son buenas, no las disputo, las venero como justas. Séanlo en hora buena, pero yo más quiero obedecerlas que profesarlas.

Díceme vuestra merced que quién me mete a mí, no siendo profesor, en reprehender los letrados. Yo, señor mío, me meto (aunque perdone); que más ven los que miran que los que juegan. Vuestras mercedes se meten en las vidas de todos. Mi profesión es la política; esta es ciencia de todos, y puedo decir que las profeso todas. Y aunque escriba mal, cumplo con las leyes de mi profesión. Y para demostrar el mundo no es necesario leer, sino ver. Más enseña el trato que los libros; estos son cuerpos muertos, y el trato voz viva. Y en lo que tocan los ojos, son odiosos los argumentos.

Como vuestra merced me ha dicho que no me creerá nada, no quiero decirle lo que son los letrados. Solo le digo a vuestra merced que no desee venir al mundo. Y si acaso lo consigue, tráigase los ojos de

[176] *pernear*: "agitar violentamente las piernas", y también "irritarse por no conseguir lo que se desea".

[177] *P*: *porque ya consintieron.*

cuantos se han muerto, para llorar (y aun así le faltarán ojos); o las risas de todos, que de llanto y carcajada hallará dignos asuntos en la vida. Y si mi consejo, por ser vivo y estar actualmente manoseando al mundo, lo quiere admitir, mejor es que venga a reír que a llorar; porque es locura llorar los desatinos ajenos cuando tiene cada uno bien que gemir en los suyos.

Vuestra mortandad se ha librado de buena burla en no haber enviado los fundamentos de sus leyes, porque no los hubiera leído. Es facultad que me da miedo; y yo solo busco ciencia que me divierta, y no la que me haga rico, que mi codicia se contenta con poco. No quiero detenerme en cansar a vuestra defuntez ni molerme yo, que siempre tuve por molestia (aunque los estimo) tratar con letrados; que la mucha comunicación que con ellos he tenido me tienen[178] escarmentado.

Mil cosas más se me ofrecían que decirle. Pero es preciso dejarlas en el silencio, por el motivo que vuestra mortandad me avisa en su carta del modo con que supo mi oposición a las leyes. Solo por último le advierto que tenga por falso testimonio el que le han dicho de que yo fui discípulo de sus obras; pues no ha tenido otro fundamento la noticia más que el haberme visto envainado en los hábitos largos, en aquella precisa asistencia a la Universidad y patear sus cátedras. Y en cuanto a que yo vaya por allá, pierda vuestra merced desde luego la esperanza de verme. Y no tema que le vaya a dar sustos; porque quien vuestra merced no conoció me tiene prometido otro paradero; y, mientras vivo, está en mi mano elegir mejor senda.

Vuestra merced se quede, mientras yo me prevengo para mejor jornada. Dios lo quiera.

De esta vida. Mayo 2, de 1725.

De vuestra merced su mentido discípulo,

El gran Piscator de Salamanca
Señor Jurisconsulto Papiniano

[178] *me tienen*: en plural en las tres ediciones. No es raro en Torres este tipo de concordancia por proximidad.

—Quejoso está de ti, y no sé si con razón, este jurisconsulto. Mira lo que haces. Que por lo mismo que conoces su poder, su mando y su palo, te armarán una zancadilla y te abultarán un pecadillo venial, de suerte que lo pagues a lo menos en un destierro[179].

—Si lo hiciese la fuerza –respondí yo–, me conformaré; que no hay cosa más fácil de no sentir que lo irremediable. Ninguno me debe más que especiales atenciones. Y el letrado que sabes que escribió contra mí y contra el pobre de mi hijo[180], conociéndolo como a ti, me debe la modestia de no haberle sacado a la luz su propio nombre, y respondí sólo al apócrifo de su anagrama. Y confieso y juro que si fuera escritor de otros años y otros créditos, de modo que no sospechase el vulgo que callaba de necio en los capítulos, no hubiera tomado la pluma. Y esto lo haré, aunque escriba mañana otro de su profesión o de otra que soy hereje. Yo, si quisiese mi fantasía darme alguna especie, la seguiré para ayuda de un vestido, y dejaré a los demás que se descabecen. Trabaje yo y tiren ellos. Sus leyes son santas y buenas si las observamos sin interpretaciones y sin comentos para huir la ley. La Filosofía es un chistoso delirio que entretiene; la Ética, un sagrado discurrir que eleva; la Medicina, un penetrar que suspende; la Astrología, una mentirosa idea a quien engaña la Filosofía. Y todas las ciencias son admirable empleo de los años, pero con todas no alcanzamos una verdad. Lo que debemos hacer es discurrir sin daño,

[179] *S2-S3*: *lo pagues en un destierro*. Lo que en 1725 se podía considerar una hipérbole humorística se había convertido en una profecía ya cumplida a la altura de 1743. Torres, involucrado en una discusión en la que su amigo el aristócrata Juan de Salazar hirió a un clérigo, sufrió de 1732 a 1734 un severo e injusto destierro en Portugal, sin juicio ni posibilidad de defenderse.

[180] Nueva referencia al panfleto satírico de Ruiz de Benecerta. Véase nota 13.

elegir sin perjuicio, estudiar sin presunción y esperar la muerte empleados; que después de esta lo sabremos todo. Y entre tanto solo creo al doctísimo Sánchez[181], que escribió un libro sobre el *nihil scitur*, que concluye: "Yo creo en Dios, confieso por santos y milagrosos sus preceptos. Creo que hay gloria e infierno, pena para el malo, premio para el bueno. Creo que me he de morir y que he de ser juzgado. Creo las revelaciones de mi madre la Católica Iglesia". Las ideas de los hombres, sus supuestos y sus libros, sus presunciones y fantasías, no hay diablos que me las encajen. Para mí fue un varón de gran entendimiento Papiniano, pero no sé si me engaña. Hipócrates fue casi divino, pero no sé si dijo la verdad. Ni ellos lo supieron, porque marcharon de la vida, como me sucederá a mí, sin saber nada.

—Terrible mentecato eres. Aunque yo no tuviera más experiencia que seguir lo que todos, dejara mi opinión –me dijo el camarada–. Si te oyen estas proposiciones las gentes, ¿qué dirán de tu seso?

—No las vaciaré yo entre gentes –respondí–, sino entre personas desapasionadas y desnudas del engañoso vestido de su amor proprio. Y, a todo decir, dirán que soy tonto; y a mí no me cuesta violencia confesarlo. Déjame con mi porfía, que eso quieren todos, y vamos acabando con este correo.

Tomó mi amigo la carta que se seguía, y leyó así:

[181] Es intensa la presencia del humanista portugués Francisco Sánchez (1551-1623), autor de *Quod nihil scitur* (1581), en el ambiente intelectual del primer cuarto del XVIII, especialmente entre los *novatores* que encontraron refugio, tras la batalla, en un escepticismo y eclecticismo de variada graduación. Sánchez ha sido considerado un precursor del método cartesiano, al afirmar la duda como principio de toda reflexión y de todo conocimiento auténtico. Torres sintonizó bien con un pensador que, al exhortar a que cada uno investigara las cosas por sí mismo, sin preocuparse de opiniones ajenas, corroboraba su propia creencia en la primacía de la experiencia individual, sin más barrera que los dogmas católicos.

CARTA DE ARISTÓTELES AL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA.- Estábame yo en mi sepulcro sin decir esta muerte es mía, cuando llegó un escolar pilongo[182] (que debe de ser posta para la otra vida) a decirme si quería escribir al mundo, que él pasaba a llevar a vuestra merced, señor cachi-Gotardo[183], unas cartas de otros viejos difuntos. No me ocurría especial cuidado para lograr la ocasión de decirle a vuestra viveza mi sentir. Díjele que esperase. Y advirtiéndome el licenciado que fuese breve, por serlo llamé a un gramático que se pudre conmigo para que escribiese, porque yo no puedo formar letra.

Yo no he visto cartapacio alguno de los que dicen que vuestra merced escribe, y así no puedo, con toda formalidad, quejarme de sus voces. Solo he oído en estas cavernas vagas noticias de que vuestra merced habla mal de mí y de mi filosofía[184]. No lo creo, porque le considero hombre entendido, y no había de acreditar su talento a costa de sátiras; que antes este es único modo de deshonrar su cabeza y envilecer su discurso, y es faltar a la cristiana política entre los vivos y a la justa caridad con los muertos. Mas la mentira es hija de algo. Y lo que yo me sospecho es que habrá elegido otra doctrina, y para abonar las ideas de su maestro se le habrán huido de la pluma o de la boca algunas proposiciones de discípulo; pues para hablar mal positivo nunca tendrá disculpa, y siempre sería sin fundamento.

No quiero (porque está de priesa este licenciado) decirle por extenso los discursos naturales con que enriquecí a mis sucesores. Solo le digo a vuestra merced (para que lo sepan los vivos) que en el mundo andan destrozadas y remendadas mis obras. Que como en mi siglo no teníamos la bellísima ocasión de las imprentas que ahora[185], cuando me trajo la muerte a

[182] *pilongo*: "Se llama también el sujeto flaco, extenuado y macilento, o que está pelado" *(Aut.)*.

[183] Véase nota 64.

[184] La última vez, en el almanaque para 1725. Sobre el antiescolasticismo aristotélico de Torres, véase Introducción.

[185] *P*: *ocasión de imprentas.*

este carnero ocultó y guardó mis escritos Teofrasto; que aquí me lo dijo Juan Luis Vives, que fue alcahuete de este hurto[186]. Y allí estuvieron ocultas hasta que Lucio Sylla, dictador, compró estas librerías, y para coordinarlas y colocarlas se las dio a Tyrannion, gramático, y este las trasladó mal y de mala manera. Y como faltó mi viva voz corrieron sin aprecio, por la dificultad de los sentidos, hasta que Alejandro Afrodisiense escribió los comentos[187]; a quien se debe la honra de haberme entendido y expurgado. Y así empezaron a leerse y a entenderse mis libros.

De vuestra merced (que es prudente) no lo creo; pero de otros no dudo habrán vejado mi doctrina por seguir a Demócrito[188], que aquí está con diez carros de

[186] *alcahuete* tiene aquí el sentido de "chismoso". A Teofrasto (372-288 a.C.), discípulo de Aristóteles y pieza fundamental en la transmisión de las doctrinas de su maestro, se le llegó a atribuir una intervención muy directa en la composición del *Corpus aristotelicum*, alterando en parte el verdadero pensamiento de Aristóteles. Ello enlaza con el trasfondo de la referencia a Vives (1492-1540). La estrategia o coartada del humanismo crítico renacentista para poder distanciarse del aristotelismo (acaparado en su interpretación por el dogmatismo escolástico), fue sostener que el verdadero pensamiento aristotélico había quedado corrompido por las contaminaciones sufridas en su transmisión. Es la misma estrategia utilizada por los *novatores* en el tránsito del XVII al XVIII, y a la que en cierto modo se acoge el propio Torres.

[187] Al margen de la credibilidad actual de toda esta historia, Torres se hace eco de la versión durante mucho tiempo canónica de la accidentada transmisión de los escritos de Aristóteles. Procede de Plutarco (*Sulla*, cap. 26) la intervención de Sila (Lucius Cornelius Sulla o Sylla, 138-78 a.C.), que al conquistar Atenas (86 a.C.) se apoderó de los manuscritos (que habrían permanecido ocultos desde la muerte de Teofrasto) y los llevó a Roma, donde se hizo cargo de ellos el gramático Tyrannion. A partir de ahí sufrieron deturpaciones y manipulaciones en manos de copistas y estudiosos, hasta la depuración llevada a cabo por Andrónico de Rodas, eslabón de la cadena no mencionado en el texto. Es muy cierta la importancia de Alejandro de Afrodisia (fines del s. II-principios del III d.C.), director del Liceo de Atenas, como intérprete de Aristóteles. De sus comentarios pueden documentarse numerosas ediciones en el s. XVI.

[188] Demócrito fue el gran apoyo clásico de la nueva física atomista, pieza clave (con sus matices y variantes) de la ciencia y filosofía modernas de entonces. Torres (frente a la esperanza que su personaje expresa en el texto) no fue una excepción. Ese mismo año (1725) da en *El gallo español* una curiosa explicación atomística de

tierra y polvo sobre sus huesos, sepultado eternamente en el olvido, pues nadie se acuerda un átomo de tantos como escribió. Y en fin, amigo, yo tengo la gloria de que los Santos Padres de la verdadera ley tuvieron presente la filosofía de Demócrito y las ideas de Platón; y para fundar los sistemas teológicos, solo escogieron la mía[189]. Santo Tomás fue aristotélico; y aunque por allá se dice que fue San Agustín platónico, se engañan, que más veces se acordó de mí que de Platón.

La doctrina de átomos es buena para los estrados, no para las escuelas. Y aunque por acá ignoro muchas cosas de la vida, me persuado, por hacerme merced, a que las más escuelas y religiones estudien en mí y no en estos filosofillos mentirosos. Yo procuré siempre escribir la verdad. Y a Sócrates se lo dije mil veces en sus hocicos cuando vivíamos[190] y notaba yo las voltariedades[191] de su idea: *Socratis parva cura habenda est, veritatis autem maxima*[192]. Y en cuanto a esta parte, solo satisfago a vuestra merced enviándole los elementos de mi filosofía. Vuestra merced los compare con otros, y hallará en mí el desinterés con que me dediqué y las cavilaciones de los otros, que por ganar fama en hallar nueva invención trabucaron lo mismo que conocían como evidencia.

Quien yo soy no me está bien el decirlo. Solo puedo (sin temor de ser tenido por vano) decir que fui un macedón honrado y, por desgracia mía, gentil. No escogí patria, ni religión. La causa primera me labró cuna en donde crecí con las impuridades del primer genitor. A vuestra merced le echó a la vida desde donde

---

la exactitud horaria del canto del gallo. De *Viaje fantástico* (1724) a *Los desahuciados del mundo y de la gloria* (1736-1737) se aprecia un proceso de adhesión –cada vez más decidida y con mayor conocimiento de causa– al atomismo.

[189] *P*: *sola la mía.*

[190] ¿Lapsus cronológico o licencia literaria? Sócrates murió en el 399 a.C. y Aristóteles nació unos 15 años después.

[191] *voltariedad*: inconstancia o volubilidad.

[192] En versión un poco libre, “hay que preocuparse menos de Sócrates y más de la verdad”.

puede subir a la celestial eterna, beneficio admirable. Muera vuestra merced gustoso, y viva yo correspondiendo a tan imponderable y no merecido bien.

De esta bóveda, tiniebla eterna donde me oscurezco.
De vuestra merced su íntimo apasionado,

Aristóteles
Sr. Piscator de Salamanca

—Ninguna carta de los otros muertos me ha dado tanto gusto como esta. Muy breve, concluye en cada cláusula tan cortesano[193] que parece criado en la política moderna –dijo mi amigo. A quien yo respondí:
—Este fue el varón de los siglos. No hay animal más parecido al hombre que el mono. Los más agudos no hacen más que parecerse; no son filósofos, sino micos que se quieren parecer a este insigne gentil. ¡Qué notable desventura[194], que no conociese y escribiese a la luz de la verdad cristiana! ¡Qué consejos no nos hubiera dejado, cuando en la ética del bien obrar que dictó nos dejó una admiración en cada pensamiento! Yo siempre le veneré como maestro y creí como oráculo. Es verdad que lo leí con las otras filosofías; pero fue vanidad de mis años y bobería con que seguí el estilo de las gentes, y por hablar. Pues en la corte se extiende tanto este modo mecánico de silogizar, que tienen por inútil al que no habla por átomos, y espíritus[195], y corpúsculos indivisibles; pero sabe mi alma que nunca me aparté de lo que leí en Aristóteles[196].

[193] *P*: *muy cortesano.*

[194] *P* añade: *(dije).*

[195] *espíritus*: "Se llaman las partes o porciones más puras y sutiles que hay en los cuerpos o cosas líquidas, extraídas de la sustancia o por destilación o por otra operación" *(Aut.)*.

[196] *S2-S3*, significativamente, omiten este último pasaje, desde *Es verdad...* hasta *...leí en Aristóteles.*

Fue hombre de juicio, que estudió sin otro fin que aprovecharse[197]. Y me alegro que nos remita los originales elementos de su filosofía, que así no tendremos duda, viniendo de su mano. Y doy palabra a mi curiosidad de darle gusto en la lección, y apartar el ánimo de opiniones que niegan accidentes; que esta idea puede arrastrarme a los peligros[198]. Y Dios me libre de supersticiones.

—Sí, amigo, debemos estudiar lo que nos aproveche y no lo que nos pierda –dijo mi camarada–. Y ahora, por Dios que acabemos, que ya deseo dar fin a este correo. Responde; y sea con modestia, que lo merece este insigne filósofo.

Y doblando el papel, mojó la pluma. Y yo dicté así:

> RESPUESTA DEL PISCATOR DE SALAMANCA AL MAYOR DE LOS FILÓSOFOS, EL GRAN ARISTÓTELES.- He leído con toda veneración la discreta nota de vuestra inmortalidad. Y le doy las gracias por la buena elección que ha tenido en no creer del todo las maldicientes voces contra su fama. Yo siempre le veneré y amé como a maestro. Y en cuantas conversaciones de maestros y legos me he hallado, si por curiosidad se habló de vuestra merced ninguno me oiría otra cosa que alabanzas justas. Verdad es que en algunos problemas no he querido creer a vuestra merced. Y luego, como han escrito otras filosofías, dudoso yo, no sabía ni es posible elegir.

[197] *aprovecharse*: aquí en el sentido más positivo de obtener *aprovechamiento*: "El fruto y adelantamiento que se consigue en dedicarse a lo que es bueno y útil: como la virtud, los estudios, etc." (*Aut*).

[198] He aquí la posible clave principal de la relativa y efímera palinodia de Torres respecto a su antiaristotelismo. Desechada la física aristotélica, con la distinción de sustancia y accidente, el dogma de la Eucaristía quedaba sin apoyo "racional" en la nueva física atomista. Esta fue la razón de no pocos equilibrios y rectificaciones poscartesianas de los antiescolásticos (como Maignan y Saguens, muy presentes en el ambiente de los *novatores*), y el argumento principal de las condenas de la Iglesia contra el cartesianismo y sus secuelas.

Aunque vuestra merced está honrado entre los hombres de las religiones, los médicos le han arrojado[199], y todo el gentío de los curiosos, y se han arrimado a otras sectas. Vuestra merced nos dejó por principios del ente natural el vasto cuaternión de elementos[200], y nos enseñó que de la diversa metátesis[201] resultaba la generación, corrupción y alteración de los entes. Esto se siguió, y lo pasaban los médicos, físicos y teólogos grandemente hasta que Cartesio resucitó[202] y puso en venta los átomos de Demócrito y Epicuro. Que estos sabe vuestra merced que dijeron que todos los efectos naturales procedían del conflujo de las varias configuraciones de los átomos, de modo que en los caballos y en las hormigas hay átomos redondos, triangulares, cilíndricos, acuminatos[203], y por la diversa disposición y configuración de estos resulta el sujeto. Los espargíricos[204] se mantienen con otros elementos: espíritu, sulfur, sal, agua, tierra. Todos los cuerpos dicen que constan de

[199] Torres da testimonio de una realidad histórica: el papel predominante de los médicos (Cabriada, Muñoz Peralta, Zapata, etc.) como impulsores del movimiento renovador, en contraste con filósofos, letrados y literatos. Lo que resulta perfectamente explicable. Aparte del carácter laico de estos profesionales y de la imprescindible dosis de empirismo de la ciencia y práctica médicas, la Medicina podía dar cabida a aportaciones de la nueva ciencia sin que ello implicara, a ojos de los dogmáticos, una ideologización global del conocimiento o la necesidad de revisar toda la construcción escolástica.

[200] *cuaternión*: conjunto de cuatro cosas, en este caso los elementos constitutivos de la realidad material. En realidad, Aristóteles (junto con otros filósofos), añadió a tierra, agua, aire y fuego un quinto elemento, el éter, en el que estaría contenido el cosmos.

[201] *metátesis*: transposición, intercambio.

[202] Recuérdese que Descartes (o Renatus Cartesius, 1596-1650) había desarrollado su obra en la primera mitad del siglo anterior (el *Discurso del método* es de 1637) sin que su pensamiento dejara entonces huella apreciable en España.

[203] *acuminatos* (lat. *acuminatus*): acuminados, puntiagudos.

[204] *espargíricos*: espagíricos, los partidarios de una explicación química de los fenómenos naturales; *espargiro* se llamaba al mercurio en la terminología de la Alquimia.

sal, y por el diverso movimiento y proporción en los mixtos resulta el orto y el ocaso[205], por la variedad de la fermentación, que esta es otra cosita que se mueve intestinamente, y natural[206].

Estas y otras invenciones han soñado los filósofos, queriendo usurpar a vuestra merced la gloria de primer inventor y verdadero natural. Y como hoy está el mundo siguiendo a todas estas doctrinas, unos dicen que la de vuestra merced no es buena, pero mal positivo no lo he oído a ninguno; conque satisfago a vuestra merced a las malditas voces de mis enemigos, que hasta en el infierno me persiguen.

De vuestra merced, habiendo conseguido unas virtudes morales tan cultivadas y siendo un hombre tan honrado, menos podría yo hablar mal. Y yo tengo la vanidad de que sé más de vuestra merced que otro, porque sé su genealogía, vida y empleo, que es lo que hay que saber del hombre. Vuestra merced fue macedón honrado de Estagiris, hijo del insigne médico Nicómaco (entonces cuando los médicos eran hidalgos). Su abuelo de vuestra merced fue Esculapio[207]. Su madre fue una matrona de bellas entrañas y buena condición, llamada Festide. Y esto lo sé yo por un epigramita, que cantaban a vuestra merced cuando mozo los que le aprendían y estimaban, que si mal no recuerdo decía así:

> *Matre creatus Phaestide Nicomacoque parente*
> *stirpe Asclepiadum divus Aristoteles*[208].

Sus padres de vuestra merced le educaron en un hospicio hasta los diez y siete años que, cumplidos,

[205] *ocaso* en *S2-S3*; *interito* en *P*.

[206] Martín Martínez, el médico novador que en 1726 desató contra Torres la polémica de la Astrología, explicaba el fenómeno de las mareas (tras negar la explicación "astrológica" del influjo de la luna) a través de un complejo proceso de fermentaciones químico-corpusculares.

[207] Tampoco hay que tomarlo al pie de la letra. Nicómaco pertenecía al gremio de los Asclepíades, llamados "hijos de Esculapio".

[208] "El divino Aristóteles, engendrado por su madre Festide y su padre Nicómaco, era de la estirpe de los Asclepíades".

le encamparon[209] a Atenas, donde se hizo amigo y compatriota de Sócrates[210]. Y, muerto este, conchavó vuestra merced con Platón. Creció vuestra merced con tantos créditos de bueno y filósofo, que sus paisanos los estagiritas celebraban una fiesta todos los años, que la llamaban *Aristoteleo*. Y el mes en que se hacía esta zambra se llamó *Stagiriten*.

Los libros que vuestra merced nos dejó para los vivos fueron muchos. Acá solo hemos alcanzado las *Categorías*, en que trató el negocio de la simple exposición de voces y todo asunto logical; *De la interpretación*, dos libros en que expone la naturaleza de las proposiciones, con sus *Analíticas* primera y última; la *Fisiología*, en que hizo física auscultación de los entes naturales; el *Tratado del cielo y del mundo*, y este dicen que no es de vuestra mortandad, y quien le ha levantado este caramillo[211] fue Jerónimo Gemuseo, filósofo[212]. *Meteoros*, *Animales*, *Problematas* y otros, hasta más de ciento y cincuenta que he visto en Jerónimo Cardano, que fue médico y físico de bien[213].

Vuestra merced procure cortar los vuelos a la sospecha que pueda tener de mí, que solo le habrán impresionado falsas voces; que nací con la desgracia

[209] *encampar*: "poner en camino". Ni *Aut.* ni los *DA* recogen el término, pero sí Lamano en su repertorio de salmantinismos. Lo del hospicio parece un toque populista de historietas ejemplares. Al morir su padre, Aristóteles, un muchacho aún, quedó bajo la tutela de Proxeno, seguramente un pariente por vía paterna.

[210] Vaya por Dios. He aquí la respuesta a nuestra duda de la nota 190.

[211] *caramillo*: "Metafóricamente vale embuste y enredo, que ocasiona desazón entre algunas personas, movido de los chismes de algún revoltoso o malintencionado, que los enzarza con cuentos y quimeras" *(Aut.)*.

[212] Jerónimo Gemuseo o Hieronymus Gemusaeus (1505-1543) editó las obras de Aristóteles a mediados del XVI (Basilea, 1542).

[213] Gerolamo Cardano (1501-1576) fue profesor de matemáticas y medicina en Milán, de donde pasó a Pavía y Bolonia. Escribió de medicina (en sus doctrinas estaba muy presente la astrología), filosofía *(De subtilitate, De varietate rerum)* y matemáticas (*Ars magna*, 1542). Su obra testimonia la convivencia renacentista de racionalismo crítico y doctrinas herméticas.

de que me levantan que rabio[214]. Y así solo crea a la ingenuidad y cariño con que le confieso mi obediencia y que ningún filósofo me debe más crédito que vuestra merced. Pues, según me dibuja la noticia su semblante, naturalmente sería un hombre de verdad, recomendación y descuido. Y así lo creo, en pago de que vuestra merced me crea esta expresión.

De mi posada. Madrid, corte del Rey de España.
De vuestra merced su leal afecto servidor,

El gran Piscator de Salamanca
Sr. Macedón Aristóteles

—Amigo mío, no dudo que los hombres insignes fueron los naturales. Y a mi rudo entender, en punto de virtudes morales ningún profesor conoce con más gallardía, desinterés y humildad que estos. El nombre solo lo dice: filósofos, amantes de la ciencia. Y en mi juicio, solo es sabiduría la que estudia en la naturaleza de los entes. ¿Por qué he de nacer yo hombre y me he de morir como un borrico, sin saber qué fui ni qué es el hombre? ¿Por qué no he de saber yo cómo se producen[215], engendran y se aumentan estos vegetables? ¿Por qué he de ignorar qué es esta tierra que me sufre, esta agua que me humedece, este aire que me alimenta y este cielo que me gobierna, influye y mantiene? ¿De qué me sirve a mí saber si los hijos naturales pueden heredar? Y si lo supiera, importara para la humana quietud. Pero si consulto a los libros, unos me di-

[214] *levantar*: "hacer una imputación falsa a alguien". Respecto a *rabiar*, seguramente hay que ir más allá de la acepción de "encolerizarse", "enfadarse agresivamente", si se recuerda la posible ascendencia judeoconversa de Torres o, sobre todo, el hecho cierto de que sus enemigos utilizaron esa vía para insultarlo en sus libelos. *Aut.* definía así *perro*: "Metafóricamente se da este nombre por ignominia, afrenta y desprecio, especialmente a los moros y judíos".

[215] *P*: *cómo creo se producen.*

cen que sí, otros que no pueden, y me dejan a la vanidad del capricho la resolución. Soy hombre, no es demostrable el teorema, conque doylo por errado.

Así decía mi amigo. Y sin dejar la oración prosiguió diciéndome:

—Bien conocía yo, por la práctica de las facultades, lo dudoso de sus doctrinas. Porque yo veo que para votar un pleito son ocho, y de estos dos son de un sentir y cuatro de otro; y el que más votos junta se lleva la prebenda. En las juntas de los médicos, sobre una misma enfermedad uno vota purga, otro sangría, otro cordial. Pero dejando estas profesiones, que ya sabemos que son voluntarios los sistemas, dime: ¿es posible que en las matemáticas todo es demostraciones?

—De tal modo –respondí yo–, que las Matemáticas son las verdades de Pedro Grullo: *Si a partes iguales añado partes iguales, el todo será igual; si a partes desiguales quito partes desiguales, el remanente será desigual. Dos y dos son cuatro. Si el sol anda al día un grado, en treinta días andará treinta grados, etc.* A este modo son sus procesos todos. Mira si con estos elementos podremos asegurarnos de las tormentas de tantas opiniones. Pero esto de líneas es una materia de mucho punto y dificultosa, y así dejémosla, que si yo empiezo no acabaré en dos horas, porque confieso que le tengo pasión a esta ciencia.

—Amigo, yo creo a los ojos. Bien puede ser cierta y demostrable la ciencia que profesas, pero yo he tenido cuenta con tu *Pronóstico* y le he pillado infinitos embustes: dar vuestra merced sol y encharcarnos en agua; dar muerte de un rey y no suceder tal caso.

—Eres un bestia –le dije–. Esta ciencia de hacer pronósticos no es Matemática, es Filosofía. Es un juicio de los elementos y los influjos. En la parte matemática de los eclipses y lunas no habrás encontrado error sensible.

Esto lo he explicado en varios papelillos; léalos tu curiosidad, y no me quiebres la cabeza. Y ahora despachemos, si me quieres hacer gusto de leer esta última carta.

Decía así:

CARTA DE UN MUERTO MÍSTICO AL GRAN PISCATOR DE SALAMANCA.- Carísimo: salud en Cristo, que es la verdadera salud.

La voz viva de un difunto es más misión que la repetida plática de los oradores[216]. En nosotros verás desengaños, y en el mundo voces. Así, mírame, que te hablo al alma, y aprovéchate de este aviso. La prisa de avisarte fue la ocasión de mezclar esta carta con las otras. Pero advierte que lo hizo la confusión. Estudia en ella y no te canses en averiguar cómo fue a manos del licenciado que te habló y las entregó juntas.

Es la vanidad universal tan trascendente, hermano mío, que aun en el que dice que no la tiene se encuentra. Y esta es la más hinchada, porque hay modo de esconderla con que escandalosamente se publica. Esta entre sus obrillas se pregona humilde, y allá entre los soberbios, como no saben desestimar presunciones, puede correr su hipocresía con otro apellido. Por acá se lee a mejor luz y se conoce que vive apasionado de sí, como si en sus talentos tuviera cosa propia. Todo es de Dios, y solo es suya la loca vanidad de sus delirios.

Hanos parecido mal su desenfado y su inmodesta pluma[217]. Y es que no la guía el temor de Dios. Y como está entregado del todo a la lección de libros vanos, ha seguido el humor de sus autores. Déjese de coplas, de cálculos y prosas que son perdimiento de las horas útiles. Que no se nos ha dado el tiempo para desperdiciarlo y averiguar si Saturno está retrógrado[218] o directo, que no le ha de servir

[216] Lectura de *S3*. *P* y *S2*: *de oradores.*

[217] Lectura de *S3*. *P* y *S2*: *su desenfado, su molesta pluma.*

[218] *retrógrado*: "...se aplica al movimiento que contra el orden natural y de los signos hace algún planeta" *(Aut.)*.

más que de estorbo para el último instante. Espacio tendrá, en viniéndose a nuestras bóvedas, de saber las concavidades, crasicies[219] y movimientos de la esfera. Y aquí conocerá (si esta carta no le disuade) cuán en vano fatigó la aplicación y qué lejos estuvo de la verdad.

Lea a los Santos Padres, que en sus obras hallará el chiste con agudeza cristiana, la discreción con aprovechamiento, el equívoco con más inclinación a lo sagrado que a lo desenvuelto y, en fin, una sabia y eterna lección, que es un alimento del alma en la tierra que engendra felicísimos humores en la gracia.

Dígame: ¿qué ha sacado de leer las novelas de Zayas, las coplas de Góngora, las sátiras de Marcial, los chistes de Quevedo[220]? Nada más que emplear en risas al discurso. Y si la lección de estos le agrada, en los Santos Padres la hallará con más sal y con más donaire. Déjese de historias, novelas y coplas, y dedíquese a aprender el modo de elevar el espíritu, mortificar la carne, limpiar los sentidos, barrer las potencias, instruir el alma y ejercitar las morales y teologales virtudes, que a esta pelea le echó Dios al mundo y no a escribir jácaras y almanaques.

Si le parece que, porque emplea los días en leer, se ha dado Dios por servido de sus obras, vive burlado: antes está sumamente ofendido. Porque, escribiendo con ánimo de despachar sus papeles y coger la bobería de los hombres con la chanza, ha permitido a la pluma mil sandeces y mil satirillas. Y en llegando estas a manos de hombres espirituales (aunque hay pocos por allá), las desestiman y conocen el daño que, desde nuestra eternidad, sabemos los que aquí vivimos.

[219] *crasicies*: grosuras, relieves.

[220] Sobre las preferencias y criterios literarios de Torres es interesante la lectura del episodio del "escrutinio de la biblioteca" del ermitaño (*El ermitaño y Torres*, 1726; pero interesa la versión de la edición refundida y ampliada en 1738). Allí la nómina de escritores se amplía (Francisco Santos, Zabaleta, Cervantes, Avellaneda, Gracián...), y va acompañada de juicios muy sensatos.

> Los golpes del mundo en su alma han sido tan sucesivos que han hecho poco menos que incurable la llaga. El medio es limpiarla de las costras y materias retostadas que la tienen cercada, y bañarla con el agua dulce de estos consejos que, lastimado, le remito, advirtiendo que para leerlos ha menester desposeerse de otros estudios inútiles; pues de otra suerte será añadir enconos a la herida. ¡Oh infeliz mil veces, si quiere que se pudra el todo por inclinar su cuidado solamente al deleite de la voluntad!
>
> Y si mientras tiene que vivir no tiene otro modo con que acabar la vida, le ruego y amonesto que escriba llanamente, sin añadiduras de prólogos, porque ya le muerden en el mundo su desenfado y es menester huir los escándalos. Y mire que en la hora de la muerte le harán mucha guerra esas que hoy ríe como chanzas.
>
> Dios le abra los ojos y le guarde para el cielo.
> Quien llora la perdición de sus talentos,
> *Quien vivió como que había de morir*
>
> Carísimo Torres

Turbado, mi amanuense compañero me dijo, repitiéndome el apellido muchas veces:

—Torres, Torres, ¿qué es esto, estas palabras que te han hecho más ruido en el alma que las pasadas notas? ¿Por qué sus ecos te han mudado en pálido lo bermejo del rostro? ¡Qué notable mudanza hallo en ti de un instante a otro!

—Pluguiera a Dios –dije yo– tuviera tal mudanza que no me conociera el mundo. ¿No quieres que me sobresaltase una voz que, informada de mis propensiones, con verdad acusa mis delitos? Yo he parecido humilde, y estoy de la soberbia poseído. Nací, como todos, propenso al amor proprio, enamorado de mis locuras. Engañáronme las falsas voces que desde el oído abrazó mi voluntad; no supo el juicio desecharlas y se han apoderado del

interior. Triste de mí, que ya siento el mal e ignoro el remedio; que para desarraigarlo tiene ya las raíces muy profundas.

—Consuélate, amigo –me dijo–, y no pronuncies disparates. Remedio tienes, que te lo remite el piadoso difunto en este pliego. Instruye el alma en sus meditaciones y practica sus consejos; que si son como esta carta, no dudo que desde la primera aplicación empiecen a desmoronar de tu interior las raíces de los vanos estudios en libros que hasta hoy has contemplado. Trabajo te costará olvidar sus ideas, pero lo conseguirás no desmayando en la tarea.

—¡Ay, amigo, qué cobarde que me tiene y qué postergado la arrogancia del mundo y la falsa noticia de sus tratos! Guió los pasos primeros de mi juventud la perniciosa política de las que llama el mundo habilidades (que son preparatoria y convocación a vicios). Gusté de los desenfados del baile, de las alegrías de la música, de los empleos de las musas, solo dedicado a las huelgas y juntas donde concurrían otros de semejante calibre. Si estudiaba, era solo lo que pudiera ganarme mentidos aplausos. Y, necio mil veces, creía que con impresionar en una conversación mis voces era el mayor lauro de mis hazañas. Y a ti, que te hallas solo conmigo, descubro mi pecho y las necedades de mi capricho. Si estudié Astrología fue por considerar los pocos que hollaban esta senda y, viéndome en ella, los mortales me creerían peregrino, pues el número de los pocos caminantes me haría a mí más reparado. Y si hubiera elegido otro estudio, corriera con todos sin especial atención. ¡Válgame Dios, qué loco, qué necio y qué ignorante que he sido! Yo procuraré enmendar los pasados devaneos. Y si Dios me concede lo que días ha le pido, me he de reír del mundo y de los que hoy viven y vivieron de sus escritos, de sus pensamientos e ideas, como yo lo estoy haciendo de las mías.

—Muy místico estás –dijo mi amigo–. No duren más en mí los apetitos que la santidad en tu genio. Ni tanto ni tan poco –prosiguió–. Vive con cordura. Aplícate, como te dice este glorioso difunto, a leer los Santos Padres y aparta el genio de los libros inútiles. Y las demás cavilaciones, inténtalas, pero no las publiques; y más a mí, que te conozco desde los catorce años de tu edad.
—Mis proposiciones son fatales en tu crédito –le respondí–. No sospechas de mí nada bueno.
—Porque lo eres tanto lo digo yo –dijo él–. Tu genio es dócil y no tienes más voluntad que la que te comunica el que te trata. Tienes muchos amigos, te has llevado la estimación de la corte; y aunque tú quieras retirarte a tu cuarto, ni te lo permitirán los que bien te quieren ni tú te sabrás negar a sus voces.
—El tiempo lo dirá, no me prediques, que bastantes confusiones padezco. Ahora, dame esos avisos. Los meteré en mi corazón, que no quiero que se queden papeles de esta casta entre los demás pliegos que hemos arrimado. Y ahora, escribe; aunque yo no sé cómo responder a este bellísimo escritor.
—Será preciso –repitió mi camarada– darte por concluido y responder con humildad, que así has de negociar mejor. Y así, en nombre de Dios, di; que ya está dispuesto el papel.

RESPUESTA A UN MUERTO QUE VIVIÓ COMO QUE HABÍA DE MORIR, DE DON DIEGO DE TORRES.- Recibí su carta, desengañador mío. Y, abrazando con el alma su contenido, besé la firma y veneró el corazón lo divino de sus caracteres, dejando sus voces tan cristiana disposición en mis potencias que he logrado ver impreso en el alma lo escrito.

Fuera loca detención pararme a cavilar en el escritor, olvidando los dichosos consejos del dictado.

Aunque no te perdono, hermano mío, la impiedad de esconderme tu nombre, pues me tiranizas la gloria de saber a quién debe mi fortuna el más feliz de los desengaños. Con próvido recelo te recatas, y me confunde más el modo con que te ocultas.

La hinchazón de mi soberbia es tan conocida que no puede negarla mi necedad. Vicio es que no supo la hipocresía disimularlo. Erró mi vida desde los principios la carrera de sus direcciones; y fui tan infeliz que, aun llevado de muchas señales, desmayaba en los caminos. Y, torciendo los pasos, me visitaba la noche en las laderas del destino, no encontrando mi ceguedad caminante que me pusiese en la senda del vivir.

Pasé los años en dañosas fatigas, los meses en vanas tareas, los días en impertinentes estudios y todo el tiempo en pecados. Veinte y ocho años me ha permitido Dios que viva en el mundo[221], y desde que empezó a desembozarse el albedrío empezó a tener canas el desorden. Los años de la cuna los gastó la asquerosa crianza; los de niño, la pesada tarea de la cartilla; los de mozo se los sorbieron los vicios. Ya conozco que nunca mandé sobre mí. Todos se agarraron de mi voluntad. ¡Válgame Dios! ¡Y qué tarde me recobro, cuando espero menos vida que la ya malograda! Sírvame de disculpa, hermano mío, esta confusión, pues no tiene otra salida mi ignorancia.

Debo a tu piedad el santo consejo de la divina lección de los Padres Doctores de la Iglesia. Confieso que siempre la tuve por medrosa y difícil; pero, ya desengañado, prometo no leer más hojas que sus devotos escritos. Otra fuera mi gloria si en el mundo hubiera logrado este aviso. Quizá fuera hoy menor[222] mi tormento. Pero sentido tuve; yo me aparté, yo lo lloraré. Ruega por mí a Dios.

No me deja el interior pesar escribir los sentimientos del alma. Tiéneme sobrecogido la culpa y enajenado el justo cargo. Sin orden siento el pulso,

[221] Pongamos treinta y uno, y no se hable más.

[222] *menor* en *S3*. *P* y *S2*: *menos*

sin ley el racional compuesto. Ni uno anima ni otro alienta. Yo me doy por concluido a tus voces. Solo te pido que mires el desconsuelo en que me veo y que ruegues por mí a Dios, quien te aumente la gloria y a mí me dé la que espero: gracia.

De mi cuarto, hoy por cuenta eclesiástica
3 de mayo de 1725.

—Así te quiero yo, y así te quiere Dios: confuso, horrorizado de tus descuidos. Mucho me pesa verte quebrantado, mas me consuela contemplarte advertido. Vuelve en ti, para volver tan otro que solo vuelvas para Dios. Vamos, amigo mío.

Así me animaba mi huesped, porque sin duda le asusté con la bajeza de mi color y el desconsuelo de mi espíritu. Yo no dejé de alentarme. Porque los deliquios que provienen de espirituales reconocimientos, aunque enojan al apetito, halagan con especial dulzura a la razón y siempre alientan al ánimo. Y conociendo que no había firmado la carta, le dije:

—Tienes razón. Doyte las gracias de que con tanto gusto desees en mis sustos, que empiezan en penas y mueren glorias. Y ahora deja firmar esta última dichosa carta; y tú sobrescribe las escritas, para que las tenga prontas el lagañoso estudiante, a quien perdono el primer susto por el dulce consuelo de este último desengaño.

Firmaba yo y ponía cubiertas mi amigo, cuando asoma por las puertas el escolar pilongo (aquella cara en triángulo, que parecía aceitera al revés o manga de colar bebidas)[223], a dar nuevo horror a mis ojos y terrible susto a mi cobardía. Y llegándose (lo jurara) a mi bufete, cogió las cartas y, barajándolas

[223] *S2-S3* suprimen el paréntesis.

todas, arrugando el ceño, nos clavó los ojos a los dos y dijo:

—¿Paréceos (con los dos hablo) que no escuché la nota y conversación de estas cartas? Todo lo oí, y me avergüenzo de que no se haya confundido este astrólogo al verse tan justamente acusado. ¿Qué mortal recibiera esta pesadumbre que no clamara al cielo mil perdones? Y él, con fresca resolución, responde desahogos. La carta última no necesito llevarla, que ya sabe lo que tiene respondido. Y si a los demás escribiera con el mismo menos inmodesto estilo, yo las condujera; pero, aunque malo, no he de ser embajador de sus disparates. Y pues ha tenido valor para dictar con la pluma tales descomposturas, veamos si a boca[224] es hombre de hablar con los muertos. Y el camarada bajará también a sus cavernas; pues le ha trabucado el miedo en que yo le dejé, persuadiendo con sus bachillerías a sus ignorancias de que eran burla estas verdades.

Los dos nos asustamos, y el rostro empezó a bañarse en lágrimas y chapuzarse en pegajosos sudores. Y tragándome la mitad de las palabras y empujando al aliento, volví a mi amigo y le dije:

—Bien decía yo que no era chasco. Mira, por ti padezco esta tormenta, por ti nos llevan a lagos nunca conocidos de nuestros ojos. Yo borraré lo dictado, señor estudiante, y mudaré de más cobarde estilo –le dije lleno de susto–. En manos de vuestra merced está dejarme enmendar estas respuestas, pues no ha cumplido el plazo de los tres días que por orden de los muertos se me ha permitido.

—Yo no creo –dijo– ya en sus palabras. No enmendará su genio voluntarioso. Y así, ¡vengan!

[224] *a boca*: de palabra y cara a cara.

Y cogiéndonos a cada uno debajo de los dos cuarterones descomarcados de sus brazos, y desmoronándose la que parecía bayeta de sus hábitos y era negro carbón del chamuscado destrozo de su incendio, nos llevó (lo jurara), arrastrándonos los pies, por una rotura pasadizo a unas bóvedas, donde sin orden se arrinconaban infinitas enlutadas cajas. Era lugar húmedo, tenebroso, entapizado del horror. Y apenas pisamos su lobreguez, cuando me sentí sin el maldito escolar y sin mi amigo, en un silencio tan profundo, que más me horrorizó lo callado que la funesta oscuridad de aquellas grutas. Suspenso, frío y fuera de mí estaba padeciendo las molestas suspensiones de mi fantasía, sin saber si estaba sepultada mi vida para la eternidad[225], cuando de repente siento que los huesos se empiezan a dar unos con otros, y a soltarse los cascos y canillas por aquellos paredones. Yo, huyendo de la tormenta de huesazos y cascotes, ya me encogía, ya procuraba a tientas buscar un rincón donde guarecerme o una rotura donde sepultarme.

Fue tal la brega que yo tuve conmigo que, desgreñado, chorreando azumbres de pegajoso sudor, encendido con el agitado movimiento de la aprensión, desperté en mi cama fatigado, la ropa en el suelo, la sábana por corbata y la camisa despedazada de las vueltas y revueltas. Y, cobrado ya, me dije: ¡Admirable friolera! No obstante, empecé a hacerme cruces[226] y a melancolizarme con la especie del letargo. Porque he oído decir a los médicos que los sueños crueles y horrorosos son avisos de la prevenida enfermedad o pronósticos de la cercana muerte. Será lo que Dios quisiere.

[225] *P*: *para siempre.*

[226] *S2-S3*: *y cobrado ya, empecé a hacerme cruces.* Lo omitido es importante, pues revela la reacción del personaje. Recuérdese que *friolera* es "Dicho o hecho de poca importancia y que no tiene sustancia, gracia ni utilidad alguna" *(Aut.)*.

Despertó mi huésped y abrieron los ojos otros dos amigos que se sirven de mi cuarto (que a tanto se extiende la casa del gran señor que me sufre)[227], y empecé a contarles el sueño. Y diciendo uno que esta fantasía era merecedora de que la lograsen todos, yo, que para escribir no he menester que me rueguen mucho, tomé la pluma por dar gusto a mis amigos y divertirme yo[228].

Si a ti, lector, no te complace, paciencia[229]. Yo no te obligaré a que la compres, pero a lo menos las gacetas y los ciegos te la han de encajar, que quieras que no quieras[230].

Y así, amigo, conformarse, porque yo no puedo servirte en dejar la pluma; porque será cortarme los vuelos.

Todo lo sujeto a la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana[231].

[227] El gran señor que lo hospedaba en su casa era el marqués de Almarza, como se comprueba en la Dedicatoria de la primera edición (véase Apéndice I).

[228] El comienzo del párrafo cambia en *S2-S3*: *Abrieron los ojos dos amigos que se sirven de mi cuarto, y mientras llegaba la hora de entrar el chocolate empecé a contar el sueño; admiráronse de él, y dijo uno que esta fantasía era merecedora...*

[229] *P* añade: *ya no tiene remedio, ya ha salido.*

[230] La *Gaceta de Madrid* insertaba regularmente anuncios de libros. Los ciegos, como es bien sabido, vendían de forma ambulante publicaciones populares (la literatura o pliegos de cordel).

[231] Este colofón de *P* desaparece en *S2-S3*, sustituido por la palabra *FIN*.

Apéndice I
Dedicatoria de la Primera Edición

A la Exma. Señora, mi Señora,
doña Luisa Centurión Fernández
de Córdoba Borja y Coloma, marquesa
de Almarza y de Flores, de Ávila etc

Desde que hubo césares se cuentan nobilísimos centuriones, y no hubo centurión que no fuese un césar. Poco después que el mundo, empezó su nobleza, y el Rey de los Reyes, Cristo, confirmó su ejecutoria.

De este tronco, libre hasta hoy de ilegítimas hojas y bastardos frutos, es V. Ex. floridísima rama, a cuya sombra mendigan luces encumbrados laureles para huir las tempestades de la envidia. Y dichoso el que se acerca a tan buen árbol, que con su sombra deshará los comunes nublados de falsas noticiosas impresiones.

En este retrato de la nobleza de que es V. Ex. fiel traslado, las líneas de los lejos se tiraron con pinceles de luz, las sombras con rayos del sol y el colorido con miñaturas de gloria; conque a todas luces es V. Ex. noble, sin que el destrozo de los siglos ni el rigor de los tiempos hayan podido impresionar el menos decente borrón.

Depositó el cielo también (que es el que reparte la nobleza del alma) en la de V. Ex. el aviso y discreción y otras innumerables que no le está bien a mi pluma describirlas, por no ajarlas. Que, aunque Fidias nos enseñó a decir grandezas en una demostración sola (cuando para copiar un gigante dibujó solo un dedo), en mí, señora Exma., no hay este arbitrio; que la menor gloria de las que contemplo en V. Ex. y conoce el mundo no cabe en el campo de la imaginación.

Solo puedo decir que no hay virtud en que V. Ex. no toque los últimos grados de la perfección. Y para que a tanta luz no la empañasen materiales vapores, próvido el cielo le dio a V. Ex. todas las gracias de la fealdad sin las desdichas de la hermosura, y todas las apariencias de beldad con el donaire que comúnmente vemos negado a la belleza.

El que logra la dicha de contemplar en V. Ex. hallará una señora entregada a la devoción, poseída de la caridad y en todo linaje de virtud copiosa. En su casa, risueña, graciosa, respetable, alegremente modesta y ejemplar; y así logra V. Ex. una familia (aunque tan grande y dilatada) unida y virtuosa, viviendo todos gustosos y aplicados al cumplimento de sus destinos; lo que me tiene no poco confuso y admirado, ver que se logre tanta quietud en comunidad tan dilatada, que de las más religiosas no se contaran tan sucesivos los sosiegos.

Tirano fuera de mi fortuna, si llegara con este sacrificio de mi rendimiento a salpicar otras aras. No me acobarda el don por pequeño, pues las soberanías solo distinguen veneraciones; ni me desalienta la miserable suerte mía, pues llego con la recomendación del marqués mi señor, quien ha querido darme honra en su casa. Y esta consideración me anima sobradamente, pues me hace creer el amor que V. Ex. le tiene, que no despreciará a quien como a mí llegare a sus pies recomendado. Y solo deseara que ya que el marqués mi señor ha querido mantenerme en su casa, no sea para destinarme ocupado, que así comiera con menos vergüenza su pan y doblara mi vanidad sus seguridades.

No me permite la ambición de esta honra dejar de hacer este sacrificio. La obligación de siervo de todos modos me precisa. Todas las tareas de mi pobre ingenio son de V. Ex., porque, como criado de la casa,

mis fatigas son de los dueños. Y cuando la ingratitud quisiera imprimir en mí sus cualidades, nunca me lo permitieran mis obligaciones. Y sepa V. Ex. en esta leve expresión lo obligado y reconocido que estoy a sus honras, suplicándole a V. Ex. perdone lo humilde del sacrificio por lo poderoso de la veneración.

Nuestro Señor dé a V. Ex. larga vida y mucha salud.
De esta de V. Ex. Madrid, y junio 24 de 1725.

B.L.P. de V. Ex. con la veneración
que debe su S. y L. C.

Diego de Torres

Apéndice II
Prólogo[232] de la edición de Salamanca, 1743

A los lectores regañones o apacibles,
curiosos o puercos, dulces o amargos, píos,
alazanes o tordillos[233], vengan como quisieren,
que yo no distingo de colores

¡Tan maldito eres, que ni a la aplicación, ni al trabajo, ni al deseo de la común utilidad, ni al buen uso del tiempo que gastan regularmente todos los que escriben, has desatado una pequeña alabanza de tu funesta boca! Solo he oído sonar en tus labios desentonadas críticas, espurreando continuamente las indiscretas voces de *no vale nada; es molesto; no cumple con el título de la obra; es común el argumento; mejor lo escribió fulano; el estilo es duro, blando, macizo*, y otras salvajadas hijas de tu rabia y de tu necedad. Mucha culpa tiene tu intención en estos desaires de los que te escriben, pero la más grave porción de delito ha estado en los escritores tímidos, acoquinados, que te han hablado con temor y reverencia como si fueras algún Santo Padre. Y tú eres tan vergante que, en vez de agradecer estas sumisiones, solo te ha servido su humildad de coger más plumas con que añadir a las alas de tu insolencia.

[232] A partir de *S2* el prólogo anterior de *P* es sustituido por el que aquí se reproduce. Para entonces (1743) Torres ya había madurado y reiterado su personalísimo modelo de prólogo al lector, de cuya "particular extravagancia" se enorgulleció en ocasiones. Y a ese modelo responde perfectamente este texto.

[233] Varios adjetivos de la serie tienen significado equívoco: además de su acepción más frecuente, *curioso* significa, como es sabido, "limpio, aseado"; *pío*, además de "piadoso, benigno", se dice del color blanco con manchas de las caballerías, por lo que puede formar serie con las otras variantes del color equino: *alazán* (rojizo) y *tordillo* (blanco y negro).

Amigos escritores, estimémonos más y creamos que, para lograr los santos fines que nos mueven a tomar la pluma, nos son inútiles todos los lectores del mundo. La doctrina que dictamos, nosotros la entendemos mejor que los que vienen a leerla. Nuestro provecho consiste en su verdadera inteligencia y en la honrada ocupación de las horas, y para nuestro premio nos sobra ganar el tiempo y entender los sistemas que nos divierten y alicionan[234]. Echemos enhoramala a todo lector, sea el que fuere. ¿Qué nos importa que sean tontos? Si quieren saber y librarse de majaderos, sean humildes y más bien hablados. Dejémonos rogar, que más vale uno de nosotros que toda la casta de leyentes. ¿Qué supieran si no hubieran acudido a nuestras escrituras? No gastemos más caricias ni más agasajos con gente tan ingrata. Yo así juro que lo ejecutaré hasta que deje la carrera de la vida o la de escritor.

Cada día estás más rebelde y más pertinaz en tus vicios, y ya te dejo como cosa perdida. En la *Barca de Aqueronte*[235] te llevé a ver los tormentos que padecen los viciosos, y has echado a la risa aquellos castigos. En las *Visitas con Don Francisco de Quevedo* te arremangué los faldones de tus falsedades y te descubrí la caca de

[234] La forma *aleccionar* no se recoge en *Aut.*, que sin embargo señala el carácter vulgar de *lición* y su derivado *alicionar*.

[235] Torres había escrito esta obra en 1731, pero no la publicó precisamente hasta 1743, al incluirla tras *Visiones* (1727-1728) y antes de *Correo* en el volumen de *Sueños morales*. Y la publicó prudentemente mutilada, sin los capítulos críticos dedicados a la universidad y a la nobleza: en el mismo año de 1743 la Inquisición expurgó de contenidos críticos semejantes su libro *Vida natural y católica*, que se había editado sin problemas en 1730. Publicó la edición completa G. Mercadier [1969], sobre un manuscrito autógrafo conservado en la Hispanic Society. Sobre otros aspectos de *Barca* y de *Visiones* –que el autor menciona a continuación–, textos con los que Torres se aproxima decididamente al modelo del sueño quevedesco, véase la Introducción.

tus costumbres, y en vez de limpiarte de las cagalutas de tu conciencia y los berreones[236] de tu alma quedaste gritando blasfemias, espurreando papeles[237] y escupiendo chuzos[238] contra la sana intención con que te aconsejé los desvíos de los sucios tropezones de esta edad. Ya no quiero que me gruña más tu inmunda soberbia. Revuélcate bien en el asqueroso cieno de tus disparates, que allá te lo dirán de tizonazos.

Ahora se me ha puesto en la cabeza fingir que los muertos me escriben y yo les respondo sobre algunos asuntos facultativos. Yo discurro que esta inventiva correrá la misma fortuna que las pasadas. Sea en hora buena, que ello parará cuando tú quisieres y a mí me diere la gana. Si la quisieres leer, para ti será

[236] *berreones*: aquí, "berridos". Como salmantinismo recoge por primera vez la voz *berreón* ("gritón, chillón") en 1915 Lamano (*El dialecto vulgar salmantino*), quien la apoya precisamente en la autoridad de Torres, como hace también el *DH* de la Academia, en cuyo *DA* entra el término en 1925. Pero ninguno (incluidos Martín Alonso y otros) registra este uso sustantivado del texto. Produce un efecto chocante que el sintagma "los berreones de tu alma" no concierte semánticamente con el anterior ("las cagalutas de tu conciencia"), al que va sintácticamente coordinado, sino que anticipe el siguiente ("quedaste gritando"). Pero queda flotando el posible juego dilógico con *berretes* ("manchas, en especial las de restos de comida en torno a la boca", que por cierto el *DA* no recoge) y su correspondiente aumentativo *berretones*.

[237] Quince años después, todavía le escuece al autor el recuerdo de las refriegas polémicas en que se vio envuelto hacia 1727 y el chaparrón de sátiras y libelos que cayó sobre él. Ya en los prólogos de la segunda y tercera parte de *Visiones* se queja burlescamente de los ataques recibidos y de la polémica recepción de las anteriores entregas de la obra que –cervantinamente, podríamos decir– se convierte en tema de sí misma. "De un satírico que descubre linajes y levanta testimonios" y "Libreros de viejo, encubridores de sátiras e impresores a hurtadillas" son los significativos títulos de las Visiones sexta y séptima de la segunda parte. Claro que en aquella ocasión llovía sobre mojado: Torres estaba ya envuelto en la polémica con el médico Martín Martínez sobre la Astrología, y a la fiesta se autoinvitaron numerosos espontáneos.

[238] *escupiendo chuzos*: amenazando con arrogancia y excesivo enfado.

el provecho o e1 gusto, que a mí ya me ha recreado al tiempo que la escribía; y si no, déjala, que no le faltará adonde servir.

Dios te guarde, y cree que cada día te temo menos, y a toda hora me estoy burlando de ti. El Sueño es el que se sigue; y yo, el que siempre; y lo dicho, dicho.

Montante Cristiano y Político

MONTANTE CHRISTIANO, Y POLITICO,

EN PENDENCIA MUSICA-Medica-Diabolica.

LO DESEMBAINO

DON DIEGO DE TORRES,
Cathedratico de Prima de Mathematicas en la Univerſidad de Salamanca.

Y LE DEDICA

AL Sr. D. JOSEPH MANUEL de Quevedo, &c.

Se hallarà en la Libreria de Juan de Moya, enfrente de las Gradas de San Felipe el Real.

Al Señor Don Joseph Manuel de Quevedo, etc.

Nunca he tenido por gustoso el trabajo hasta la ocasión presente, señor y dueño mío, si se puede llamar así este que a sueño tendido me dictó la fantasía y trasladó la pluma, sin faltar a las graves ocupaciones que de maestro de Matemáticas me ha encargado la discreta seriedad de estos claustros, debiendo a la pública y sin ejemplar aclamación de las Escuelas el más glorioso fin de mis afanes. Gracias a Dios.

Remítolo a vuestra merced para que descanse de sus continuadas tareas y pase con menos soledad dos horas al brasero. Es un montante[1] que desenvainé de la fantasía, dormido, para que vea vuestra merced cómo procuro esparcir pendencias de espantajos que riñen a bulto; pues queriendo herir con la punta de la agudeza y con el corte de la noticia, no conocen que maneja su brazo el arma ofensiva de la ignorancia. Yo, que aun dormido me acuerdo de los ángulos y compases, persuadiéndome que oía chincharrazos[2], dije a mi patrón Morfeo:

—Mi comidilla era esta cuando me preciaba de más crudo; pero ya estoy en tal estado, que aun lo que sueño me han de atribuir a delirio.

[1] *montante*: espadón empleado por los maestros de armas para separar a los contendientes que luchan con excesiva violencia.

[2] *chincharrazo*: cintarazo, golpe plano con la espada.

Volví uñas abajo mis pestañas y, jugándola de cuarto círculo en los colchones[3], soñé con tal viveza (como si lo viera) que llegaban a la conclusión los combatientes. Metí mi montante para hacerlos amigos, aunque siempre creí por dificultosas las conversiones; pero al fin logré, si no esparcirlos, aquietarlos.

Siento en el alma no contar por extenso esta pendencia, pues si me alargo en expresiones dirán que malogro los días; aunque para fin del año remitiré a vuestra merced la materia que estoy dictando a mis discípulos, en que se conocerá si poseo lo que se duda, si cumplo con lo que logro, si tengo lo que no se me concede y si desempeño lo que se me dificulta. En todos estos puntos está vuestra merced bien puesto, pues sabe lo que pasa, la vida que gasto y lo que se me da de todo. Lo que apreciaré que sepa también es que esta elección no nace de mi memoria dormida, sino es de mi voluntad despierta; pues despabilada con los favores que a vuestra merced he merecido, arde el afecto sin que la luz de la razón permita hacer pavesas que sepulten las llamas de la memoria. Vuestra merced la haga para mandarme, pues sin más insinuaciones sabe mi buena voluntad.

De esta de vuestra merced. Salamanca,
hoy 22 de diciembre de 1726.
B.L.M. de vuestra merced su servidor,

Diego de Torres

[3] El pecado de la pereza era castigado en el cuarto círculo del Purgatorio, según la visión dantesca.

A los lectores va. Llámenle Prólogo o como quisieren

¡Jesús mil veces! ¡Acabáramos ya de saber lo que es Ciencia! Dios se lo perdone a la revoltosa política que se anda por el mundo crismando[4] entes y barajando apellidos para hacer desbautizar a un cristiano. Si me hubieran dicho que el ser doctor consistía en ser figura, yo me hubiera enmendado de hombre. Dos meses ha que enfermé de extático, y me estaba siendo docto sin saber una palabra, y toda esta eternidad he padecido ictericias de doctor y obstrucciones de licenciado. Ya me río en secreto, plegando los hocicos con gesto de tener escaldado el paladar. A la pronunciación la he bajado cuatro puntos y me tengo una habla entre aullido y regüeldo del tenor siguiente. Nado en mocos, destilaciones y lagañas. Sorbo mucho tabaco y doy voto en cuál es el mejor. La sotana está como piel de tigre. Me afeitan de mes en mes. No bebo entre comida y comida. Me arropo la cabeza con bonete de orejeras en casa y con solideo en la calle. Se me olvidan las cosas de un instante a otro. Los pies ya no me llevan, que me arrastran. Huyo en donde me preguntan y me arguyen, y he mandado hacer anteojos. Conque soy sabio del uso, ladrón del premio que se debe a la verdadera sabiduría. Solo me falta el estudio

[4] *crismar*: bautizar.

de la perseverancia; y este, según mis cuentas, lo veo de muy mala data[5].

Bien conozco que estas ficciones son las baterías que escalan las dignidades, cátedras y prebendas; pero más quiero morir hambriento que tramposo. En alguno puede ser cristiana modestia y filósofo descuido este aparato exterior de la figura; pero en los más es estudio de la codicia. Son doctos fulleros, que despintan la baraja de sus costumbres para burlar mirones. Son maeses corales[6] que tienen por premio el aplauso de los que los ven. Más buscan testigos sus fingimientos que aprobantes de la verdad de su conciencia. Los tales tienen el vientre de hipócritas y los cuatro costados de codiciosos. Cada uno es el más peligroso escándalo de las gentes, porque definirlos es temeridad y creerlos daño. Toda su asquerosa y colicuada[7] compostura es un engaña-sastres, albañiles y charros, cuya acreditada sencillez se agrada y se lastima de sus doloridos gestos, que entre los hombres que viven con alguna reflexión pasan como mohatras[8] de infierno. Un rostro amarillo, en unos denota aplicación y en otros laceria; un hábito sucio, que más tiene de asco que de misterio.

¡Con qué dolor de mi alma se me acuerdan los malditos abusos de las pretensiones! "Tuerza vuestra merced –le dicen al necesitado los soberbios ministriles de la codicia– la cabeza, amojigate el rostro, hágase gafo de pronunciación, baldado de acciones, y arrastre las miraduras. Y donde nadie le vea jure, mate, fornique;

[5] *de mala data*: empeorando o arruinándose. Aquí adquiere también el sentido de "en fecha lejana o difícilmente precisable".

[6] *maese coral*: juego de ilusionismo o prestidigitación.

[7] *colicuada*: derretida, untuosa.

[8] *mohatra*: fraude, engaño.

que bien se puede quemar una casa sin que se sienta el humo en la calle; y si vuestra merced es malo, lo es para sí". ¡Oh vil política que enseña a ofender a Dios y a condenarse a sí mismo por adular una soberbia y satisfacer una codicia de cien reales, que se los gana el verdugo con menos trabajo y más seguridad de la conciencia!

Ahora bien; yo, señores míos, soy ya catedrático y maestro. Ya conozco que me importa y es preciso enmendarme en algo; porque ser tan sacudido de portante, tan libre de guiñadas y tan desenfadado de acciones es contra la antigua escolástica modestia. A ser todo estatua no me atrevo. Compongámonos. Yo estudiaré lo que me permita mi salud, enseñaré con amor cuidadoso y modestia a mis discípulos todo el tiempo que goce vida; y dénseme por vía de buen gobierno cuatro asuetos en la semana para que yo me ría, me desopile, me desapoltrone y me limpie. Y en estos días no se me ha de reparar si los codos van bien cosidos a los ijares y amortajados en el manteo; ni se me ha de anotar si el ala del sombrero está caída o levantada; ni menos llamarme, como hasta aquí, el nombre de las pascuas de mi sexo: *loco*. Y si esto no se me concede, vuélvome a mi nada, que en ella tengo mi medicina, mi paz, libertad y defensa.

En cuanto a prólogos y papelillos, se me ha de permitir responder a roso y a velloso[9] hasta que me desempeñe de los gastos de Cátedra y Grado; y en justificándose mi desempeño escribiré serio, grave, circunspecto y triste, como me costeen las impresiones los que gustan de estilos tenebrosos y asuntos de *requiem*. Y no siendo así, vuélvome a mis chanzas y al *qué se me da a mí* de los accidentes de loco o cuerdo, tonto o advertido.

[9] *a roso y a velloso*: sin excepción ni consideración alguna.

Con vuestras mercedes, señores lectores alegres, siempre guardaré una festiva correspondencia. Porque a vuestras mercedes debo el remedio de mis necesidades y la conversación se ha de continuar; que aunque me descarten lo mojarrilla[10], de rebozo haré yo mis escapadas, y nos hemos de prologizar hasta *tente, lector*; que el mayor castigo que me dará la severa rectitud de estos claustros pueden ser dos meses de murmuración. Y este para mí es, más que trabajo, cortejo; porque siempre gusto que hablen de mí, sea bien o sea mal.

Me han dicho también que el dormir mucho hace sabios modorros; pero del soñar no me han advertido si es malo. Y así, mientras me acaban de instruir en la cartilla de sesudo, allá va ese *Sueño* que, para *inter nos*, es Prólogo. Y sin despedirnos, porque siempre quedan vuestras mercedes en mi memoria y en mi cariño, les ruego que prosigan el

SUEÑO SIGUIENTE,
EN DONDE SE ESGRIME EL
MONTANTE CRISTIANO Y POLÍTICO
EN LA PENDENCIA MÉDICA-MÚSICA-DIABÓLICA

Vuesas mercedes ya saben que yo como y duermo; y aunque todo lo hago mal, porque de todo hay carestía en la casa de un poeta, al fin no falta pan y sueño; pues, a pesar de las heredadas desdichas, me encaramo en las posibles comodidades.

Pues había yo tratado la tarde antes de esta pasada noche con un amigo de la variedad, multitud y poca advertencia de estos papeles críticos que van y vienen, jurándolas de sátira, contra el Padre Benito[11].

[10] *mojarrilla*: persona alegre y bromista.

[11] Sobre la polémica en torno a Feijoo, véase Introducción.

Y así, con estas noticias en la boca y rascándome los dientes, que son el embeleco más ocioso que tiene mi animalidad, a breve instante me quedé dormido. Mas como estaban mal sustentados los vapores que me subían del estómago, y su calor sin cebo, tiró lo leve a su esfera y empezó a chamuscarse el desván de los cascos. Quise sacar agua del insondable pozo del sentido común y hallé rota la caldera de la fantasía. Iba a tocar con los sentidos a fuego y no pude, porque estaba enredada la cuerda de los ojos. Freíase el seso (que, dormido, bien se me puede conceder un poco); y no pudiendo recurrir con la ayuda de mis narices (porque como el fuego prendió en el desván, se quemaba la chimenea y el caballete), ardieron en bochornos todos los inquilinos del casco. El insomnio[12], que lo hizo el miedo que lo dispuso, o la imaginaria, que es un duende peor que Martinico[13], me hicieron sudar por los poros del cuero toda la espinal médula. Nadaba en los tristes trapajos de mi alegre lecho, hecho sopa del salitroso humor expulsivo, gozando las cualidades de tonto (sin carecer del específico de simple); y, todo poseído del letargo, valiéndose la fantasma de la noticia, sacó a danzar al campo esparcido de la imaginación un tropel de figuras, que las pintó la fantasía de esta forma.

Pasaba por una calle del penoso Barrio de las Maravillas y, como a veinte pasos, percibí que venía mullendo los guijarros un coche, tan sumido de pesebrón que me pareció manga de colar bebidas o gorra de granadero, coche rayado como carabina, que para entrar en él es necesario empujar la persona a martillo, y para salir aun es poco instrumento un sacatrapos. Arrastrábanle a pistos

[12] *insomnio*: aquí, con el sentido clásico de "sueño", "ensoñación".

[13] Duende travieso del folclore popular. Se llegó a usar *martinico* como nombre común de la especie.

dos mulas hécticas[14], más buidas que almaradas[15]; de manera que, al primer empujo de la visión, creí que era coche de tres lanzas y que los ingenios tiñosos-poltrones-ahorrativos habían descubierto alguna magia para rodar sin gasto, y habían dado traza para coches de viento, como molinos. Rodeaba al coche-tabaquera una chusma de gentes; unos alargando gaitas, otros pidiendo ayudas y todos gritando. Acerqueme con más cuidado y percibí una solfa de alaridos; porque unos decían:

—¡A sucios clisteres acaben, a pestilentes cañonazos mueran! ¡Ventosas en ellos, purgas y jeringazos!

El otro coro, que tenía más proporción, cantaba rabiando y decía:

—¡A roncas sartenes dancen, a destempladas bandurrias se atormenten! ¡Cencerrada en ellos! ¡Cornetas y zampoñas los entumben!

En lo entonado de algunos y lo discorde de todos conocí ser garulla música y tropa médica. Yo, que soy naturalmente compasivo, conociendo que los músicos apretaban demasiado las clavijas y los médicos recetaban con sobrada libertad, saqué mi montante y, deteniendo el cochite hervite[16], les dije a la turba de a pie:

—¡Ténganse, por vida de Hipócrates! ¡Y al que se meneare lo desbandujo[17] con esta hoja, que está tocada a los *Aforismos*! ¿Qué es esto? ¿Cómo unos hombres de tanto punto y de tanto servicio malogran con su furia la debida proporción a sus artes y talentos?

[14] *a pistos*: poco a poco y con intermitencias; *hécticas*: héticas, tísicas o sumamente flacas.

[15] *almarada*: puñal agudo y sin corte.

[16] *cochite hervite*: confusión, atropellamiento. Torres sustantiva una desusada locución adverbial: acelerada o atropelladamente.

[17] *desbandujar*: destripar. La espada está *tocada* a los textos hipocráticos como una medalla rozada con una reliquia, para que le comunique sus virtudes o poderes.

Asomeme a la gatera del coche alcuza y vi al Padre Feijoo, que se estaba estrujando con Martínez[18]. Saludelos con gusto y los consolé con eficacia, y les dije:
—Habiendo visto a vuestras mercedes, ya discurro el motivo de esta pendencia. Luego que salió el libro morondo del Padre reverendo, pronostiqué yo que le habían de jorobar la paternidad y sacudir la reverencia. Pero vuestra reverendísima ya pagó; mas vuestra merced, seor Martín, debe todavía mucho. Por apóstata médico y cismático astrólogo merece una zurra de rueda[19], para que guste lo que son disciplinas de ciencia, pues aún tiene el talento por desvirgar.

Impaciente y furioso se mantenía el bullaje, unos coléricos contra el Padre y otros encarnizados contra Martín; pero los serené diciendo:
—Señores, ¿se contentarán con que los del coche arcaduz satisfagan a vuestras mercedes en conferencia pública verbal?

Respondió a una voz toda la tropa, por dos veces:
—¡Sí, sí!

Y al punto mandé al asturiano tocho[20] que aporreaba las mulas sardinas, que los descargara o acabara de colar. Y al recular un poco se acularon las mulas y cochero. Quisieron sacarlos a torno; y conociendo la turba que saldrían hechos pedazos, determinó descoser el coche. Mientras nacía el Padre y parteaban a Martín, marché yo a la casa de una gitana del barrio con quien comercié buenas venturas en otro tiempo. Y apenas oyó el cristus de la bribia[21] –el *chavea minré*,

[18] Sobre el médico Martín Martínez, véase Introducción.

[19] La *zurra de rueda* era un castigo inquisitorial que se aplicó típicamente a los clérigos condenados. Los miembros de la casa o convento en que entraba confinado participaban por turno o en rueda en los azotes.

[20] *tocho*: tosco.

[21] El abecé de la *bribia* (forma de vida y gente de la picaresca).

callí de mistorro–[22], me endueñó de su rancho, gancho y gaveta. Salí contento a decir a la tropa que ya teníamos campo para el desafío, y los hallé a unos tirando de Martín, que este se había hinchado algo más en el coche; pero al fin salieron, el Padre medio herido y Martín todo desollado. Por no cansar a vuestras mercedes digo que entraron dentro, y Martín y yo fuimos a la puerta los acatadores y recibidores de las cortesanías.

Ya estaba toda la tropa en el portal, cuando reparé que Martín torció la cabeza con ademán de llamamiento a un soldado, gran mata-muertos, gallofo[23] de profesión, cabo en los portales y rabo en las escuadras. Mirelo bien, conocilo, y ya lo había yo reparado que estaba cosido a una pared, apuntalando en un bastón muleta un tercio de bubas que había tomado en una guerra galana; pero por ave descartada no había hecho caso de su pluma. Era un oficial de los que sirven al Rey de estorbo en el campo y de mal ejemplo en la corte; hombre bien acuchillado en los asaltos de la Plaza de Madrid, herido por detrás y por delante, conque incurable de todos cuatro costados. Díjele a Martín:

—Pues ¿para qué necesitamos allá esta fantasma aparición del alférez Campuzano, que acabó sus campañas en el Hospital de la Antigua de Valladolid[24]?

—Es ingenio también, que este es el autor del papel de *Martín con su rocín*[25].

[22] El caló jergal de don Diego parece un tanto macarrónico. Algo así como "[Soy] un mozo amigo, gitana de bien".

[23] *gallofo*: holgazán vagabundo que vive de la limosna.

[24] El alférez Campuzano es personaje de la novela ejemplar cervantina *El casamiento engañoso*, y en la ficción se declara además autor de *El coloquio de los perros*, escrita entre fiebres mientras curaba su sífilis en el hospital.

[25] Se refiere al escrito anónimo *Encuentro de Martín con su rocín, sobre cuentos de Astrología*, que se imprimió clandestinamente. Pese a la atribución sugerida en el texto, es probable que su autor fuera un colega de Torres en la Universidad.

—Pues a tan mala bestia –respondí yo– envíele vuestra merced a tomar el macho de Antón, señor Martín, y condénesele a unción y a unciones. Y mientras convalece, queda por mi cuenta hacer un memorial ajustado de sus huidas, para que el consejo de guerra le premie en un estanco perpetuo o le metan monja; que para tornera es admirable espíritu el de un hombre que tiene la boca corrupta y la espada virgen. Ya caigo en vuestra merced, señor mochila, que le vi no lejos de mi patria cagar con gran valor una trinchera. ¿Cómo puede ser ingenio ni soldado quien es tan cobarde que se viste del acero de lo anónimo? Si el temor, pluma de gallina, le asusta, ¿qué serán los cañones con que se rasguea en la milicia? Ingenio y valor, bien lo puede tener; pero está sin uso y fuera de su lugar, pues el valor lo tiene en la lengua y el ingenio en los zancajos. Váyase el seor teniente a curar, y después a servir, que ya bastan diez y seis años de trampa, comiendo el pre[26] con certificaciones mentirosas de enfermo. Válgase de lo inválido (que lo es para todo) y acuda al Palencia de la lujuria, en donde le pagarán por horas el servicio en servicios, píldoras, jarabes y estrujones. Y sepa de paso que ya he tomado la razón de quién es, dónde vive, por quién se mueve, quién le mata y dónde nació; y a otra vez saldrá vuestra merced con sus nombres y apellidos a rodar por los molinos de papel.

Bajó sus orejas; y amilanando las jotas y zetas del país, y columpiándose en su puntal, le arrastraron sus dolencias al podridero de los truhanes.

Así despaché al seor ranchero, y Martín y yo nos entramos a la pieza, en donde ya estaban todos gritando confusamente contra el Padre. Desenvainé el

[26] *pre* (en el original, *preé*): parte de la paga que se entregaba en mano al soldado diaria o semanalmente.

montante; y apercibiéndoles que se había de hablar a coros, y la pendencia se había de reñir como doctos y no como verduleras, hicieron sillas de un jergón y un cofre, que eran los escaparates del cuarto. Y pidiendo silencio a todos, como más desvergonzado bufón, revestido del *infandum Regina jubes renovare dolorem*[27], así exclamé a la turba:

—No sé cómo no se muere avergonzada vuestra circunspección; no sé cómo no se sepulta vuestra hinchada altivez; no sé cómo no huye vuestra soberbia, y no sé cómo no despierta vuestra consideración al ver que un loco, desenfadado y sufrido por tal entre vosotros, sea quien a vuestras desbocadas costumbres eche hoy el cabezón[28] del juicio, para reducir a escuela los desenfrenados arranques e impetuosos movimientos de la furiosa ignorancia que vive tan arraigada en vuestros espíritus. ¿Vosotros profesáis la ética Filosofía? No puede ser; que esta enseña a moderar y a reducir a temperamento cristiano los soberbios apetitos del natural. Si hubierais leído la cartilla de los buenos filósofos, supierais despreciaros, conoceros y humillaros. ¿Vosotros filósofos? No, sino hijos legítimos del amor proprio y espúreos de la moral doctrina. Mirad, engañados y engañadores estudiantes: vosotros, los que os presumís oráculos, tenéis a las puertas del infierno al mundo. Las leyes de nuestra sagrada religión, las entiende con el influjo divino y la natural razón nuestra sencillez; y con vuestras cavilaciones, necios corajes y misteriosos discursos nos hacéis prevaricar en la senda de la rectitud. Todos los hombres nacemos

[27] "Reina, me haces revivir un indecible dolor". La cita pertenece al comienzo del Libro segundo de la *Eneida* de Virgilio, en el que Eneas relata a Dido la Guerra de Troya.

[28] *cabezón*: correaje que sujeta la cabeza de una caballería.

maniáticos y locos. Las escuelas de los sabios son jaulas de locos tolerables, y en ellas se practica el adelantamiento de nuestros delirios.

Nací yo inclinado a manosear estrellas y a oler coluros. ¿Qué mayor locura que querer hurtar al Altísimo su conocimiento? Pero déjenme con mi tema, pues me lo sufre mi religión. Salió Martín al mundo; y apenas supo articular voces, cuando le apuntó la manía por conocer la estructura, formación y curación del hombre. ¿Qué mayor disparate que intentar conocer por la horribilidad de un esqueleto las funciones y oficinas del vivo? Pero déjenlo con sus hombres, pues nuestra ley no se lo prohíbe. Viene otro a la vida, y le persuade su capricho que mi estudio y el de Martín son inútiles, imposibles y vanos, y empieza a averiguar la generación de semillas y minerales. Siga su humor, que no se lo veda la cristiandad. Todos, en fin, nacemos al mundo amasados de locura y nos volvemos a salir de él delirantes. Llámanla por mal nombre inclinación, destino, influjo, signo, y con otra caterva de malos motes; pero es locura permitida. Y dejando a cada loco con su tema, vivirá bien gobernado el mundo visible e interior. ¿Cómo, si ignoráis el abecé de la moral filosofía, queréis que os amemos doctos ni cristianos? El primer elemento que nos escribió en su ética el (déjenme llorar su destino antes de nombrarlo) gentil famoso y sabio Epicteto, a la mugrienta luz de su celebrado candil, es *que las cosas se dividen en proprias y ajenas; yo he de cuidar de mis proprios, y el vecino de los suyos*. Pregunto ahora: ¿Es cosa propria de vuestra reverencia, Padre Benito, alabar al frágil sexo de las damas?[29] Son de vuestra reverendísima los aforismos de

[29] "Defensa de las damas" es el Discurso 16 del Tomo I (entonces recién aparecido) de *Teatro crítico universal*.

Hipócrates? ¿Son los cálculos de Argolio[30]? Nada es suyo, si no es esa cogulla, y esa es prestada. ¿Pues qué han de ejecutar los menos experimentados, si vuestra reverendísima nos da este ejemplo? ¿Si nació para el retiro y quiere abarcar con todo, habiendo jurado por santa la pobreza? ¿A quién hemos de imitar, si al religioso no podemos? ¿Cómo han de vivir arregladas las ciencias, si el teólogo se mete a barajar medicinas y a estropear almanaques?[31] Lo mismo digo a los oyentes; el médico cure, el músico taña, y cada uno hará lo que le toca.

Esta ignorancia o malicia es nuestra perdición y el desgobierno de las almas. Los hombres nos necesitamos unos a otros; y esta dependencia es doctrina y disposición del Altísimo para que ninguno pretenda la deidad entre las gentes. Un hombre solo no puede ser todos los hombres. Y si hay entre vosotros alguno tan soberbio que se lo presuma, es la bestia más perniciosa entre la racionalidad. Diréis que cómo tengo yo aliento para hablar, cuando he sido el más ladrón de todos, metiéndome para vestir mis prólogos en las tiendas de todo tratante a robarle sus fardos. Confieso mi atrevida ignorancia, y solo me disculpa la continuada necesidad; pero ya vuelvo escarmentado, con conocimiento de que es malvada doctrina querer todas las sectas. Una sabandija, hasta hoy tan descartada de la autoridad, no puede ser ejemplar para vuestras progresiones. Yo aborrezco las medicinas, y ya seré el primero que las acaricie y

[30] Andrés Argolio o Andrea Argoli (1570-1659) fue un matemático italiano, profesor de la Universidad de Padua, cuya cátedra tuvo que abandonar por su excesiva dedicación a la astrología. Fue acogido en Venecia. Profesó como franciscano hacia el final de su vida.

[31] Alude a las críticas contenidas en el Discurso 8 ("Astrología Judiciaria, y Almanaques") del Tomo I del *Teatro crítico*.

abrace. Si vuestra reverencia necesita algún calendario, venga a mí, que soy el que los hago, y le serviré con el alma y la vida. Y si yo quisiere desemporcar el alma, me acusaré a sus oídos. Si vuestras mercedes, señores músicos, enfermaren, aquí está el señor Martínez, que ese es su oficio, soldar las potras de la salud. Y cuando su merced se quiera divertir, denle vuestras mercedes una solfa con buena proporción; y si le enfadan los tiples, sea por lo bajo. Y atendiendo cada uno a su cargo y cada cual a su destino, gozarán nuestras almas de la tranquilidad; las repúblicas de igual quietud. Así viviremos gozosos, así seremos verdaderos profesores de la Filosofía, y así tendremos paz y después gloria: *Quam mihi et vobis*... etc.[32].

Levantóse en esto Aquenza, que tiene, como debe, la voz de todos los médicos[33]. Y sacando un papel tan maduro como de sus canas y tan científico como de su ciencia y experiencia, viendo Martín que en aquel papel le darían una buena mano, interpuso mi autoridad para que no se leyese. Y supliqué al señor Aquenza que dijese de palabra, que lo escrito permanece y siempre que se repasa acuerda rencores, y yo iba a deshacer motines. Y con la modestia que acostumbra, encarándose al Padre, dijo así:

—¿Cómo tiene así abanderizada a la facultad médica? ¿Le parece que no tenemos en nuestras juntas grandes disturbios, muchas voces, pocas palabras y muchos gargajos? ¿Juzga que los del protomedicato somos el Con-

[32] Alude a la fórmula habitual para terminar los sermones, rogando a Dios que conceda la gloria al orador y a los fieles presentes.

[33] Pedro Aquenza Mossa, de origen italiano, fue protomédico general de Cerdeña y luego médico real con Carlos II y Felipe V. En 1726 publicó en Madrid *Breves apuntamientos en defensa de la medicina i de los medicos contra el Theatro critico universal*. Fue además autor de algunos tratados (*De sanguinis missione libri IV* y *Tractatus de febre intemperie*, Madrid, 1696 y 1702, respectivamente).

cilio de Trento, que a todo responden *placet*? Pues se engaña; que hay hombres entre nosotros que, por vomitar dos aforismos y sudar cuatro términos, ensucia aun examinando de quien pudiera aprender limpieza; y en las consultas de los pacientes receta en la botica de su ignorancia por medida mayor, sin gastar escrúpulos en soplar una alma. Y no es lo peor esto, sino que después va por las casas de los que tiene pujando y ardiendo en el purgatorio de sus récipes, y murmura de los que se le oponen, con una risa que supone ciencia y gestos que afectan noticias. Y no quiero representar a vuestra reverencia lo que pasa en las escuelas, pues si viera cómo nos tiramos a caer, nos conociera la inclinación desde chiquitos a matar. Omito las consultas, pues al que le cogen de espacio siempre elige no lo mejor, sino lo que se opone al dictamen de los demás profesores. Pues si esta cosecha tenemos en nuestros campos, ¿para qué nos siembra en ellos más cizaña? Si no es que sea otro Timón, enemigo de la naturaleza[34]. Vuestra reverencia nos deje ir por el camino llano de purga y sangría, sin extraviarnos a los laberintos escépticos donde se pierden los tunantes médicos, contrabandistas de mercurios y sulfures. ¿Qué responderá vuestra reverencia a Dios y al mundo, si el que había de sosegar las discordias es el Víctor Alipio de las cizañas?[35] Mírese vuestra reverencia si a Torres, a Martínez y a este cónclave músico, peleando a cañonazos de tinta, que los dispara a dañada intención, no vivíamos quietos. Pues ¿quién le mandó amotinarnos? Vea todo el regimiento de las muerte

[34] Timón de Fliunte (ss. IV a III a.C.), también conocido como Timón el Silógrafo, por sus poemas satíricos llamados *Silloi*, fue discípulo de Pirrón de Élida y profesó un pensamiento radicalmente escéptico, que le llevó a burlarse de todos los filósofos y de sus escuelas.

[35] Víctor Alipio: parece aludir a un personaje folclórico de algún dicho o romance popular; no ha sido posible documentarlo.

puestos en arma unos contra otros y todos contra sus enfermos, los mullidores de la vida, tundidores de la salud, o cocineros que como a pulpos sazonamos las humanidades.

Quedó el Padre amodorrado y dolorido. Sacó Martín la cara, con gesto de gestas, pronunciando entre cámaras y pujos:

—¿Qué se le da a vuestra merced, ni a Torres ni a ninguno, que yo en las hojas del Padre, como en las del sen[36], haya heredado un ciento de almaradas para expurgar vidas? Ya he seguido este rumbo, y al que me cayere le he de tener perneando en la horca de mis específicos y el potro del *Teatro crítico universal*, y caiga el que cayere; que a bien que[37] yo tengo licencia de Alcalá para amortajar sexos. Y si en otro tiempo tuviere vocación de verdadero cura, el Padre Benito, que es de mi opinión, me absolverá de las irregularidades.

Iba a responder con alguna impaciencia el doctor Aquenza, porque gasta malas pulgas y buenas razones. Y conociendo que se le armaban otros palos a Martín, metí mi montante y le dije al señor Aquenza:

—¿Es posible que un sujeto de la literatura de vuestra merced, ciencia y experiencia, cuyo dictamen maduro al paso que se venera como docto se introduce como oráculo, haya querido medir sus robustas razones con unas débiles babas, poniendo en cuestión lo que ninguno duda? Deje vuestra merced escribir a Martínez, que es un águila, si no en la pluma, en las curaciones, como certifican los más estirados. Déjele que se remonte, que ya le cortarán los vuelos. Y vuestra reverendísima, Padre mío, crea que de pobres teólogos rara vez salen médicos ricos. Por esto está trabucado

[36] *sen*: las hojas de este arbusto se usaban en infusión como purgante.

[37] *a bien que*: por fortuna.

el mundo, como le dije antes. El monje quiere ser guarda-damas, como si sus padres y maridos no tuvieran cerrojos y puñales; las señoras se quieren graduar de bachilleras el médico se mete a soldado: el astrólogo a danzarín y el predicador a comediante. Y vuestra reverendísima, por no errarlo, se mete a todo. Sea, pues, sanción para los que están presentes que nadie se meta en lo que no le tañe, salvo la defensa armónica. Y fuera medicinas endemoniadas y espíritus químicos; dejen que el mal se nos vaya y nuevos modos de curar no nos vengan. Y quémese lo escrito hasta aquí en este punto, pues sus cañones nos han hecho más daño que si fueran de artillería.

Salió a este tiempo la música con acompañamiento; habló muy poco a compás, porque luego empezó la zarabanda. Cantaron los músicos su dolor en un papel que tenía su poco de concierto; y recitando con aspereza los puntos del Reverendo, explicaron con *máximas* bien fundadas las *mínimas* de su crisis. Los violines y violones, y otra buena guitarra, dijeron una rabiosa introducción; y pronosticando que sus arcos no denotaban serenidad, sino coscorrones, saqué el iris de mi montante. Pero un desollado capón salamanquino, tirándose de una guedeja, ya que no pudo de las barbas, dijo:

—Señor Torres, no hay que montantear, que yo por mi papel he de cantar de plano. El Padre en nada tiene proporción, todo lo que ha puesto en su libro es muy bajo, aunque escribe contra los tiples. Si toda la clave de su *Teatro* es como este concierto, malos dedos lleva para organista. Si el Padre asiste más al coro, dará en la tecla y sabrá una música de gloria; y déjese de nuestras solfas, que en ellas tiene malos papeles.

Martín, por defender al Padre, le dijo al capón no sé qué de la Noche de Navidad y de la Semana de Pasión. Y encrestando el chillido, y los instrumentistas

sus porras huecas, le tocaron un paloteado que, a no socorrer la cabeza con sus defensivos y yo con mi montante, le descosen las suturas de la calvaria.

Llamaron a este tiempo, y dije yo:

—No se abra la puerta a ninguno sin que antes diga su nombre.

Y respondió desde afuera el que llamaba con una voz de garganta la olla[38], respirando pez griega y resina:

—¡Abran, que soy el primer violín del Gremio y Claustro de la Universidad de Salamanca, cancelario y maestro de solfas, y vengo a tocar a Fray Benito un acompañamiento de responso!

Resolvió Martín que no entrara de *parce mihi*[39], pues en la pendencia no había corrido sangre. Los músicos también dijeron que allí sobraban figuras y que no admitían otras.

—¡Alto de ahí, caballeros! –respondí yo. El que está a la puerta es mozo de habilidad y no es razón que se le despida. Y donde está Torres no hay puerta cerrada para los hijos de Salamanca.

Quitó un músico la aldaba y vi entrar a Juan de Corominas[40], y le dije:

—Valga música y verdad, caballeros. El que ha entrado es el que toca el primero en las fiestas; pero no es el

[38] Aparte de la referencia culinaria, cabe el juego alusivo al pueblo cacereño de Garganta la Olla, llamado así por el hoyo en el que está situado.

[39] *parce mihi*: alude a un pasaje del antiguo Oficio de difuntos, tomado del *Libro de Job* (30:31; 7:16): "Parce mihi, Domine, nihil sunt dies mei" ("Déjame, Señor, porque mis días no son nada").

[40] A nombre de Juan Francisco de Corominas se publicó en Salamanca (Imp. de la Sta. Cruz, s.a., [1726]) *Aposento anti-crítico desde donde se ve representar la gran Comedia, que en su Theatro Crítico regaló al pueblo el R.R.P.M. Feijoo, contra la Música Moderna, y uso de los violines en los Templos...* etc.

primer violín, que a ese le conozco yo por mis pecados y sus culpas; pero no quiero a ninguno atajar su vómito ni detener su curso. Di, amigo Juan, ¿a qué ha sido la buena venida?

Sacó entonces del balsopeto[41] de un surtú francés un papelón más largo que cierto pelo de moda; y empezando a leer a pujos y trompicones, deletreando como niño de escuela, cierta señal de no ser suya la obra:

—Déjalo, Juan, no leas –le dije–, que ese papel lo conozco yo, y al padre que lo hizo. Mira, Juan, ¿no sabes que nos criamos juntos y siempre te conocí un desaseado, y ese papel trae mucha ropa limpia, y que al autor lo conocen las viejas? Luego que sentí yo la polvareda de términos musicales vertidos con la borla del color de mi tinta[42], lo crespo y embucleado del estilo, conocí yo al que peinó el papel. No nos engañemos, yo te concedo grandísima destreza en lo práctico; hace tu violín bailar lo insensible y mil veces he celebrado en la Corte tu aplicación; pero de lo especulativo estás tan doncel como la espada de un perillán que despedí pocas horas ha.

—Pues a ti –me dijo Corominas–, ¿quién te mete a procurador de violines ni escritores? Sea yo el autor o no sea, el papel se ha de acabar.

—Juan –le volví a decir–, compongámonos y confesémonos. Yo tengo ciertos pecadillos de hurtos, tú has hecho esta rapiña; compremos a medias una bula de composición y quedaremos sin pena ni culpa.

Alborotose, diciendo que había de hablar al Padre; y los demás músicos le ayudaban, porque todos son de la carda[43]. Metí el montante y díjeles:

[41] *balsopeto*: bolso grande, junto al pecho; el *surtú* (de *surtout*?) debía de ser el nombre "a la última moda" del *sobretodo*.

[42] El color azul distinguía a los miembros de la Facultad de Artes.

[43] *todos son de la carda*: todos son de la misma naturaleza o condición.

—Ténganse los pobres chirimías (por no decir trompetas). ¿Es bueno que, metiéndolo todo a voces para desmoronar calaveras, ahora quieran reducirlo a golpes para resquebrajarnos los cascos? Váyanse a enfundar los instrumentos y no se vuelva a sonar, que son escritores. Toquen en las fiestas, agarren sus raciones; que si es limosna o no, allá lo veremos en el valle de Josafat. Y tú, Juan, recógete a ser hombre, y no fantasma; pues dime con quién andas y direte quién eres; que nuestro Padre ya queda advertido que es locura esgrimir sus teologías entre músicos y danzantes.

Iba a echar mano a la aldaba para despedir al buen Juan, cuando entró rodando por la pieza una figura extraña, con señas de zorra, ademanes de mico y aparatos[44] de lo que no podía ser. Venía embozado en una capa de *Pedro Fernández*, que es lo mismo que de paño pardo, y por sombrero un bonete de cartones de las glosas interlineales[45]. Preguntome un músico cuál era su gracia. Y yo le dije:

—Este no tiene más gracia que la de enredar, que son gracias viejas en los chicos. Yo, que dormido suelo ser un Argos, reparé que él era otro, porque tenía tantos ojos atrás como adelante; no me detuve en mirarle mucho, porque ninguno le puede ver sin asco.

Intentaron desfardar y reconocer aquel bulto, que les pareció cubeto con brazos amortajado en luto; pero yo, apartándole de los circunstantes, les dije:

[44] *aparatos*: señales, ostentaciones.

[45] Con el seudónimo *Pedro Fernández* y sin indicación de impresor ni año, se publicó en Salamanca, en 1726, el opúsculo *Glosas interlineales, puestas y publicadas con el nombre del Licenciado Pedro Fernández a las Posdatas de Torres, en defensa del Dr. Martínez y del Teatro Crítico Universal*. Su más que probable autor fue el Padre José Francisco de Isla, toda vez que dicho escrito fue incluido en la *Colección de papeles crítico-apologéticos que en su juventud escribió el P. J. F. de Isla*, Madrid, Pantaleón Aznar, 1787 (con reedición en 1788, a cargo de A. Espinosa).

—Señores, cepos quedos, que de esta aventura he sido yo solo el Don Quijote.

Tomele por la mano y, desviándolo hacia un lado: —¿Es posible –le volví a decir–, señor ojos, que gozando ya (porque se emborrachó la fortuna) los gajes de muertos, haya querido resucitar por subir a la cátedra de su impaciente condición a leer contra mí la materia del improperio?

Quísome satisfacer, y yo le detuve diciendo: —Sepa que le estimo sin razón. Y prueba de esto es mi benignidad, pues ahora está debajo y nadie me estorba darle dos zurriagazos. Déjese de dictar contra mí, pues si le encuentra otra vez la ronda de mi defensa le llevaré a la cárcel de mi claridad, para ponerlo al argollón de su arrogancia.

Quisieron reconocerlo, y yo a no permitirlo; y amotinada la infernal turba, quiso jugar conmigo de mandoble; pero, repartiendo hurgonazos a un lado, tarascadas a otro, golpe aquí, zurriagazo acullá, tanto me enfrascó en la pendencia la fantasía que en esta brega desperté sudando y rendido. Recogí mis talentos y di gracias a la modorra de que aun en los delirios sea tan cortés.

Solo soñando pudieron pasar a mí tales desatinos. Porque, ya retirado al cumplimiento de mi obligación, solo atenderé al provecho común. Allá se las hayan a los más locos. Escriban papeles inútiles, que yo los recibiré a ojos cerrados.

Me avisan de la corte la gran lluvia de papelones contra mí. Caigan, que ya llueve sobre mojado. He visto algunos y no me enseñan doctrina, sino rencores; y yo no tengo humor para eso. El soldado que escribió el *Martín con su rocín* me llama *bufón*, *sopón*, *desvergonzado* y otra retahíla de nombres propios. Todos estos y otros muchos más he dicho yo de mí en mis obras, confesando con cristiana porfía mi necedad y mi pobreza; pues manoseando

mi desgracia, y conociendo la vieja costumbre de los maldicientes, quise desjarretar envidias y blasfemias definiéndome a mí antes que su desvergüenza me retratase.

Siete años me debió la Corte alguna consideración, y en toda esta eternidad no vi una hoja útil. Si sale un libro, desenvaina al punto un doctor una resma de bachillerías, desenterrando en ellas los huesos al que escribe, y todo menos que hacerle cargo de los descuidos de su pluma en el asunto.

Dios me haga bien con mis libros rancios. No quiero novedades. Yo escribí mal, pero gané bien. Ya me gobierna otra intención; retírome a mi general[46], ya que he salido con conciencia entre tanto diablo. Y protesto al mundo no haber sido autor de sátira particular contra alguno (aunque la chifla del vulgo me haya voceado algún anónimo); he respondido a todos más por consejo de la necesidad que por estímulo del capricho y el coraje.

Y pues ya Dios me ha señalado lugar donde vivir y pan que comer, esperaré con santa risa a la que no puede estar muy lejos. Y allá se las haya a los discretos que están enmendando al mundo y condenándose a sí; que yo saco mi alma, y Cristo con todos.

[46] *general*: aula universitaria donde se enseñaban las ciencias.